



HUYE,

JANE,

HUYE

JOY FIELDING

Lectulandia

«Una tarde de últimos de primavera, Jane Whittaker llegó a la tienda para comprar leche y huevos, y se olvidó de quién era...».

Esta atractiva mujer madura, deambula sola por las calles de Boston, con la parte delantera de su vestido completamente manchada de sangre, diez mil dólares en su bolsillo y sin la mas remota idea acerca de su propia identidad. Es incapaz de recordar su nombre, edad, domicilio. Jane acaba en el hospital. En el centro médico, mientras la someten a una serie de pruebas clínicas, una de las enfermeras la reconoce. Su marido no tarda en ir a buscarla. Es un médico alto, rubio, apuesto, popular, respetado y rico: el sueño de toda mujer. La lleva a su casa, pero Jane no mejora. Empieza a intuir que su enfermera la mantiene prisionera en su propia casa, aislándola de sus mejores amigos. ¿Se está volviendo loca o se trama algo contra ella?

Lectulandia

Joy Fielding

Huye, Jane, huye

ePub r1.0

maherran 25.08.2019

Título original: *See Jane run*
Joy Fielding, 1992
Traducción: Enric Tremps

Editor digital: maherran
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Warren
y a Shannon y Annie

Uno

Una tarde de últimos de primavera, Jane Whittaker llegó a la tienda para comprar leche y huevos, y se olvidó de quién era.

Ocurrió de repente, sin indicación alguna ni previo aviso, cuando se encontraba en la esquina de Cambridge y Bowdoin, e inmediatamente consciente de hallarse en el centro de Boston. Si bien sabía exactamente dónde se encontraba, no tenía la más ligera idea de quién era. Se dirigía a la tienda de ultramarinos con el propósito de comprar leche y unos huevos, estaba segura de ello. Los necesitaba para un pastel de chocolate que se proponía condimentar, aunque no sabía por qué ni para quién. Sabía la cantidad exacta de gramos de chocolate instantáneo que la receta exigía, pero no recordaba su propio nombre. Además, tampoco recordaba si estaba casada o soltera, viuda o divorciada, si no tenía hijos o era madre de mellizos. No conocía su altura, su peso, ni el color de sus ojos. Tampoco sabía cuándo había nacido, ni conocía su propia edad. Reconocía el color de las hojas de los árboles, pero no sabía si su cabello era rubio o moreno. En líneas generales, sabía hacia dónde se dirigía, pero no tenía idea alguna de dónde había estado. ¿Qué diablos ocurría?

El tráfico en Bowdoin aminoró la marcha, paró y sintió que la gente que la rodeaba era atraída, como por un imán, al otro lado de la calle. Sólo ella permaneció inmóvil donde se encontraba, incapaz de proseguir, ni casi de respirar. Ladeó lenta y cautelosamente la cabeza sobre el cuello de su gabardina para echar una furtiva mirada a un lado y a otro. Los peatones pasaban velozmente junto a ella apenas conscientes de su existencia, sin que el rostro de aquellos hombres y mujeres reflejara síntoma alguno de inseguridad ni se detectara ningún titubeo en su caminar. Ella era la única que permanecía inmóvil, reacia, incapaz de avanzar. Era consciente de los ruidos, del runruneo de los motores, el son de las bocinas, la risa de la gente, el crujido o taconeo de zapatos que pasaban junto a ella y que de pronto paraban cuando empezaban a circular de nuevo los coches.

—¡Maldita zorra! —susurró enojada una mujer a su lado.

Al principio creyó que se refería a ella. Pero aquella mujer conversaba evidentemente con su acompañante y ninguna de ellas parecía haberse percatado siquiera ligeramente de su presencia. ¿Sería invisible?

Durante un momento de locura, se le ocurrió que tal vez estuviera muerta, como uno de los personajes en aquella antigua serie de La dimensión desconocida, en la que una mujer perdida en una carretera desierta llama presa del pánico a sus padres por teléfono, quienes le responden que su hija ha fallecido en un accidente de tráfico, y le preguntan quién es y cómo se atreve a llamar a una hora tan intempestiva de la noche. Pero entonces aquella mujer que hacía escasos segundos había pronunciado la palabra «zorra», reconoció su presencia con una sonrisa casi reverente, antes de dirigirse de nuevo a su compañera y seguir su camino.

Era evidente que no estaba muerta. Asimismo, tampoco era invisible. ¿Y por qué era capaz de recordar algo tan absurdo como un antiguo episodio de La dimensión desconocida, pero no su propio nombre?

Aparecieron nuevos cuerpos junto a ella que golpeaban con impaciencia la punta de los pies y movían los tacones, a la espera de cruzar la calle. Quienquiera que fuera, iba sola. No había nadie dispuesto a cogerla del brazo, ni que mirara preocupado desde el otro lado de la calle y se preguntara por qué se había rezagado. Estaba sola y no sabía quién se suponía que era.

—Tranquilízate —se susurró a sí misma, con la esperanza vana de que el sonido de su propia voz le proporcionara alguna pista.

Su acento, indefinido y notable sólo por su tono angustioso, no revelaba nada respecto a su edad ni a su estado civil. Se colocó una mano delante de la boca antes de volver a hablar, para no llamar innecesariamente la atención.

—No te desesperes. Todo se aclarará dentro de unos minutos —dijo para sí, al tiempo que se preguntaba si acostumbraba hablar consigo misma—. Lo primero es lo primero —prosiguió, antes de preguntarse lo que aquello significaba y cómo podría colocar una cosa antes que otra, si no tenía noción de las mismas—. No, eso no es cierto —rectificó inmediatamente—. Algo sabes. Sabes muchas cosas. Haz un inventario —se ordenó a sí misma levantando un poco la voz, mientras miraba fugazmente a su alrededor, para comprobar que nadie la había oído.

Un grupo de quizá diez personas avanzaba hacia ella. «Vienen a por mí, para devolverme a algún lugar del que debo haberme fugado», fue su primer y único pensamiento. Pero entonces una joven de unos veintiún años, que iba en cabeza del grupo, empezó a hablar en un fuerte y familiar acento bostoniano, que ella curiosamente no tenía, y se dio cuenta de que ella era tan

inconsecuente para aquellas personas, como para las dos mujeres a las que había oído anteriormente. ¿Habría alguien que se interesara por ella?

—Como pueden comprobar —decía la joven—, Beacon Hill es una de las áreas que facilita a los bostonianos poder ir andando al trabajo. Las calles de Beacon Hill, considerado desde hace mucho tiempo como el barrio más selecto de Boston, están adoquinadas y sus casas son unifamiliares de ladrillo y pequeños edificios, cuya construcción se inició a partir de mil ochocientos veinte y prosiguió a lo largo del siglo diecinueve.

Todo el mundo prestaba debida atención a las casas de ladrillo y a los pequeños edificios, mientras la joven proseguía con su estudiado discurso:

—Algunas de las casas más grandes y elegantes han sido convertidas en pisos, durante los últimos años de escasez de vivienda y subida de los precios de la propiedad inmobiliaria en Boston. Beacon Hill era un auténtico reducto yanqui, pero, aunque todavía viven en la zona numerosas familias de abolengo bostoniano, ahora acoge a gente de la más diversa procedencia..., siempre y cuando pueda permitirse el alquiler o la hipoteca.

Se oyeron abundantes susurros de aprobación, acompañados de cabezas que asentían, mientras el grupo se preparaba para seguir su camino.

—Disculpe, señora —dijo la guía, con los ojos muy abiertos y una exagerada sonrisa dibujada en los labios, que le daban el aspecto de un muñeco de feria que hubiera cobrado vida—. ¿No creo que usted pertenezca a este grupo? —declaró, en forma de pregunta, con una subida de tono en las últimas palabras, que coincidía con la de sus labios—. Si desea participar en una visita organizada de la ciudad, debe acudir a la oficina de turismo del Boston Common, donde la incluirán en el próximo grupo disponible.

El muñeco de feria parecía correr el peligro inminente de que se disiparan de su mente sus pensamientos felices.

—¿El Common? —le preguntó a la joven, cuya facilidad en el uso de la palabra señora sugería que debía de tener por lo menos treinta años.

—Siga por Bowdoin hacia el sur, hasta llegar a Beacon. Pasará frente al State House, ¿el edificio de cúpula dorada? Ése es el lugar. No puede equivocarse.

«Yo no estaría tan segura de ello —pensó, mientras observaba al grupo que cruzaba la calle y daba la vuelta a la esquina—. Si soy capaz de extraviarme a mí misma, puedo perder cualquier cosa».

Caminando con suma cautela, como si avanzara por terreno desconocido y potencialmente peligroso, siguió a lo largo de Bowdoin plenamente concentrada en la calle que tenía delante y sin prestar mucha atención a la

arquitectura del siglo diecinueve. Cruzó Derne y Ashburton sin percance alguno, aunque ninguna de aquellas calles, ni el impresionante State House, ante el que de pronto se encontró, evocaron en ella sensación alguna en cuanto a su identidad. Dobló la esquina de Beacon Street.

Tal como se lo había sugerido el muñeco de feria, ante ella se extendía el Boston Common. Después de hacer caso omiso del cementerio de Granary, donde no tuvo dificultad en recordar que se encontraban las tumbas de personajes tan famosos como Paul Revere y Mother Goose, cruzó apresuradamente el Visitors Center en dirección al extenso jardín público, con el conocimiento instintivo de que había recorrido muchas veces aquel mismo camino. La ciudad de Boston no le era desconocida, aunque sí lo fuera ella de sí misma.

Sintió que le flaqueaban las rodillas y logró que sus piernas la acercaran a un banco que la aguardaba, donde dejó caer el cuerpo.

—No te desesperes —repitió varias veces en voz alta, como si recitara un mantra, consciente de que no había nadie lo suficientemente cerca para oírlo.

A continuación, comenzó inmediatamente a enumerar en silencio hechos conocidos, aunque en general carentes de importancia. Era lunes, 18 de junio de 1990. La temperatura, baja para la época, era de veinte grados centígrados. A los cero grados centígrados se congelaría el agua. Cien grados bastaban para hervir un huevo. Dos por dos eran cuatro; cuatro por cuatro, dieciséis; doce por doce, ciento cuarenta y cuatro. El cuadrado de la hipotenusa era igual a la suma de los cuadrados de los catetos. $E = mc^2$. La raíz cuadrada de trescientos sesenta y cinco era... No lo sabía; pero entonces algo le dijo que no importaba, porque nunca lo había sabido.

—No te desesperes —oyó que se decía una vez más a sí misma, al tiempo que eliminaba las arrugas de su gabardina color canela y palpaba con los dedos sus finos muslos.

El hecho de que la entusiasmara la información inútil infundía confianza en sí misma, ya que, ¿cómo podía alguien capaz de retener tales conocimientos, no recordar en algún momento su propio nombre? Lo recordaría. Era sólo cuestión de tiempo.

Una niña se le acercó corriendo por el parque con los brazos abiertos, seguida a la carrera de su robusta nodriza negra que intentaba alcanzarla. Se preguntó momentáneamente si se trataría de su hija y abrió instintivamente los brazos para recibirla, pero la nodriza separó inmediatamente a la niña y la condujo a unos columpios cercanos, mientras observaba el banco con

susplicacia. «¿Tendré hijos?», reflexionó para sus adentros, al tiempo que se preguntaba si una madre podría ser capaz de olvidarlos.

Se miró las manos. Por lo menos una alianza en el dedo anular indicaría que estaba casada. Sus dedos estaban desprovistos de joyas, pero una fina línea en el anular de la mano izquierda indicaba que podía haber usado anillo. La estudió atentamente, sin poder afirmar nada con seguridad, pero se percató de que el barniz color coral de sus uñas estaba agrietado y las propias uñas mordidas a más no poder. Bajó la mirada a los pies. Llevaba unos zapatos de charol de tacón bajo, color marfil y el derecho apretaba excesivamente su dedo gordo. Se lo quitó y reconoció el nombre de Charles Jourdan estampado en el mismo, así como el treinta y nueve de su talla, lo que indicaba que su altura debía de ser por lo menos de metro setenta. A pesar de llevar la gabardina perfectamente abrochada, por la caída de sus brazos sabía que estaba delgada. ¿Qué más había logrado descubrir? ¿Qué sabía sobre sí misma, aparte que era blanca, hembra y, a juzgar por el muñeco de feria y el reverso de sus manos, que tenía más de veintiún años?

Pasaron dos mujeres cogidas del brazo, con sus grandes bolsos colgados del hombro. «¡El bolso!», pensó con gran alivio, al tiempo que se llevaba la mano al hombro en busca de la correa. El bolso se lo revelaría todo: quién era, dónde vivía y qué lápiz de labios utilizaba. Dentro estaría su cartera con su documento de identidad, su permiso de conducir y sus tarjetas de crédito. Conocería una vez más su nombre y dirección, la fecha de su nacimiento y el tipo de coche que conducía, si es que lo hacía. Su bolso albergaría todos los secretos de su vida. Lo único que debía hacer era abrirlo.

¡Lo único que debía hacer era encontrarlo!

Después de introducir de nuevo el pie en el zapato, se apoyó contra los barrotes verdes del banco y admitió lo que había sabido en todo momento, aunque el miedo le impedía reconocerlo: no llevaba bolso. Los documentos de identidad que pudiera haber llevado consigo al principio de aquella extraña odisea no se hallaban ahora en su poder. Con el fin de asegurarse, para convencerse a sí misma de que no había dejado caer descuidadamente el bolso al sentarse, miró atentamente a su alrededor, examinando una y otra vez la hierba junto a sus pies. Dio incluso varias vueltas al banco, con lo que llamó de nuevo la atención de la nodriza negra, que empujaba a su joven protegida en un columpio cercano. Sonrió a la nodriza, antes de preguntarse qué razón tenía para ello y volver la cabeza. Cuando al cabo de unos segundos volvió a mirar en la misma dirección, comprobó que la nodriza negra obligaba a la niña a retirarse de la zona, a pesar de las sonoras protestas de la pequeña.

—Ahora la has asustado —dijo en voz alta, al tiempo que se palpaba instintivamente el rostro, en busca del algún indicio de desfiguración.

No parecía haberlo y permitió que sus dedos exploraran sus facciones, al estilo de un ciego.

Su rostro era estrecho y ovalado, con pómulos subidos, quizá excesivamente protuberantes y sus cejas pobladas y desatendidas. Tenía la nariz pequeña y las pestañas cargadas de rímel, aplicado al parecer de un modo torpe y desigual. Puede que se hubiera frotado los ojos, pensó, concentrando el rímel en ciertas pestañas y eliminándolo de otras. Tal vez había llorado.

Echó atrás los hombros, se puso en pie y abandonó apresuradamente el parque sin prestar atención alguna al semáforo, en dirección a un banco situado al otro lado de Beacon Street. Llamó con fuerza a la puerta de cristal, con lo que atrajo la atención del director, un joven calvo prematuro, cuya cabeza parecía exageradamente pequeña para el resto de su cuerpo. Dedujo que era el director porque usaba traje y corbata, y además porque era el único hombre en una sala llena de mujeres.

—Lo siento —dijo atentamente el individuo, después de entreabrir ligeramente la puerta para asomar su voluminosa nariz—, pero pasan de las cuatro. Cerramos a las tres.

—¿Sabe quién soy? —preguntó desesperada y sorprendida por la pregunta que no se proponía formular.

El ceño fruncido del individuo indicaba que había interpretado el comentario como intento de obtener un trato especial.

—Le aseguro que lo siento —insistió, con un vestigio definitivo de autoridad en la voz—. Si tiene la bondad de regresar mañana, nos ocuparemos sin duda de usted.

A continuación el joven le brindó una obstinada sonrisa con los labios apretados, que no daba lugar a mayor discusión, y regresó a su escritorio.

Ella permaneció junto a la puerta de cristal sin dejar de observar a las cajeras, hasta que empezaron a susurrar entre ellas. ¿Sabían quién era? Aunque lo supieran, no tardaron en cansarse de su presencia, y alentadas por la desmesurada gesticulación de su director, volvieron a concentrarse en sus cuentas y ordenadores, haciendo caso omiso de ella como si no existiera. ¿Existía?

Después de respirar hondo varias veces, avanzó por Beacon hasta River Street, en dirección a las calles adoquinadas con casas de ladrillo unifamiliares y pequeños edificios, de donde había emergido plenamente

desarrollada y completamente perdida. ¿Sería alguna de aquellas casas del siglo XIX su domicilio? ¿Tenía bastante dinero para pagar el alquiler o la hipoteca? ¿Le preocupaba el dinero? ¿Era rica? ¿Trabajaba para ganarse la vida, o tenía gente que trabajara para ella? Puede que en lugar de vivir en alguna de aquellas hermosas residencias, no fuera más que la mujer de la limpieza.

No, vestía demasiado bien para ser una mujer de la limpieza, y sus manos, aunque indiscutiblemente descuidadas, eran demasiado suaves y desprovistas de callos para alguien acostumbrado al trabajo manual. Tal vez en lugar de limpiar las casas, se dedicaba a venderlas. Puede que ésa fuera la razón de su presencia en aquella zona de la ciudad. Quizá había venido con el propósito de reunirse con algún cliente a fin de mostrarle una casa recientemente renovada y entonces... ¿qué? ¿Le había caído un ladrillo en la cabeza? Sin proponérselo, empezó a palparse la cabeza en busca de contusiones, pero no halló ninguna y sólo descubrió que se le había soltado parcialmente el cabello, que descendía en mechones por la nuca.

Giró a la derecha por Mount Vernon y a continuación a la izquierda por Cedar Street, con la esperanza de que algo transmitiera la debida información a su cerebro.

—Que algo me resulte familiar —murmuró caminando hacia las arboladas calles, cuando entraba de nuevo en Reveré en dirección a Embankment Road.

El sol se había ocultado tras una enorme nube gris, y sentía frío, a pesar de que no había descendido la temperatura. Recordaba que el invierno había sido relativamente suave y que los expertos pronosticaban otro verano caluroso. Lo llamaban el efecto invernadero. Invernadero. Greenpeace. Lluvia ácida. Salvar las selvas tropicales. Salvar las ballenas. Ahorrar agua, compartir la ducha.

De pronto se sintió completamente agotada. Le dolían los pies y tenía el dedo gordo del pie derecho completamente dormido. Empezaba a sentir un vacío en el estómago. ¿Desde cuándo no había comido? Y para el caso, ¿qué tipo de comida le gustaba? ¿Sabía cocinar? Tal vez seguía algún régimen alimenticio absurdo que le había afectado el cerebro. O puede que tomara poderosos medicamentos. O alcohol. ¿Estaría borracha? ¿Se había emborrachado alguna vez? ¿Cómo averiguar si estaba o no ebria?

Se cubrió los ojos con ambas manos, a la espera de sentir los latidos de su cabeza, que indicarían la inminencia de una resaca. «El fin de semana perdido, de Ray Milland», pensó, al tiempo que se preguntaba qué edad debería de tener para recordar a aquel actor.

—Ayúdenme —susurró en la palma de sus manos—. Por favor, que alguien me ayude.

Se miró instintivamente la muñeca para comprobar la hora y vio que faltaba poco para las cinco. Hacía casi una hora que caminaba y no había descubierto ninguna pista acerca de su identidad. Nada le resultaba familiar. Nadie la había reconocido.

Entonces llegó a Charles Street, donde se combinaban con facilidad y buen gusto numerosos comercios, desde un supermercado familiar hasta diversas joyerías y tiendas de antigüedades que abarcaban desde productos caseros hasta obras de arte. ¿Era aquí donde se dirigía para comprar leche y huevos?

Un hombre que pasó junto a ella le sonrió, pero con la sonrisa de un ser humano agotado después de un día ajetreto a otro en las mismas condiciones, sin indicio alguno de que se conocieran. A pesar de ello, sintió la tentación de agarrar a aquel individuo por los hombros, suplicarle que le facilitara alguna pista relacionada con ella, extraerle en caso extremo una identidad. Pero no lo hizo y perdió la oportunidad. Además, no podía acosar a un perfecto desconocido en plena calle. Tal vez llamaría a la policía y acabarían encerrándola. ¡Otra loca en busca de sí misma!

¿Estaría loca? ¿Se habría fugado de algún manicomio? ¿De la cárcel? ¿Sería una fugitiva? Se rió de su propia fantasía. Si no estaba loca antes de aquella aventura, sin duda lo estaría cuando acabara. ¿Acabaría en algún momento?

Empujó la puerta de una pequeña tienda y entró en la misma. Si era vecina del barrio, probablemente frecuentaría aquel pequeño comercio. Confiaba en haberlo visitado por lo menos con suficiente asiduidad como para que el dependiente la reconociera. Se le acercó lentamente entre montones de comida enlatada.

El propietario, un joven con cola de caballo, de facciones desiguales y con una línea recta por boca, estaba ocupado con varios clientes que se le habían acercado simultáneamente y que todos pretendían ser el primero. Esperó su turno, procurando captar la mirada de aquel joven y con la esperanza de oír un alegre «Buenas tardes, señora fulana de tal; en seguida estaré con usted». Pero lo único que oyó fue que alguien pedía una cajetilla de cigarrillos y vio la estrecha espalda del propietario, cuando se volvía para cogerla.

Echó una mirada furtiva por encima del hombro izquierdo, a una serie de jóvenes inusitadamente hermosas que la miraban fijamente desde las portadas de docenas de revistas. Después de permitir que su cuerpo se acercara a la

estantería de las revistas, el sofocante rostro de una de ellas monopolizó ineludiblemente su mirada. Cindy Crawford, supermodelo, proclamaba el titular de una rosa despampanante. No cabía duda acerca de su identidad.

Cogió la revista y examinó el rostro de la modelo: ojos castaños, cabello castaño y un lunar a la izquierda de sus labios entreabiertos, que la distinguía de otros centenares de rostros igualmente hermosos. «Tan hermosa... —pensó—. Tan joven... Tan segura de sí misma...».

Pensó una vez más en que no tenía idea de cuál era su aspecto, ni remoto concepto de su edad. Sus dedos se aferraron a los bordes de la revista, doblando las páginas hacia el interior.

—Oiga, señora —oyó que decía una voz masculina, que al volver la cabeza comprobó que era la del propietario de la tienda, que le señalaba con un dedo amonestador—, no toque las revistas a no ser que vaya a comprarlas.

Con la misma sensación de culpabilidad que un niño descubierto cuando robaba un caramelo, asintió para indicar que lo comprendía y se llevó la revista al pecho, como si de ella dependiera su salvación. Pero permaneció inmóvil.

—Bien, ¿piensa comprarla o no? —preguntó el joven. Los demás clientes se habían marchado y estaban a solas.

Ahora era el mejor momento, tal vez el único, para enfrentarse a él.

Se arrojó contra el mostrador y comprobó que el joven retrocedía un paso.

—¿Me reconoce? —preguntó, procurando que el pánico no se reflejara en su voz.

La contempló inmóvil, con los párpados parcialmente cerrados para concentrarse. A continuación ladeó la cabeza, con lo que su cola de caballo le frotó el hombro derecho y se dibujó una sonrisa en su boca rectilínea que la convirtió en una u achatada.

—¿Es un personaje famoso? —preguntó.

«¿Lo era?», se preguntó a sí misma, pero sin decir palabra, a la espera, al tiempo que se aguantaba la respiración.

El joven confundió su silencio por una respuesta afirmativa.

—Sé que se filman varias películas en la ciudad en estos momentos —dijo, mientras daba unos pasos a la derecha para estudiar su perfil—, pero no voy mucho al cine y no la reconozco de lo que veo por televisión. ¿Actúa en alguna serie? Sé que las actrices suelen pasear por la ciudad y frecuentar las tiendas. En una ocasión mi hermana insistió en que la acompañara. Quería ver a Ashley Abbott, de la serie Los jóvenes y los inquietos. Yo la llamo «Los jóvenes y los inútiles». ¿Actúa usted en esa serie?

Movió la cabeza. ¿Qué sentido tenía proseguir con aquella farsa? Estaba claro que la conocía tan poco como ella misma. Vio que se ponía tenso y a continuación incómodo.

—En todo caso, sea quien sea, tiene que pagar por la revista. Célebre o no, son dos dólares y noventa y cinco centavos.

—He... he olvidado el bolso —susurró, al tiempo que empezaba a sentirse indispuesta.

—¿Qué se ha creído? —exclamó ahora enojado el joven—. ¿Sólo porque actúa en un maldito programa de televisión cree que puede ir por el mundo sin dinero como los demás? ¿Supone que por ser más bien atractiva le voy a regalar lo que se le antoje?

—No, claro que no...

—Me paga la revista, o salga de mi tienda y deje de hacerme perder el tiempo. No me gusta que se burlen de mí.

—No pretendía burlarme de usted. Se lo prometo.

—Dos dólares noventa y cinco —repitió, con la palma de la mano extendida.

Sabía que debía limitarse a devolver la revista, pero algo se lo impedía. Cindy Crawford tenía un aspecto tan encantador, tan feliz, tan seguro de sí misma. ¿Esperaba que aquella ilimitada seguridad se le contagiara? Empezó a hurgar en los bolsillos de su gabardina con la esperanza de encontrar algunas monedas. Movía la mano con rapidez de un bolsillo a otro, incrédula ante su hallazgo. Cuando por fin sacó la mano, comprobó que estaba llena de flamantes billetes de cien dólares.

—¡Caramba! —exclamó con un silbido el dependiente—. ¿Ha robado un banco o algo por el estilo? ¿Acaba de fabricarlos? —agregó.

Ella se limitó a contemplar atónita el dinero que tenía en la mano, sin decir palabra.

—En todo caso, no tengo cambio de cien dólares. Si le acepto uno de esos billetes, me quedaré sin monedas en la caja. A propósito, ¿cuántos tiene?

Sintió que la respiración le subía del pecho a pequeñas ráfagas superficiales. ¿Qué diablos hacía con dos bolsillos llenos de billetes de cien dólares? ¿De dónde había salido tanto dinero?

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó el tendero, al tiempo que miraba angustiado hacia la puerta—. ¿No irá a vomitar?

—¿Puedo utilizar un momento el baño?

—No es para uso público —respondió con determinación.

—¡Se lo ruego!

El tono desesperado de su voz debió de convencerle, porque levantó inmediatamente el brazo, para señalar a la derecha, hacia el almacén.

—Oiga, acabo de lavarlo. Procure no vomitar en el suelo, ¿de acuerdo?

No tardó en encontrar el pequeño aseo, dentro del almacén. Era un cuartito diminuto, con una vieja taza de water y un espejo roto sobre un lavabo manchado. Contra las paredes había amontonadas cajas de mercancías. Junto a la puerta, un cubo medio lleno de agua sobre el que descansaba una fregona precariamente equilibrada.

Se acercó inmediatamente al lavabo, abrió el grifo de agua fría, hundió la revista bajo el brazo y se salpicó el rostro con agua helada, hasta que tuvo la sensación de poder incorporarse sin desmayarse. ¿Qué ocurría? ¡Si aquello era una pesadilla, y sin duda lo era, había llegado con toda seguridad el momento de despertar!

Levantó lentamente la cabeza hacia el espejo y tuvo que apoyarse con ambas manos en el lavabo. La mujer que la miraba era una perfecta desconocida. No había nada remotamente familiar en su rostro. Examinó su piel pálida, sus ojos castaño oscuro, su pequeña nariz ligeramente respingona y sus generosos labios, pintados del mismo color que las uñas. Su cabello castaño era tal vez algo más claro que sus ojos, recogido en la nuca en forma de cola de caballo que sostenía una aguja de bisutería ligeramente suelta, a punto de caerse. Retiró la aguja, sacudió la cabeza y observó cómo la cabellera suelta le caía sobre los hombros.

El rostro era atractivo, pensó, como si, al igual que el de Cindy Crawford, lo viera objetivamente en la portada de una revista. En cierto modo atractiva, le había dicho el joven tendero. Puede que se hubiera quedado ligeramente corto. Todo estaba en su debido lugar. No había ningún detalle desagradable. Nada era demasiado grande ni demasiado pequeño. Nada chocante. Todo estaba donde le correspondía. Calculó que debía de tener entre treinta y treinta y cinco años, pero entonces se preguntó si parecería mayor o más joven de lo que era en realidad.

—Es todo muy confuso —le susurró a su reflejo, que parecía aguantarse la respiración—. ¿Quién eres?

—Nadie a quien yo conozca —respondió la imagen del espejo, antes de que agacharan ambas la cabeza, para contemplar la taza manchada del lavabo de porcelana blanca.

—¡Dios mío! —susurró, al tiempo que sentía una ola de calor que estallaba en su interior—. ¡Por favor, no te desmayes! —exclamó—. Quienquiera que seas, te lo ruego, no te desmayes.

Pero la ola de calor avanzó por su cuerpo, a través de sus piernas y estómago hasta sus brazos y cuello, para quedar atascada en su garganta. Tenía la sensación de derretirse por dentro, como si estuviera a punto de arder en llamas. Se salpicó de nuevo la cara, sin lograr refrescarse ni tranquilizarse. Empezó a desabrocharse desesperadamente la gabardina, en un esfuerzo por liberar su cuerpo y darle más espacio para respirar. Se le cayó la revista que llevaba bajo el brazo y se agachó para recogerla, aprovechando para abrirse la gabardina al incorporarse.

Respiró hondo y quedó paralizada.

Lentamente, como si fuera una marioneta y alguna fuerza desconocida manipulara sus cuerdas, sintió que se le doblaba la cabeza hacia el pecho en forma de arco. Lo que vio, y que ya había visto cuando estaba de rodillas recogiendo la revista pero había logrado ignorar, fue un sencillo vestido azul, con la parte delantera completamente empapada de sangre.

Emitió un suave gemido, como un pequeño animal caído en una trampa. El sonido se convirtió en chillido, hasta llegar a grito. Oyó pasos, el sonido de otras voces y se vio rodeada.

—¿Qué ocurre? —empezó a preguntar el propietario, antes de que su boca abierta se tragara sus propias palabras.

—¡Santo cielo! —exclamó otro joven a su lado.

—¡Obsceno! —gritó su compañero.

—¿Qué ha hecho? —preguntó el propietario, al tiempo que miraba alrededor del pequeño cubículo, sin duda en busca de trozos de cristal.

Ella se limitó a contemplar su vestido empapado de sangre, sin decir palabra.

—Escúcheme, señora —empezó a decir el tendero, al tiempo que obligaba a sus dos jóvenes clientes a retirarse de la puerta—. No sé lo que ocurre, ni quiero tener nada que ver con ello. Coja su sangre y sus billetes de cien dólares, y salga de mi tienda antes de que llame a la policía.

Permaneció inmóvil.

—¿Ha oído lo que le he dicho? Voy a llamar a la policía si no se marcha inmediatamente.

Miró al asustado propietario, que cogió de pronto la fregona y la esgrimió en el aire, como un matador que amenazara al toro.

—Sangre —susurró ella con incredulidad, al tiempo que el vestido atraía de nuevo su mirada.

Estaba relativamente fresca, todavía húmeda.

—Sangre —repitió, como si la reiteración permitiera aclarar la situación.

—Tiene usted diez segundos, señora, antes de que llame a la policía. No quiero problemas. Lo único que pretendo es que salga de mi tienda.

Ella le miró y le habló con una voz tan suave, que se dio cuenta de que el joven tenía que acercársele, a pesar suyo, para oírla.

—No sé adonde ir —declaró, al tiempo que sentía que se le desmoronaba el cuerpo, como un trozo de papel en un puño cerrado.

—¡No, lo único que faltaba! —exclamó el tendero, cogiéndola en sus brazos para impedir que cayera al suelo—. No puede desmayarse en mi establecimiento.

—Por favor —susurró ella, insegura de si aspiraba a su comprensión o a la inconsciencia.

El joven, sin ser muy alto ni corpulento, era sorprendentemente fuerte. La agarró con fuerza por la cintura y la condujo rápidamente a la puerta. De pronto se detuvo, para mirar indeciso a su alrededor.

—¿No será uno de esos programas en los que utilizan cámaras ocultas? —preguntó entonces con cierta desconfianza y ligeramente avergonzado, como si le hubieran tomado el pelo.

—Tiene que ayudarme —dijo ella.

—Quiero que salga de mi tienda —insistió el propietario, después de recobrar su compostura, al tiempo que la empujaba hacia el exterior.

Oyó que la puerta se cerraba a su espalda y vio que el joven gesticulaba enojado para que se largara.

—¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer ahora? —preguntó, ya en la ajetreada calle.

Una vez más el titiritero se hizo cargo de la situación. Abrochó su gabardina, se colocó la revista bajo el brazo y observó el tráfico. Al ver un taxi que se acercaba, la cuerda tiró de su brazo derecho, que se agitó en el aire. El vehículo paró inmediatamente junto a la acera, delante de ella. Sin vacilación alguna, abrió la puerta trasera y subió al coche.

Dos

No estaba segura de lo que la había impulsado a elegir el hotel Lennox. Tal vez porque era uno de los hoteles más antiguos del centro de Boston, y por consiguiente de menor tamaño y de algún modo a escala más humana que sus modernos competidores, o quizá debido a recuerdos agradables de visitas anteriores que permanecían todavía en su subconsciente; no lo sabía.

Cabía incluso la posibilidad de que estuviera ya registrada en el mismo como huésped, se dijo esperanzada a sí misma cuando se acercaba a la recepción, con el mismo anhelo que al entrar en la tienda, de que la recibieran con una sonrisa de reconocimiento.

Tuvo que esperar tras una pareja con dos hijos menores, un par de diablillos pelirrojos con idénticos trajes de marinero, agarrados ambos a las generosas caderas de su madre, que proclamaban a gritos su incomodidad colectiva para el buen conocimiento de todos los presentes.

—Tengo hambre —decía el menor, tal vez de unos cuatro años, al tiempo que levantaba la falda de su madre por encima de la rodilla, como si estuviera dispuesto a morderla.

—Quiero ir a McDonald's —agregó inmediatamente su hermano mayor, que no le llevaba más de un año.

—¡McDonald's! ¡McDonald's! —echaron a chillar a coro, mientras danzaban en círculo alrededor de los adultos que eran sus padres y que hacían todo lo posible para fingir que nada de aquello ocurría.

—Dejad que papá y mamá consigan una habitación y entonces iremos a un buen restaurante, ¿de acuerdo? —solicitó la joven madre, con la mirada fija en su marido para suplicarle que se diera prisa, antes de perder la paciencia.

—¡McDonald's! ¡McDonald's! —fue la respuesta previsible e inmediata.

De pronto desaparecieron milagrosamente, acompañados a un ascensor por un atento botones, y el vestíbulo adquirió una vez más el ambiente refinado de un hotel estilo europeo.

—¿En qué puedo servirla, señora...? ¿Señora?

—Lo siento —respondió, al darse cuenta de que era a ella a quien se dirigía el joven recepcionista y de que más le valía acostumbrarse a que la llamaran «señora»—. Quiero una habitación.

—¿Para cuánto tiempo? —preguntó el recepcionista, mientras tecleaba en su ordenador.

—No estoy segura —dijo, después de aclararse la garganta por segunda vez—. Por lo menos una noche. Tal vez dos.

—¿Una individual? —preguntó, al tiempo que miraba para comprobar que estaba sola.

Instintivamente, ella le imitó.

—Sólo para mí —susurró—. Sí, una individual, por favor —agregó, levantando un poco la voz.

«No debo olvidar mis modales», pensó, y estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Tengo una habitación —recitó el joven, que leía en la pantalla de su ordenador—, a ochenta y cinco dólares por noche. Está en el octavo piso, es para no fumadores y tiene una cama doble.

—De acuerdo.

—¿Cómo piensa pagar?

—Al contado.

—¿Al contado?

Por primera vez, el joven la miró directamente a la cara y ella comprobó que tenía los ojos más azules que había visto en su vida. O por lo menos eso creía. No estaba segura. Sólo Dios sabía lo que había visto.

—¿Hay algún problema con el dinero? ¿No lo aceptan?

—Sí, por supuesto. Pero no suele ser habitual. La mayoría de la gente prefiere las tarjetas de crédito.

Ella asintió, sin decir palabra, pensando que era sin duda una de dichas personas en su otra vida, al tiempo que se preguntaba cómo podía alguien haber nacido con unos ojos tan inusitadamente azules.

—¿Algún problema? —preguntó el joven, mientras el resto de sus facciones, decididamente indefinidas, esgrimían una especie de interrogante.

—Lo siento —balbuceó—, son sus ojos. ¡Increíblemente azules! —agregó, levantando la mirada al cielo.

Quienquiera que fuera, era una imbécil. ¡Aquel joven probablemente creería que pretendía ligar con él!

—No son mis ojos —respondió, antes de concentrarse de nuevo en la pantalla de su ordenador.

—¿Cómo dice? —exclamó, mientras empezaba a formarse en su mente la idea de que era extraterrestre.

—Son lentillas de contacto —contestó alegremente—. ¿Ha dicho dos noches?

Le resultaba sumamente difícil seguir el hilo de la conversación. Volvía a sentirse invadida por el pánico, que había remitido temporalmente durante el viaje en taxi desde Beacon Hill.

—Sí, dos noches a lo sumo.

Y entonces ¿qué? ¿Adonde iría entonces si seguía sin saber quién era? ¿A la policía? ¿Por qué no acudir directamente a ellos?

—Tenga la bondad de rellenar esto —dijo el joven, al tiempo que colocaba una ficha sobre el mostrador—. Nombre, dirección, etcétera. ¿Se siente bien? —agregó, al percatarse de su confusión.

—Estoy muy cansada —suspiró—. ¿Es necesario? —preguntó, al tiempo que empujaba la ficha hacia el recepcionista, sin rellenarla.

—Me temo que necesitamos un nombre y una dirección —respondió ahora confundido el recepcionista.

Paseó la mirada desde el rostro del joven a la puerta giratoria de la entrada, hasta posarse por último en la revista que conservaba fervorosamente sujeta entre las manos.

—Cindy —respondió casi a gritos—. Cindy —repitió en un tono más suave y controlado.

—¿Cindy?

Asintió, mientras observaba al recepcionista, que cogía de mala gana la pluma y escribía el nombre en la ficha.

—¿Apellido?

¿Por qué la atormentaba de aquel modo? ¿No le había dicho que estaba cansada? ¿No comprendía que pagaba al contado? ¿Por qué hacía preguntas que en realidad no eran de su incumbencia?

Se acordó de la joven pareja y de sus dos hijos que pedían McDonald's a gritos. No la sorprendía que los niños estuvieran molestos e impacientes. ¿Les había creado a ellos también tantos problemas?

—¡McDonald! —oyó una voz que exclamaba, antes de percatarse de que era la suya—. Cindy McDonald —suspiró antes de proseguir—. Número veintitrés de Memory Lane... Nueva York.

Los dedos del recepcionista se atascaron con la palabra «Memory» y ella tuvo que morderse el labio para contener su creciente histeria, pero al cabo de unos segundos la ficha estaba terminada y sólo faltaba su firma y el dinero.

Vio cómo su mano escribía su nuevo nombre y le encantó la decisión y estilo de sus trazos. Entonces se sacó un par de flamantes billetes de cien dólares del bolsillo y procuró que su rostro no reflejara lo divertido que le parecía la creciente incomodidad del recepcionista.

—¿Equipaje? —preguntó en un tono que indicaba que ya conocía la respuesta, por lo que se limitó a encogerse de hombros cuando ella movió la cabeza y le entregó la llave, junto con el cambio—. Que tenga una feliz estancia —agregó—. Si podemos hacer algo para que esté más cómoda, llámeme.

—Usted será el primero en saberlo —sonrió.

Apenas llegó a su habitación, arrojó la revista sobre la cama, se quitó inmediatamente la gabardina y la dejó caer al suelo. La sangre que cubría la parte delantera de su vestido absorbió plenamente su mirada, como si le hubieran arrojado un tomate maduro a la cara. Con la configuración de un gigantesco y enojado puño, llegaba hasta su garganta y extrajo un profundo e involuntario grito:

—¡Oh, no! ¡Esfúmate! ¡Por favor, desaparece!

Rasgó el vestido como un gato atrapado en la cima de una pértiga. Al cabo de un instante, el vestido estaba en el suelo y se examinaba la piel en busca de alguna herida.

No halló ninguna.

—¡Dios mío! ¿Qué significa eso? ¿Qué significa?

Giró en torno de sí misma, como si la respuesta se encontrara entre aquellas paredes estampadas en blanco y azul. Pero los muros sólo hablaban de motivos florales, y nada tenían que decir sobre sangre y heridas.

—¿De quién será esta sangre, si no es mía?

Se acercó apresuradamente al armario situado al otro lado de la cama y lo abrió de par en par, para observar su asustada imagen en el espejo de su interior.

—¡Maldita sea! ¿Quién eres? ¿Y de quién es la sangre de tu vestido?

La mujer del espejo no respondió, se limitó a imitarla en su desesperada búsqueda de cortes o heridas por todo el cuerpo. Pero aunque había algunas contusiones aisladas en sus brazos, nada sugería la existencia de una herida grave.

Se llevó inmediatamente las manos a la espalda, para soltar el sujetador de encaje color carne, dejarlo caer al suelo y contemplar los pequeños senos que

aparecieron con cierto orgullo a la vista. Se preguntó momentáneamente si habrían alimentado a algún bebé. Eran unos pechos bastante atractivos, pensó, en un esfuerzo consciente por tranquilizarse, a base de concentrarse en los detalles mundanos de la existencia cotidiana. ¿Acabaría aquella concentración por devolverla a su propia existencia cotidiana?

No fue así. Sus pechos no le revelaron nada. Ni siquiera si alguna vez habían amamantado a algún bebé, cuándo habían recibido por primera vez caricias masculinas, ni si habían sido alguna vez admirados. Estuvo a punto de soltar una carcajada, que se ahogó en su garganta, con la idea de que debía de estar perdiendo el juicio. Aquí estaba, en la habitación de un hotel del centro de Boston, ciudad que conocía pero en la que no sabía qué hacía, con fajos de billetes en los bolsillos, su vestido empapado de sangre, frente al espejo contemplando sus pechos desnudos y preguntándose si habían sido alguna vez admirados.

«¿Y por qué no?», pensó, al tiempo que agarraba el elástico de sus leotardos y se los bajaba junto con sus bragas color *beige*, para contemplar su cuerpo ahora desnudo. ¿Qué información esperaba que su piel descubierta le facilitara?

Su cuerpo era atractivo, decidió, después de contemplarse desde distintos ángulos. Era esbelto y musculoso, casi varonil. Tal vez incluso atlético. Sus pantorrillas estaban bien formadas, sus muslos fuertes y seductores, su estómago plano y la cintura bastante indefinida. Más juvenil que femenino, incluso a su edad. Un cuerpo que definitivamente no aparecía en la portada de muchas revistas, pensó con una ojeada a la revista sobre la cama. Cindy Crawford la miraba con una combinación de compasión e indulgencia. Fastídiate, parecía decirle, y la mujer del espejo se dio por vencida.

Recogió el vestido arrugado del suelo, evitando cuidadosamente tocar la mancha de sangre. ¿Podía su vestido revelar algo? La etiqueta lo identificaba como talla ocho, puro algodón, Anne Klein. Tenía el cuello redondo, grandes botones blancos hasta la cintura, una simple falda acampanada y probablemente su precio era tan exagerado como su discreción. Quienquiera que fuera, evidentemente disponía de dinero para comprar lo mejor.

—¡El dinero!

Se acercó de golpe a la gabardina arrojada al suelo y empezó a sacar el dinero de sus hondos bolsillos, pensando sólo momentáneamente en lo incongruente que debía parecer la escena. La colección de billetes de cien dólares parecía interminable. ¿Cuánto dinero tenía? ¿De dónde había salido?

—¿Qué estoy haciendo con tanto dinero? —se preguntó, al tiempo que procuraba ordenarlo meticulosamente sobre la cama.

Le sorprendió comprobar que la mayor parte del dinero estaba contenido en pequeños y nítidos fajos, como sacado directamente del banco. Pero ¿cómo y por qué? ¿Cabía la posibilidad de que, en realidad, fuera una atracadora? ¿Que hubiera participado en algún atraco, se hubiera guardado el dinero y a continuación manchado con la sangre de alguien, cuando algo salió terriblemente mal? ¿Era posible que hubiera matado a alguien?

Tanto era su terror, que se le estremeció el cuerpo. Porque parecía posible. La inquietante idea de que podía haber matado a alguien parecía posible.

—¡Dios mío, Dios mío! —gimió, al tiempo que se doblaba en posición fetal, sobre la alfombra azul del suelo.

¿Había matado a algún inocente durante un atraco mal ejecutado? ¿Y había actuado sola o con algún cómplice? ¿Era una especie de Bonnie actualizada, desprovista de su Clyde?

Oyó su propia risa y el sonido la indujo a sentarse de nuevo. Si bien parecía perfectamente posible que hubiera matado a alguien, la idea de haber participado en un atraco resultaba simplemente absurda. A no ser, evidentemente, que estuviera desesperada. Pero ¿qué podía desesperar tanto a una mujer elegante, entre treinta y treinta y cinco años, como para impulsarla a cometer un asesinato?

Incluso sin la ayuda de su memoria conocía la respuesta. Un hombre podía causar tal desesperación. «Pero ¿qué hombre?», se preguntó a sí misma, sin esperar ya ninguna respuesta.

Acarició su cabello grasiento por el sudor de los nervios, con una mano temblorosa. Incorporó el torso sobre la cama y rozó con sus pezones los nueve meticulosos montones de billetes de cien dólares, que había ordenado en forma de pequeño cubrecamas.

Cogió el primer fajo, rasgó la franja de papel que lo mantenía unido y empezó a contar los billetes. Después de equivocarse varias veces, decidió que cada fajo contenía diez billetes de cien dólares. Nueve fajos de diez billetes de cien dólares suponían nueve mil dólares. Si se le sumaba el dinero ya gastado en el hotel, el taxi, algunos billetes sueltos y un poco de cambio, el total superaba los nueve mil seiscientos dólares. ¿Qué habría estado haciendo con casi diez mil dólares en los bolsillos de su gabardina?

Sintió un escalofrío y se percató de que en los brazos se le había puesto la carne de gallina. Después de ponerse en pie con un esfuerzo, arrastró su cuerpo desnudo alrededor de la cama, cogió la gabardina del suelo, percibió

manchas de sangre seca en el forro de la misma cuando se la ponía y hundió las manos en sus bolsillos. Inmediatamente sacó algunos billetes que le habían pasado inadvertidos y los arrojó sobre la cama, junto a los demás.

Había algo pegado a uno de los billetes. Se trataba de un trozo de papel que desarrugó y descubrió que, afortunadamente, no necesitaba gafas para leer. Reconoció los trazos decididos como procedentes de la misma mano que había firmado con el nombre de Cindy McDonald en el registro del hotel y, por consiguiente, supo que había sido ella quien había escrito la serie de palabras, aparentemente inconsecuente, que ahora leía. Pero ¿cuándo? Los trozos de papel pueden permanecer olvidados durante semanas, e incluso meses, en cualquier bolsillo. No había forma de saber cuándo podía haberlo escrito. «Pat Rutherford, habitación 31, 12:30», decía la nota, seguida de: «... leche y huevos».

¿Qué significaba?

Evidentemente necesitaba leche y huevos, e iba de camino a la tienda cuando le había fallado la memoria. Pero ¿cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? Además, debía de tener una cita con alguien llamado Pat Rutherford. Pero ¿quién diablos era Pat Rutherford?

Repitió varias veces el nombre, con creciente frustración. ¿Era Pat Rutherford un hombre o una mujer? Tal vez ella era Pat Rutherford. Pero ¿por qué escribiría su propio nombre en un trozo de papel, junto al número de una habitación, y lo guardaría en su propio bolsillo? A no ser que perder la memoria fuera algo habitual para ella y la experiencia le hubiera enseñado a llevar siempre consigo sus propios datos personales. Claro, y concertar una cita para hablar consigo misma. ¡Basta de bobadas!

¿Había acudido a la cita? ¿Se había entrevistado con Pat Rutherford a la hora convenida, recogido casi diez mil dólares y a continuación asesinado a esa pobre persona? ¿Era la sangre de Pat Rutherford la que estaba impregnada en su vestido? ¿Le había estado haciendo chantaje a Pat Rutherford? ¿Era Pat Rutherford quien le hacía chantaje a ella? ¿Se había vuelto completamente loca? ¿De dónde sacaba ideas tan descabelladas?

—Pat Rutherford, ¿quién eres?

Encontró una guía telefónica en la mesilla de noche y la abrió por la letra R: Raxlen, Rebick, Rossiter, Rule, Rumble, varias páginas de Russell, Russo, Rutchinski y, por fin, Rutherford, media página de Rutherford en la zona urbana de Boston, sin incluir los alrededores. Había un Paul y dos Peters, pero ningún Pat, a pesar de que en tres de ellos sólo figuraba la inicial P. Consideró la posibilidad de llamar a cada uno de ellos, pero abandonó inmediatamente la

idea. ¿Qué le diría al señor, señora o señorita P. Rutherford? «Hola, es probable que usted no me conozca y Dios sabe que tampoco me conozco a mí misma, pero ¿podría decirme si en algún momento nos hemos reunido a las doce y media, en la habitación treinta y uno de algún lugar? Y, a propósito, ¿le causé heridas graves?».

Menuda ocurrencia.

Abandonó la guía telefónica y dirigió una mirada fugaz alrededor del cuarto decididamente anticuado, con miedo de concentrarse en cualquier cosa durante más de unos segundos.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? —preguntó, con la mirada fija en el elevado techo, cansada y hambrienta—. ¿Acudo a la policía o procuro resolver la situación por mi cuenta? ¿Me dirijo al manicomio más próximo o tomo un baño? ¿Debo actuar ahora o esperar a mañana por la mañana? ¿Qué debo hacer? —agregó, mientras hojeaba distraídamente la extensa carta del servicio de habitaciones—. En caso de duda —se oyó a sí misma que respondía—, lo mejor es comer.

No estaba segura del origen de aquella filosofía, pero parecía una solución tan buena como cualquiera y optó por levantar el teléfono, llamar al servicio de habitaciones y pedir un chuletón con ensalada de patatas. Le bastó con una pequeña pausa para responder que lo quería medio hecho, mayonesa para las patatas y agua mineral en lugar de vino tinto. Descartó la posibilidad de que fuera vegetariana y confió en no padecer ninguna extraña alergia. Estaba demasiado hambrienta para complicaciones innecesarias.

Veinte minutos, le respondieron del servicio de habitaciones. Veinte minutos para lavarse para la cena. Se dirigió al espacioso baño de baldosas blancas, después de dejar la gabardina sobre una silla de respaldo elevado, junto a la puerta del mismo.

«¡Que agradable sería desaparecer! —pensó mientras el agua rodaba por sus mejillas como lágrimas—. He perdido la mente, ¿por qué no también el cuerpo? Tal vez sea preferible no descubrir quién soy ni lo que he hecho. Quizá deba sentirme agraciada. Puede que valga la pena mantenerme alejada de aquello de lo que huyo».

Sin duda alguien la echaría de menos. Con toda seguridad alguien debía buscarla, sin saber mejor que ella misma dónde hacerlo. Sus padres o su marido, si lo tenía; su jefe o sus empleados; su profesor o sus alumnos; sus amigos o enemigos; ¡tal vez incluso la policía! ¡Sin duda alguien, en algún lugar, debía de estar buscándola! ¿Por qué no se limitaba a entregarse a la policía y lo averiguaba?

Porque todo se habría resuelto por la mañana, se dijo a sí misma cuando salió de la ducha y oyó que alguien llamaba a la puerta. Sabía quién era, pero, a pesar de ello, lo preguntó, con una voz ronca y apenas audible.

—Servicio de habitaciones —fue la previsible respuesta.

—Un momento —dijo ahora en un tono más firme y decidido.

En el momento en que acercaba la mano a la manecilla de la puerta, vio de reojo los montoncitos de dinero al pie de la cama y quedó paralizada. Durante unos instantes contempló la posibilidad de dejarlo todo tal como estaba y permitir que el desprevenido camarero entrara en la habitación, dejara la comida sobre la mesa y viera aquel montón de dinero esparcido sobre la cama, para comprobar cómo reaccionaba. ¿Fingiría que no lo había visto, o que era lo más normal del mundo instalarse en un hotel y esparcir casi diez mil dólares sobre la cama? ¿No era lo habitual?

Llamaron de nuevo a la puerta. ¿Cuánto tiempo había permanecido inmóvil? Dirigió la mirada a su muñeca y recordó vagamente haberse quitado el reloj, así como el vestido manchado de sangre, que seguía arrugado en el suelo.

—Un momento —respondió, al tiempo que recogía el vestido para dejarlo en el armario, se ajustaba el reloj a la muñeca mientras retiraba la toalla que llevaba debajo de la gabardina para cubrir con ella los fajos de dinero y, en el último momento, cogía uno de los billetes sueltos y se lo guardaba en el puño cerrado.

Cuando abrió la puerta claramente jadeaba, como si acabara de completar un maratón. Tuvo que realizar un esfuerzo casi sobrehumano para tirar de la puerta, echarse a un lado y permitir que el anciano camarero entrara en la habitación. Su mirada saltaba del camarero a la cama, pero si el anciano se percató de su nerviosismo o se preguntó por qué llevaba la gabardina puesta cuando estaba evidentemente empapada, no dijo nada al respecto, ni desvió su atenta mirada del carrito que empujaba.

—¿Dónde quiere que se lo deje? —preguntó, en un tono amablemente indefinido.

—Aquí mismo —respondió ella, al tiempo que señalaba la mesa junto a la ventana, sorprendida por la facilidad de sus palabras.

Después de que el camarero dejara la bandeja sobre la mesa, le entregó el billete de cien dólares arrugado y le dijo que se quedara con el cambio. Pareció titubear, antes de contemplar la cama con desagrado.

Se le cayó el alma a los pies y tuvo que agarrarse a la mesa para no tambalearse. ¿Habría visto el dinero? ¿Le habría hecho señas desde su

húmedo escondrijo, como el corazón chismoso del cuento de Edgar Allan Poe?

—Mandaré a alguien para que le arregle la cama —dijo.

—¡No! —exclamó inmediatamente con un chillido que los sobresaltó a ambos.

Se aclaró la garganta, oyó su propia carcajada y una especie de explicación balbuceante para que no la molestaran, porque tenía mucho trabajo. El camarero asintió, se guardó el dinero y salió apresuradamente de la habitación.

Esperó, hasta estar segura de que se había marchado, antes de abrir de nuevo la puerta y colocar el letrero de «No molestar» en la manija. A continuación se dirigió a la mesa, retiró la tapadera plateada de la fuente y empezó a cenar. Pero después de haber comido apenas unos bocados, volvió a sentirse presa de la fatiga y se tambaleó hasta la cama, completamente agotada. Sin molestarse en retirar el dinero ni quitarse la gabardina, apartó la colcha y se metió bajo una gruesa manta azul. Su último pensamiento, antes de quedarse dormida, fue el de que cuando despertara todo volvería a tener sentido, estaría todo de nuevo en su lugar.

Pero cuando abrió los ojos a las seis de la mañana, nada había cambiado. Todavía no tenía idea alguna de quién era.

Tres

La primera hora fue la más dura. El hecho de descubrir, cuando abrió los ojos, que los supuestos poderes recuperadores del sueño no le habían permitido recobrar la memoria, la impulsó a dirigirse al baño, para vomitar lo poco que había logrado ingerir de la cena. Cuando llegó el desayuno de zumo fresco de naranja, *croissants* y café, que había pedido al sentirse de nuevo hambrienta, comprobó que le habían mandado también un periódico. Su mirada oscilaba nerviosa entre el periódico y la televisión, con el temor de aparecer en uno u otra.

¿De qué tenía miedo? ¿Esperaba realmente ver su fotografía en primera plana? ¿Creía ser el tema del día en el programa de Oprah Winfrey?

Obligó a sus dedos a acercarse a los mandos del televisor y encenderlo, medio a la expectativa de ver su rostro en la pantalla. Pero en su lugar vio a una atractiva rubia de poco más de veinte años, que leía las noticias con una voz tan alegre que le entraron ganas de volver a vomitar y no oyó nada de una atractiva morena treintona desaparecida, aunque un individuo de Carolina del Norte aseguraba haber visto a Elvis cuando vaciaba la basura.

Tampoco había nada en el periódico de la mañana: ningún preso fugado en la zona, ni palabra de alguien que hubiera huido de algún manicomio, ninguna mujer buscada por la policía en conexión con algún delito, ninguna mención de alguien que se hubiera alejado aturdido de un accidente grave. Nada.

Se le ocurrió que si no era oriunda de Boston, si vivía en algún otro lugar del país y sólo estaba en Boston de visita, no habría razón para que los periódicos locales se interesaran por ella. No obstante, la sangre de su vestido estaba todavía húmeda cuando la descubrió, lo cual sugería que lo que hubiera ocurrido no había tenido lugar muy lejos ni hacía mucho tiempo de ello.

Recordó el papel que había encontrado en su bolsillo: «Pat Rutherford, habitación 31, 12:30». ¿Había alguna mención en el periódico acerca de Pat Rutherford? Lo leyó y no encontró nada. Si la sangre de su vestido era la de Pat Rutherford, la persona en cuestión había experimentado una espectacular

recuperación, o yacía todavía en algún lugar sin que nadie la hubiera descubierto.

Después de llegar a la conclusión de que no sacaría nada en claro del periódico, se concentró en la televisión, cambiando permanentemente de canal entre Buenos días América y el espectáculo Today, entre Phil, Oprah, Sally Jessy y Geraldo. Descubrió que había especialistas en lesbianas maltratadas y travestis cleptómanos, que existía una verdadera legión de muchachas que habían tenido no uno sino varios hijos antes de cumplir trece años y un sinfín de maridos que se negaban a acostarse con sus esposas. Lo descubrió porque había innumerables personas que hablaban de ello, que le abrían su corazón a Sally Jessy, a Geraldo, a Oprah y a Phil por los canales nacionales de televisión. Ya no había secretos, había desaparecido la intimidad.

Pensó en llamar a las emisoras de televisión. «Tengo una gran idea —les diría—: mujeres que no saben si son lesbianas maltratadas o cleptómanas disfrazadas, que no saben cuántos hijos tuvieron antes de los trece años, que no tienen ni idea de si su marido se acuesta con ellas más de dos veces por año. Mujeres que no saben quiénes son». «Olvídelo —oía que le respondían de la emisora—, hay demasiadas de éstas por todas partes».

Puede que estuvieran en lo cierto. Pero ¿cuántas llevan diez mil dólares en el bolsillo y la ropa empapada de sangre?

«¿Por qué no nos lo había dicho antes?», oyó que exclamaban emocionados al unísono Phil, Oprah, Sally Jessy y Geraldo. «¡Mujeres ricas, empapadas de sangre, que no saben quiénes son! ¡He ahí una idea, cuyo momento definitivamente había llegado!».

Después de los informativos llegaron los programas de juegos, seguidos de los seriales. La pantalla se llenó de gente hermosa y una voz profundamente masculina anunció Los jóvenes y los inquietos. «Los jóvenes y los inútiles», recordaba que lo había llamado el joven tendero, cuando se acomodó para mirarlo. ¿Quién era esa atractiva gente cargada de problemas y qué hacía tan bien vestida en plena tarde?

Sacó a contrapelo su propio vestido del armario y examinó la mancha de sangre como si fuera una obra de arte moderno, quizá de Jackson Pollock. Pero al igual que las obras abstractas, no le reveló absolutamente nada. Formó con el mismo una pelota, lo arrojó contra la pared y vio cómo se abría silenciosamente al caer al suelo, mofándose de ella. Volvió a su antigua posición al pie de la cama, con la mirada perdida en la lejanía, hasta que por

el ángulo del sol a través de las gruesas cortinas dedujo que había llegado el atardecer.

Las noticias de las seis y media hablaban de un nuevo conjunto de problemas, pero no mencionaron a una mujer sola con sangre en el vestido y dinero en el bolsillo. Dan Rather ignoraba beatíficamente su existencia, al igual que Tom Brokaw y Peter Jennings.

—¿Quién soy? —exclamó enojada, antes de apagar el televisor y pedir la cena al servicio de habitaciones, maravillada ante la persistencia de su apetito—. ¿Qué me ha ocurrido? ¿Dónde he dejado mi vida?

Al comienzo del día siguiente, sabía que debía averiguarlo.

Copley Place es una combinación impresionante de tiendas y oficinas en Copley Square, en el corazón de Back Bay. Alberga un hotel importante, varios restaurantes excelentes y más de un centenar de tiendas en dos niveles, cada uno de la longitud de una manzana. Sólo cabe describirlo como impresionante.

Ella no estaba impresionada, sino asustada.

Con sólo su ropa interior bajo la gabardina y los zapatos que apretaban los dedos desnudos de sus pies, se dirigió al ultramoderno almacén Neiman Marcus, al fondo de la plaza. En la mano llevaba una bolsa de plástico que había cogido de su habitación en el hotel, llena de nítidos fajos de billetes de cien dólares. El dinero cubría otra bolsa de plástico, que contenía su vestido manchado de sangre.

—¿Puedo servirle en algo?

Miró a su alrededor, descubrió que de algún modo había llegado al departamento de ropa femenina y asintió para saludar a la mujer bajita con aspecto de pájaro que tenía junto al codo. Si algo necesitaba en aquel momento era que alguien la ayudara.

—Necesito algunas cosas nuevas —dijo en un tono desconcertantemente tranquilo—. No tengo qué ponerme.

—¿Se refiere a un guardarropa completo? —preguntó la dependienta, procurando no manifestar su emoción, al tiempo que se acercaba y dejaba caer los brazos.

—No, sólo algo para hoy.

La esperanza de una amplia comisión se esfumó del flaco rostro de la vendedora.

—¿Quiere ver los vestidos o prefiere algo más deportivo? —preguntó en un tono tentativo, como si temiera que quizá le tomaba el pelo.

—Deportivo —respondió inesperadamente—. Tal vez un pantalón y un jersey ligero.

—Sígame —dijo la dependienta, mientras la conducía a un rincón del almacén, lleno de hermosa ropa veraniega—. ¿Qué talla?

Contuvo la respiración, al tiempo que procuraba recordar la talla impresa en la etiqueta de su vestido azul.

—Ocho.

—¿En serio? —exclamó la mujer examinando con aprensión la gabardina, como si pudiera ver a través de la misma—. Yo diría que su talla es la seis.

—Puede que tenga razón. Creo que he perdido un poco de peso últimamente.

—¡Vaya suerte la suya! Sé lo difícil que puede ser. Yo no he pasado de los cuarenta y cinco kilos en toda mi vida, pero mi hija, pobre chica, ha salido a la familia de su padre y siempre está a régimen ¡De modo que la felicito!

Se sintió estúpidamente orgullosa de sí misma.

—De modo que va a hacerse usted misma un regalo —prosiguió la dependienta—. Se lo merece, querida, aunque en su lugar yo procuraría no perder más peso. Después de cierta edad, las mujeres tienen mejor aspecto cuando les sobran unos kilos —agregó, al tiempo que cogía unos pantalones de algodón castaño claro y un jersey, también de algodón, de manga corta, con unas flores color castaño sobre un fondo pardo—. ¿Le gusta? —preguntó.

¿Le gustaba?

—¿Por qué no se los prueba para comprobar la talla? Entonces tendremos una idea más clara de lo que buscamos.

Asintió, cogió la ropa de las manos de la dependienta y la siguió al probador.

—Estoy aquí si me necesita.

Entró en el pequeño cubículo y se aseguró de haber cerrado debidamente la cortina, antes de quitarse la gabardina. Entonces se puso el pantalón castaño de talla seis y el jersey pardo de manga corta, con flores estampadas, de talla única. Se abrochó el pantalón sin dificultad alguna y el jersey caía elegantemente de sus hombros. Retrocedió un paso y se contempló en el espejo. No tenía mal aspecto. La dependienta tenía buena vista.

—¿Cómo le sienta? —dijo una voz desde el otro lado de la cortina.

—A pedir de boca —respondió, al tiempo que salía del cubículo con la nueva ropa puesta—. Me la quedo. ¿Puede quitar las etiquetas?

—¿Quiere decir que se la lleva puesta?

—Si no hay inconveniente... —asintió. La dependienta se encogió de hombros.

—No es habitual, pero no creo que sea la primera vez. ¿Cómo piensa pagar?

—Al contado.

—Me lo temía —dijo la dependienta, mientras la acompañaba al mostrador correspondiente y buscaba los papeles necesarios—. Hace tanto tiempo que nadie paga al contado, que espero no haber olvidado cómo hacerlo —agregó, al tiempo que miraba preocupada a su alrededor—. ¡Caramba! Creo que ha olvidado el bolso en el probador...

—No llevaba bolso.

La dependienta quedó paralizada.

—Tengo dinero —aseguró, dando unos golpecitos en la bolsa de plástico—. Lo que no tengo es bolso. Debo comprar uno.

—Parece que necesita bastantes cosas —comentó la dependienta con un esfuerzo por mantener la vista alejada de la bolsa de plástico.

—Sí, tiene razón.

—Bien, ha venido al lugar adecuado. El departamento de bolsos está en la planta principal, junto al de cosméticos. Esto serán doscientos treinta y siete dólares con veintiocho centavos.

Hundió lentamente la mano en la bolsa de plástico y sacó tres billetes de cien dólares. La dependienta abrió los ojos de par en par, a continuación bajó la cabeza, le entregó el cambio correspondiente y vio cómo se lo guardaba en la misma bolsa. Acto seguido retiró las etiquetas de las nuevas prendas sin decir palabra. No sabía lo que ocurría, pero había decidido evidentemente que no era de su incumbencia.

—Recuerde: los bolsos están en el primer piso, junto al departamento de cosméticos —exclamó la dependienta cuando ya se alejaba.

Pasó la próxima hora comprando. Cambió los zapatos Charles Jourdan por unas zapatillas planas de lona abiertas por delante, compró un nuevo sujetador y unas bragas de seda rosa pálido, un elegante bolso de cuero color marfil, un monedero azul marino y unas gafas de sol con montura de concha de tortuga. Sus compras duraron bastante más de lo debido por el hecho de pagar al contado, costumbre al parecer abandonada desde hacía mucho tiempo por la mayoría de los clientes y casi olvidada por los dependientes. A continuación se dirigió al departamento de cosméticos, donde una ávida y joven dependienta le sugirió unos polvos color melocotón para el cutis y un lápiz de

labios del mismo color, así como un rímel muy oscuro que le resultaría imprescindible.

Se encerró con todos sus artículos en el lavabo, donde se quitó el pantalón y el jersey. A continuación sustituyó su viejo sujetador y las bragas por las nuevas prendas de encaje rosado que acababa de comprar. Después de volverse a poner el pantalón y el jersey, trasladó varios billetes de cien dólares a su nuevo monedero, que colocó, junto con las gafas de sol, en su nuevo bolso. Acto seguido envolvió su vieja ropa interior con la gabardina, salió del lavabo y brindó una tímida sonrisa a una anciana de pelo azul que se ajustaba la dentadura postiza delante del espejo. A continuación arrojó el paquete a una papelera.

Se colocó junto a la anciana, frente al espejo, para embadurnarse las mejillas con sus nuevos polvos color melocotón y ver cómo el rímel transformaba inmediatamente sus corrientes pestañas en algo exótico y exuberante. Otro tanto ocurrió con su boca, al utilizar el lápiz melocotón de los labios, que pareció aumentar de tamaño.

—Un tono encantador —afirmó la mujer de cabello azul, que acababa de colocar finalmente la dentadura en su lugar—. ¿Cómo se llama?

—Melocotón —leyó en voz alta, en la parte inferior del tubo.

—Claro, evidente —afirmó la mujer, antes de desaparecer.

—Claro, evidente —repitió ella, sin pensar en sus labios sino en su situación—. Claro, evidente.

Le asombraba lo bien que conocía la ciudad. Sabía exactamente a qué distancia estaba todo, si podía andar o utilizar transporte público, o si valía la pena coger un taxi. Se sentía a gusto en aquella ciudad y, no obstante, no había visto un solo rostro familiar por la calle, ni se le había acercado nadie para saludarla, ni había visto nada que provocara una reacción especial por su parte. Se sentía sola y anónima, como una niña perdida a la espera desde varios días de que sus negligentes padres fueran a recogerla.

Pasó frente a un puesto de periódicos, convencida, puesto que ya lo había comprobado, de que no se la mencionaba en el periódico de hoy. No sólo nadie había preguntado por ella, sino que nadie parecía saber que hubiera desaparecido.

—Melocotón —dijo en voz alta, frente a la ajetreada estación de autobuses de Greyhound.

Se abrió paso entre la muchedumbre hasta el fondo de la misma, en busca de la consigna donde depositar la bolsa de plástico, que contenía su vestido manchado de sangre y la mayor parte de su dinero. Pero cuando estaba a punto de introducir la cantidad indicada en la rendija de una de las taquillas, vio un letrero en el que se decía que se vaciaban todas las taquillas cada veinticuatro horas y comprendió que debía encontrar otro lugar más idóneo.

—Discúlpeme —le dijo a un hombre mayor, con nítidas patillas blancas y un impecable uniforme azul—. ¿Hay algún lugar donde guardar un paquete durante más de veinticuatro horas?

—Gire a la derecha —respondió, al tiempo que señalaba con un dedo—. Y diríjase al fondo del pasillo.

Siguió sus indicaciones, con la bolsa ligeramente alejada de su cuerpo, como si contuviera fragmentos humanos y no sólo su vestido manchado de sangre.

—Quiero guardar este paquete —le dijo a la mujer de aspecto hastiado, al otro lado del mostrador.

—Veinte dólares de depósito —respondió la mujer sin apenas levantar la mirada de la revista que leía.

Dejó veinte dólares sobre el mostrador, al tiempo que la mujer cerraba con reticencia la revista y extendía un recibo, antes de dar la vuelta al mostrador y entregarle una llave.

—Se necesitan dos llaves —explicó con la voz en piloto automático, mientras la acompañaba a una pared cubierta de cajas fuertes—. Usted guarda una y nosotros la otra. Ambas son necesarias para abrir la caja, de modo que no la pierda. Se ajustan las cuentas cuando recoja su equipaje.

Asintió para indicar que comprendía las reglas e introdujo rápidamente la bolsa de plástico en la caja ahora abierta, comprobando que le temblaban las manos. ¿Lo habría visto también la empleada? ¿Se apresuraría a denunciarla a la policía cuando volviera la espalda? Mujer misteriosa con manos temblorosas ha guardado un paquete sospechoso en la caja trescientos sesenta y dos. Acérquese con cautela. Parece culpable de algo.

No importaba. Había tomado ya la decisión de entregarse. Lo había decidido por la mañana, al comprender por fin que su condición podía ser más permanente de lo que imaginaba al principio. No podía pasar un día más en ese limbo autoinfligido. Si no podía descubrir quién era por sí sola, debía permitir que lo hicieran otros, independientemente de cuál pudiera ser la causa de su situación, la razón de la sangre de su vestido, o de quién pudiera haberle llenado los bolsillos de billetes de cien dólares. Lo que hubiera

ocurrido, o lo que pudiera haber cometido, no podía ser peor que aquello: el hecho de no saber.

Pero también había decidido que antes de entregarse a las autoridades competentes, antes de descubrir qué terrible delito había cometido, valía la pena no entregar las pruebas. La policía se interesaría excesivamente por el dinero y la sangre. ¿Y quién podía reprochárselo? ¿No le había ocurrido otro tanto a ella misma?

No, antes de confundir el tema con pruebas de su culpabilidad, quería saber ante todo de qué crimen se la suponía culpable. Si entraba en la comisaría con una bolsa llena de dinero y un vestido empapado de sangre, cundiría el pánico, como le había ocurrido a ella. Era preferible reservarse aquella información, por lo menos de momento. Lo primero era lo primero. Y lo primordial era averiguar quién diablos era.

Esperó a que la empleada se refugiara de nuevo tras el mostrador y volviera a entregarse a su revista, antes de quitarse uno de sus nuevos zapatos, levantar el forro interior y ocultar la llave bajo el mismo. Tuvo una sensación extraña, errónea, como suelen producirla los secretos. Se sentiría mejor cuando se acostumbrara a ello, cuando su cuerpo se ajustara a la mentira.

Arrojó el recibo a la primera papelera y salió apresuradamente de la terminal, al tiempo que se preguntaba si le convenía parar en algún lugar para comer un poco, asombrada ante su persistente apetito. Entonces vio a un policía de aspecto juvenil en la esquina de Stuart y Berkeley, y de pronto desapareció su apetito.

—Discúlpeme —empezó a decirle con suma cautela—. ¿Cree que podría ayudarme?

Cuatro

—Bien, relájese; esto no le causará ninguna molestia.

—¿Qué va a hacer?

—Usted va a hacer un pequeño viaje. No, no se mueva. Le prometo que no sentirá absolutamente nada. Procure relajarse. En unos diez minutos, todo habrá terminado.

Estaba en el hospital municipal de Boston, centro hospitalario de cuatrocientas cincuenta camas, donde se atendía principalmente a pobres e indigentes. La policía la había traído después de determinar que ninguna mujer de sus características estaba reclamada por la justicia, ni figuraba en su lista vigente de personas desaparecidas. Le habían tomado las huellas dactilares, que se proponían mandar a Washington, y su fotografía, que pensaban entregar a los periódicos, pero no sin antes someterla a algunas pruebas médicas en el hospital. Optaron por el hospital municipal de Boston, en lugar del lujoso Massachusetts General, cuando dedujeron que alguien desprovisto de documentos de identidad no tendría probablemente ningún seguro médico.

La policía la había dejado en manos de un interno que estaba tan perplejo como ella misma y que le formuló las mismas preguntas que la policía: ¿Cuándo se dio cuenta de que había perdido la memoria? ¿Dónde estaba exactamente entonces? ¿Dónde fue? ¿Había estado bebiendo? ¿Qué puede decirnos acerca de sí misma?

Contestó todas las preguntas, a excepción de la última, la más importante.

El interno comenzó su exploración por las pupilas para comprobar si reaccionaban a la luz. Satisfecho de que lo hacían, verificó su pulso y presión sanguínea, también satisfactorios. Le hizo un análisis de orina y le examinó la cabeza, en busca de alguna contusión. Puesto que todo parecía correcto, llamó al médico de guardia, que era un joven barbudo y malhumorado, cuyo rostro no parecía haber sido nunca mancillado por una sonrisa, ni lo hizo en la media hora que dedicó a examinarla.

El doctor Klinger, nombre con el que se presentó solemnemente, con igual énfasis en cada sílaba, le examinó también las pupilas, el pulso y la presión,

antes de ordenar que se le hicieran una serie de análisis de sangre. Cuando ella preguntó por el propósito de los mismos, el médico respondió, con detectable impaciencia, que procuraban eliminar diversas causas físicas de su amnesia. Cuando le pidió que se explicara con mayor claridad, el doctor pareció sentirse molesto, como si las respuestas fueran perfectamente evidentes, y dijo que intentaban eliminar el alcohol, las drogas, el sida y la sífilis terciaria, como posibles causas de su condición. Abrió los ojos alarmada. La sífilis terciaria era algo en lo que ni siquiera había pensado.

—¿Cree realmente que puedo tener sífilis? —no pudo evitar preguntarle en tono casi humorístico.

—No lo creo —respondió, como si tuviera que hacer un esfuerzo para hablar—. Lo consideraría más probable si fuera negra.

Incluso sin saber quién era, sabía que la ofendía la indiferencia del médico. «Sólo despierto su curiosidad por el hecho de ser blanca —pensó—. Si fuera negra, me harían pasar por borracha, drogada o demente grave debido a mi exacerbada promiscuidad». Se percató de que tenía el puño cerrado bajo el bolso y sintió el deseo de lanzarlo contra el rostro del médico.

—¿Qué más comprueban?

—Hacemos una serie de pruebas metabólicas —respondió en un tono seco y desinteresado— para descartar problemas de la tiroides, los riñones y el hígado. Así como desequilibrios químicos o deficiencias vitamínicas.

—¿Cuánto tardarán?

—Probablemente tendremos los resultados dentro de una hora. Entretanto, le haremos un EEG.

—¿Van a conectarme un montón de cables en la cabeza?

No se molestó en responder, hasta después de colocar los cables a intervalos apropiados en el cráneo.

—El EEG graba las ondas del cerebro y nos permite ver cualquier anomalía. No creo que revele nada en su caso.

—¿Por qué lo dice?

Se encogió de hombros, sin responder.

—Cree que soy alcohólica, ¿no es cierto?

—Creo que la posibilidad existe.

Estaba ahora tan furiosa que tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no saltar de la mesa y estrujarle el cuello. ¿Trataría a todos sus pacientes con tanto desdén?

—Si fuera alcohólica —dijo pausadamente, controlando su enojo—, ¿a estas alturas no manifestaría mi cuerpo síntomas de abstinencia? Me refiero a

que desde hace dos días no bebo más que agua mineral y no me ha causado ningún problema.

—De nada sirve especular. ¿Por qué no esperamos a recibir los resultados de los análisis?

«¡Por qué no le meto un tubo de ensayo por el culo a ese necio condescendiente!» pensó sin decirlo.

El EEG reveló que las ondas de su cerebro eran perfectamente normales, y el doctor Klinger hizo una mueca afectada, con los labios arqueados como el bigote de Fu Manchú.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, mientras el médico hacía unos garabatos claramente ilegibles en su carpeta.

—Esperaremos los resultados de los análisis de sangre —repitió—. Entretanto hablaré con el doctor Meloff para practicarle una exploración CAT.

El médico le daba ya la espalda y había casi abandonado la sala mientras hablaba, por lo que no se enteró exactamente de lo que pensaban hacerle, hasta que el doctor Meloff repitió las mismas palabras al cabo de un rato.

Llamaron al doctor Meloff, neurólogo de guardia, cuando los resultados de los análisis de sangre no revelaron ningún problema de tiroides, hígado, ni riñones, ni ningún desequilibrio químico, deficiencia vitamínica, indicación alguna de alcoholismo, drogadicción, sida, sífilis, ni infección alguna que pudiera afectar el cerebro. El neurólogo era un hombre apuesto, con una tupida cabellera negra, patillas ligeramente canosas y una amable sonrisa, propia de su relajada actitud.

—Soy el doctor Meloff —dijo, mientras examinaba su ficha y movía la cabeza conteniéndose la risa—. ¿De modo que hoy no acaba de sentirse como sí misma?

Ella no pudo menos que soltar una carcajada.

—Así está mejor —agregó, al tiempo que examinaba sus pupilas, al igual que el interno y el médico de guardia antes que él, y a continuación le movía la cabeza de un lado para otro—. ¿Cómo me llamo? —preguntó entonces, sin darle importancia.

—Doctor Meloff —respondió ella automáticamente.

—Bien. Siga mi dedo —dijo el médico, mientras trazaba un dibujo imaginario en el aire—. Y ahora por aquí —agregó, al tiempo que retiraba el dedo de su campo visual—. No, no mueva la cabeza. Eso es. Bien. Muy bien.

—¿Qué es lo que está muy bien?

—A primera vista, no se detecta ninguna lesión física. ¿Recuerda haber recibido algún golpe en la cabeza? ¿Tal vez una caída? —preguntó mientras le exploraba el cráneo y le palpaba la nuca.

—No, nada. Que yo recuerde.

—¿Qué es exactamente lo que recuerda?

—¿Otra vez? —protestó—. Ya se lo he contado todo a la policía y a los otros médicos. Estoy segura de que todo figura en algún lugar de mi ficha...

—Sólo para complacerme.

Lo dijo con tanta ternura que no pudo resistirse. El doctor Klinger, que según comprobó había abandonado la sala, podría aprender unas cuantas cosas de él, pensó.

—No recuerdo absolutamente nada sobre mí misma —respondió en tono suplicante—. Lo único que sé es que me encontré en la esquina de Cambridge y Bowdoin, sin saber qué hacía allí, cómo había llegado, ni quién era. Entonces caminé durante varias horas y, por último, me instalé en el hotel Lennox.

—¿Con qué nombre?

—Me lo inventé —contestó, al tiempo que se encogía de hombros—. Cindy McDonald. La policía ya lo ha investigado. No existo.

—Claro que existe —sonrió el médico—. Tal vez un poco delgada, pero sin duda existe. ¿Cómo me llamo?

—Doctor Meloff.

—Bien. De modo que, después de pasar varias noches en el hotel Lennox, se entregó a la policía.

—Sí.

—¿Cómo pagó el hotel?

—Encontré dinero en mis bolsillos —respondió, casi con una carcajada.

—¿Por qué no fue directamente a la policía?

Suspiró, en preparación para la mentira que iba a contar. La policía le había formulado las mismas preguntas y le respondió al médico lo mismo que había contestado a aquéllas.

—Estaba confundida. Pensaba que recuperaría la memoria de un momento a otro. No sé por qué no acudí inmediatamente a la policía —concluyó, consciente de que lo sabía perfectamente, mientras pensaba en los fajos de billetes y en su vestido manchado de sangre.

Si dudaba de ella, no lo manifestó.

—Pero ¿no tiene dificultad alguna en recordar lo sucedido estos últimos días?

—Ninguna.

—¿Y referente a la vida pública? ¿Sabe quién es presidente?

—Sé quien es —respondió—, pero no sé si voté por él.

—Levántese —dijo el médico, al tiempo que la ayudaba a incorporarse—. Cierre los ojos y levante la pierna izquierda. Bien. Ahora la otra. ¿Cómo me llamo?

—Doctor Meloff. ¿Por qué insiste en preguntármelo? No tengo ningún problema en recordar quienes son los demás, a quien no recuerdo es a mí misma.

—Ahora puede abrir los ojos.

Tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse ante el doctor Klinger.

—El explorador CAT está listo para la paciente —dijo, como si ella no estuviera presente en la sala, menospreciando el escaso sentido que de sí misma tenía.

—Está bien, doctor Klinger —respondió el doctor Meloff, al tiempo que la cogía del brazo para indicarle el camino—. Yo acompañaré a la señora McDonald a rayos X.

Su sonrisa era casi sonora cuando salieron al pasillo.

El departamento de rayos X estaba situado en el sótano del hospital. El personal, a no ser que se viera obligado a ello, hacía caso omiso de los pacientes con aspecto asustado y confundido que deambulaban por los monótonos pasillos. Todo el mundo parecía distraído, hartado, agotado. Todos parecían desear encontrarse en cualquier otro lugar.

La sala donde se iba a practicar su exploración estaba dominada por una voluminosa máquina parecida a un túnel, en el centro de la misma. Le ordenaron que se acostara sobre una plataforma larga y estrecha que se introducía en la máquina, que juntara las manos al cuerpo y que no se moviera en absoluto. El radiólogo se aseguró de que no llevara agujas en la cabeza y entregó su bolso a una enfermera.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó, casi en un gemido.

—Bien: relájese, esto no le causará ninguna molestia.

—¿Qué va a hacer?

—Usted va a hacer un pequeño viaje.

Se incorporó, dispuesta a protestar.

—No, no se mueva. Le prometo que no sentirá absolutamente nada. Procure relajarse. En unos diez minutos, todo habrá terminado.

—Y entonces ¿qué? —preguntó, al tiempo que se percataba de que la plataforma la introducía en la máquina.

—No se mueva en absoluto —ordenó el radiólogo—. Cierre los ojos. Descanse.

—Nos veremos dentro de diez minutos —dijo el doctor Meloff, cuando la oscuridad la envolvía como un manto.

Su cuerpo vibraba suavemente con el runruneo de la máquina, conforme penetraba con lentitud en el túnel. Deseaba abrir los ojos para mirar a su alrededor, pero le daba miedo. No recordaba si le habían dicho que mantuviera los ojos cerrados. Sólo oía que le repetían insistentemente que no se moviera.

«No te muevas —susurró en silencio—. No vuelvas la cabeza. No te desesperes. No te desesperes. No te desesperes. No te desesperes...».

«Son sólo diez minutos», se dijo a sí misma, con el deseo de dar un grito. Sólo diez minutos y saldría de ese condenado artilugio. Diez minutos era muy poco tiempo en términos generales. No era pedirle a una demasiado.

Diez minutos era una eternidad. Era una sucesión inacabable de segundos que debían transcurrir, que había que superar. No debía haberse sometido a esas pruebas. Debía haber empezado por no venir. No debía haberse entregado a la policía. Debía haber permanecido en el hotel Lennox hasta quedarse sin dinero y no tener otra alternativa.

Debía haber huido cuando tuvo oportunidad de hacerlo. ¿Cuánta gente, después de todo, tenía la oportunidad de empezar una vida completamente nueva? ¿Cuánta gente lograba, por medios propios o ajenos, hacer borrón y cuenta nueva? Se le había ofrecido una oportunidad, por la que muchos estarían dispuestos a asesinar. ¿Lo había hecho ella?

¡No, se advirtió a sí misma, no pienses en eso! No en estos momentos. Debía dejar de preocuparse por quién era y qué había hecho. ¿No era ésa la razón por la que estaba aquí? ¿Para que ellos pudieran averiguarlo en su lugar?

En todo caso, ¿qué importancia especial tenía saber quién era una? ¡No había más que ver a la enorme cantidad de gente en el mundo que sabía exactamente quién era y estaba profundamente amargada! Se le había brindado la oportunidad de empezar de nuevo y, junto con su gabardina y ropa interior, había cometido la insensatez de arrojarla a la basura. Y ahora estaba atrapada. Atrapada en el seno de una monstruosa máquina que tomaba fotografías de su interior y sin duda atisbaba también su alma. Atrapada en medio de un misterio que probablemente sería preferible no dilucidar. Atrapada en medio de una vida que había intentado abandonar.

«No te desesperes —le repetía una vocecita al oído—. Dentro de unos minutos todo habrá terminado».

«¿Qué habrá terminado? —le preguntó a la vocecita—. ¿Qué exactamente habrá terminado?».

«¡Cálmate! Cálmate. Procura no excitarte. Procura no trastornarte. Sabes que los trastornos sólo te causan problemas».

«¿Qué quieres decir? ¿Qué problemas? ¿Qué problemas me causan los trastornos?».

«Relájate. Procura conservar la calma. Sabes que de nada sirve que te enojés».

«¿Cómo lo sé? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres?».

La voz fue engullida por el runruneo de la máquina. Ya no oyó nada más que el silencio, sintió que regresaba al útero, como si se hallara en estado de suspensión, a la espera de nacer. Tras sus párpados cerrados vio colores, grandes manchas purpúreas y verde lima. Formaban un calidoscopio que bailaba delante de ella, se acercaba y retrocedía para sumirse en la oscuridad, y empezaba de nuevo al cabo de unos segundos.

«Síguenos —le suplicaban—. Te conduciremos a través de la oscuridad».

Los siguió hasta que desaparecieron, absorbidos por un brillante sol y se encontró abandonada en lo que parecía ser una selva tropical. Avanzaba entre las enormes hojas húmedas de exóticos árboles que configuraban la frondosa jungla. El suelo parecía crecerle por las piernas, como altas botas invernales. ¿Se estaba hundiendo? ¿Había entrado en un pantano de arenas movedizas?

Sopló una brisa alrededor de su cabeza que amenazaba envolverle el cuello como una boa, pero de pronto se disipó, perdió su fuerza y desapareció. Reapareció al cabo de unos instantes en forma de runruneo, sin presentar ya peligro alguno. De pronto sintió que su cuerpo se había liberado de sus estrechos confines.

—Como ha podido comprobar —dijo una reconfortante voz conocida, cuando abrió los ojos—, no ha sido tan terrible...

—¿Doctor Meloff?

—Y ni siquiera he tenido que preguntárselo —sonrió.

Se incorporó aturdida. ¿Dónde estaba? O para ser más exactos, ¿dónde había estado?

—Debo de haberme quedado dormida.

—La felicito. Probablemente estaba cansada.

—He tenido un sueño muy extraño.

—A juzgar por lo ocurrido con el resto de su vida, no es sorprendente —dijo el médico, al tiempo que le daba unos golpecitos en la mano—. La enfermera la acompañará arriba, mientras intento descifrar los resultados de la exploración. No tardaré mucho.

No lo hizo. Antes de una hora regresó con la noticia de que su exploración había sido perfectamente normal.

—¿Y ahora qué?

—No estoy seguro.

Ella se rió agradecida por su sinceridad.

—Nunca contestó a mi pregunta —dijo ella, al tiempo que veía cómo el médico levantaba una ceja— sobre por qué insiste en preguntarme su nombre.

—Para comprobar algo llamado síndrome de Korsakoff —respondió humildemente el doctor.

—Parece el título de una obra de Robert Ludlum.

—Efectivamente —asintió—. ¿Ha leído alguna?

—No lo sé.

—Qué le vamos a hacer.

—Y ¿qué es exactamente ese síndrome de Korsakoff?

—Incluye la pérdida de la memoria. El paciente es incapaz de recordar cosas de un momento a otro y, por consiguiente, confabula permanentemente.

—¿Confabula? ¿Quiere decir que miente? —preguntó, al tiempo que el médico asentía—. Confabula —repitió—. ¡Qué palabra tan hermosa!

—¿No es cierto? —inquirió—. Lo que ocurre es que se les dice el nombre y, puesto que al cabo de un par de minutos son incapaces de recordarlo, inventan otro.

—¿Por qué lo hacen?

—A la gente que padece amnesia, a menudo les resulta útil que los demás no sean conscientes del alcance de su condición. Así pueden acumular más datos sobre sí mismos sin que nadie se entere.

—Parece muy laborioso.

—Nadie ha dicho que olvidarse a uno mismo sea fácil.

—¿De modo que ha decidido que no padezco ese síndrome de Korsakoff? —sonrió.

—Creo que podemos olvidar al señor Korsakoff. Además se trata de un síndrome relacionado habitualmente con el abuso del alcohol, y eso ha quedado definitivamente descartado.

—¿Qué es lo que no han descartado?

—Me inclino a pensar, y no es más que una idea —afirmó—, que su amnesia se debe a algún tipo de trauma psicológico.

—¿Cree que estoy loca?

—No he dicho eso.

—Cree que todo es cosa de mi mente —declaró casi indignada, antes de soltar una carcajada—. Intenta decirme que el hecho de no recordar nada se debe a mi mente.

—Lo que intento decirle —sonrió— es que puede que padezca un síndrome agudo no psicótico.

—¿Le importaría hablar claro, por favor, doctor Meloff? —preguntó, con la sensación de que su cuerpo se impacientaba e inquietaba.

—Todo el mundo tiene un límite en cuanto a su capacidad para tolerar la angustia —respondió lentamente, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Cuando se alcanza dicho límite, algunas personas optan por huir mediante una pérdida repentina de la memoria. Se denomina estado de fuga y suele caracterizarse por la huida. Cuando la vida resulta excesivamente difícil, el individuo opta por hacer frente a la situación no ocupándose de ella en absoluto, dándose a la fuga.

—¡Por Dios, doctor Meloff! La gente soporta enormes dificultades en la vida cotidiana. No les da por deambular y olvidarse de quién son.

—Algunos lo hacen. Otros sufren ataques de nervios, maltratan a sus hijos, tienen amantes, atracan bancos o incluso cometen asesinatos. La histeria se presenta en muchas formas diversas.

Levantó la mirada hacia el cielo, mientras hacía un esfuerzo para impedir que le brotaran las lágrimas, con la imagen del vestido manchado de sangre que bailaba ante sus ojos.

—¿Entonces cree que padezco algún tipo de histeria?

—Hay mucha diferencia entre ser histérica y padecer amnesia histérica. La amnesia histérica es un mecanismo de supervivencia, una forma de autoconservación, si lo prefiere. Implica la pérdida de memoria relacionada con un período determinado de la vida del individuo, generalmente caracterizado por un gran miedo, furor o una profunda vergüenza y humillación.

—Parece que se ha informado.

—He intercambiado unas palabras con una de nuestras psiquiatras cuando venía hacia aquí —explicó.

—Tal vez soy yo quien debería hablar con la psiquiatra.

—Antes querría hacer algunas pruebas más —asintió—. Sólo para asegurarnos de que no nos ha pasado nada por alto.

—¿Por ejemplo?

—Pensaba en una exploración de resonancia magnética. Se diferencia del CAT en cuanto a que toma una imagen del cerebro mediante magnetismo, en lugar de rayos X. También hay algo denominado exploración MAEC, que consiste en obtener un mapa de la actividad eléctrica del cerebro, parecida a la del EEG. También podríamos efectuar una exploración PET, siglas que significan positrón de emisión tomográfica y que analiza el metabolismo del cerebro con material radiactivo.

—¿Piensa también someterme a una explosión atómica?

—Tal vez podamos evitarlo —respondió con una carcajada.

—¿Y si todas las pruebas producen resultados normales?

—Podríamos extraerle fluido medular, en busca de infecciones del sistema nervioso, o practicarle un arteriograma de los vasos que alimentan el cerebro.

—O limitarse a mandarme a la psiquiatra —ofreció ella, mientras pensaba en lo inesperadamente atractivo de dicha alternativa.

—O limitarnos a mandarla a la psiquiatra —asintió el médico.

—¿Y qué puede hacer la psiquiatra? Después de todo, no tengo gran cosa que contarle.

«¿Y lo del dinero? ¿Y lo de la sangre?», oyó que le preguntaba una vocecita en su interior. Alejó la voz, con un movimiento brusco de la cabeza.

—Probablemente la someterá a una serie de pruebas psicológicas y de memoria —respondió el doctor Meloff.

—Más pruebas —exclamó.

—Es nuestro plato fuerte.

—¿Cuánto durará todo esto?

—Depende de la rapidez con que logre organizarlo. Supongo que hablamos de unos cuantos días.

Ella refunfuñó incomprensiblemente.

—¿Qué ocurre? ¿Tiene algún compromiso?

—Esperaba acabar cuanto antes con esta pesadilla.

—Puede que acabe en cualquier momento —respondió el médico después de acercarse y cogerla de la mano, mientras ella le miraba esperanzada—. Los estados de fuga histérica, si éste es su caso, pueden invertirse inesperadamente. Y jamás he oído de ningún caso que durara más de dos meses.

—¿Dos meses?

—Suelen desaparecer con la misma facilidad con que aparecen, generalmente a los pocos días o semanas de su inicio. Pero escúcheme —dijo, al tiempo que le colocaba la mano sobre las rodillas y la cubría con la suya—: en lugar de especular más vale que acabemos cuanto antes con algunas de esas pruebas —agregó, mientras extendía el brazo hacia una silla cercana y cogía una revista que alguien había olvidado—. Relájese, póngase al día con relación a lo que ocurre en el mundo y que puede haber olvidado —aconsejó, mientras comprobaba la fecha de la revista—. Entérese de lo que ocurría hace un año y medio. Le formularé preguntas a mi regreso.

Dicho esto, se ausentó.

Ella permaneció sentada sobre la mesa de la consulta, con su nueva ropa, su nuevo bolso firmemente agarrado entre sus manos, la llave que había ocultado tras el forro interior de sus nuevos zapatos que le presionaba la planta del pie y se preguntó si debería contarle toda la verdad al doctor Meloff. Lo del dinero. Lo de la sangre. Contribuiría sin duda a apoyar su teoría de que se encontraba en algún tipo de estado de fuga histérica. Y entonces ¿qué? ¿Se lo comunicaría inmediatamente a la policía o lo trataría como algo confidencial entre médico y paciente? ¿De qué serviría confesárselo todo al buen doctor, aparte hacer que se sintiera mejor y posiblemente ahorrarle las molestias de la sonda medular y del arteriograma de los vasos que alimentaban el cerebro?

Suspiró y decidió contárselo todo al doctor Meloff a su regreso. Entretanto seguiría su sugerencia y se familiarizaría de nuevo con los sucesos de un pasado no demasiado lejano para poner a prueba su capacidad de recordar. Empezó a ojear las páginas de la manoseada revista, soltó una carcajada al ver la fotografía de Dan Quayle durante una de sus primeras visitas a Latinoamérica, quedó momentáneamente cautivada por la intensidad de la mirada de Tom Cruise y sonrió ante la desfachatez de los diseños antaño en boga de Christian LaCroix. Entonces vio a una joven que la miraba fijamente desde la puerta abierta y se le cayó la revista de las manos.

—Lo siento —dijo la joven, que vestía una impecable bata blanca, al tiempo que se acercaba para coger la revista del suelo—. Creí reconocerla cuando me crucé antes con usted por el pasillo, pero no estaba segura. Probablemente no se acordará de mí...

—¿Quién es usted? —exclamó.

—Soy la doctora Irene Borovoy —respondió de inmediato—. Nos conocimos en el hospital infantil hace poco más de un año. Yo hacía entonces

mi internado, a las órdenes de su marido. Usted es la esposa del doctor Whittaker, ¿no es cierto? —agregó, después de interrumpirse súbitamente y llevarse las manos junto a la boca—. ¿Jane Whittaker? ¿Me equivoco? No suelo cometer errores a la hora de relacionar los rostros con los nombres.

—Jane Whittaker —repitió, con un esfuerzo por pronunciar el nombre que no le resultaba en absoluto familiar.

—Su marido es un hombre encantador.

—Jane Whittaker —dijo de nuevo, al tiempo que saboreaba el sonido en su boca.

—¿Se ocupa alguien de usted, señora Whittaker? —preguntó la doctora Borovoy, con sus armoniosas facciones distorsionadas por un ceño fruncido—. ¿Se siente bien?

—Jane Whittaker —repitió una vez más, mientras contemplaba los ojos azul claro de la doctora.

Cinco

Esperaba a que el hombre que alegaba ser su marido acabara de hablar con los médicos y la policía, antes de enfrentarse a ella.

—Jane Whittaker —repitió de nuevo, con la esperanza de que su constante reiteración acabara por penetrar en su memoria e hiciera brotar su identidad.

Pero las palabras sonaban a vacío, carecían de resonancia. Se limitaban a vibrar en su cabeza en el momento de pronunciarlas y desaparecían sin dejar huella. No traían consigo revelación alguna, ninguna súbita epifanía. Estaban desprovistas de bagaje emocional, sólo inspiraban una sensación sorprendente, casi avasalladora, de indiferencia.

—Jane Whittaker —susurró, con énfasis en cada sílaba, sin sentir nada en absoluto—. Jane Whittaker.

Le pareció paradójicamente apropiado que su nombre fuera Jane. ¿No era ése el nombre que siempre otorgaban a los cadáveres de hembras no identificadas encontrados en el puerto de Boston? ¿Y a las mujeres no identificadas halladas asesinadas en la calle?

—Jane Doe —susurró entre dientes.

Para no mencionar a Jane Eyre, a la espera de que el misterioso señor Rochester hiciera su aparición. ¿Realizaría el hombre que ahora alegaba ser su marido una entrada tan dramática como la de aquel caballero, sobre su gallardo corcel, para caer entonces del caballo y retorcerse el tobillo ante su confusa doncella? ¿Sería tan moreno, robusto y decidido como aquél? ¿Y tampoco lograría ella reconocerle, como le había ocurrido a Jane Eyre con el futuro gran amor de su vida?

Para no hablar tampoco de otra Jane, *lady* Jane Grey, pretendiente adolescente al trono de Inglaterra, decapitada cuando fingía ser alguien que no era. O Jane, que deambulaba por la jungla en busca de Tarzán. «Yo Tarzán, tú Jane».

¿Explicaba esto su extraño sueño durante la exploración CAT? ¿Recurría su subconsciente a imágenes de la jungla para despertar de nuevo su sentido de sí misma? «Tú Jane». ¿Era realmente tan sencillo?

«Tú Jane. Simple Jane. Observa a Jane. ¡Huye, Jane, huye!».

Luchó contra el súbito impulso de incorporarse de un brinco y huir del hospital para refugiarse en el seguro anonimato del hotel Lennox, alimentarse a través del servicio de habitaciones y ocultarse bajo las sábanas del resto del mundo. Pasar los días con Los jóvenes y los inquietos, y las noches con Johnny Carson y David Letterman. No deseaba conocer al hombre que alegaba ser su señor Rochester. Michael Whittaker, según le habían dicho. Médico, le habían comunicado con orgullo, al tiempo que la miraban con mayor respeto. Cirujano pediátrico, ni más ni menos. ¡Vaya suerte la suya!

Se obligó a sí misma a permanecer en la silla. ¿Adónde podía huir, después de todo? ¿No estaban la policía, los médicos y su marido todos confabulados en la sala adjunta, para anatomizar su pasado y tomar decisiones pertinentes acerca de su futuro? ¿Cómo podía esperar tomar parte en dichas decisiones, después de abdicar de un modo tan definitivo a sus responsabilidades respecto a su propia vida? ¿No había abandonado la realidad y optado por una fuga histérica?

—¡Fuga de la mierda! —exclamó en voz alta, antes de mirar avergonzada a su alrededor, para asegurarse de que nadie la había oído.

Pero estaba sola en la sala, desde que un agente de policía le había comunicado que el doctor Whittaker estaba en la sala de espera y los médicos se habían retirado, para dejarla nuevamente sumida en su inexistencia. Empezó a preguntarse si haría ruido un árbol que cayera en el bosque sin que hubiera nadie para oírlo. Si aquel hombre no la identificaba, ¿sería menos real su existencia?

¿Cómo sería ese doctor Michael Whittaker, reconocido cirujano pediátrico, a quien todo el mundo parecía conocer y admirar? El personal del hospital pronunciaba su nombre no sólo con respeto, sino en tono decididamente reverente. Incluso el rostro persistentemente impasible del doctor Klinger delataba síntomas de aprobación, acercándose durante unos segundos al borde de la sonrisa. Y el doctor Meloff había decidido inmediatamente postergar todas las pruebas, hasta que tuviera la oportunidad de consultar a su distinguido colega.

—Su marido es un hombre encantador —le había dicho la doctora Irene Borovoy, antes de apresurarse a llamar al doctor Meloff.

Todos parecían compartir la misma opinión. Estaba casada con un hombre encantador. ¡Vaya suerte la suya!

¿Por qué no llevaba puesto su anillo?

Decidió que lo lógico sería que, si en realidad era la esposa del célebre cirujano pediátrico Michael Whittaker, llevara prueba de ello en el anular de la mano izquierda. Pero la alianza brillaba por su ausencia. En realidad, a excepción del reloj, no llevaba ninguna joya. Por consiguiente, lo más probable era que el doctor Michael Whittaker no fuera su marido. ¿No había asegurado hacía algunas horas, cuando se pusieron en contacto con él, que su esposa se había trasladado a San Diego para visitar a su hermano?

Un hermano en San Diego, reflexionó intrigada. ¿Era eso posible? ¿Iba a visitar a su hermano cuando había sido víctima de una emboscada y brutalmente atacada en un atraco frustrado? Tal vez; pero eso no explicaba cómo había acabado ella con el dinero, para no mencionar la sangre de otra persona en su vestido.

¡Un hermano! ¡Un hermano y un marido! Dos por el precio de uno. ¿A qué precio?, se preguntó.

Se abrió la puerta y entró el doctor Meloff, seguido de varios agentes de policía. Sonreían, pero parecían serios. Sonreían con seriedad, pensó, al tiempo que les correspondía con una sonrisa. Eran tantas las preguntas que emanaban de su cerebro a su lengua que tropezaban entre sí y se impedían mutuamente la salida. Por consiguiente, cuando abrió la boca para hablar, emergió sólo silencio.

—Su nombre es Jane Whittaker —dijo con ternura el doctor Meloff, conforme a ella se le llenaban los ojos de lágrimas—. Su marido está en la sala contigua, ansioso por verla. ¿Se siente con fuerzas?

Tuvo que utilizar todas sus fuerzas para que las palabras brotaran de sus labios, e incluso entonces el doctor Meloff se vio obligado a acercarse para oírla.

—¿Está seguro? ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Ha traído fotografías, su pasaporte, su certificado de matrimonio. Es usted, Jane. No hay confusión posible.

—Tenía entendido que la esposa del doctor Whittaker había ido a visitar a su hermano en San Diego.

—Eso creía él. Pero al parecer no se presentó.

—¿No habría llamado mi hermano para preguntar dónde me había metido? ¿No sería lo normal, si me esperaban en San Diego hace unos días?...

Uno de los policías se reía.

—Sería usted una buena detective —afirmó el doctor Meloff—. El agente Emerson le ha hecho la misma pregunta.

—Para la cual tenía evidentemente una respuesta satisfactoria —declaró, en lugar de preguntar.

—Al parecer se disponía a visitarle por sorpresa. Su hermano no conocía sus intenciones hasta que su marido llamó para preguntar si había llegado.

—De modo que soy realmente esa tal Jane Whittaker —dijo con resignación, después de unos momentos de silencio.

—Es realmente Jane Whittaker.

—Y mi marido espera en la sala contigua.

—Está ansioso por verla.

—¿En serio?

—Está comprensiblemente muy preocupado.

Casi sonrió.

—Estaba plenamente convencido de que usted se encontraba en San Diego.

—Y ahora está convencido de que estoy aquí. Puede que ahora también se equivoque.

—No se equivoca.

—¿Qué ha dicho acerca de mí? —preguntó con la intención de postergar la inevitable confrontación y adquirir la mayor información posible.

—¿Por qué no deja que sea él mismo quien se lo cuente? —respondió el doctor Meloff de camino hacia la puerta.

—Por favor —suplicó, obligando al médico a detenerse con la urgencia de su tono—. Todavía no me siento con las fuerzas necesarias.

El doctor Meloff volvió junto a ella, se agachó y la obligó a que le mirara a los ojos.

—No tiene de qué tener miedo, Jane. Es su marido. La quiere mucho.

—¿Qué ocurre si no le reconozco? ¿Qué ocurre si le miro a los ojos, como ahora a los suyos, y lo único que veo es el rostro de un desconocido? ¿Sabe cuánto me aterra esa perspectiva?

—¿Puede ser mucho más aterradora que mirarse al espejo? —preguntó, con toda lógica, sin que ella tuviera respuesta alguna—. ¿Está lista, Jane? No me parece justo prolongar mucho su espera.

—¿Se quedará usted conmigo? ¡No nos dejará a solas!

La segunda frase no surgió como pregunta, sino como orden.

—Me quedaré hasta que usted me pida que me retire —respondió, al tiempo que se ponía en pie.

—Doctor Meloff —exclamó, obligándole de nuevo a detenerse, en esta ocasión cuando su mano se acercaba a la manecilla de la puerta—. Sólo

quiero darle las gracias.

—Ha sido un placer —respondió—. Aquí me encontrará si algún día me necesita —agregó después de una pausa, midiendo cuidadosamente sus palabras.

Entonces abrió la puerta y salió al vestíbulo. Ella retuvo la respiración cuando oyó voces que se acercaban. Se levantó, de pronto volvió a sentarse, se puso de nuevo en pie inmediatamente, se dirigió a la pared más lejana y se colocó junto a la ventana. Los policías la observaban curiosamente asombrados desde el otro lado de la sala.

—Todo irá bien, señora Whittaker —dijo el agente Emerson—. Parece un hombre muy agradable.

—Pero ¿qué ocurrirá si no le reconozco? —exclamó, con todos los poros rebosantes de pánico—. ¿Qué ocurrirá si no le conozco?

No le reconoció.

El individuo que precedía al doctor Meloff podía haber sido cualquiera. Tenía probablemente unos cuarenta años, era alto, alrededor de metro ochenta, delgado, con un pelo bastante largo y claro, que de niño habría sido indudablemente rubio. A pesar de la angustia reflejada en su rostro, era decididamente apuesto, con unos ojos verde pálido y unos labios gruesos y sensuales. En realidad, lo único que estropeaba la perfecta armonía de sus facciones era la nariz, ligeramente torcida, que lo humanizaba, lo hacía más asequible, inmediatamente atractivo. No era un perfecto muñeco Ken; ella no tenía por qué ser Barbie.

Él se acercó instintivamente. Ella, también instintivamente, retrocedió. Ambos pararon súbitamente.

—Lo siento —dijo él inmediatamente en un tono al mismo tiempo amable y decidido—. Me siento muy aliviado de verte. No me conoces, ¿verdad? —agregó después de una pausa, mientras su mirada oscilaba entre su asustado rostro y el suelo, con un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Lo intento —respondió sumisamente, a guisa de disculpa.

—Vamos a dejarlos —dijo el agente Emerson, conforme se dirigía con su compañero hacia la puerta.

—Gracias por todo —respondió ella, al tiempo que miraba fijamente al doctor Meloff, para implorarle que no siguiera el ejemplo de los policías.

—Si no les importa —dijo el doctor Meloff—, me quedaré unos minutos con ustedes.

—Creo que Jane se lo agradecerá —respondió inmediatamente Michael Whittaker, con un intento de sonrisa casi colmado por el éxito—. A decir verdad, yo también se lo agradezco —suspiró—. Me parece que estoy muy nervioso.

—¿Por qué estás nervioso? —preguntó ella, a quien no se le había ocurrido que también él pudiera estarlo.

—Me siento como si acudiera a una cita ciega —respondió con toda ingenuidad—, y realmente quiero causar una buena impresión —agregó, a punto de soltar una carcajada—. Creía estar preparado prácticamente para cualquier eventualidad, pero debo confesar que no sé cómo reaccionar en esta situación —prosiguió, al tiempo que levantaba la mirada del suelo para fijarla en el rostro preocupado de su esposa—. No estoy seguro de lo que debo hacer.

—De modo que esto nunca me había ocurrido —afirmó, en lugar de preguntarlo.

—¡Dios santo, no!

—¿Por qué crees que me ocurre ahora?

Movió la cabeza. Su confusión era excesiva para expresarla en palabras.

Llevaba ropa deportiva: pantalón gris y camisa azul de cuello abierto. Percibió que tenía los hombros ligeramente caídos, probablemente como consecuencias de muchas horas junto al quirófano. Sus grandes manos colgaban incongruentemente a sus costados y sus largos y delgados dedos se movían en el aire, como si intentaran atrapar la imagen de lo que ocurría en sus vidas, para definirlo con claridad y precisión. Se dio cuenta de que tenía manos de cirujano, con una manicura impecable, e imaginó aquellos dedos operando con absoluta precisión en un niño de corta edad. Manos suaves y dedos fuertes, pensó, al darse inesperadamente cuenta de la fina alianza que llevaba puesta.

—¿Por qué no llevo yo ninguna alianza? —preguntó, cogiendo a todos por sorpresa, incluida ella misma—. Me refiero a que tú llevas un anillo de boda y yo no. Parece un poco inusual...

Su voz se perdió en la lejanía, ante la confusión general que todavía reinaba en la sala.

—Hace algún tiempo que no lo usas —respondió lentamente al cabo de un minuto, mientras ella le miraba atentamente a la espera de una explicación—. El oro te produjo algún tipo de reacción alérgica. Tenías picor en el dedo y la piel escamosa e irritada bajo la alianza. Un día te la quitaste y no volviste a ponértela. Decidimos que algún día compraríamos otra. Una de diamantes,

que nunca le han producido a nadie ninguna alergia, solíamos comentar. Para ser te sincero, lo olvidé por completo —concluyó moviendo la cabeza, como atónito de haber podido olvidar algo tan importante.

—Te asombraría lo que uno puede llegar a olvidar —dijo ella, para darle ánimos.

Él echó a reír y, de pronto, ella soltó también una carcajada.

—Creo que ha llegado el momento de retirarme —comentó el doctor Meloff, al tiempo que ella asentía—. Avise a una de las enfermeras cuando esté lista para regresar a su casa. Deseo verla un momento antes de que se marche.

—Parece una persona muy agradable —dijo Michael Whittaker, después de que el doctor Meloff abandonara la sala.

—Eso es lo que todos dicen de ti —sonrió ella.

—¿Qué puedo decir para infundirte confianza? —suspiró, dejando que el aire se proyectara a ráfagas entre sus labios—. Dime lo que puedo hacer para ayudarte.

Se alejó cautelosamente de la ventana para acercarse a él, asegurándose de que entre ambos mediara más de un metro de distancia.

—¿Cuánto hace que estamos casados? —preguntó, con una enorme sensación de estupidez.

—Once años —respondió escuetamente, sin floritura alguna.

Le gustó su respuesta.

—¿En qué fecha nos casamos? ¿Qué edad tenía yo entonces?

—El diecisiete de abril de mil novecientos setenta y nueve, y tú tenías veintitrés años.

—¿Eso significa que ahora tengo treinta y cuatro? —preguntó, aunque la respuesta era perfectamente evidente.

—Los cumplirás el trece de agosto. ¿Te gustaría ver una copia del certificado de matrimonio?

Asintió mientras se le acercaba, al tiempo que él se sacaba del bolsillo una copia del certificado.

—Dice que nos casamos en Connecticut —comentó, consciente del calor que emanaba de su cuerpo.

—Era tu lugar de procedencia. Tu madre todavía vivía allí.

—¿Y mi padre?

—Murió cuando tenías trece años.

Se sintió invadida por una súbita tristeza no porque su padre hubiera fallecido cuando era todavía una niña, sino porque no recordaba que hubiera

existido. Se sentía doblemente abandonada.

—¿Cómo llegué a Boston?

—Te casaste conmigo —sonrió.

Se mordió el labio, todavía no dispuesta a hablar de su vida conyugal. Antes necesitaba digerir más información sobre sí misma, para llegar al matrimonio con cierto sentido de su historia personal.

—¿Quieres ver tu pasaporte? —preguntó, al tiempo que se lo ofrecía, como si mostrara una prueba ante un tribunal.

Examinó inmediatamente el librito y constató que su nombre de soltera era Lawrence, que su descripción física coincidía con lo que había descubierto sobre sí misma y que la fotografía, lejos de ser halagadora, en la que parecía un conejo asustado ante los faros de un coche, era sin duda de ella.

—¿Tienes más fotografías? —preguntó, sabiendo que las tenía.

Se sacó varias fotos del bolsillo del pantalón. Se le acercó lentamente hasta tocarle el brazo, mientras él le ofrecía las fotografías para que las mirara.

En la primera aparecían ambos abrazados en la playa. Él estaba muy moreno y ella casi tanto como él. Llevaban bañadores negros moderadamente atractivos y a cada uno parecía resultarle difícil no sobar al otro.

—¿Dónde se tomó ésta? —preguntó.

—En el Cabo. En el chalet de mis padres. Hace unos cinco años —agregó, seguro de cuál sería su próxima pregunta—. Cuando todavía creíamos que el sol sólo podía beneficiarnos. Entonces llevabas el cabello un poco más largo. Y yo probablemente pesaba unos kilos menos.

—No parece haber engordado —comentó, inmediatamente avergonzada, como si hubiera penetrado en un campo excesivamente personal.

Dirigió inmediatamente su atención a la segunda fotografía. Ambos sonreían de nuevo ante la cámara, fuertemente agarrados por la cintura. Sin embargo, en esta ocasión su indumentaria era más formal: él vestía chaqueta y corbata negra y ella un vestido rosa oscuro de noche.

—Ésta es más reciente —dijo ella, al tiempo que su mente registraba el transcurso de los años.

—Fue en Navidad. En una fiesta del hospital.

—Parecemos muy felices —exclamó maravillada.

—Lo éramos —afirmó con énfasis—. Y estoy seguro de que volveremos a serlo —agregó en un tono más suave e inseguro.

Agarró las fotografías con ambas manos y se las devolvió, acompañadas del certificado de matrimonio y de su pasaporte. A continuación regresó junto a la ventana y contempló la calle, antes de dirigirse de nuevo al desconocido con quien estaba casada, al parecer felizmente, desde hacía once años.

—De modo que me crié en Connecticut —dijo después de un prolongado silencio.

—Viviste allí hasta que fuiste a la universidad.

—¿Sabes en qué me licencié?

—Por supuesto —respondió—. En filología inglesa. Fuiste la mejor de tu promoción.

—¿Y después de licenciarme?

—Descubriste que allí no había muchas oportunidades para una especialista en literatura inglesa, no querías dedicarte a la enseñanza y por fin conseguiste un trabajo en Harvard Press.

—¿En Boston?

—En Cambridge.

—¿Qué me impidió regresar a Connecticut o trasladarme a Nueva York?

—Querría creer que tuve algo que ver con dicha decisión.

Volvió a mirar por la ventana, todavía no dispuesta a hablar de su vida conyugal.

—¿Qué me dices de mi hermano?

—¿Tommy? —exclamó, aparentemente desconcertado—. ¿Qué quieres que te cuente?

—¿Qué edad tiene? ¿Qué hace? ¿Por qué vive en San Diego?

—Tiene treinta y seis años —empezó a responder tranquila y ordenadamente—. Tiene un negocio de compra y venta de yates, y vive en San Diego desde hace diez años.

—¿Está casado?

—Sí. En realidad, éste es su segundo matrimonio. Su esposa se llama Eleanor y no estoy seguro de cuánto hace exactamente que están casados.

—¿Tienen hijos?

—Dos niños. Me avergüenza confesar que desconozco sus edades.

—De modo que soy tía. —No cabe duda.

—¿Qué más soy? —preguntó inesperadamente, sin poder evitar que las palabras le brotaran de la boca.

—No estoy seguro de comprenderte.

Tragó con fuerza como si pudiera engullir la pregunta que había intentado eludir.

—Soy tía —repitió, al tiempo que reunía todas sus fuerzas—, ¿soy también... madre?

—Sí —respondió, al borde de la elocuencia.

—¡Dios mío! —exclamó en un prolongado gemido—. ¡Dios mío!

¿Cómo podía olvidar que tenía un hijo? ¿En que clase de madre la convertía eso? Sintió que se le doblaba el cuerpo sobre sí mismo, como un acordeón. Agachó la cabeza, mientras envolvía con sus propios brazos su temblorosa estructura.

—Tranquilízate. ¡Tranquilízate! —susurró él en un tono alentador, plácido, protector.

Sintió que sus brazos la ayudaban a incorporarse. Hundió la cabeza en el calor de su pecho y, al oír los latidos de su corazón, comprendió que estaba tan asustado como ella.

Durante unos minutos dejó que se desahogara y se limitó a acariciarle la espalda como a un niño.

—¿Cuántos hijos tenemos? —preguntó con la voz tan baja, cuando dejó de llorar, que tuvo que aclararse la garganta para repetir la pregunta.

—Sólo uno. Una niña. Emily.

—Emily —repitió, saboreando el nombre en la punta de la lengua como un vaso de vino—. ¿Qué edad tiene?

—Siete años.

—Siete —susurró, meditabunda—. Siete.

—Está con mis padres —dijo él—. Me ha parecido sensato que se quede con ellos, hasta que se arreglen las cosas.

—¡Muchas gracias! —exclamó, al tiempo que sus lágrimas de vergüenza se convertían en lágrimas de alivio—. No me parece una buena idea verla en estas condiciones, ni que ella me vea mí.

—Lo comprendo.

—Sería horrible para ella ver a su madre, sabiendo que no la reconoce. No puedo imaginar nada más horripilante para una niña.

—Todo está bajo control —aseguró él—. Se la han llevado al chalet. Por ellos, puede pasar allí todo el verano.

—¿Cuándo has organizado todo eso? —preguntó, después de aclararse la garganta y secar unas obstinadas lágrimas de sus mejillas.

Se encogió de hombros y levantó los brazos, al tiempo que mostraba las palmas de las manos.

—Todo se ha arreglado más o menos por cuenta propia —respondió, como resignado a que, en aquellos momentos, no controlaba ningún aspecto

de su vida—. Ya estaba previsto que Emily se quedara con mis padres, cuando tú viajabas a San Diego...

Se apagaron sus palabras como un juguete al quedarse sin cuerda.

—Cuéntame algo más sobre mí misma —suplicó.

—¿Qué quieres saber?

—Las cosas buenas —respondió inmediatamente.

—Veamos —dijo sin titubear—. Eres inteligente, tenaz, divertida...

—¿Divertida?

—Tienes un gran sentido del humor.

Sonrió agradecida.

—Eres una magnífica cocinera, maravillosa compañera, amiga leal.

—Parece demasiado bonito para ser cierto.

—Serías incapaz de afinar cuando cantas, aunque tu vida dependiera de ello —prosiguió, con una carcajada—, y te encanta cantar.

—¿Es ése mi peor defecto?

—Cuando te enojas, te conviertes en un diablo marciano.

—¿Tengo mal genio?

—Siempre has sido modesta en tus apreciaciones —sonrió sumisamente—. Sí, tienes mal genio —afirmó después de una pausa.

Esperó a haber asimilado esta información, antes de proseguir:

—¿Cuáles son mi color y mi comida predilectos?

—El azul y cualquier cosa italiana —respondió sin ningún titubeo.

—¿Tengo carrera profesional? Antes me has dicho que trabajé unos años en el campo editorial.

Las preguntas se sucedían con tanta rapidez que una le pisaba los talones a la anterior.

—Dejaste el empleo cuando nació Emily. Sólo cuando ésta empezó a ir a la escuela todo el día, logré convencerte para que trabajaras para mí un par de días por semana.

—¿Trabajo para ti?

—Martes y jueves. Contestas el teléfono, te ocupas de la correspondencia y, de vez en cuando, ordenas los ficheros.

—Parece muy gratificante.

El sarcasmo de sus palabras no era premeditado y agradeció que no se las tomara en sentido ofensivo.

—A decir verdad, aceptaste el trabajo primordialmente para estar más tiempo juntos. Paso muchas horas en la consulta y mi horario no siempre es previsible. Queríamos asegurarnos de no perder la intimidad, de la que

siempre habíamos gozado. Así sabíamos que los martes y los jueves estábamos juntos. Los otros días trabajo en el quirófano.

—Parece un matrimonio perfecto.

—Bueno, nada es perfecto —dijo, después de una pausa—. Hemos tenido nuestras discusiones, como todo el mundo, pero creo que ambos estaríamos de acuerdo en que, a fin de cuentas, lo nuestro era bastante especial.

—¿Dónde vivimos? ¿En Beacon Hill? —preguntó, ansiosa por creerle.

—No —sonrió—, decidimos que el centro de la ciudad no era el mejor lugar donde educar a los hijos. Tenemos una casa muy bonita en Newton.

Sabía que Newton era un suburbio elegante de Boston, a menos de veinte minutos por la autopista.

—¿Te apetece ir a casa?

—¿Ahora?

Acarició suavemente sus brazos y ella sintió una corriente, como una carga eléctrica, que se le desplazaba por la piel hasta la base del cráneo.

—Confía en mí, Jane —dijo con ternura—. Te quiero.

Contempló su amable rostro, vio su dedicación reflejada en sus ojos y quiso responderle que también le quería, pero ¿cómo podía querer a alguien a quien no conocía? En su lugar levantó la mano para acariciarle con suavidad los labios, que besaron inmediatamente la punta de sus dedos.

—Confío en ti —dijo.

Seis

—Lamento lo del tráfico —dijo, como si la caravana de vehículos que avanzaba por la autopista nueve, a menos de cincuenta kilómetros por hora, fuera culpa suya.

—Debe de haber habido un accidente —comentó Jane, sin confesar lo que realmente sentía, que cualquier cosa que retrasara su incorporación a su vida anterior, una vida de la que permanecía totalmente inconsciente, no sólo era deseable sino preferible—. ¿Qué ocurre? —preguntó asustada, sin saber exactamente por qué, al darse cuenta de que la miraba de un modo extraño.

—Nada —respondió inmediatamente.

—Algo ocurre. Lo he visto en tus ojos.

—Pensaba que, en circunstancias más normales —respondió ligeramente avergonzado, después de una pausa durante la que fingió estudiar el tráfico—, ya te habrías acercado al volante para tocar la bocina.

—¿Tocaría la bocina cuanto tú conduces? —preguntó con incredulidad.

—No sería la primera vez.

—¿Tan impaciente soy?

—Siempre querías llegar cuanto antes a tu destino. El tráfico era una de esas cosas que te volvía loca —prosiguió en imperfecto, como si hubiera fallecido.

—¿Por qué tenía siempre tanta prisa?

—Es sólo tu forma de ser —respondió escuetamente, devolviéndola al presente.

—Háblame de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Se elevaron los extremos de sus labios, para dibujar una alegre sonrisa en su rostro. Ella estudiaba sus facciones, mientras él pensaba por dónde empezar. De perfil, la curvatura de su nariz era más pronunciada y su frente quedaba prácticamente oculta tras un flequillo que descendía libremente hasta sus ojos, que daba la impresión de que no le preocupaba su aspecto. No obstante, el doctor Michael Whittaker lograba mantener un aire de autoridad

dignificante, que sabía que inspiraba respeto, independientemente de la ocasión o del atuendo. Era algo realmente inusual y que a él no le suponía esfuerzo alguno, probablemente porque no era consciente de ello.

—Bueno, veamos —empezó a decir, al tiempo que se acomodaba en el respaldo de cuero de su BMW negro—. Nací y me crié en Weston, a menos de diez minutos de donde vivimos ahora. Tuve una infancia feliz —agregó, con una carcajada—. ¿Es eso lo que quieres que te cuente?

—Exactamente. ¿Eras hijo único?

—Tenía un hermano.

—¿Tenías?

—Murió cuando yo estudiaba en el instituto. A decir verdad —prosiguió, antes de que le interrumpiera con nuevas preguntas—, nunca le conocí. Era cuatro años mayor que yo y nació con diversos defectos congénitos. Fue necesario ingresarlo cuando nació.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó con toda sinceridad.

—Ocurrió hace mucho tiempo —respondió, encogiéndose de hombros—. Además, nunca formó realmente parte de mi vida. Cuando nací, mis padres estaban bastante acostumbrados a su ausencia y me crié como un niño mimado. Ya sabes: lo clásico del hijo único que recibe todo lo que se le antoja.

—Incluida la responsabilidad absoluta por la felicidad de sus padres —agregó Jane, perfectamente consciente de la situación, sin necesidad de tantas palabras.

—Es reconfortante comprobar que en ciertos sentidos no has cambiado en absoluto —dijo al tiempo que la miraba con una mezcla de sorpresa y respeto.

—¿Qué quieres decir?

—Eso es exactamente lo que la antigua Jane habría dicho.

—La antigua Jane —repitió con una carcajada propia de alguien que no sabe de qué otro modo reaccionar—. Háblame de tus padres.

—Mi padre era un científico brillante —respondió, soltando ahora él una carcajada—. ¿Existen los que no lo son? En todo caso ahora está jubilado, pero cuando yo era niño estaba muy inmerso en su trabajo. No estaba mucho en casa y mi madre compensaba en gran parte su ausencia —prosiguió, al parecer perdido temporalmente en su pasado—. Mi padre solía decir que si mi madre se hubiera salido con la suya, me habría amamantado hasta los cinco años.

—Pero no lo hizo.

—No, que yo sepa. Pero todavía compartíamos el baño cuando yo tenía siete años —declaró con una sonrisa de satisfacción, parecida a la del gato de Cheshire de Alicia en el país de las maravillas—. Eso sí que lo recuerdo.

—Probablemente intentaba prolongar tu infancia todo lo posible —dijo Jane, pensando en voz alta—, debido a lo de tu hermano.

—Supongo que su estado nos afectó a todos mucho más de lo que creímos. Mi hermano fue sin duda la causa de que estudiara medicina y me especializara en cirugía pediátrica. Casi todo mi trabajo consiste en tratar niños con algún tipo de deformaciones, paladares abiertos u otros defectos. En todo caso —prosiguió después de una prolongada pausa—, logré ingresar en la facultad de medicina de Harvard, afortunadamente, puesto que así no tuve que trasladarme a otro estado, y Harvard ya resultó bastante caro, incluso con una beca. Esto es maravilloso —exclamó momentáneamente como un adolescente, al tiempo que se dibujaba otra inesperada sonrisa en su rostro—. Hace años que no hablo de estas cosas. Es como si empezáramos de nuevo a conocernos.

—Háblame de nuestra primera cita. Cuéntame cómo nos conocimos.

—Alguien la organizó.

—¿Quién?

—Creo que fue una amiga común. Efectivamente, fue Marci Tanner. La buenaza de Marci Tanner. Me pregunto qué habrá sido de ella. Según las últimas noticias que tuvimos, iba por su tercer matrimonio y vivía en algún lugar de Sudamérica.

—¿Y fue amor a primera vista?

—¿Bromeas? ¡Nos odiábamos el uno al otro! ¡Odio, desprecio, aborrecimiento!

Intentó, sin lograrlo, ocultar su asombro. Se acercó instintivamente a la ventana, como para alejarse del hombre al que había odiado, despreciado y aborrecido sólo de verle, hacía una docena de años.

—Una hermosa joven acababa de romperme el corazón —explicó— y tú estabas harta de jóvenes y engreídos doctores. Éramos ambos muy recelosos. Fuimos juntos a una fiesta. ¡Todavía recuerdo cómo vestías! Llevabas un vestido gris, con un pequeño lazo rosa en el cuello. Me pareciste encantadora. Pero después de que otra chica también encantadora me rompiera el corazón, no quería apresurarme a empezar otro idilio y probablemente puse las cartas sobre la mesa a la primera oportunidad: «Hola, soy el doctor Michael Whittaker y en estos momentos no tengo ninguna intención de empezar una relación, de modo que límitate a admirarme de lejos, sin forjarte ilusiones».

—Es curioso, pero no parece propio de ti —rió, al tiempo que volvía a relajarse, bajo el influjo de su voz.

—No coincidíamos en nada. A mí me gustaban las películas de acción y tú sólo ibas a ver películas extranjeras. A mí me encantaba la cerveza y los bocadillos de salchichón, mientras que tú preferías el vino y el queso. Lo tuyo era la música clásica, lo mío el *rhythm and blues*. Tú podías pasar horas hablando de literatura, mientras que el único libro que yo conocía era el de anatomía de Gray. Yo era un fanático de los deportes y tú eras incapaz de distinguir los Boston Celtics de los Boston Red Sox.

—En algún momento es evidente que llegamos a una tregua.

—Tardamos algún tiempo. Ambos pasamos la primera velada a la espera de que el otro cometiera un error garrafal, para dar media vuelta y perdernos de vista. Pero no ocurrió. Y de pronto nos pusimos a bailar. Era una pieza lenta, una verdadera reliquia, ni más ni menos que Johnny Mathis cantando *The Twelfth of Never*. Y creo que aquello fue la clave.

—La química dominó al sentido común —comentó con una sonrisa.

—Puede que al principio. Pero con el transcurso del tiempo me acostumbré a las sutilezas y tú descubriste que los bocadillos de salchichón no eran tan malos después de todo. Incluso aprendiste la diferencia entre el *hockey* y el baloncesto. ¿Cómo podía dejar de quererte? Y descubrí que la literatura no se limitaba a las publicaciones médicas. ¿Cómo podías evitar enamorarte de mí?

—Entonces nos casamos y vivimos felices el resto de nuestros días.

—Eso espero —dijo con toda sinceridad, al tiempo que extendía el brazo para cogerla de la mano, pero volvía a retirarlo al percatarse de que se sentía incómoda—. Lo siento —exclamó inmediatamente—. Prometo no apresurarte.

—Lo sé —respondió—. Yo también lo siento. Deseo tanto poder recordar —agregó, al tiempo que contemplaba por la ventana los coches que avanzaban raudos en dirección opuesta—. Me pregunto cuál será la causa de la retención.

—Sospecho que no tardaremos en descubrirlo. Veo las luces de una ambulancia —dijo mientras le examinaba atentamente el rostro, como para ver cómo reaccionaba.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntarle, como lo había hecho anteriormente, cuando vio que la miraba del mismo modo.

—Nada —respondió, moviendo la cabeza.

—¿Qué más puedes contarme?

Hizo girar la cabeza como si buscara inspiración en el techo del vehículo.

—Te entusiasman las causas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué causas?

—Últimamente te ha preocupado muchísimo la protección del medio ambiente y la conservación de las selvas tropicales. Ese género de cosas. Y no me refiero a uno de esos aficionados que siguen la moda del momento. En tu caso, cuando algo te preocupa, te entregas por completo. Eres una gran defensora de las causas justas —afirmó con evidente admiración.

De pronto le vino a la mente la imagen del vestido azul empapado de sangre y la bolsa de plástico llena de billetes de cien dólares. ¿Los había obtenido cuando defendía «causas justas»? ¿Era una especie de confusa Robin Hood a la moderna, cuya última causa era la de robar a los ricos para dar a los desposeídos?

—Háblame de las cosas que hacemos juntos —dijo, al tiempo que alejaba con su voz la imagen impregnada de sangre.

—Jugamos al tenis; vamos al cine y al teatro; incluso me has convertido en un adicto a la Boston Pops. Visitamos a nuestros amigos; nos gusta viajar cuando las circunstancias lo permiten...

—¿Qué lugares visitamos?

—Hace un par de años que no nos hemos podido tomar unas buenas vacaciones, pero cuatro años atrás estuvimos en Oriente.

—¿Qué me dices de la jungla? —preguntó, mientras recordaba el extraño sueño que había tenido en el hospital.

—¿La jungla? —exclamó sorprendido.

—Has dicho que me preocupaban las selvas tropicales. ¿Hemos estado alguna vez en alguna?

—Creo que tu interés radicaba en conservarlas, no en visitarlas.

Sonrió, maravillada por la extraña forma en que su pasado intentaba infiltrarse en su subconsciente. El interés por la conservación de las selvas tropicales se había introducido en uno de sus sueños. Si su yo inconsciente era capaz de recordar detalles de su vida relativamente tan insignificantes, sin duda no tardaría en emerger todo lo demás, especialmente cuando se encontrara de nuevo en su ambiente habitual.

¿Debería confesar a Michael lo del dinero y la sangre?, se preguntaba. Había decidido contárselo al doctor Meloff, pero entonces aquella joven doctora, la doctora Borovoy, había sembrado la confusión al reconocerla y la oportunidad se había esfumado. Tal vez Michael sabía algo al respecto. Tal vez, por improbable que pareciera, era algo perfectamente inocente, con una

explicación relativamente sencilla. Quizá podría ayudarla. Después de todo, era su marido. Compartían la vida y una hija. Él la quería. De eso no le cabía ninguna duda. Por consiguiente, ¿por qué no se lo había confesado todo? ¿Por qué, incluso ahora, todavía titubeaba?

Conocía la respuesta sin tener que enunciarla: autoconservación. La conservación de las selvas tropicales era una cosa; la suya propia, otra muy distinta. Las selvas tropicales tendrían que esperar. Como tendría que hacerlo Michael para que se lo contara todo.

—No mires —decía.

Inmediatamente, como una niña a la que se ha prohibido mirar en cierta dirección pero es incapaz de evitarlo, miró hacia donde le indicó que no lo hiciera. Había tres automóviles, varios coches de policía y una ambulancia junto al arcén. Vio de reojo, el metal retorcido y el cristal roto, y a un joven que lloraba acurrucado en el asfalto, con la cabeza entre las manos. Vio que introducían una camilla en la ambulancia y se cerraban sus puertas, sin llegar a ver al herido o lo maltrecho que estaba. Un agente de policía junto al joven intentaba convencerle para que subiera a uno de sus coches.

El tráfico se detuvo por completo, cuando arrancó la ambulancia con luces y sirenas. El joven accedió a subir a uno de los coches de policía, que salió inmediatamente, dejando al otro sin duda a la espera de la grúa. Todos los demás se habían marchado. Jane se preguntó cuál habría sido la causa del accidente, cuántos serían los involucrados, cuántos los heridos y cómo afectaría aquello el resto de sus vidas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Michael, al tiempo que la miraba fijamente, como si temiera que estuviera a punto de saltar del coche.

Después de que se lo contara, él parecía aliviado. Iba a preguntarle por qué, pero cambió de opinión y dijo:

—¿Dónde fuimos de luna de miel?

Si la pregunta le pareció extraña en aquel momento, no lo demostró y se limitó a contestarla, mientras observaba la carretera, a la espera de que empezara a moverse de nuevo el tráfico.

—Las Bahamas —dijo.

Le vinieron inmediatamente a la mente imágenes de blancas playas y agua intensamente azul, de peces multicolores que nadaban cerca de la superficie, de bellos edificios de poca altura rosados y amarillos, de amantes cogidos por la cintura, a quienes resultaba difícil contener las manos y los labios, mientras jugueteaban en la orilla.

Se vio a sí misma con su discreto bañador negro, que había salido de la fotografía que Michael había traído al hospital, para encontrarse en la playa de Nassau. Vio a Michael junto a ella y cómo tropezaban con sus propios pies, cuando intentaban marcar el paso mientras caminaban abrazados. Vio cómo no se esforzaban por conservar el equilibrio y caían rodando juntos sobre la blanca arena, como si fueran olas.

Vio a la pareja más tarde en la habitación del hotel, con los bañadores descuidadamente en el suelo. Formaban una esfera de brazos y piernas, con sus cuerpos relucientes por el sudor contorsionados para entrelazarse, las manos de ella que descendían por su espalda, al tiempo que él le rozaba los pezones con sus labios. Vio cómo la cabeza de él se hundía entre sus piernas, mientras su lengua exploraba la hendidura entre sus nalgas. Emitió un gemido.

—¿Estás bien? —preguntó inmediatamente.

«Te ruego que no me preguntes en qué estaba pensando», le imploró con la mirada. No lo hizo.

—Perfectamente —le aseguró, al tiempo que parpadeaba para intentar alejar la persistente imagen de su coito imaginario.

¿Era cierto que estaban tan compenetrados? ¿Era ella realmente una amante tan provocativa? ¿Eran sus manos tan tiernas como las había imaginado?

Miró por la ventanilla y le sorprendió comprobar la velocidad a la que avanzaban.

—Llegaremos dentro de unos minutos —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento.

Intentó sonreír, pero la angustia le paralizó los labios y los mantuvo obstinadamente apretados. Un nuevo temor impregnó su cuerpo, como un continuado flujo de agua helada. Se desplazó desde el pecho a las entrañas y, momentáneamente, creyó que tendría que pedirle que parara el coche, pero superó la crisis, aunque no el miedo.

—Háblame de nuestros amigos —dijo, consciente de que le temblaba la voz.

—¿Te los enumero en orden de favoritismo decreciente? —rió, y la genialidad de la idea le provocó también a ella una carcajada—. Bien. Veamos: los primeros de la lista serían Howard y Peggy Rose, que pasan el verano en el sur de Francia, como lo han hecho en los últimos diez años. Los seguirían probablemente los Tanenbaum, Peter y Sarah, a quienes siempre ganamos al tenis, pero lo aceptan con mucha filosofía. A continuación

vendrían los Carney, David y Susan, ambos médicos, seguidos probablemente de Ian y Janet Hart, y Eve y Ross McDermott. ¿Alguno de estos nombres te suena de algo?

Movió la cabeza; no significaban nada para ella.

—¿Y amigas? —preguntó entonces.

—¿Tuyas o mías?

—Empecemos por las mías —contestó, en respuesta a su sesgada sonrisa—. ¿Tengo alguna?

—Unas cuantas. Una llamada Lorraine Appleby, con quien solías trabajar hace mucho tiempo, y una tal Diane, de cuyo apellido nunca logro acordarme.

Recordó la nota que había encontrado en el bolsillo de su gabardina y vio cómo el nombre de «Pat Rutherford» se escribía en tinta invisible sobre el parabrisas.

—¿Alguien llamado Pat? —preguntó y contuvo la respiración.

Reflexionó unos instantes antes de responder.

—No recuerdo a ninguna Pat —dijo, por último—. ¿Por que me lo preguntas? ¿Significa algo el nombre de Pat para ti?

—No es más que un nombre —mintió.

Un nombre escrito en un pedazo de papel, encontrado en un bolsillo con casi diez mil dólares en billetes de cien dólares. «Por cierto, ¿había olvidado mencionar que la parte delantera de mi vestido estaba empapada de sangre?».

Él se encogió de hombros, como para indicar que alguien llamado Pat no merecía mayor consideración en sus vidas. Puede que tuviera razón. Después de todo, no había forma de saber cuánto tiempo había permanecido aquella nota en su bolsillo.

—Ahora llegamos a la desviación —anunció, al tiempo que señalaba un cartel que indicaba la dirección de Newton, suburbio de Boston rodeado por tres lados por el río Charles.

Newton estaba compuesto de catorce pueblos que se habían unido sin proponérselo.

—Nosotros vivimos en el pueblo de Newton Highlands —dijo Michael, cuando salían de la autopista—. ¿Hay algo que te resulte familiar?

Contempló la idea de fingir que reconocía alguna calle en particular, que tenía recuerdos de cierto atractivo jardín, pero desechó la idea con un movimiento de cabeza, que indicaba que nada le resultaba remotamente familiar. La calle Hartford no le resultaba más significativa que la Lincoln o la Standish. Todos los jardines le parecían iguales. Las casas, grandes y atractivas estructuras de madera, manifestaban prosperidad y tranquilidad.

Ningún indicio del desorden que pudiera reinar tras cada umbral, ni del posible caos de su interior. Se preguntó si reconocería su propia calle, si lograría identificar la casa donde vivía. ¿Penetrarían aquellas cosas en su subconsciente, como lo había hecho la selva tropical? ¿La incitarían como una especie de sexto sentido?

—Ésta es nuestra calle —declaró Michael, poniendo fin a las especulaciones.

«Forest Street», proclamaba el letrero, aunque no se divisaba bosque alguno. La calle era tan anónima como las anteriores, con sus habituales casas de madera a ambos lados, una pintada gris con un enorme porche cerrado, otra azul y casi oculta tras unos monstruosos robles.

—Hemos llegado —proclamó—. La tercera desde la esquina.

La tercera desde la esquina a la izquierda no era ni más ni menos impresionante que las demás casas de la zona. Era una estructura de dos plantas, pintada de blanco, con una doble hilera de romaza con flores rojas y rosadas a lo largo de la base que subrayaban su atractivo de cuento de hadas. Todas las ventanas estaban dotadas de postigos negros y de jardineras con romaza en flor roja y rosada. Varios peldaños conducían a la enorme puerta principal de color negro y a la izquierda de la casa había un garaje doble, con una puerta también negra. Se percató de que una de las ventanas del primer piso tenía cristales de colores.

Parecía una casa muy cómoda, en un barrio muy elegante. Su suerte podía haber sido mucho peor que la de encontrarse sentada en un nuevo modelo de BMW, frente a una hermosa casa del distinguido suburbio de Newton, en Massachusetts, casada con un apuesto y atento cirujano pediátrico.

¿Por qué, dadas las circunstancias, había optado por una fuga histérica? ¿Qué la había impulsado a huir de su cómodo domicilio, en el más agradable de los barrios?

—¿Quién es? —preguntó, al percatarse de la presencia de una mujer con un viejo pantalón corto, que regaba el jardín de la casa de enfrente.

Tanta fue la distracción que le causó a aquella mujer la aparición del coche de Michael, que dejó de concentrarse en lo que hacía y ahora regaba afanosamente la puerta de su casa.

Michael levantó la mano, para saludarla y tranquilizarla simultáneamente. Con el gesto daba constancia de su presencia y le comunicaba que todo estaba bajo control.

—Se llama Carole. Carole con una «e». Carole con «e». Bishop —enunció detenidamente—. Se trasladó aquí con su familia hace algunos años,

desde Nueva York. Por familia me refiero a un marido, dos hijos adolescentes y un anciano padre viudo. Lamentablemente, el marido los abandonó el pasado otoño —dijo mientras entraba con el coche en la finca—. Supongo que nada de eso te resulta familiar.

—¿Debería serlo?

—Bueno: el caso es que tú y Daniel solíais correr juntos varias mañanas por semana. Daniel es su marido. Era —rectificó—. O, mejor dicho, pronto dejará de serlo.

—¿Me dedico a correr?

—De vez en cuando. No has corrido mucho desde que Daniel se marchó.

—¿Por qué nos miraba de ese modo?

—¿De qué modo?

—Creo que me comprendes. Le has hecho una seña para indicarle que todo estaba bien.

—Veo que todavía no se te escapa ningún detalle —respondió en un tono de admiración y asombro, al tiempo que movía la cabeza.

—Supongo que está al corriente de mi desaparición.

—Efectivamente —dijo, mientras pulsaba el control remoto sujeto al parabrisas de su coche.

Se levantó automáticamente la puerta doble del garaje y en su interior vio un Honda Prelude plateado. Dejó de preocuparse por la vecina para concentrarse en el pequeño coche del garaje.

—¿Es mi coche?

—Así es.

De modo que no lo había abandonado en cualquier calle. Estaba a salvo en casa, donde ella también debería haber estado. Michael entró lentamente en el garaje. Durante unos segundos, tuvo la sensación de entrar en una tumba.

—¿Asustada? —preguntó Michael.

—Aterrada.

La cogió de la mano y, en esta ocasión, ella no la retiró.

—Cógetelo con calma —aconsejó—. Si no reconoces nada, como es probable, no te preocupes. Estoy a tu lado y no permitiré que te ocurra nada.

—¿Tenemos que entrar ya?

—Podemos quedarnos aquí todo el tiempo que quieras.

Permanecieron en el garaje durante unos minutos en silencio, con las manos entrelazadas y la respiración de ambos corta e irregular.

—Esto es absurdo —dijo por último Jane—. No podemos quedarnos aquí todo el día.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó él.

—Regresar a casa —respondió.

Siete

Michael abrió la puerta principal y retrocedió para cederle el paso. Ella permaneció indecisa, como a la espera de que la levantara en sus brazos para introducirla en la casa, al igual que unos recién casados en su nuevo hogar.

En muchos sentidos, así era como se sentía. Su corazón latía con el mismo tipo de aprensión nerviosa, la emoción de empezar una nueva vida, la excitación propia de un primer paso hacia lo desconocido. ¿Se practicaba todavía la costumbre de entrar a la novia en brazos? Probablemente no, decidió, al tiempo que miraba al hombre con quien estaba casada desde hacía once años, a la espera de que le infundiera confianza con una de sus sonrisas llenas de ternura, y no sentirse decepcionada. El mundo estaba demasiado saturado de actividades, goces y sofisticaciones, para esos simples placeres. Además, a juzgar por todo lo que había visto y oído en los programas de Oprah, Phil, Sally Jessy y Geraldo, las mujeres actuales no necesitaban que las ayudaran a cruzar ningún umbral simbólico, ni los hombres estaban en condiciones de aguantar su peso.

—¿En qué piensas? —preguntó Michael con palpable aprensión, aunque intentó ocultarla—. ¿Crees que te apetece entrar?

Jane emitió un profundo suspiro y obligó su mirada a que se concentrara en un pequeño vestíbulo, con las paredes cubiertas de papel pintado con delicadas flores rojas. La entrada era atractiva, con una escalera central pintada de blanco y moqueta verde pálido, como el resto de la planta baja. Era una casa apetecible, que incitaba al visitante a penetrar en la misma. Volvió a respirar hondo, ordenó a sus pies que avanzaran y entró.

Su primera impresión fue la luminosidad. La luz penetraba por todas partes, las grandes ventanas de la sala de estar a la izquierda, las ventanas igualmente grandes del comedor a la derecha y la enorme claraboya que iluminaba el vestíbulo central desde el piso superior. Después de la escalera, un pasillo conducía a las habitaciones de la parte posterior de la casa.

Jane avanzó hasta el centro del vestíbulo y se detuvo, insegura de si sus piernas la sostendrían.

—¿Quieres dar una vuelta por la casa? —sugirió Michael, sin preguntar si algo le resultaba familiar.

Ella asintió y le siguió al espacioso comedor, con las paredes empapeladas a rayas rojas y blancas, que de algún modo producían un efecto simultáneamente sutil y audaz. Dentro había un aparador de cristal, lleno de delicada porcelana con flores rojas y blancas, y una bandeja, también de cristal, repleta de botellas de licor multicolores. Varias plantas de considerable altura descansaban en vasijas orientales junto a la ventana central.

—Es todo muy bonito —dijo, mientras se preguntaba si habrían comprado las vasijas durante su viaje a Oriente y seguía a Michael por el vestíbulo, hacia la sala de estar.

Era una enorme sala, que se extendía de un extremo a otro de la casa, con las paredes cubiertas de un papel estampado, parecido al del vestíbulo. Alrededor de una gran chimenea de piedra, a un lado de la cual se encontraba una impresionante biblioteca y al otro un sofisticado equipo estereofónico, había un tresillo estampado. Junto a la pared opuesta, un piano de reluciente caoba. Jane se acercó tentativamente al piano y acarició el teclado, de modo que sus dedos interpretaran sin esfuerzo una melodía de Chopin.

El delicado sonido la cogió por sorpresa. Contempló sus dedos, que se convirtieron automáticamente en torpes y olvidadizos. Al parecer el hecho de tocar había sido un acto reflejo que no se prestaba a un examen minucioso.

—No te preocupes —dijo Michael—. Volverás a recordarlo. Procura no concentrarte tanto en lo que haces.

—No sabía que tocara —comentó con melancolía.

—Estudiaste música de niña. De vez en cuando te sientas al piano y tocas esa misma pieza de Chopin —rió Michael—. A decir verdad, era una de las cosas que preferiría que no recordaras —agregó, al tiempo que desaparecía la sonrisa de su rostro—. Lo siento. No pretendía ser veleidoso.

—No tienes por qué disculparte —dijo, al tiempo que su mirada se sentía atraída por un grupo de fotografías encima del piano.

Entre las mismas había tres fotografías escolares, de colegiales agrupados ordenadamente por filas según su altura, que miraban con orgullo y alegría a la cámara. «Arlington Private School», decía la pequeña pizarra que sostenía uno de los colegiales de la primera fila. Sin duda su hija debía encontrarse entre ellos.

—¿La reconoces? —preguntó Michael, que le leyó el pensamiento, después de acercarse a su espalda.

Jane, que sentía el cálido aliento de su marido en la nuca, levantó una de las fotografías y echó una rápida ojeada a los niños de aspecto travieso, para concentrarse en las niñas más predispuestas a complacer. ¿Reconocería a su única hija?

—Es la segunda del final —dijo Michael, para poner fin a su agonía, al tiempo que señalaba una delicada niña de pelo largo castaño claro, con unos ojos enormes, vestida de amarillo de pies a cabeza, y que parecía tener unos tres o cuatro años—. Estaba en párvulos —prosiguió en respuesta a su pregunta silenciosa—. Tenía cuatro años —agregó, al tiempo que cogía la próxima fotografía y señalaba a la misma niña, un año mayor, con un vestido blanco y rosa, y su largo cabello recogido en una cola de caballo—. Segundo de párvulos.

—Es alta —comentó Jane con la voz entrecortada.

—Me temo que siempre está en la última fila. Las cosas no han cambiado mucho desde que nosotros íbamos a la escuela.

Cambió la primera fotografía por la tercera y última, en la que no tardó en localizar a Emily, ahora en la primera clase con un vestido a cuadros negros y blancos, el cabello suelto que le colgaba por la espalda, una sonrisa menos exuberante que los años anteriores, y una mirada tímida e insegura. «Mi hija», pensó Jane, a quien le parecía que era una niña hermosa, pero por la que no sentía ninguno de los instintos maternales que, en su opinión, debería experimentar. La niña de seis años Emily Whittaker no era más que un rostro atractivo, en una fotografía escolar llena de colegiales. El descubrimiento la entristeció y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Dónde está la fotografía de este curso? —preguntó.

—¿Cómo? —exclamó sorprendido, casi alarmado.

—¿No tendría que haber otra fotografía? —dijo, al tiempo que calculaba mentalmente los años—. Tenemos la de primero de párvulos cuando tenía cuatro años, la de segundo de párvulos y la del primer curso, que corresponden a los cinco y seis años respectivamente. Pero me has dicho que tenía siete años.

—Efectivamente, acaba de terminar el segundo curso —respondió mientras pasaba la mirada por encima del piano—. Supongo que este año no hemos recibido ninguna fotografía —agregó lentamente, sopesando las palabras—. Supongo que debía de estar ausente por enfermedad o algo por el estilo —prosiguió, con los hombros encogidos, al tiempo que levantaba una fotografía de Emily sentada en las rodillas de papá Noel, con sus grandes y esculturales manos, que ella se percató que le temblaban—. Ésta es de hace

unos años. Y ésta —concluyó, mientras le entregaba una fotografía en un gran marco plateado— fue tomada en junio.

Jane fijó la mirada en los tres sonrientes desconocidos que eran su marido, su hija y ella misma. Con las manos temblorosas, permitió que Michael retirara la fotografía y la alejara del piano.

—¿Quieres acostarte? —preguntó con la voz suave como una colcha, en la que le apetecía envolverse.

—Creo que antes deberías mostrarme el resto de la casa —respondió al tiempo que movía la cabeza.

Cogida de la cintura, la acompañó por el pasillo hacia la parte posterior de la casa. Pasaron frente a un retrete y una hilera de armarios, antes de llegar a la extensa cocina, cuya pared meridional estaba llena de ventanas. La cocina, que daba a un espacioso jardín, era casi completamente blanca; baldosas blancas, paredes blancas, y una mesa redonda con cuatro sillas también blancas. El único color lo proporcionaban los abundantes árboles del exterior y las baldosas de la pared encima de los fogones, en la que a intervalos irregulares aparecían pequeñas manzanas rojas y sandías pintadas a mano.

—Es encantador —dijo, acercándose inmediatamente a los ventanales que llegaban del techo al suelo, para contemplar el impecable jardín.

Vio una puerta en el muro derecho que conducía al exterior y tuvo que reprimir su impulso de abrirla para huir.

—Todavía no has visto nada —sonrió, con la mano sobre su hombro, al tiempo que la conducía por una puerta a la izquierda, que daba a otra sala—. El solarío de la señora —proclamó con orgullo, mientras entraban en un paraíso de cristal y exuberante vegetación—. Hicimos construir esta sala hace unos tres años —aclaró, mientras ella giraba en torno de sí misma en el centro de la estancia.

—Nunca he visto un lugar tan hermoso —exclamó Jane, convencida de que estaba en lo cierto, independientemente de lo que pudiera haber visto y olvidado.

A Michael se le dibujó una sonrisa tan enorme que parecía abarcar todo su rostro.

—Siempre dices lo mismo cuando vienes a esta sala —comentó, casi esperanzado.

Pensó en el proverbio de que la gente que vive en casas de cristal no debe arrojar piedras contra las casas de los demás, pero decidió que nadie podía haber arrojado ninguna piedra contra aquella estancia. Nada podía haber ocurrido en una casa con una habitación tan hermosa como aquélla.

Las paredes que daban al sur y al oeste eran completamente de cristal; el suelo lo formaba un mosaico de pequeñas baldosas blancas y negras, y estaba todo lleno de macetas con plantas y arbolitos. A lo largo de la pared septentrional, que era de ladrillo y daba a la sala de estar, había un sofá colgante de mimbre, con cojines verdes y blancos. A ambos lados del mismo había sillones del mismo estilo y diversas mesas de mimbre blanco, con superficie de cristal.

Jane se acercó al sofá colgante y se sentó en el mismo, que empezó a balancearse con su peso. Mientras se columpiaba lentamente, pensó en cómo podía haber olvidado aquel paraíso terrenal.

—Mi propia selva tropical —exclamó, mientras observaba a Michael, que sonreía complacido.

—Recuperarás la memoria —dijo, al tiempo que se dejaba caer en un sillón junto a ella y extendía sus largas piernas—. Tómatelo con calma. Procura no forzar las cosas.

—¿Te ha comentado el doctor Meloff cuánto podía durar esta situación?

Se preguntaba si el buen médico le habría facilitado más información a su marido que a ella.

—Me ha dicho que la mayor parte de los casos de amnesia histérica, sí esto es lo que tenemos entre manos, suelen invertirse automáticamente en cuestión de horas o días.

—O semanas o meses.

—Es improbable que dure meses, pero es cierto, no tienen un plazo preestablecido. Estos estados suelen corregirse a su debido tiempo.

—Pero ¿cuál ha sido, en primer lugar, su causa? —preguntó, mirando desesperadamente a su alrededor, donde las plantas y arbolitos impedían visiones indeseadas de sangre y billetes de cien dólares—. No tiene sentido. Por lo que parece, soy una mujer que lo tiene todo: una bonita casa, un marido enamorado y una hermosa hija. ¿Por qué de pronto lo olvidaría todo? ¿Qué puede haberme impulsado a fingir que nada de esto existía?

Michael cerró los ojos y se frotó el entrecejo con los dedos de la mano derecha. Cuando volvió a abrirlos, la miró como si evaluara sus fuerzas, como si se preguntara hasta qué punto era capaz de soportar la verdad.

—¿Qué? —preguntó—. ¿En qué piensas? ¿Qué me ocultas?

Se sentó inmediatamente junto a ella y el sofá empezó a balancearse de nuevo con su peso.

—Pienso en que ha sido un día largo, duro y confuso, y en que estoy cansado. Pienso en que deberíamos dejar de preocuparnos, hasta que ambos

hayamos pasado una buena noche de descanso. Pienso en que tendremos mucho tiempo para charlar por la mañana.

—Entonces hay algo —insistió.

—No —respondió, al tiempo que le acariciaba la mano para infundirle confianza—, nada.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién puede ser? —preguntó Jane.

—Tengo una buena idea —respondió Michael, al tiempo que se levantaba del sofá colgante.

Jane le siguió indecisa por la cocina, hasta el vestíbulo y se quedó junto a la escalera, mientras él se acercaba a la puerta para abrirla.

—¿Cómo está? —preguntó la mujer que entró en la casa.

—Confundida —respondió Michael, mientras la invitaba a entrar en la sala de estar—. No recuerda nada en absoluto sobre sí misma.

—¡Dios mío! ¿Nada? —Michael movió la cabeza.

—¿Está acostada?

—Estoy aquí —le dijo Jane a Carole Bishop, después de reconocer a la mujer que Michael había identificado como la vecina de enfrente y que todavía llevaba su holgado pantalón corto, por debajo del cual asomaban sus huesudas rodillas.

Carole Bishop parecía tener unos cuarenta y cinco años. Era baja, metro sesenta a lo sumo, y probablemente con unos kilos de más, pero era el tipo de mujer para quien calificativos como majada y gallarda parecían haber sido especialmente inventados. En el momento de ver a Jane, el color desapareció de su cara redonda y adquirió una expresión que oscilaba entre miedo y preocupación.

«¿Le preocupaba lo que debía decir? —se preguntó Jane—, ¿o lo que Jane diría?».

—Michael me ha hablado de tu amnesia —declaró Carole, al tiempo que miraba a Michael en busca de su aprobación.

—La he llamado desde el hospital para contarle brevemente lo que ocurría —aportó apresuradamente Michael—, y le he pedido que viniera —agregó, al tiempo que levantaba las manos, en gesto de desesperación—. Se me ha ocurrido que te sentirías menos amenazada en compañía de otra persona.

Una vez más se le llenaron a Jane los ojos con lágrimas de agradecimiento.

—No me siento amenazada —susurró, con el deseo de que Michael la rodeara con sus brazos.

—Supongo que debes de estar bastante asustada —dijo Carole.

—Estoy más angustiada que asustada —puntualizó Jane—. Si por lo menos pudiera saber por qué me ocurre esto —agregó mientras empezaba a andar de un lado para otro, dejando profundas huellas en la gruesa alfombra verde—. Tengo la sensación de que cuando lo descubra, todo lo demás caerá por su propio peso.

—¿No recuerdas nada?

—Nada.

—Tal vez yo pueda ayudarte —sugirió Carole a la vez que la invitaba a acercarse al sofá y se sentaban—. Me llamo Carole Bishop. Carole con una «e». Soy tu vecina desde hace... —miró a Michael, que permanecía de pie—, ¿tres años?

—Aproximadamente.

—Unos tres años. Cuando llegamos, viniste inmediatamente a vernos con un maravilloso pastel de chocolate que habías preparado y nos dijiste que era tu especialidad. El mejor pastel de chocolate que he comido en mi vida, y Dios sabe que he comido bastantes. Incluso me diste la receta y no podría decirte cuántas veces lo he preparado desde entonces. Siempre que venía alguien a visitarnos, preparaba el pastel en cuestión —dijo, tragando saliva varias veces y contemplándose la barriga, antes de proseguir—: Claro que no recibo muchas visitas desde que se marchó Daniel. Es asombrosa la rapidez con que tus supuestos amigos desaparecen cuando te abandona tu marido. Daniel era mi marido —agregó casi a guisa de coletilla—. Solíais ir a correr juntos varias mañanas por semana. ¿No recuerdas nada de todo eso?

—Me temo que no.

—¡Ojalá pudiera olvidar yo a ese hijo de su madre con la misma facilidad! —suspiró profundamente Carole, al tiempo que vibraba su amplia delantera—. Se marchó a fines de octubre. Intenté convencerle para que se llevara a sus hijos —bromeó—. Por lo menos llévate el perro, le supliqué. ¡O a mi padre! Pero dijo que si me quedaba con la casa, yo era responsable de su contenido. Y ahí lo tienes. Ahora estás al corriente de todo —dijo, mientras se pasaba los dedos por su corto cabello rubio y rizado—. ¡Adelante! Pregúntame lo que quieras. Evidentemente no soy tímida, no tengo secretos.

Jane observó las manos de Carole entrelazadas sobre su falda y se percató de que todavía llevaba los anillos de casada y de compromiso.

—No se me ocurre ninguna pregunta —murmuró después de una larga pausa.

Carole desplazó la mirada de Jane a Michael y de nuevo a Jane.

—Sólo quiero que sepas que estoy a tu disposición si necesitas cualquier cosa, o formular cualquier pregunta...

—Gracias.

—En realidad, eras más amiga de Daniel que mía —prosiguió impetuosamente—. Pero cuando se marchó, me ayudaste muchísimo. Siempre tenías tiempo para mí. Me prestabas tu hombro para llorar cuando lo necesitaba. De modo que si ahora necesitas cualquier cosa, espero que recuerdes que estoy a tu disposición.

—Gracias —respondieron Jane y Michael, casi al unísono.

—Puedo traeros algo para cenar —ofreció Carole—. Tengo un montón de comida en casa. Ante la duda, siempre digo que lo mejor es comer.

Jane abrió azorada los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carole—. ¿He dicho algo fuera de lugar?

De pronto Jane estaba muy agitada y le resultaba difícil permanecer sentada. Michael se arrodilló inmediatamente delante de ella.

—¿Qué ocurre, Jane?

—Lo que acabas de decir —respondió, antes de que se le trabara la lengua y las palabras emergieran atropelladamente de su boca, en forma incomprensible, obligándola a detenerse unos segundos para ordenar sus ideas y empezar de nuevo—. Cuando estaba en el hotel Lennox, y, no sabía qué hacer, recuerdo que pensé: «¡Ante la duda, lo mejor es comer!». Tenía la impresión de oír una vocecita que me aconsejaba: «¡Ante la duda, lo mejor es comer!». Y me pregunté de dónde procedía esa expresión.

—¡Mi herencia! —declaró Carole con apropiada ironía.

—Es maravilloso —dijo Michael, antes de acariciar con ternura la cabeza de Jane—. Significa que todo está aquí perfectamente archivado. Lo único que hay que hacer es encontrar las llaves apropiadas.

Jane asintió con una sonrisa, ligeramente embriagada por un inesperado optimismo.

—Voy un momento a mi casa a fin de preparar algo para la cena —declaró Carole.

—Nada para mí —respondió inmediatamente Michael—. Sería incapaz de comer un bocado.

—Tampoco para mí —agregó Jane. Aunque tenía hambre, estaba demasiado emocionada para comer.

—Gracias de todos modos —prosiguió Michael—. Se agradecen de todo corazón las buenas intenciones.

—No dudéis en llamarme si cambiáis de opinión. Tengo un montón de comida —dijo con una carcajada completamente desprovista de júbilo—. Mis hijos comen siempre como si estuvieran muertos de hambre y alguien olvidó decirle a mi padre que se supone que los ancianos pierden el apetito, para no mencionar al perro, que se cree humano, y por consiguiente sólo come lo que nos ve comer a nosotros. De modo que preparo comida para el barrio entero. A pesar de todo, no puedo quejarme. Los niños están a punto de irse a las colonias de verano y, por lo menos, todo el mundo está sano. Sí más tarde estáis hambrientos, no tenéis más que decírmelo.

—Lo haremos —respondió Michael al ponerse en pie y dirigirse a la puerta, dando por terminada la conversación.

—Estás en buenas manos —le dijo Carole Bishop a Jane, cuya poderosa voz se había convertido en un susurro, después de cogerla de la mano—. No encontrarías en todo el mundo mejor marido. Todo irá bien, Jane. Deja que Michael cuide de ti.

Jane permaneció inmóvil, con un esfuerzo para controlar las inesperadas lágrimas, mientras Carole se reunía con Michael en el vestíbulo.

—¿Me llamarás si me necesitas? —oyó que Carole decía, antes de que se cerrara la puerta.

—Parece muy agradable —dijo Jane, cuando regresó Michael.

—Sí, lo es.

—Debe de resultarle muy difícil ocuparse de su padre y de sus hijos...

—Es un auténtico miembro de la generación del bocadillo —afirmó Michael.

Jane asintió, al tiempo que recordaba el fragmento de Donahue que trataba exactamente del tema: una mujer atrapada entre las exigencias de sus hijos y las necesidades de sus ancianos padres. ¿Era ella un digno miembro del mismo grupo?

Su padre había fallecido cuando tenía trece años, Michael se lo había dicho en el hospital. Pero ¿y su madre? ¿Vivía todavía en Connecticut, o había decidido trasladarse a la zona de Boston para estar más cerca de su única hija? ¿O tal vez prefería la soleada costa de California y había convertido a su hermano Tommy en miembro de la cofradía del bocadillo?

Esto sería lo más lógico, decidió inmediatamente. Si su madre viviera cerca, Michael sin duda la habría llamado para que viniera, en lugar de Carole.

—¿Vive mi madre todavía en Connecticut? —preguntó, mientras observaba a Michael, que se dejaba caer en un sillón cercano, con la mirada

perdida en la lejanía—. ¿Michael? —insistió, por si no la había oído—. ¿Vive mi madre todavía en Connecticut?

Michael movió la cabeza y se llevó las manos unidas junto a la boca.

—¿Michael?

La miró directamente a los ojos y de pronto comprendió que su madre estaba muerta. A pesar de lo cual se sintió obligada a formular la pregunta:

—Mi madre está muerta, ¿no es cierto?

—Sí —asintió solemnemente Michael.

—¿Cuándo murió?

—El año pasado.

—¿Qué edad tenía?

—Sesenta y tres.

—Era muy joven —se limitó a comentar, sin sentir ningún vínculo sentimental con la mujer de quien había nacido y que ahora había desaparecido.

—Sí —contestó simplemente Michael, sin agregar comentario alguno.

—¿De qué murió? ¿Un cáncer? ¿Un síncope?

—No.

—Entonces ¿de qué? —preguntó, desde el borde del sofá, con un nudo cada vez mayor en la boca del estómago.

—Tuvo un accidente —respondió, después de unos instantes de incertidumbre.

—¿Qué tipo de accidente?

—De coche.

—De coche —repitió, pensando en el accidente que había visto de camino a casa y en la extraña mirada que Michael le había dirigido, como si esperara algún tipo de reconocimiento o reacción por su parte—. Háblame del mismo.

—Tu madre pasaba unas semanas con nosotros —empezó, después de respirar hondo—. En realidad, habíamos intentado convencerla de que se trasladara a Boston, pero insistía en que su club de *bridge* en Hartford no podía prescindir de ella, y eso era definitivo. No había más que discutir. Nunca pudiste ganar a tu madre en una discusión —sonrió en su memoria, al tiempo que hacía una pausa—. El caso es que decidió ir a Boston una tarde, para hacer unas compras de última hora en Filene's Basement antes de regresar a Connecticut, y tú... —Hizo una pausa, para volver a empezar—. Aquel día tú estabas ocupada con Emily. Creo que se trataba de algún proyecto para la escuela... —Se detuvo de nuevo, para empezar por tercera vez—. Lo cierto es que cogió tu coche...

—¿Mi Honda? —preguntó Jane, en busca de detalles que aportaran realidad a lo que oía, mientras pensaba en el Prelude plateado del garaje.

—No. Tenías un Volvo verde oscuro —aclaró inmediatamente—. El caso es que cogió tu coche y salió.

Se detuvo de nuevo, momentáneamente incapaz o no dispuesto a proseguir. Jane no estaba segura si era a ella o a él mismo a quien intentaba ahorrar el dolor de lo que seguía.

—Sigue.

—Ocurrió a pocas manzanas. No había llegado siquiera a la autopista. Un individuo se saltó un stop y la embistió a cien kilómetros por hora. Su muerte fue instantánea.

Se levantó de su sillón para sentarse junto a ella en el sofá y Jane se percató de que los ojos de Michael estaban llenos de lágrimas.

Ahora se le humedecieron a ella también los ojos no de dolor, sino de frustración. ¿Cómo podía olvidar algo tan grave como la muerte de su madre? ¿Cómo podía dejar de conmoverle un relato tan atroz como el que su marido acababa de contarle?

Sin embargo, al igual que cuando se enteró de la muerte de su padre, su único sentimiento fue de tristeza moderada, como cuando se descubre el fallecimiento de un amigo, con quien no se tenía contacto desde hacía mucho tiempo.

—¿Teníamos mucha intimidad? —preguntó.

—Estabas inconsolable después de su muerte —asintió.

—¡Maldita sea! —exclamó Jane, al tiempo que se incorporaba de un brinco—. ¿Por qué no puedo recordarlo?

—Lo harás, Jane —afirmó Michael, procurando tranquilizarla—. A su debido tiempo...

—Tenías miedo de contármelo —declaró con la mirada fija en sus ojos—. ¿Por qué?

—Temía que te trastornara.

—No, no es cierto. Te lo ruego, dime la verdad.

Michael miró hacia el vestíbulo como si esperara que Carole Bishop acudiera en su ayuda.

—El accidente —respondió— tuvo lugar hace casi exactamente un año.

—¿Qué pretendes decirme? ¿Crees que el aniversario de la muerte de mi madre ha provocado mi amnesia?

—Sí, creo que existe esa posibilidad. Estabas muy nerviosa, trastornada y no podías dormir. Ésta fue la razón por la que sugerí que fueras unos días a

visitar a tu hermano.

Asimiló la información lo mejor que pudo. Evidentemente tenía sentido para Michael. Se cumplía el aniversario de la trágica muerte de su madre, estaba muy trastornada, tenía dificultad en digerir el recuerdo y, por último, había optado por perder la memoria. Perfecto. Pero no explicaba por qué su vestido estaba empapado de sangre y sus bolsillos llenos de billetes de cien dólares. Todavía faltaban algunas piezas para completar el rompecabezas, pensó, con una sensación de profundo agotamiento.

—Creo que deberías descansar —acudió Michael en su ayuda, después de leer una vez más su pensamiento—. Vamos —insistió con ternura—: deja que te lleve a la cama.

Ocho

La acompañó por la escalera hacia su dormitorio.

Se detuvo bajo la enorme claraboya, miró al cielo iluminado todavía por el sol y consultó su reloj. Eran casi las ocho. Pronto oscurecería. La luna, ahora sólo unos pálidos puntitos blancos sobre un fondo azul, no tardaría en llenarse y aumentar su brillo, para ejercer su dominio sobre la noche. ¿Dónde había ido a parar el tiempo?

—Por aquí —dijo Michael para indicarle el camino del dormitorio, al fondo y a la izquierda del pasillo.

—¿Qué son estas habitaciones? —preguntó Jane, después de detenerse frente a la primera puerta a la derecha.

—¿Por qué no seguimos con la visita por la mañana? —respondió en tono suave, pero con un fondo de seriedad, como si considerara que ya bastaba de revelaciones por una noche y que proseguir podría ejercer un efecto negativo en su delicado equilibrio mental.

—Prefiero que sea ahora —insistió—. Te lo ruego.

—Como quieras —dijo con ternura.

Entraron en una habitación verde pálido y amarillo de tamaño medio, destinada a los invitados. En la misma había una cama de cuatro barrotes, frente a una enorme cómoda antigua, sobre la que colgaba un gran espejo también antiguo. Jane acarició el edredón que cubría la cama, claramente antiguo y valioso, y se apoyó en la antigua silla situada frente al espejo, pero sin mirarse en el mismo, para acercarse a la ventana de cristales de colores. Un unicornio blanco levantaba las patas en un campo verde y rojo. Sus ojos siguieron la misma trayectoria que sus dedos, para seguir el trazado del borde negro de los cristales. El unicornio es un animal mítico, pensó, al tiempo que se preguntaba si lo mismo podía decirse también de ella. «Jane Whittaker es un animal mítico», repitió en silencio, a gusto con la metáfora.

Unos fuertes gritos la obligaron a despertar de su sueño. Desplazó la mirada de la ventana de cristales de colores a otra más común junto a la misma, y vio a dos jóvenes que salían por la puerta principal de la casa de

Carole Bishop, en un alarde de entusiasmo adolescente, que parecían exhibir especialmente para ella.

—Andrew y Celine —dijo Michael, después de reunirse con ella junto a la ventana—. Andrew tiene catorce años y Celine creo que cumplirá los dieciséis en otoño. Solían hacernos de canguro.

—¿Solían?

—Cada vez resulta más difícil controlar sus movimientos. Ya sabes cómo son los adolescentes. Creen merecer una vida propia.

Jane sonrió, al tiempo que apoyaba la frente contra el cristal, que sintió fresco en contacto con la piel. Entonces apareció en la puerta un anciano con un pijama a rayas arrugado, seguido de un enorme perro que no dejaba de ladrar. Ambos se precipitaron directamente a un parterre de coloridas petunias que se extendía a lo largo del jardín. Carole Bishop corría tras ellos, agarró el collar del perro y la parte inferior de la chaqueta del pijama del anciano, que intentaba huir. Incluso a través de la ventana, Jane detectó la frustración en la voz de Carole.

—¡Papá, vuelve a entrar en casa! —chilló por encima de los ladridos del perro, mientras sus hijos se tronchaban de risa en la otra acera.

—Parece un preso que intentara fugarse —comentó Jane, cuyo corazón se identificaba con el anciano.

—Es probable que así sea exactamente como se siente —dijo Michael—. Realmente es una pena. Carole se esfuerza muchísimo. Pero a veces, por mucho que uno haga, no es suficiente.

En aquel momento Jane se preguntó si Michael hablaba de Carole o de sí mismo.

—Papá, vuelve a entrar en casa —suplicaba Carole a voces—. ¡Vamos! Estás destrozando las flores y creando un espectáculo. ¿Quieres que todo el barrio te vea?

Como si de pronto acabara de percatarse de que Jane la vigilaba, Carole levantó directamente la mirada a la ventana del primer piso donde Jane se encontraba. Ella se retiró de inmediato, pisando los dedos de los pies de Michael y tropezando de espaldas con su duro pecho.

—Lo siento —dijo, al tiempo que percibía los latidos de su corazón y sentía el deseo de perderse en su fuerza.

—No hay de qué.

Jane se dirigió a la puerta procurando evitar su reflejo al pasar frente al antiguo espejo.

—No tienes por qué temer a los espejos, Jane —dijo Michael con ternura, inmediatamente junto a ella—. Existes. No eres una especie de vampiro.

Cruzó el pasillo para entrar en la habitación de enfrente, con la imagen mental de sus dientes clavados en un cuello desnudo y la parte frontal de su vestido empapado con la sangre de la indefensa víctima.

—¿Tu estudio? —preguntó cuando intentaba concentrarse en la sólida mesa de roble junto a la ventana, el sofá de cuero verde que tenía delante y la biblioteca llena de textos de medicina.

—Mi despacho lejos de mi despacho.

Jane pasó la mano por la pulcra superficie del escritorio. El más moderno de los ordenadores reposaba con gallardía sobre un extremo del mismo, con su gran pantalla en blanco como un rostro todavía carente de facciones y su teclado casi oculto bajo un montón de papeles sueltos. Un bolígrafo plateado sobresalía de un libro cerrado de medicina, con la punta oculta en el interior del texto.

—¿Estás preparando algo?

—Voy a presentar una ponencia en un congreso de medicina en otoño. Ahora procuro ordenar de algún modo las ideas.

—¿Te sirve de ayuda mi desmoronamiento?

—Me ayuda tu simple presencia.

—¿Eres siempre tan atento? —preguntó, a la vez que intentaba captar su imagen en la pantalla apagada del ordenador.

Su imagen desapareció de su campo de visión. Sintió que le rozaba el brazo y al volverse vio que estaba junto a ella, mirando por la ventana al jardín de los Bishop.

—Mira: ha logrado hacerlo entrar en casa.

Cuando Jane volvió la cabeza, llegó a ver a Carole Bishop que empujaba al perro y a su padre por la puerta abierta de la casa, antes de cerrarla a su espalda. Sus hijos seguían en la acera, muertos de risa.

—La pregunta era en serio —dijo Jane, divertida por la confusión que reflejaba el rostro de Michael.

—¿Qué pregunta?

—¿Eres siempre tan atento? —repitió, a la espera de su respuesta.

—Tengo mis momentos —sonrió relajadamente.

—Parece que en tu caso abundan.

—No es difícil ser atento contigo —se limitó a responder.

—¡Espero que sea cierto!

—¿Por qué no iba a serlo?

Fingió que Andrew y Celine Bishop, que corrían en círculos a lo largo de la calle, superado ya su ataque de risa, le habían llamado la atención.

—¿Dónde está el dormitorio de Emily? —preguntó cuando los adolescentes doblaron la esquina.

—Junto al nuestro.

Le siguió por el pasillo, frente a un alegre baño blanco y amarillo, hacia otras dos habitaciones situadas a la izquierda de la escalera.

—¿Es obra de un decorador? —preguntó cuando admiraba el excelente gusto patente por todas partes.

—De una magnífica decoradora —afirmó—. Se llama Jane Whittaker.

Jane sonrió, estúpidamente orgullosa de su buen trabajo, aunque no recordaba haberlo realizado.

—Ésta es la habitación de Emily —dijo Michael a su espalda, mientras entraban en la habitación, para detenerse en el umbral.

—Es perfecta. Una habitación maravillosa para una niña. Debe de estar encantada.

Jane absorbió rápidamente los detalles de la habitación: el alegre papel blanco con flores azules y verdes de las paredes, la cama de bronce con una colcha de encaje blanco, el cesto de la ropa sucia en forma de canguro, animales de peluche y muñecas por doquier, una pequeña mesa rodeada de sillas junto a la ventana que daba al jardín, una ventana de cristales de colores semejante a la del cuarto de los invitados, y una moqueta verde menta, como en el resto de la casa. En la pared frente a la cama, entre las flores verdes y azules del papel pintado, una serie de reproducciones impresionistas de Monet, Renoir y Degas.

—Y ésta es nuestra habitación —indicó Michael, después de acompañarla con tanta dulzura desde la habitación de su hija que apenas era consciente de haberse trasladado.

Jane entró cautelosamente en la habitación, de pronto procurando no acercarse en exceso al hombre con quien había compartido la cama durante los últimos once años. En el centro de la habitación, en lilas pálidos y verdes, había una enorme cama de dosel. Una de las paredes estaba llena de ventanas, y la de enfrente, de armarios con espejos en las puertas, donde se reflejaba el jardín y lo introducía en la estancia. Daba la impresión de una sala sin límites, sin fronteras.

A Jane le resultó imposible permanecer en la habitación sin ver su reflejo. Aunque procuraba concentrarse en las litografías de Chagall que colgaban de la pared al otro lado de la cama, los espejos atraían su mirada.

—¿Qué ves? —preguntó Michael, que la cogió desprevenida y vio cómo se sobresaltaba.

—A una niña asustada —respondió, después de intentar encontrarle sentido a su imagen, darse por vencida y abrir las puertas de todos los armarios, para deshacerse de una vez por todas de los reflejos.

Tenía ante sí la ropa de su vida anterior. Examinó cada prenda como si fueran artículos de otra época de un valor inapreciable, palpando los tejidos y escudriñando las etiquetas en busca de vestigios de su historia. Había media docena de vestidos y probablemente el doble de blusas, además de numerosas faldas y pantalones. Algunos de los conjuntos eran muy elegantes, otros parecían más propios de una adolescente que de una treintañera. Evidentemente tenía días mejores que otros para ir de compras.

Un conjunto de cajones empotrados separaba su ropa de la de su marido. Los abrió uno por uno, examinó la delicada ropa interior de raso y seda, admiró el afiligranado encaje de sus enaguas y cubrecorsés, y ocultó avergonzada un ligero y medias negras en la parte trasera de un cajón, antes de que Michael se diera cuenta. «¿Usaba realmente esas prendas?», se preguntó ruborizada. Llevaba puestos unos leotardos, al descubrirse deambulando por las calles de Boston. Tal vez prefería los ligeros en la intimidad de su dormitorio. O con mayor probabilidad debía de ser Michael quien los prefería.

Bajó la mirada y contó doce pares de zapatos, antes de sentirse con las fuerzas necesarias para mirar a su marido.

—Tengo muchas cosas bonitas —dijo.

—Eso creo —afirmó él—, pero no reconozco lo que llevas puesto ahora.

—Yo tampoco —repuso Jane, después de bajar la mirada para observar la ropa que había comprado aquella misma mañana.

Michael soltó una carcajada.

—¿Estás cansada?

Ella asintió, con el profundo deseo de meterse en la cama, pero sin estar segura de si deseaba que Michael se acostara con ella.

—No debes preocuparte, Jane —dijo, después de penetrar una vez más en su cerebro y leer sus pensamientos errantes—. Dormiré en el cuarto de los invitados, hasta que me indiques lo contrario.

—Puedo dormir yo en el cuarto de los invitados —respondió inmediatamente Jane.

—De ningún modo —insistió Michael—. Ésta es tu habitación.

—Nuestra habitación —rectificó ella.

—Lo será. Tengo fe —dijo al tiempo que cogía un largo camisón de algodón blanco de un colgador y lo colocaba suavemente sobre la cama—. Tu favorito. ¿Por qué no te cambias? Esta puerta da a un cuarto de baño —agregó, mientras señalaba más allá de las puertas entreabiertas de los armarios—. Entretanto bajaré a preparar un té.

Michael desapareció sin darle oportunidad a responder que le parecía una buena idea.

Dejó que su cuerpo se aposentara lentamente sobre la cama, mientras agarraba con una mano uno de los barrotes y extendía la otra hacia el camisón de algodón blanco que estaba junto a ella. Lo examinó detenidamente y se preguntó cómo podía alguien capaz de usar liguero y medias negras, comprar algo tan antiséptico y virginal como aquella prenda. ¡Su favorita!

—Bueno —exclamó en voz alta—: mejor que dormir con la gabardina puesta.

Al cabo de un minuto, había cambiado la ropa que llevaba puesta por el camisón de algodón, que le llegaba hasta los pies. Después de quitarse los zapatos, comprobó con alivio que la llave de su caja fuerte seguía oculta en su escondrijo. Colgó rápidamente sus nuevos pantalones en el armario, guardó su nuevo jersey en un cajón con los demás y escondió los zapatos en la parte trasera del armario, antes de dirigirse al cuarto de baño para lavarse la cara y cepillarse los dientes.

No fue difícil deducir cuál debía ser su cepillo de los dientes: era dudoso que Michael se inclinara por uno rosa pálido. Después de cepillarse vigorosamente los dientes, se frotó la cara hasta que adquirió un tono tan rosado como el del cepillo. Entonces cogió el cepillo del cabello de un cajón situado junto al doble lavabo y se cepilló el cabello hasta producirse picazón en el cuero cabelludo, sin dejar de fijarse en la enorme bañera con chorros de agua a presión, el doble plato de ducha y el bidet. Todo lo necesario, pensó, al tiempo que se preguntaba si aquél era realmente su lugar.

Regresó al dormitorio y se sentó al borde de la cama, asaltada por la tentación de meterse bajo el edredón de plumón, sin saber qué hacer con las manos. Sus dedos se desplazaban inquietos del algodón blanco y almidonado de su camisón a la mesita de noche, levantaban el despertador para consultar innecesariamente la hora, empujaban el adornado teléfono blanco y dorado hacia el fondo de la mesita, antes de volverlo a colocar en su posición inicial, y frotaban la base de cerámica de la lamparilla como si esperara la aparición de Aladino.

Creyó oír a Michael por la escalera; pero cuando miró hacia la puerta, no vio a nadie. Se levantó, pero volvió a sentarse, para dirigir nuevamente su atención a la mesita de noche. Pensó en ajustar el despertador, encender la lámpara, llamar por teléfono; pero optó por abrir el cajón de la mesita no en busca de algo en particular, sino para ocupar los dedos.

Lo vio inmediatamente y no tuvo que preguntarse lo que era. Todas las agendas tenían aproximadamente el mismo aspecto. Ésta era de tamaño medio, con tapas de tela a cuadros. Acercó lentamente la mano con la sensación de una intrusa que fisga donde no debe. Se la colocó sobre las rodillas, donde permaneció cerrada durante varios segundos, hasta que se sintió con fuerzas para mirar en su interior. «¡Vamos! —se dijo a sí misma con impaciencia—. Es tuya, Ábrela. ¿Qué te ocurre? ¿De qué tienes miedo? ¡Santo cielo, no es más que un alfabeto! Un montón de letras, una lista de nombres. Nombres que no significan nada», se recordó a sí misma, al tiempo que la abría por la «a». «Lorraine Appleby», leyó, mientras recordaba que Michael la había descrito como a una antigua amiga. «Arlington Private School», decía a continuación. ¿Arlington Private School? «Claro, la escuela de Emily. ¿Ves cómo es fácil?», se dijo a sí misma. Con creciente audacia, pasó a la «b», vio el nombre de Diane Brewster y decidió que debía tratarse de su otra amiga, esa tal Diane que Michael había mencionado en el coche. Buscó rápidamente los demás nombres que había mencionado: David y Susan Carney, Janet e Ian Hart, Eve y Ross McDermott, Howard y Peggy Rose, Sarah y Peter Tanenbaum. Todos estaban allí, en blanco y negro por orden alfabético.

Encontró el nombre de su hermano, Tommy Lawrence, en Montgomery Street, San Diego, y empezaron a temblarle las manos cuando volvió a la «r».

¿Por qué esperaba encontrarlo ahora, cuando no lo había visto la primera vez? No obstante examinó meticulosamente la página, haciendo caso omiso de Howard y Peggy Rose, que, según recordaba, pasaban el verano en el sur de Francia, sin reconocer a ninguno de la otra media docena de nombres anotados y comprobando también la «q» y la «s», por si no lo había anotado en el lugar adecuado. Pero no. Pat Rutherford no aparecía por ningún lugar. Quienquiera que fuera Pat Rutherford, hombre o mujer, era una persona simplemente conocida y no lo suficientemente significativa para figurar en su agenda particular.

Examinaba todavía la agenda cuando regresó Michael.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó al tiempo que dejaba la bandeja con dos tazas de té y unas galletas sobre una mesita redonda junto a

la ventana.

Después de guardar la agenda en el cajón, Jane se acercó a la ventana para reunirse con su marido y se sentó en uno de los sillones redondos, de cuya presencia antes no se había siquiera percatado.

—Tal vez debería llamar a mi hermano —dijo, a la vez que aceptaba agradecida el té que Michael le ofrecía y se llevaba el líquido caliente a la boca—. Debe de estar preocupado.

—Ya le he llamado, para asegurarle que todo estaba bajo control. ¿Por qué no esperas a llamarle por la mañana? —sugirió.

Jane sonrió agradecida, puesto que todavía no estaba lista para hablar con nadie. ¿Qué podía decirle, después de todo, a un hermano al que no conocía, que vivía al otro extremo del país? «¿Estoy muy bien, ojalá estuvieras conmigo?». Ojalá supiera quién eres, estaría más cerca de la verdad. ¿Y no le causaría eso todavía una mayor preocupación cuando, probablemente, estaba ya bastante preocupado? No, esperaría a llamarle cuando se acordara de él. Y si él se le anticipaba, fingiría conocerle. Confabularía.

—El té está bueno —dijo y vio cómo Michael sonreía, cuando pensaba en lo fácil que era hacerle feliz.

—Especialidad de la casa —respondió mientras le ofrecía un par de pastillas blancas—. Tómalas —agregó.

—¿Qué es?

—Un sedante suave.

—¿Un sedante? ¿Por qué? No he tenido ninguna dificultad para dormir.

—Es sólo para que te relajes.

Jane examinó las dos pastillas diminutas que parecían pesarle mucho en la palma de la mano.

—El doctor Meloff no ha dicho nada sobre sedantes.

—El doctor Meloff ha sido quien te las ha recetado —remachó Michael con suma paciencia—. Sólo son para ayudar a relajarte, Jane. Son muy suaves, te lo aseguro. No experimentarás ningún efecto secundario.

—Es sólo que las pastillas me ponen nerviosa.

—Siempre lo han hecho. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Lo ves? Ya estás un poco mejor. ¡Funcionan!

Jane rió y se preguntó por qué era tan difícil con su marido.

—Supongo que tengo miedo de perder el control —confesó en un intento por justificar racionalmente su conducta.

—¿Qué control? —preguntó Michael.

Jane soltó una carcajada. Efectivamente, qué control. ¿A qué control podía aspirar una persona que no sabía quién era?

Se llevó las pastillas a la boca y se las tragó con el resto de su té.

—Prueba una galleta —ofreció Michael—. Son deliciosas. Paula las preparó el viernes.

—¿Paula?

—Paula Marinelli. Viene varias veces por semana para ocuparse de la limpieza, lavar la ropa y cocinar un poco. Le he pedido que venga todos los días, hasta que te sientas mejor.

—Hasta que me reconozca a mí misma, querrás decir.

—Hasta que te sientas como tú misma —rió.

Le dio un gran mordisco a la galleta de chocolate y vio un montón de migas que caían sobre la alfombra a sus pies.

—¡Dios mío! ¿Siempre soy tan chapucera? —inquirió a la vez que se agachaba para recogerlas. Se sentía mareada y la habitación le daba vueltas—. ¡Caramba!

Michael llegó inmediatamente a su lado, la ayudó a incorporarse y la acompañó a la cama.

—Debes de estar realmente agotada —oyó que le decía cuando abría el edredón y la colocaba sobre la cama—. No hay forma posible de que esas pastillas actúen con tanta rapidez.

—Estoy cansada —admitió mientras cerraba los ojos, convencida de que hacía demasiado tiempo que luchaba contra la fatiga, y ahora, de pronto, se sentía uncida por el agotamiento.

—Descansa —dijo Michael con ternura, a la vez que le daba un beso en la frente como a una niña—. ¿Quieres que me quede hasta que estés dormida?

—Estoy bien. Debes de tener cosas que hacer —sonrió, con la sensación de que la trataba como a una niña mimada.

—Nada que no pueda esperar.

—Déjame —dijo con una voz pesada y lejana—. Estoy bien.

—Si necesitas algo, llama. Estaré aquí en dos segundos.

«Lo sé», pensó mientras percibía que se levantaba, pero el cansancio la impidió decirlo. Intentó sonreír con la esperanza de que sus labios la obedecieran y a continuación se abandonó a la agradable somnolencia que le subía por las extremidades hasta el cerebro. Sintió que Michael arreglaba el edredón y se marchaba. Abrió momentáneamente los ojos, pero volvió a cerrarlos de inmediato. Al cabo de un instante estaba dormida.

Soñó que estaba en un descampado. A su espalda había un edificio de poca altura, parecido a un motel, pero sin ningún letrero que lo identificara. «Un motel sin nombre», pensó, al tiempo que oía la música procedente de una de las habitaciones. De pronto Michael estaba a su lado. Sintió que sus suaves manos le acariciaban con ternura los brazos.

—¿Te apetece dar un paseo? —le preguntaba. Ella asentía y se le pegaba al cuerpo.

—No, no —exclamaba una voz a su espalda—. No podéis dar un paseo.

—Claro que podemos —insistía ella con determinación, cuando intentaba reconocer la voz.

—No.

—¿Por qué? —preguntaba exasperada—. ¿Por qué no podemos pasear?

Se hizo un silencio.

—El campo está lleno de cobras —dijo entonces la voz. Volvió la cabeza y Michael había desaparecido. Junto a sus pies descalzos había una enorme serpiente enroscada y dispuesta a atacar. Dio un paso atrás y cayó en un campo lleno de cobras. Sintió que sus cuerpos se levantaban al unísono entre la alta hierba amarillenta y avanzaban hacia ella. Sentía que sus lenguas viperinas le azotaban las piernas. Vio cómo se levantaba la enorme serpiente y se lanzaba contra ella. Chilló.

Chillaba.

—¡Jane! —oyó que Michael llamaba, pero estaba demasiado aterrada para abrir los ojos—. ¡Jane! ¿Estás bien? ¡Jane, despierta! Es sólo un sueño. Tienes una pesadilla. ¡Jane, despierta!

Se obligó a abrir los ojos y empezó a sacudir los brazos, cuando él intentó tocarla.

—Soy yo, Michael. Estoy aquí. No pasa nada.

Tardó un largo minuto en tranquilizarse, relegar las cobras al submundo de los demonios, donde pertenecían, y darse cuenta de que no estaba en un anónimo motel, sino en casa, en su propia cama, sana y salva.

—He tenido la más horrenda pesadilla —empezó a decir, en una especie de quejido—. Había serpientes por todas partes.

—Ya ha pasado —la consoló, cogiéndola en sus brazos—. Se han marchado. Yo las he asustado.

—Era tan real... —exclamó, aferrada a él—. Estaba tan asustada... —agregó, antes de darse cuenta de que estaba empapada de sudor y de separarse

de sus brazos—. Estoy sudada de la cabeza a los pies.

—Voy a buscar una toalla. Vuelvo en seguida.

Se sentó en la cama, entre temblores y escalofríos, hasta que regresó Michael. Entonces los detalles del sueño habían empezado a desvanecerse. No hizo esfuerzo alguno por retenerlos, pues deseaba que desaparecieran cuanto antes. Pero recordaba la sensación de terror que había impregnado cada uno de sus poros, el miedo horrible a caer de espaldas en un hoyo de serpientes venenosas. Se estremeció y la repulsión le produjo náuseas.

—Respira hondo —decía Michael, a la vez que le frotaba la frente con una toalla húmeda—. Así está bien. No dejes de respirar hondo. Procura relajarte. Ahora no pasa nada.

—Ha sido tan horrendo.

—Lo sé —respondió en un tono tan tierno como si hablara con uno de sus jóvenes pacientes—. Pero ahora estás bien. Todo ha pasado.

Vio que llevaba puestos unos vaqueros, que sin duda había cogido al oír la chillar. ¿De qué sueños le habría arrebatado?, se preguntó, mientras él la ayudaba a acomodarse sobre la almohada. Sintió la atemperante toalla húmeda en los brazos.

De pronto percibió un pinchazo en el brazo y pensó que las cobras habían invadido su cama. Suspiró y levantó la cabeza para ver cómo la víbora se retiraba apresuradamente.

—Es sólo una inyección para ayudarte a dormir sin pesadillas —dijo tranquilizadamente Michael, al tiempo que guardaba la jeringa y la cogía en sus brazos—. Tienes que dormir, Jane —agregó, mientras apartaba con un beso el cabello húmedo de su cara—. Es lo que más te conviene.

Asintió, al tiempo que él le apoyaba la cabeza sobre la almohada. Estudió el rostro de su marido casi en la oscuridad: vio el miedo y soledad que tanto se esforzaba por ocultar. Quiso acariciarle, abrazarle, pasar la noche en sus brazos. Pero sintió que se le cerraban los ojos. Sabía que no la abandonaría hasta que estuviera completamente dormida, e hizo un esfuerzo para mantenerse despierta. A través de los párpados semicerrados, vio que Michael levantaba la mano para apartar el cabello de su frente y descubría una larga cicatriz junto al borde del cuero cabelludo, habitualmente oculta tras su flequillo.

«¿Qué es eso? —intentó preguntar, pero con la boca demasiado seca para articular las palabras necesarias—. ¿Qué te ha ocurrido en la cabeza?», deseaba saber, pero antes de poder formular la pregunta quedó inmersa en la oscuridad, para dormir sin sueños como le había prometido.

Nueve

Cuando abrió los ojos, se filtraba el sol por las persianas. Se apoyó lentamente sobre los codos para incorporarse, inclinada contra la cabecera de la cama, a la espera de que sus ojos enfocaran y cesara el zumbido de sus oídos. Tragó varias veces para intentar humedecerse la boca, que estaba tan seca como si estuviera llena de algodón, amordazada. Entonces intentó levantarse.

La habitación le daba vueltas; su cabeza se balanceaba precariamente sobre sus hombros, como si un movimiento brusco pudiera provocar su caída. Su peso parecía enorme, excesivo para que su frágil cuerpo pudiera soportarlo. Humpty Dumpty sentado sobre un muro, pensó, al tiempo que se desplomaba sobre la cama. Humpty Dumpty sufrió una gran caída.

Miró hacia los espejos. Entre todos los caballos, oyó una vocecita que cantaba, y los caballeros del reino...

—No lograron recomponer a Jane Whittaker —les comunicó a la multitud de imágenes que veía reflejadas—. Jane Whittaker —proclamó solemnemente, con el deseo de que el reflejo permaneciera inmóvil—. ¿Quién diablos eres?

Su reflejo se estremecía y desapareció del campo de visión, cuando una nueva ola de vértigo le obligó a descansar la cabeza sobre la almohada.

—Tómalo con calma —se aconsejó a sí misma, a sabiendas de que no tenía otra alternativa.

Vislumbró un laberinto de telarañas que se extendía de un lado a otro de su cerebro, y vio cómo su mano se introducía en la imagen para deshacerse de ellas. Pero nuevas telarañas las sustituían inmediatamente y, por mucho que se esforzara, todo seguía igual que antes.

Sacudió la cabeza como si con aquel acto de desafío pudiera librarse de las telarañas, pero sólo logró marearse y tuvo que cerrar los ojos para no desmayarse. Tenía la cabeza entumecida, anestesiada, congelada. Como si fuera enorme, llena de gas envenenado, a punto de estallar.

Cuando cerró los ojos, intentó actualizar sus conocimientos: estaba en casa de Jane Whittaker, acostada en la cama de Jane Whittaker, con el marido

de Jane Whittaker al otro lado del pasillo, todo lo cual era perfectamente justo, puesto que ella era Jane Whittaker. Había pruebas documentales. Michael le había mostrado su pasaporte y su certificado de matrimonio. Se había reconocido a sí misma en las fotografías familiares del piano. ¡Santo cielo, incluso había tocado el instrumento! ¿Cuántas pruebas necesitaba?

Por consiguiente ella era Jane Whittaker y Michael Whittaker, apuesto y célebre cirujano pediátrico, era su adorable e incondicional marido. Además, tenía una hija hermosa, una casa encantadora y montones de amigos. Pero ¿por qué, después de descubrir todas esas cosas maravillosas sobre sí misma, se sentía tan deprimida? ¿Por qué quería meterse en un agujero y acabar con su vida?

Recordó vagamente el bosquejo de su sueño y se estremeció. Siempre había odiado las serpientes. Al frotarse el brazo, sintió de nuevo el pinchazo de una aguja que le perforaba la piel y abrió los ojos, convencida de que vería a Michael junto a ella, pero no había nadie.

Le había prometido que dormiría sin sueños y había cumplido su palabra. No había tenido otras pesadillas. Su sueño había sido profundo e ininterrumpido. En este caso, ¿por qué sentía náuseas de ella misma? ¿Por qué su cabeza parecía encerrada en un bloque de cemento?

Sus ojos encontraron el reloj sobre la mesita de noche, junto a la cama, y lograron enfocar los números con claridad.

—¡Las diez y diez! —exclamó con incredulidad.

¿Podían ser realmente más de las diez de la mañana? ¿Era verdaderamente posible que hubiera dormido más de doce horas?

Se acercó el reloj a pocos centímetros de la cara. Eran definitivamente las diez y diez. «¡Dios mío, media mañana perdida! —pensó, decidida a levantarse de la cama—. ¿Por qué me ocurrirá esto a mí?», se preguntó al tiempo que se levantaba y veía que el suelo se le acercaba. Levantó inmediatamente la mano para apoyarse en algo frío y claro que le recordaba un estanque helado, y al levantar la mirada se encontró cara a cara con su propia imagen. La palma de su mano derecha se apoyaba en su propio reflejo, como si una desconocida en el espejo hubiera acudido en su ayuda y la sostuviera.

«¿Dónde está Michael?», se preguntó, a la vez que se tambaleaba hacia el baño, para sentarse en el retrete con la cabeza entre las manos. Siquiera se había preocupado de cerrar la puerta del cuarto de baño. Supongamos que Michael entrara en aquel momento. ¿Se sentiría avergonzado? ¿Sería ella quien se avergonzara? ¿Era el tipo de personas que cerraban educadamente la

puerta del baño para cuidar de su higiene personal, o la dejaban abierta al público en general? No lo sabía y se sentía demasiado indispuesta para que le preocupara. Si su marido entrara en aquel momento, no estaba siquiera segura de que se percataría de ello.

No obstante le sorprendía no haberle visto. Esperaba hacerlo al abrir los ojos. ¿Estaba decepcionada? ¿Era eso lo que la deprimía?

Tal vez estaba en la cocina preparando el desayuno. Puede que fuera tan experto con el café como con el té. Quizá preparaba huevos con bacón para traérselos a la cama. Se sintió inmediatamente más animada, pero volvió a deprimirse al darse cuenta de lo muy dependiente que empezaba ya a sentirse.

—¿No aprendiste nada de Oprah?

Tiró de la cadena. El ruido llamaría sin duda la atención de su marido. A continuación se lavó las manos y la cara, y se roció repetidamente los ojos con agua fría. Pero era como si estuvieran cubiertos por una pantalla invisible. Por mucho que los frotara con la esponja, no lograba eliminar la niebla depositada en los mismos, como un par de gafas.

A pesar de ello le sorprendió descubrir que no tenía mal aspecto. El cabello le caía suelto y brillante sobre los hombros, y tenía una buena complexión, aunque un poco pálida. Incluso sus ojeras parecían haber disminuido, como en reconocimiento de que ya tenía bastantes problemas. Se cepilló los dientes y pensó en vestirse. Pero estaba demasiado cansada para quitarse el camisón y, después de todo, ¿qué importaba? No pensaba ir a ningún lugar.

Levantó con desafío la cabeza para intentar desprenderse del letargo que había tomado posesión de su cuerpo, pero lo único que logró fue marearse y apenas alcanzó la cama antes de desplomarse.

—Descansaré unos minutos —les susurró a las sábanas rosas y estampadas, que fue lo último que vio antes de perder el conocimiento.

Cuando volvió a abrir los ojos, había transcurrido casi una hora.

—¡Dios mío! —exclamó, al tiempo que levantaba los hombros y saltaba de la cama.

En esta ocasión el suelo permaneció inmóvil bajo sus pies. El mareo había desaparecido, aunque todavía se sentía ligeramente deprimida. Se dijo a sí misma que la depresión era preferible al terror.

—Estás mejorando —exclamó en voz alta, a la vez que contemplaba la sonrisa de su reflejo.

Sin pensar en ello, se apartó el cabello de la frente, imitando inconscientemente el gesto de Michael de la noche anterior, y quedó

paralizada.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar al recordar la larga cicatriz junto a la línea de su cuero cabelludo.

¿Qué significaba? ¿Tenía algún significado? Tal vez le habían hecho alguna pequeña operación. O puede que se hubiera abierto la cabeza en una caída. Le vino inmediatamente a la mente la imagen de su vestido azul empapado de sangre. Las heridas en la cabeza solían sangrar mucho. ¿Era posible que la sangre de su vestido azul fuera la de Michael?

Descartó la idea con la misma rapidez con que había aparecido. Si éste fuera el caso, con toda seguridad Michael se lo habría mencionado, a pesar de su reticencia por contarle cosas que pudieran aumentar su trastorno.

Tal vez la cicatriz era inexistente. Puede que todo fuera fruto de su perversa imaginación. Estaba histérica por la pesadilla, confundida y el cuarto estaba oscuro. Si su mente era capaz de elaborar campos de serpientes venenosas, sin duda podía imaginar una simple cicatriz. Qué duda cabía de que una mente que podía olvidarse de sí misma era capaz de cualquier cosa.

En todo caso, no sería difícil averiguarlo. Examinaría detenidamente a Michael y, si la cicatriz estaba allí, le preguntaría cómo se la había hecho. Bien sencillo. En realidad la vida era muy sencilla, cuando una le cogía el tranquilo.

Se acercó a la ventana, abrió las persianas para contemplar el jardín y se preguntó por qué tardaba tanto Michael en reunirse con ella. ¿Sería posible que todavía durmiera?

Sintió que le roncaba el estómago y se rió, satisfecha de comprobar que algunas cosas nunca cambiaban. Si Michael no iba a traerle el desayuno a la cama, no le quedaría más remedio que bajar a la cocina y prepararlo ella misma. Quizá incluso sorprenderle a él con el desayuno en la cama.

Se dirigió a la puerta y dio un grito.

La mujer de pie en el umbral era joven y de un moreno intenso poco elegante. Era de mediana altura, tal vez metro sesenta y dos, con el cabello negro recogido en una pulcra trenza. Era delgada, aunque sus piernas parecían robustas bajo la falda de algodón azul que vestía.

—Lo siento —dijo, en una voz sorprendentemente poderosa—. No pretendía asustarla.

Jane la observó y calculó que debía de tener cerca de treinta años. Su cara redonda no era lo suficientemente delicada para ser bella, ni tan basta para ser fea. Era un rostro cuyo mejor calificativo sería probablemente el de «interesante» y que podría alcanzar incluso, en el mejor de los casos, el nivel

de «misterioso». Tenía los ojos opacos, tan negros como el cabello, y una nariz larga y delgada, que realzaba su boca ancha y roja.

—Me llamo Paula —agregó por iniciativa propia—. Paula Marinelli. Limpio la casa un par de veces por semana —prosiguió después de una pausa, con la vana esperanza de que reconociera su nombre—. El doctor Whittaker debía habérselo recordado.

—Lo hizo —afirmó Jane con un vago recuerdo de la conversación—. Lo siento. Me resulta un poco difícil mantenerlo todo bajo control.

Estuvo a punto de soltar una carcajada, ante su modesta reticencia. Paula Marinelli parecía turbada.

—El doctor Whittaker dice que tiene amnesia.

—Sólo temporal —respondió Jane—. Por lo menos eso es lo que me dicen —agregó, antes de aclararse la garganta no porque lo necesitara, sino por algo que hacer—. A propósito, ¿dónde está el doctor Whittaker? ¿Duerme todavía?

La idea le produjo a Paula Marinelli un auténtico sobresalto.

—De ningún modo. El doctor Whittaker acudió al trabajo a primera hora de la mañana.

—¿Ha ido a trabajar?

—Cirugía urgente.

—Claro —asintió Jane—. Supongo que debe de ocurrir con cierta frecuencia.

—Todo el mundo quiere ser atendido por el doctor Whittaker. Lo cual no es sorprendente —agregó con cierto orgullo—. Es el mejor cirujano. ¿Tiene hambre? —preguntó, después de mirar a su alrededor—. Puedo traerle el desayuno.

—Creo que prefiero desayunar en la cocina.

—El doctor Whittaker ha ordenado que descanse todo lo posible —respondió Paula, al tiempo que la miraba con suspicacia.

—Creo que soy capaz de bajar por la escalera —dijo Jane, procurando no levantar la voz—. En serio, no se preocupe.

Descendieron a la planta baja.

—Descanse mientras preparo las cosas —ordenó Paula, después de acompañar a Jane a una de las sillas de la cocina.

—Seguro que puedo hacer algo para ayudar —dijo Jane, que se sentía incómoda sin hacer nada mientras aquella joven, a pesar de su evidente eficacia, se ocupaba de todo—. Probablemente todavía recuerdo cómo preparar el café.

—El café ya está preparado —respondió Paula, al tiempo que le servía una taza—. ¿Cómo lo toma?

—No estoy segura —dijo Jane—. Estos últimos días lo he tomado solo.

—Solo —repitió Paula mientras se lo servía, a la espera de sus instrucciones.

—¿Usted no toma?

—Tal vez más tarde. ¿Qué más le apetece? ¿Huevos revueltos? ¿Tostadas con mantequilla? ¿Cereales con leche?

—Estarían bien unas tostadas —respondió Jane, para causar las menos molestias posibles—. Y un vaso de zumo de naranja, si no le importa.

—Claro que no me importa. Para eso estoy.

—¿Para servirme zumo de naranja? —preguntó Jane con la esperanza vana de arrancarle una sonrisa a aquella joven.

«A saber si será pariente del doctor Klinger», pensó Jane, mientras recordaba al sobrio residente del hospital municipal de Boston.

—Para ayudarla en todo lo que pueda.

—¿Qué hace normalmente cuando viene? —preguntó Jane, mientras tomaba un prolongado sorbo de café.

Paula andaba ya de un lado para otro de la cocina, colocando dos rebanadas de pan en la tostadora, sirviendo un gran vaso de zumo de naranja, devolviendo la botella al refrigerador, a la espera de que se tostara el pan, esparciendo mantequilla sobre las tostadas tan pronto estuvieron hechas y trayéndolas a la mesa, junto con una selección de mermeladas.

—Suelo limpiar, lavar la ropa y planchar —respondió, sin moverse del lado de Jane, hasta que le dio el primer mordisco a la tostada—. ¿No va a untarlas con mermelada?

Jane cogió la de naranja, porque le pareció más fácil que sostener una prolongada discusión.

—Lo haré yo —dijo Paula, al tiempo que le arrebató a Jane el cuchillo de la mano y esparcía una cantidad generosa de mermelada sobre cada tostada.

Jane la observaba con el enojo silencioso de una niña pequeña. «Yo puedo hacerlo, mamá», quiso decirle; pero decidió no hacerlo. Era evidente que la joven había recibido órdenes, que estaba decidida a seguir al pie de la letra. Habría sido absurdo molestarla, cuando lo único que se proponía era ayudar.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja para nosotros? —preguntó Jane, cuando Paula había empezado ya a frotar la impecable superficie del mostrador de la cocina.

—Algo más de un año.

—Ojalá pudiera recordarla.

—No tiene por qué acordarse de mí —respondió Paula—. Vengo los martes y los jueves, los mismos días en que usted ayuda al doctor Whittaker en el hospital. Llego cuando usted ya se ha marchado por la mañana y salgo antes de que usted regrese.

—Pero yo la contraté —afirmó Jane.

—En realidad fue el doctor Whittaker quien me contrató.

—¿Mi esposo la contrató?

Incluso sin conocer los detalles de su relación, a Jane le pareció extraño que fuera Michael quien eligiera el personal doméstico.

—Conocí al doctor Whittaker en el hospital —declaró Paula, sin mayor amabilidad de la indispensable—. Operó a mí hija.

—¿Tiene una hija?

—Christine. Tiene casi cinco años. Gracias al doctor Whittaker.

—¿Le salvó la vida?

—Tuvo una serie de aneurismas medulares. Jugaba tranquilamente en el jardín con sus amigas y de pronto chillaba que no podía caminar. La llevé al hospital, donde descubrieron los aneurismas. El doctor Whittaker la operó durante más de ocho horas y, durante unos días, estuvo entre la vida y la muerte. Sin duda habría muerto de no haber sido por él.

—Pero ¿ahora está bien?

—Camina con una prótesis. Probablemente para el resto de su vida. Pero no parece importarle en absoluto. ¿Más tostada?

—¿Cómo dice?

—¿Que si le apetece otra tostada?

Jane contempló el plato y vio con asombro que se había comido las dos tostadas rebosantes de mermelada.

—No, gracias. Estaban muy buenas.

—Parece que no le vendría mal engordar unos kilos.

Jane observó su esbelto cuerpo y vio el contorno de sus pezones a través del algodón blanco de su camión. Debía haberse puesto una bata.

—¿Dónde está ahora su hija? —preguntó, mientras miraba hacia el vestíbulo, medio a la expectativa de verla.

—Mi madre cuida de ella.

—Para que usted pueda cuidar de mí —afirmó Jane.

—Estoy encantada de hacerlo.

—Estoy segura de que en un par de días podré arreglármelas sola.

—De ningún modo. Vendré hasta que todo vuelva a la normalidad —dijo Paula, sin dejar lugar a discusión.

—Entonces, ¿cómo fue exactamente que mi marido la contratara? —preguntó Jane, volviendo a la pregunta inicial.

Paula retiró los platos y empezó a lavarlos.

—El doctor Whittaker es muy susceptible a los problemas ajenos —respondió, mientras enjuagaba una y otra vez el mismo plato—. Sabía que no tenía forma alguna de pagar la operación de Christine, de modo que consiguió que una de las organizaciones caritativas con las que está vinculado cubriera casi todos los gastos, y además me ofreció trabajo.

—¿Dónde estaba entretanto su marido? —preguntó Jane, después de haber comprendido instintivamente que Paula estaba enamorada de Michael y entender por qué. También sabía, en lo más profundo de sus entrañas, que Michael era totalmente inconsciente de los sentimientos de Paula.

—Nunca he estado casada —respondió Paula Marinelli, mientras frotaba vigorosamente los platos que acababa de lavar—. El hombre con el que mantenía relaciones decidió que su compromiso no llegaba al matrimonio ni a la paternidad. Con mi educación católica, el aborto era impensable. De modo que tuve el hijo sola y así han seguido prácticamente las cosas hasta ahora. No llegué muy lejos en la escuela —prosiguió, después de mirar a Jane a los ojos, en busca de algún signo de reprobación—, de modo que mis perspectivas laborales nunca han sido brillantes. Después del nacimiento de Christine, no pude encontrar ningún tipo de trabajo. Estaba ya en el paro cuando ella tuvo que someterse a la operación. La mayoría de los médicos se habrían desentendido del caso. Están demasiado ocupados llenándose los bolsillos.

Jane pensó inmediatamente en los billetes de cien dólares que había encontrado en los suyos y frunció el ceño.

—Lo siento —dijo inmediatamente Paula—. Supongo que muchos de sus amigos deben de ser médicos.

—No tiene por qué disculparse.

—Sólo pretendía contarle lo maravilloso que su marido ha sido conmigo. Salvó a mi hija y después a mí. Me matriculó en un instituto nocturno y a Christine en una escuela especial para minusválidos. Colocó mi nombre en cabeza de la lista —dijo, mientras guardaba los platos en el armario—. Al principio me mantenía a la expectativa de la contrapartida. Ya me comprende. No creía que alguien pudiera ser tan bondadoso. ¿Qué será lo que realmente se propone? Pero no había contrapartida. Sólo quería ayudar. Dijo que creía en esa filosofía oriental según la cual, cuando se salva la vida de alguien, se es

responsable para siempre de la misma —suspiró—. Ese hombre es un santo, en lo que a mí concierne. Haría cualquier cosa por él.

—¿Sabe lo que le ha ocurrido en su frente? —Jane se oyó a sí misma preguntar.

—¿Se refiere a la cicatriz?

Jane asintió.

—Un niño le arrojó algo —dijo Paula, al tiempo que movía la cabeza—. Tiene un montón de juguetes en la consulta. Muñecas, coches y cosas por el estilo, para que los pequeños se sientan más relajados. Pero supongo que no siempre funciona. Uno de ellos le arrojó un reactor a la cabeza. Uno de esos juguetes con la punta muy afilada. Dice que lo vio venir, pero no logró apartarse con la suficiente rapidez. ¿Se da usted cuenta? Tuvieron que darle casi cuarenta puntos.

—Parece horrible.

—Ya conoce al doctor Whittaker. No suele quejarse.

Jane sonrió con la esperanza de que Paula prosiguiera y le contara más cosas acerca del hombre con quien estaba casada. Le gustaba oír cosas buenas sobre su marido no sólo porque era agradable estar casada con un hombre como él, sino porque además de algún modo indicaba que si un hombre como Michael podía quererla, no podía ser tan mala persona. En este caso, ¿por qué la fuga histérica?

—¿Le apetece volver ahora a la cama? —preguntó Paula, después de acercarse.

Jane movió la cabeza.

—Prefiero sentarme un rato en el solarío.

Paula la ayudó a salir de la cocina y, a pesar de que Jane se sentía suficientemente fuerte para arreglárselas sola, sabía que era absurdo protestar.

La sala era tan maravillosa como la recordaba, su propio paraíso. El sol acudió inmediatamente a darle un abrazo de bienvenida, a calentar sus brazos desnudos. Paula la acompañó hacia el sofá colgante y la depositó entre los almohadones, como si fuera una pieza de delicada porcelana.

—Voy a traerle una manta —dijo antes de que Jane tuviera oportunidad de protestar.

Sin comerlo ni beberlo, estaba en manos de una niñera, dispuesta a cuidarla independientemente de su voluntad. Estaban decididos a que se recuperara y, por consiguiente, más le valía hacerse a la idea cuanto antes. ¡Puedes estar segura de ello!

«¡Vaya bobada! —pensó y se rió—. Mi conducta es absurda. Me porto como uno de los pacientes de Michael, el que intentó hacer aterrizar el avión de juguete en su cabeza. El hecho de que esa mujer esté enamorada de mi marido, no es razón suficiente para que no me guste. No soy más que una niña crecida y desagradecida que no sabe reconocer su buena fortuna, que no recuerda cómo comportarse cuando la gente es amable con ella y que se da cuenta de que sólo pretenden ayudarla. No sé lo que me conviene —exclamó sin palabras—. No sé lo que se espera de mí. No sé nada. ¡Maldita sea! ¡No sé nada!».

Le entró un ataque de risa incontrolable, que a continuación vio indefensa cómo se convertía en un valle de lágrimas. Paula apareció inmediatamente junto a ella y la cubrió con una suave manta amarilla.

—Tome esto —dijo al tiempo que le ofrecía dos diminutas pastillas blancas en la palma de la mano y un vaso de agua.

—No necesito pastillas —respondió Jane, mientras se secaba la nariz con el reverso de la mano, como una niña.

—El doctor Whittaker ha dicho que debe tomarlas.

—Pero no las necesito.

—No querrá contrariar al doctor —se limitó a decir Paula, mencionando lo impensable.

Jane comprendió que de nada serviría discutir. Sabía, y sabía que Paula también lo sabía, que tarde o temprano se tragaría aquellas pequeñas pastillas blancas: ¿para qué dificultarle la labor a aquella joven cuya vida era ya bastante complicada?

Cogió las pastillas de la mano de Paula, se las puso en la punta de la lengua y se las tragó.

Diez

En su sueño, Jane se vio a sí misma que caminaba por una calle oscura que no reconocía, junto a una mujer cuyo rostro no acababa de recordar.

Hablaban y se reían sobre una película que acababan de ver. Discutían acerca de quién había descubierto antes a Kevin Costner y, por consiguiente, quién gozaba de mayor derecho de propiedad sobre él, en caso de que llegaran a encontrárselo cara a cara y se viera obligado a elegir.

—Yo he bordado ya las iniciales en las toallas —proclamaba su acompañante, al tiempo que sacudía su larga cabellera rizada y pelirroja.

—Estás como una cabra, Diane —reía Jane.

«De modo que esa mujer se llama Diane», susurraba una voz desde la lejanía. «Una tal Diane», oyó que Michael decía. Diane Brewster, según había leído en su agenda.

Jane cogió a su compañera del brazo y se dispusieron a cruzar la calle.

—Aquí viene un individuo que no lleva los faros encendidos —dijo, mientras agitaba el brazo para llamar la atención de un joven moreno, al volante de un Trans Am rojo—. Perdona —agregó, cuando el joven bajaba el cristal de la ventanilla del vehículo—, sus faros no están encendidos.

Su respuesta la cogió por sorpresa, como si la hubiera abofeteado en la cara.

—¡Putas de mierda! ¿Qué coño quieres?

—Vámonos de aquí —susurró Diane, al tiempo que tiraba del brazo de Jane.

Jane se mantuvo en sus trece. Con toda seguridad aquel joven no había interpretado debidamente sus palabras.

—Sólo pretendía indicarle que sus faros no están encendidos —repitió, con toda la amabilidad de la que fue capaz.

—¡Putas de mierda! ¡Que te den por el saco!

Algo se disparó en la mente de Jane y su respuesta fue automática.

—¡Que te den a ti por el saco, cabrón!

—¡Santo cielo! —exclamó Diane.

Tal fue el furor en la mirada del joven que parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Sin dejar de agitar violentamente el dedo en dirección a ella, aceleró a lo largo de la calle.

—Gracias a Dios —suspiró Diane.

—¡Ahora vuelve! —exclamó Jane, con la mirada fija en el Trans Am rojo, que había dado un frenazo en medio de la calle y retrocedía hacia ellas, cada vez a mayor velocidad.

—¡Maldita zorra! ¡Voy a matarte! —chillaba entre otras obscenidades el conductor, que casi se salía por la ventanilla.

Jane cogió la mano de Diane y echó a correr, mientras oía las injurias del joven que las perseguía. Cuando volvió la cabeza vio que el joven corría tras ellas, con sus cortas piernas aumentando la velocidad y reduciendo la distancia, después de abandonar el coche junto a la acera.

—¿Dónde está la gente? —chilló Diane, al tiempo que sus ojos escudriñaban frenéticamente la calle desierta.

—¡Socorro! —gritó Jane—. ¡Que alguien nos ayude!

De pronto apareció ante ellas un gigante, un hombre de asombrosas proporciones, por lo menos de dos metros de altura, con un ancho tórax y un cuello enorme. Y el obsceno joven moreno de piernas cortas corría hacia su Trans Am, agitando el puño en el aire mientras emprendía su vergonzosa retirada.

—Me parece que a las señoras no les iría mal una copa —dijo el gigante, al tiempo que las acompañaba al interior del restaurante tenuemente iluminado, del que había salido—. Rick, sírveles algo de beber a estas desconsoladas damas. Invita la casa —agregó, cuando a lo lejos empezaba a sonar un teléfono—. Creo que debo atenderlo. Ahora vuelvo.

—¡Es Keith Jarvis, el futbolista! —exclamó Diane, cuando se había alejado lo suficiente para no oírlas—. No puedo creerlo. ¡Casi logras que un maniático nos mate y a continuación que Keith Jarvis nos rescate! Me pregunto si estará casado.

—¿Por qué no contesta al teléfono? —se preguntaba Jane, que oía su persistente timbre.

De pronto dejó de sonar.

—Diga —respondió suavemente una voz, que no era la de un gigante, sino la de una joven—. No, lo siento. No está en casa. Ha ido a pasar unas semanas con su hermano.

Jane abrió los ojos y se desvaneció el sueño conforme despertaba. Miró inmediatamente a su alrededor, para procurar orientarse lo antes posible.

Estaba semiacostada en el sofá colgante verde y blanco con motivos florales, con el cuerpo cubierto por una suave manta amarilla, y el sol se había ocultado temporalmente tras una voluminosa nube. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Y quién era el guionista de sus extraños sueños?

—Sí, fue una decisión totalmente repentina —oyó que decía Paula, al tiempo que reconocía su voz como la del final del sueño—. No, no pasa nada. Sólo ha querido darle una sorpresa.

Jane se levantó del sofá colgante tan silenciosamente como pudo, lo aguantó con las manos para que no hiciera ruido y se dirigió de puntillas a la cocina. Abrió la puerta y escuchó.

—Estoy segura de que llamaré cuando regrese —decía Paula por teléfono, de espaldas a Jane y sin percatarse de su presencia—. Que usted lo pase bien. Adiós.

Colgó el teléfono, suspiró y se dio la vuelta. Si la inesperada presencia de Jane la sobresaltó, lo disimuló con mucho acierto.

—Creí que todavía dormía —dijo.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Jane, mientras señalaba el teléfono.

—He olvidado preguntárselo —respondió Paula, aparentemente avergonzada.

—¿Por qué ha dicho que había ido a visitar a mi hermano?

Ahora Paula parecía sumisa y reticente.

—El doctor Whittaker cree que es preferible que no se la moleste con llamadas telefónicas. Por lo menos de momento. Hasta que recupere las fuerzas.

—No son fuerzas lo que me falta —afirmó categóricamente Jane, cuando sentía todo lo contrario—. Mi problema no es la fuerza, sino la memoria.

—¿Qué sentido tendría hablar con alguien a quien no recuerda?

La propia lógica de la pregunta enfureció a Jane.

—Tal vez recordaría algo —exclamó.

—O puede que no. Y entonces se sentiría todavía más disgustada. ¿Está lista ahora para almorzar?

—¿No acabo de desayunar?

—Han transcurrido muchas horas desde entonces. Vamos, tiene que...

—Recuperar las fuerzas, lo sé.

Jane se sentó junto a la mesa de la cocina y esperó a que Paula le preparara el almuerzo.

Encontró los álbumes de fotografías en la estantería inferior de la biblioteca de la sala de estar.

Examinó cada uno de los seis volúmenes encuadernados en piel y observó el desarrollo de su vida en series de fotografías a veces ridículas, generalmente ordinarias y ocasionalmente extraordinarias. Su cabello era largo un año, corto el próximo, rizado, liso, peinado hacia arriba o hacia abajo, según la moda vigente. Había pantalones acampanados y vaqueros ceñidos, sandalias abiertas y botas altas, chaquetas de cuero y jerséis superholgados. La única constante era su sonrisa. Siempre sonreía.

Había muchas fotografías de ella y Michael: su noviazgo, su matrimonio, su viaje a Oriente. Con otra gente. Solos. Siempre cogidos de la cintura y con su amor reflejado en la mirada.

Había una fotografía de Michael junto a una pareja mayor, que Jane supuso eran sus padres. Eran altos, apuestos y elegantes; su padre con escaso cabello canoso y su madre con un terco casco rubio. En otra página había fotografías de Jane abrazada a una mujer, que sólo podía ser su madre. Jane se sintió identificada con ella.

—Perdóname, madre —susurró, al tiempo que seguía el contorno de la mujer con los dedos—. No sabes cuánto deseo recordarte.

De pronto, como sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, decidió impedir que brotaran y cerró el álbum de un golpe.

—¡Maldita sea, me acordaré de ti! Claro que te recuerdo, madre —le dijo a la sonriente fotografía, después de abrir nuevamente el álbum, feliz de comprobar que su madre parecía satisfecha—. Y, por supuesto, recuerdo a mi hermano Tommy. ¿Cómo estás, Tommy?

Un joven de cabello claro, con los dientes frontales ligeramente separados, le respondía con una sonrisa. Estaba entre la joven que era Jane y la mujer mayor, que era su madre, con los brazos alrededor de ambas y aspecto orgullosamente posesivo. Sin embargo, en la próxima fotografía había otro joven, moreno y con la boca cerrada, en una pose semejante a la anterior, y con aspecto igualmente posesivo respecto a ambas mujeres. Tal vez ése era Tommy.

Abrió precipitadamente otro álbum y se encontró cara a cara con una mujer monstruosamente embarazada, con una blusa a rayas, vaqueros, con el cabello peinado hacia atrás, que revelaba un rostro casi gordinflón, y los pantalones arremangados para mostrar unos tobillos enormemente hinchados.

Instintivamente, Jane le acarició la barriga. Ahí estaba, la mismísima imagen de la madre embarazada, de lo cual ahora no recordaba absolutamente

nada. Y ahí estaba Emily, con su hermosa piel rosada, mechones de cabello rubio y mejillas de ardilla, que asomaba la cabeza bajo su manta infantil. Jane vio cómo su hija crecía ante sus propios ojos: de un bebé que arrullaba en el suelo de la sala de estar, a una niña que se arrojaba con audacia a las aguas de un lago.

—Eres una niña hermosa —susurró Jane, al tiempo que pasaba con rapidez las páginas del último álbum y se reía al percatarse de que su hija evidentemente la había sustituido, como modelo predilecto de su marido.

¿Estaría resentida? ¿Tendría celos de su única hija?

Sintió la amenaza de una jaqueca tras los ojos y se frotó la frente. «¡Por favor, no vayas a ser una de esas terribles madres inseguras, que odian a sus hijos!», se dijo.

—No me hagas eso a mí —exclamó, mientras oía el runruneo de la aspiradora en el piso de arriba.

Paula era sin duda una mujer ajetreada. Cuando no cocinaba, limpiaba. Si no limpiaba, regaba las plantas. Si no regaba las plantas, hacía las camas. O le ordenaba a Jane que hiciera una siesta. O que era la hora de tomar sus pastillas. La hora de que se fuera a la porra, Jane deseaba decirle, atosigada por la eficacia de aquella mujer. «¡Dios mío, ¿es ése el tipo de persona que soy?!», reflexionó. ¿Celosa incluso del ama de llaves? ¿Desdeñosa de su interés y dedicación?

—No es sorprendente que esté deprimida —dijo—. Soy un ser mezquino y despreciable.

Jane intentó imaginar a la joven, tirando del largo cable de la aspiradora, de una habitación a otra. A juzgar por el runruneo, ahora estaba con toda probabilidad en el estudio de Michael, cuidando meticulosamente de sus pertenencias.

¿Desde cuándo sabía que Paula estaba enamorada de Michael? ¿Cuánto la había preocupado? ¿Se lo habría realmente recriminado? ¿No era perfectamente natural estar por lo menos un poco enamorada del médico que había salvado la vida de su hija, sobre todo al tratarse de alguien tan adorable como Michael?

No obstante, aquella mujer lograba que se sintiera incómoda. ¿Podía Paula haber tenido algo que ver con su amnesia?, se preguntaba.

«¡Claro! —pensó Jane—. Intentaste matarla y ella, para vengarse, se dedica a limpiar a fondo la casa. Esa mujer era realmente perversa».

Jane volvió a dejar los álbumes en la estantería del fondo y se preguntó qué podía hacer ahora. Podría mirar la televisión, para ponerse al día respecto

a Los jóvenes y los inútiles, pero se sentía ya bastante inútil y decidió olvidarlo. Podría leer, pensó, mientras examinaba las hileras de libros de tapa dura y se preguntaba cuáles habría leído, sin saber si prefería la ficción o las biografías, el amor o la intriga. Michael le había dicho que se había licenciado en filología inglesa y que había trabajado en el sector editorial. ¿Qué era exactamente lo que había hecho? ¿Qué tipo de cargo había ocupado?

Deseaba que Michael regresara para poder formularle esas preguntas, consultarle si creía que debía visitar a un psiquiatra, o incluso a un hipnoterapeuta, si le parecía que podía ser útil. Deseaba que regresara para poder preguntarle cómo había pasado el día y contarle cómo lo había pasado ella. Fingir que llevaban una vida normal. ¿Era realmente necesario que se ausentara todo el día, cuando acababa de regresar?

¿Regresar de qué?

Se dirigió al solario, convencida de que aquél era el lugar al que acudía cuando necesitaba reflexionar. Su vida era evidentemente maravillosa. ¿Qué podía haber ocurrido para desear echarlo todo por la borda y fingir que nunca había sucedido?

Acarició las hojas de numerosas plantas, mientras miraba automáticamente para asegurarse de que tenían bastante agua. Claro que la tenían. Paula se había ocupado de ello.

Debería estar avergonzada, pensó, al tiempo que se dejaba caer en uno de los sillones, sin prestar atención en nada en particular. Ahí está esa joven, con una hija natural minusválida, sin dinero y con escasas perspectivas, limpiando afanosamente mi casa, y sobrevive. Mientras que yo, con un marido encantador y una hija saludable, estoy cargada de autocompasión y no sobrevivo.

Sin embargo ¿no había explicado el doctor Meloff que la amnesia histórica era, en realidad, un mecanismo de supervivencia? ¿Una forma de enfrentarse a una situación intolerable, producto de un gran temor, furor o humillación?

¿De qué podía tratarse?, preguntó en silencio, con un puñetazo en el brazo del sillón. ¿Cuánto tiempo duraría?

¡Por intolerable que fuera la situación de la que había huido, no podía ser más insoportable que su estado actual!

—¿Qué ocurre? —oyó que Michael preguntaba desde la puerta y se sobresaltó—. ¿Estás bien? ¿Te duele algo?...

—Estoy bien —respondió inmediatamente, después de ponerse en pie—. Tenía muchas ganas de verte. Te he echado de menos —susurró en tono

sumiso, mientras le abrazaba.

Sentía un placer casi insólito de verle.

—Me alegro —respondió Michael, al tiempo que le daba un beso en la frente—. Esperaba que te sintieras así —agregó, separándose de ella, pero sin soltarla, para observarla—. ¿Qué sucede? ¿Ha ocurrido algo? ¿No te ha cuidado debidamente Paula?

—No es eso —dijo Jane, sin saber ella misma de qué se trataba—. Supongo que tal vez esperaba demasiado. No lo sé. Tal vez creía que al estar en casa, recuperaría inmediatamente la memoria.

—Lo harás. Ten paciencia.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó, con una sonrisa ligeramente abochornada.

—He estado ocupadísimo —respondió, después de volver a abrazarla y acariciarle el cuello—. Lamento haber tenido que marcharme apresuradamente esta mañana. Hoy no tenía intención de ir a trabajar, pero a una urgencia le sucedía otra y cada vez que he llamado por teléfono, Paula me ha dicho que dormías.

El sonido que surgió de la boca de Jane estaba a medio camino entre una carcajada y un ronquido.

—Hoy he dormido mucho. Creo que deben de ser esas pastillas.

—Las pastillas no deberían producirte tanto sueño —respondió Michael—. Debes de estar más agotada de lo que supones.

—He tenido sueños muy extraños.

—¿Más serpientes?

—No, gracias a Dios. En esta ocasión eran maniáticos en coches rojos que pretendían atropellarme.

—Cuéntamelo —dijo, sobresaltado.

Le contó los detalles del sueño, todavía tan vivos como cuando los había elaborado.

—Esto no ha sido un sueño —comentó con ternura, cuando Jane concluyó.

—¿Cómo?

—Ocurrió en realidad. Hace un par de años, si mal no recuerdo.

—¿Un lunático intentó matarme, porque le dije que no llevaba los faros encendidos?

—Un lunático intentó matarte porque le mandaste a la mierda —rió, a pesar suyo—. Tienes bastante mal genio —agregó, mientras movía con

asombro la cabeza—. Siempre decíamos que algún día te causarías graves problemas.

—Realmente ocurrió —repitió Jane, sin ofrecer resistencia alguna cuando Michael la acomodaba en el sofá colgante y le colocaba una manta encima.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa, Jane? Empiezas a recordar. Sólo has de tener paciencia. No desalentarte. Todo se resolverá. Entretanto, ¿por qué no descansas un poco antes de la cena? Tal vez recuerdes algo más.

«Tal vez recuerde algo más», repitió sin palabras, mientras veía el Trans Am rojo que retrocedía velozmente hacia ella, tras sus párpados cerrados.

«Tienes bastante mal genio —había afirmado Michael—. Siempre decíamos que algún día te causarías graves problemas».

Once

—¡Hola! ¿Qué tal?

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto —respondió Carole Bishop, al tiempo que retrocedía hacia el vestíbulo, para cederle el paso a Jane—. Entra a tomar un café. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien —mintió Jane, que se sentía fatal, y siguió a Carole a la cocina, situada como la suya en la parte posterior de la casa.

—No he pasado por tu casa para no molestarte. Michael dijo que llamaría si necesitabas algo...

—No necesito nada —«A excepción de mi cordura», pensó Jane—. Me cuidan muy bien.

Me mantienen prisionera en mi propia casa, quiso decir, pero no lo hizo, consciente de que tal afirmación parecería muy melodramática y sería injusta. En realidad, recibía muy buenos tratos. Michael no podía ser más atento, más cariñoso. Y Paula, además de estar siempre ocupada en la cocina, con la limpieza y ordenando la casa, atendía a sus más mínimas necesidades. Excepto en lo que Jane deseaba con mayor ahínco, que la dejaran tranquila, y a lo que Paula no estaba dispuesta.

Había transcurrido casi una semana desde que Michael la había traído del hospital. Durante dicho período, había hecho poco más que comer y dormir. Cuando no dormía, tenía que luchar para mantenerse despierta y, cuando estaba despierta, tenía que luchar para no deprimirse. Cuanto más tiempo pasaba despierta, más se deprimía. La única forma de escapar de su depresión consistía en dormirse. Incluso había logrado quedarse dormida, cuando tenía una cita que Michael había organizado, con un distinguido psiquiatra bostoniano. Por cortesía profesional, el colega de Michael había hecho un hueco en su horario para recibirla, pero cuando Michael llegó a la casa para recogerla, después de reorganizar también su propio horario, no había logrado despertarla. El psiquiatra, no dispuesto a molestarte una segunda vez, la había citado para al cabo de seis semanas. Sin duda al cabo de seis semanas, confiaba Jane, ya no necesitaría sus servicios. La pesadilla habría terminado.

No había vuelto a soñar. Ningún otro recuerdo. Existía, si lo hacía, e incluso empezaba a dudarlo, en un vacío absoluto.

—No recuerdo cómo tomas el café —decía Carole.

—Solo. Y gracias por no recordarlo.

—Espera a que llegues a mi edad —rió Carole—. Comprobarás que tu condición no es única. Tal vez un poco extrema. Pero no única. Hay días en los que no recuerdo absolutamente nada. Tengo que escribirlo todo. Tengo un millón de listas —dijo, al tiempo que se dirigía a un pequeño escritorio, junto a la pared del fondo y sacaba media docena de papeles—. Tengo una lista para cada actividad. Si no lo escribo, lo olvido —agregó, antes de servirle a Jane una taza de café caliente—. Preparo una buena cantidad por la mañana —aclaró, mostrando la cafetera— y la dejo encendida todo el día. Es descafeinado, para que no me impida dormir por la noche. Ya sé que dicen que provoca cáncer, pero ¡qué diablos!, también lo provoca todo lo demás. Salud —concluyó, mientras levantaba la taza y la acercaba a la de Jane, como si brindaran con champán.

Cogió una silla y se sentó frente a Jane. Durante varios segundos guardaron silencio, mientras digerían sus ideas y dejaban que se formularan sus preguntas.

Jane aprovechó la oportunidad para observar la sala. Era aproximadamente del mismo tamaño que su propia cocina, pero necesitaba desesperadamente una capa de pintura y detectó varias quemaduras sobre las superficies. El mimbres de los asientos estaba deshilachado, al borde de la desintegración, y el linóleo del suelo cubierto de migas olvidadas. Reconoció la voz de fondo de Dolly Parton que surgía de la radio situada junto al teléfono.

—¿Te gusta la música *country*? —preguntó Jane a la ligera.

—Me encanta —fue la respuesta inmediata—. ¿Cómo puede a una no gustarle el género que produce canciones como *Voy a contratar a un borracho para que nos pinte la casa*?

Jane oyó risa y le alegró comprobar que era la suya. Hacía días que no se reía a carcajadas. Michael estaba casi siempre ausente y Paula no se distinguía precisamente por su sentido del humor. Jane miró al jardín por la ventana y vio al perrazo de los Bishop que perseguía una ardilla, medio a la expectativa de detectar a Paula, al acecho entre los matorrales.

Eran casi las dos de la tarde, hora a la que habitualmente hacía su siesta. Pero había fingido estar dormida cuando llegó Paula para administrarle su

medicina y aprovechó cuando ésta entró en el baño para salir a hurtadillas de la casa, como una niña traviesa.

¿Cuánto tardaría Paula en detectar su ausencia?

De pronto la casa de Carole se estremeció, con una cascada de pasos procedentes del piso superior.

—Me largo —chilló una voz desde el vestíbulo.

—Un momento, Andrew —gritó Carole, después de ponerse inmediatamente en pie—. Andrew, ven aquí.

En la puerta apareció un adolescente, todo piernas, brazos y tics nerviosos, que saltaba, se balanceaba y casi vibraba. Ni un solo músculo de su delgada complexión parecía en estado de reposo.

—¿Qué quieres, mamá? Tengo prisa.

—¿No saludas? —dijo su madre, al tiempo que señalaba a la invitada.

—¡Ah, hola, señora Whittaker! ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias.

—Bien, mamá, tengo que marcharme.

Estaba ya a medio camino de la puerta, cuando la voz de Carole le obligó a detenerse.

—Espera un momento. Se suponía que debías sacar al abuelo a dar un paseo.

—Lo hará Celine.

Jane oyó que la puerta principal se abría y se cerraba. Carole dejó caer los hombros derrotada.

—Claro, lo hará Celine. ¿Tú la ves por alguna parte? Celine ha ido de compras y sin duda estará demasiado cansada cuando regrese para sacar a pasear al abuelo, en el supuesto de que decida honrarnos finalmente con su presencia. ¿Te parece que estoy amargada? —preguntó en un tono sólo parcialmente retórico.

—Pareces cansada —respondió Jane.

—Lo tomaré como un cumplido —sonrió Carole, antes de regresar a su silla.

—¿Carole? —una voz rompió el momento de silencio, como uñas arañando una pizarra—. ¡Carole! ¿Dónde estás?

Carole cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—La voz de otro cuarto. Estoy en la cocina, papá.

Una figura endeble y encorvada apareció en la puerta. Jane reconoció que aquel anciano caballero, que lograba mantener cierta dignidad a pesar de su manchada camisa y de unos pantalones de franela gris excesivamente

holgados, era el mismo al que había visto cuando intentaba huir de su casa, en su primera noche. Sentía afinidad con él. Sabía exactamente cómo se sentía.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Dónde está mi almuerzo?

—Acabas de almorzar, papá —le recordó pacientemente Carole.

—No —insistió—. No he almorzado. No me has dado nada de comer —declaró, antes de mirar a Jane con suspicacia, como si ella pudiera haberse comido su almuerzo—. ¿Y tú quién eres?

—Es Jane Whittaker, papá. Vive al otro lado de la calle. Solía ir a correr con Daniel. ¿No la recuerdas?

—¿Preguntaría quién era si la recordara?

Parecía una pregunta lógica y Jane no pudo evitar una sonrisa. Le gustaba el padre de Carole, aunque sólo fuera porque parecían tener mucho en común.

—Te ruego que le disculpes —dijo Carole—. No siempre es tan mal educado.

—¿Has dicho algo? —exclamó el anciano, al tiempo que daba un puntapié en el suelo que le hizo pensar a Jane en Rumpelstiltskin—. Si piensas decir algo sobre mí, te agradecería que lo hicieras en voz alta.

—Si quieres oír lo que decimos, papá, deberías usar tu auricular.

—No necesito el auricular. ¡Lo que necesito es almorzar!

—Ya has almorzado —respondió Carole, al tiempo que señalaba las manchas de su camisa—. Ahí está la muestra. Creí haberte dicho que subieras a cambiarte.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto?

Carole levantó los brazos como si alguien la apuntara con una pistola y hubiera optado por la rendición.

—Nada en absoluto. Pantalón invernal y camisa cubierta de mostaza son la última moda en Boston este verano. ¿No estás de acuerdo, Jane?

Jane intentó sonreír. La mostaza era preferible a la sangre, pensó, mientras procuraba no concentrarse en el lúgubre tono grisáceo del anciano, que daba la impresión de que estuviera cubierto de una fina capa de polvo.

El padre de Carole empezó a asentir, como si participara en una conversación que sólo él podía oír. Sin darle importancia, comenzó a manipular su dentadura postiza con la lengua, que hacía entrar y salir de la boca, al ritmo de una música *country* que Glen Campbell interpretaba por la radio, sobre algo que había desaparecido, desaparecido, desaparecido.

—No te saques la dentadura de la boca, ¿de acuerdo, papá? —dijo Carole, mientras miraba a Jane—. Lo hace para enojarme.

—¿Dónde está mi almuerzo? —reclamó el anciano.

—¿Qué te apetece? —suspiró Carole, de camino al frigorífico.

—Un bocadillo de carne.

—No tenemos carne. Puedo prepararte un bocadillo de salchichón. ¿Qué te parece?

—¿Qué has dicho?

—Siéntate, papá.

El padre de Carole acercó una silla y se sentó.

—Prepárale uno también a ella —dijo, a la vez que señalaba a Jane con el pulgar—. Está demasiado delgada.

—No, gracias —respondió inmediatamente Jane, después de echarse a sí misma un vistazo, vestida al igual que Carole con una cómoda falda-pantalón y camiseta—. No tengo apetito.

—Hace menos de dos horas que ha comido —dijo Carole, mientras esparcía mostaza sobre dos rebanadas de pan y cortaba finas lonjas de salchichón.

Colocó el bocadillo en un plato y lo dejó frente a su padre.

—¿Qué es esto?

—Tu bocadillo.

—Esto no es un bocadillo de carne —replicó, al tiempo que empujaba el plato, como un niño mal educado.

—No, papá. Es salchichón. Ya te he dicho que no teníamos carne. En todo caso, vas a cenar dentro de unas horas. Ahora tendrás que contentarte con el salchichón.

—No quiero salchichón —exclamó consternado, mientras movía la cabeza—. No quieras ser nunca vieja —agregó, dirigiéndose a Jane, antes de levantarse de su silla y salir dignamente de la cocina.

Se oyeron sus pesados pasos por la escalera y a continuación en el piso de arriba, cuando cerraba su habitación de un portazo.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó Jane, sin saber por quién sentía mayor compasión.

—Empeora todos los años. No oye, pero tampoco escucha. Discute y es mal educado. Nunca puedo prever lo que hará o dirá. Hace unas pocas noches desperté a las tres de la madrugada, no duermo muy bien desde que se marchó Daniel, y decidí ver cómo estaba. Me lo encontré en el vestíbulo, con la mirada fija en la puerta de la casa. Cuando le pregunté lo que hacía, respondió que esperaba que trajeran el periódico y ¿por qué no estaba listo su desayuno? Cuando le dije que no solíamos desayunar en plena noche, respondió que si yo no estaba dispuesta a preparárselo, lo haría él. ¿Y sabes lo que hizo?

Colocó un montón de huevos en el microondas y lo conectó al máximo. Al cabo de unos minutos oí una explosión. Bajé corriendo. Estaba todo hecho un asco. El microondas parecía que había recibido el impacto de una bomba. A las tres de la madrugada estaba limpiando huevo del maldito techo. Sería para reírse si no fuera tan patético —dijo, al tiempo que movía la cabeza como su padre—. Parece increíble. Tú tienes problemas que no puedo siquiera imaginar y yo te atosigo con los míos.

—¿Desde cuándo vive con vosotros?

—Desde que murió mi madre. Creo que hace seis años.

—¿Cómo murió?

—¿Cómo si no? De cáncer —respondió Carole, con una voz apenas audible—. Empezó en el estómago y se esparció por todas partes.

—Lo siento.

—Fue muy duro —dijo—. Recuerdo que fui a verla al hospital poco antes de morir —agregó después de una pausa, con los ojos llenos de lágrimas—, y sufría mucho a pesar de los medicamentos. Le pregunté en qué pensaba tumbada allí, todo el día, contemplando el techo y respondió: «No pienso en nada. Sólo deseo que esto acabe».

—¡Ojalá pudiera yo recordar a mi madre! —dijo Jane al tiempo que veía cómo la sorpresa sustituía a la tristeza en el rostro de Carole—. Michael me habló del accidente.

—¿Lo hizo?

—No dijo gran cosa. Sólo que su muerte fue instantánea y que ocurrió hace aproximadamente un año.

—Un año —susurró Carole—. ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! ¿No guardas ningún recuerdo de ella?

—Miro sus fotografías y no me dicen nada —respondió Jane, mientras movía la cabeza—. Me siento muy... infiel.

—Te comprendo perfectamente —dijo Carole en un susurro confidencial, después de acercar tanto su silla a la de Jane que se tocaban sus rodillas—. Quiero a mi padre. Pero a veces, últimamente, me siento como si cumpliera una sentencia, a la espera de su muerte. ¡Dios mío, soy horrible! Ni siquiera me reconozco a mí misma, y pensarás que soy la persona más atroz del mundo.

—No creo que seas horrible. Creo que eres humana.

Se dibujó una sonrisa de agradecimiento en el rostro de Carole.

—Ésta es la razón por la que siempre llamaba a tu puerta cuando me abandonó Daniel. Nunca te faltaban palabras para levantarme los ánimos.

—Háblame de Daniel. Es decir, si no te importa hablar de él.

—¿Bromeas? ¡Me encanta hablar de Daniel! Me he quedado sin amigos, porque todos se aburrieron de oírme hablar incesantemente de él. Creen que debería dejar de hablar y organizar mi vida, pero todavía no estoy lista para prescindir del duende. No después de quince años de vida compartida. Todavía me queda mucho por contar.

—Cuéntamelo a mí, te lo ruego —insistió Jane—. Tal vez si la gente me tratara como solía hacerlo —prosiguió, enunciando por primera vez en palabras sus pensamientos de los últimos días—, me incorporaría con mucha mayor rapidez al tren de mi vida. En estos momentos, todo el mundo se esfuerza tanto por ser amable conmigo, andar con cautela a mi alrededor, cuidarme y procurar que descanse, que me siento como si viviera en una especie de burbuja de cristal. Por favor —instó—, háblame de Daniel.

—De acuerdo, pero después no digas que no te lo había advertido —dijo Carole, a la espera de que Jane asintiera—. Nos casamos cuando yo tenía veintiocho años. Para entonces yo estaba más que lista para el matrimonio. No era precisamente la más hermosa del barrio, estaba un poco gorda y todas mis amigas estaban ya casadas. Empezaba a desesperarme. Lo único que no habían perdido mis padres era la esperanza. Tú tienes unos diez años menos que yo y es improbable que puedas identificarte con este tipo de desesperación, pero esto era antes de que se pusiera de moda aceptar que una podía arreglárselas sin un hombre. Y entonces apareció Daniel Bishop. Dentista. Apuesto. Algo más joven que yo. Pero ¿eso qué importa? Eran sólo cinco años. Caí rendida a sus pies.

—Y os casasteis —agregó Jane.

—A decir verdad, primero quedé embarazada. Entonces nos casamos. Nació Celine y a los pocos años Andrew. Al principio fue difícil, pero la relación parecía mejorar con el transcurso de los años. Daniel tenía una consulta floreciente. Todo el mundo estaba sano. El dinero llegaba en abundancia.

»Y entonces empezaron los problemas. Cuando Daniel descubrió que uno de sus socios le robaba descaradamente, se organizó un terrible escándalo y acabaron ante los tribunales. Entonces enfermó mi madre y se complicaron enormemente las cosas. A continuación, cuando ella murió, mi padre vino a vivir con nosotros. Creo que todo resultó excesivo para Daniel. Insistí para que hablara de ello, pero nunca había sido hombre de muchas palabras. Le gustaba librarse de sus tensiones a través de actividades atléticas, lo cual me dejó desplazada, porque los deportes nunca han sido lo mío. Empezó a correr

y se convirtió en un fanático. Tenía que correr todos los días. Al principio insistía para que le acompañara, pero yo le respondía que era demasiado vieja y que dejaba esas actividades para los jóvenes. Sin duda un error por mi parte.

»Entonces recibió una buena oferta para formar sociedad con un antiguo compañero de estudios y no quiso desaprovecharla. Esto significaba trasladarse a la zona de Boston, pero ambos supusimos que sería una nueva oportunidad para nosotros. Por lo menos eso fue lo que quisimos creer.

»Comparamos esta casa y un perro. Los niños empezaron en el colegio. Todo el mundo parecía feliz. Daniel se llevaba de maravilla con sus nuevos socios y le encantaba la consulta. Se hizo miembro de un club de tenis y un club de golf, y empezó a correr de nuevo todos los días. A veces se llevaba el perro, y así fue cómo te conoció.

—Cuenta —instó Jane.

—Tal como lo recuerdo, llegó a casa un día después de trabajar y decidió que JR necesitaba ejercicio. El nombre de JR está inspirado en el de ese personaje de Dallas, ¿comprendes? De modo que salió a correr con el perro. Antes de ponerse realmente en marcha, JR sintió la llamada de sus necesidades biológicas y decidió satisfacerlas. Como es de suponer, Daniel no lo tenía previsto y no llevaba recogedor ni bolsa de plástico, por lo que esperó a que el animal hiciera sus necesidades en tu jardín. De pronto oyó un grito. A decir verdad, todo el barrio lo oyó.

—¿Yo? —preguntó Jane, que intuitivamente conocía ya la respuesta.

—«¡Saque esa mierda de mi jardín!», le chillaste. Fue fantástico. «¡Eh, usted, llévese inmediatamente esa mierda!». Y saliste por la puerta agitando los brazos. Más adelante Daniel confesó que creía que ibas a pegarle.

—¡No me digas!

—Pues, sí. Estuviste maravillosa. Tan enojada. Tan indignada. «Tengo una hija que juega en este jardín», gritaste en términos inconfundibles. Yo te observaba desde la puerta de mi casa y pensé: «Vaya suerte la mía... Ahora nunca volverá a ofrecerme uno de esos fabulosos pasteles de chocolate». De modo que Daniel regresó obedientemente a casa, cogió una bolsa de plástico, volvió a tu jardín y recogió los excrementos. A partir de entonces os hicisteis grandes amigos y empezasteis a correr juntos, cuando vuestros horarios respectivos os lo permitían.

—Parece que tengo bastante mal genio.

—Yo diría que sí —respondió Carole, cuyo rostro había adquirido un grave aspecto.

—¿Cuándo se marchó Daniel?

—El veintitrés de octubre. No hubo ninguna gran discusión, ninguna divergencia importante de opiniones, nada concreto destacable. Supongo que simplemente no podía aguantar más. Estaba harto de mi padre, harto de los hijos adolescentes y harto de mí. Decidió que todavía era bastante joven para hacer vida alegre de soltero. De modo que se compró un piso en la ciudad con vista al mar, por el que pagó más de un millón de dólares y ahora corre todas las mañanas por Freedom Trail, en lugar de hacerlo por las menos emocionantes calles de Newton Highlands, va andando al trabajo, ve a sus hijos cuando se le antoja y lleva la vida que le apetece. Tan lozano como un melocotón.

—Melocotón —repitió Jane, al tiempo que recordaba el lápiz de labios que había comprado, después abandonado, y decidió que lo utilizaría a su regreso.

—¿Cómo se las arreglan? —exclamó Carole, después de ponerse de pie para acercarse al mostrador de la cocina, servirse otra taza de café y coger unas galletas de harina de avena con pasas de un bote de cerámica descascarillado—. ¿Quieres una?

Jane movió la cabeza.

—Me pregunto: ¿cómo se las arreglan para seguir siendo niños durante toda la vida? ¿Cómo pueden desentenderse de las responsabilidades de toda una vida y empezar a salir con rubias, mientras nosotras nos quedamos ahí sentadas, viendo cómo el vello púbico se nos vuelve blanco? —declaró, después de comer una galleta y antes de empezar otra—. Pero ¿qué sabes tú de todo eso? Estás casada con el hombre perfecto.

—Parece muy atento —afirmó Jane, sintiéndose como una estúpida.

¿Cómo podía describir así al hombre con quien estaba casada desde hacía once años? Parece muy atento.

Al dirigirse a Carole, vio que ésta la miraba fijamente, como si hubiera algo que deseaba decirle, que quería revelar.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Carole se sobresaltó y empezó a realizar una serie de actividades innecesarias. Regresó a la mesa, se sentó, se llevó la taza a la boca y la dejó de nuevo sobre la mesa, sin haber tomado un sorbo, y repitió la misma operación con la galleta.

—¿De qué se trata? —repitió, imitando a Jane—. ¿A qué te refieres?

—Parecía que tenías algo que decirme.

—No, nada —respondió Carole.

—Por favor, cuéntamelo. ¿Era algo relacionado con Michael? ¿Algo sobre nuestra relación?

Carole volvió a llevarse la taza a la boca y, en esta ocasión, tomó un prolongado sorbo.

—Creo que si tienes alguna pregunta respecto a tu relación con Michael, es a él a quien se la debes formular. Yo no sé nada, te lo aseguro.

—¿Me lo dirías si lo supieras?

Se hizo una larga pausa, mientras Jane observaba a Carole, que medía su respuesta. Por la radio se oía a KD Lang, que cantaba a dúo con Roy Orbison.

—¿No ha muerto Roy Orbison? —preguntó inesperadamente Carole.

—Creo que sí —respondió Jane, de pronto desconectada de la conversación—. ¿No murió hace unos años?

—¿Ves? No lo recuerdo. A eso me refería cuando te dije que al hacerse una mayor, pierde la memoria. Antes siempre sabía quién había muerto.

Desde el jardín se oyó un fuerte ladrido.

—Cállate, JR —chilló Carole sin abrir la ventana y el perro dejó inmediatamente de ladrar—. Ojalá todo el mundo fuera tan fácil de controlar —suspiró—. A propósito, tengo un chiste para ti.

Jane esperó, consciente de que su auténtica conversación había terminado.

—Una mujer encontró una lámpara mágica, la frotó y salió un genio. Entonces el genio le dijo que le concedería cualquier cosa que deseara. Ella pensó unos minutos y respondió: «¡Quiero tener muslos delgados!». El genio la miró asombrado y dijo: «¿Cómo? ¿Es ése tu deseo? ¡Prometo concederte cualquier cosa y me pides muslos delgados! El mundo está lleno de gente hambrienta, guerras, enfermedades y pobreza. ¡Y lo único que deseas es tener muslos delgados!». Evidentemente la pobre mujer se sintió avergonzada, reflexionó unos instantes y dijo: «Bien, de acuerdo, muslos delgados para todos» —concluyó Carole, que se tronchaba de risa, al tiempo que Jane soltaba unas pocas carcajadas—. ¿Qué te parece? —agregó—. Tus muslos parecen palillos. Mi padre tiene razón. Estás demasiado delgada. Come una galleta.

Jane estaba a punto de aceptar, cuando alguien llamó frenéticamente a la puerta.

—Carole —chilló su padre desde el primer piso—, alguien llama a la puerta.

—Será Andrew, que ha olvidado algo —dijo Carole, ya de pie—, o Celine, que va tan cargada, que no puede encontrar las llaves.

Jane sabía, antes de que Carole llegara a la puerta, que no era Andrew ni Celine.

—¿Está aquí Jane? —preguntó Paula, al borde de la histeria.

—Sí, está aquí —respondió sosegadamente Carole—. Estamos tomando un café. ¿Le apetece una taza?

—He estado a punto de volverme loca —dijo Paula, después de entrar en la cocina y enfrentarse a Jane—. ¿Por qué no me ha dicho que salía?

—No lo creí necesario —mintió Jane—. Estaba muy ocupada y no he querido molestarla.

—He ido a ver si necesitaba algo y no estaba en su cuarto. La he buscado por toda la casa, incluido el jardín y el garaje. He ido de un extremo al otro de la calle dos veces, antes de venir aquí. Empezaba a estar verdaderamente desesperada. Creí que había vuelto a escapar —concluyó, a punto de llorar.

—Lamento haberla asustado —respondió Jane con absoluta sinceridad, que reconocía haber sido muy irresponsable al abandonar la casa, sin por lo menos decirle a Paula dónde estaría—. Sólo quería salir un poco de la casa.

—Lo comprendo —dijo Paula, que cogió a Jane por sorpresa, porque no la creía capaz de ser compasiva—. Pero la próxima vez le agradecería que me avisara.

—Lo haré.

—Y ahora —declaró Paula, después de consultar el reloj— creo que deberíamos regresar a casa. Le conviene descansar antes de que regrese el doctor Whittaker y...

—Lo sé —dijo Jane—, es hora de tomar las pastillas.

Doce

Despertó con dolor de cabeza.

Las apagadas palpitaciones emanaban de la base del cráneo y se esparcían por toda la cabeza, como un árbol invernal deshojado cuyas finas ramificaciones se extendían hasta las más delicadas terminaciones nerviosas. Le dolían incluso los dientes.

Un día más en el paraíso, pensó, mientras intentaba sacar las piernas de la cama. Parecían pesadas, como si alguien las hubiera cargado de plomo cuando dormía. Miró para comprobarlo y los dedos de sus pies desnudos se movieron bajo el camisón de algodón blanco. Ningún plomo a la vista, pensó, al tiempo que se levantaba, apoyada en uno de los barrotes de la cama para conservar el equilibrio. Sólo el de su cabeza.

Suspiró con un esfuerzo para no sucumbir a su impulso de acostarse de nuevo. ¿Qué motivo tenía para levantarse? Se sentía fatal. Y se sentiría todavía peor conforme avanzara el día. Dentro de unos minutos aparecería Paula para comprobar cómo estaba, administrarle más pastillas y ofrecerle el desayuno. Entonces volvería a dormir un poco y, cuando no durmiera, volvería a repasar los álbumes fotográficos, para intentar recordar quiénes eran aquellas personas extrañas, a pesar de que Michael le había hablado de cada una de las fotografías por lo menos media docena de veces, hasta aprenderse de memoria los nombres de todas las personas, a las que sin duda reconocería si se las encontrara por la calle, lo cual era improbable, puesto que raramente salía de la casa.

Miró hacia la puerta del dormitorio, a la espera de ver el rostro de su carcelera, pero no había nadie.

—Esto no es justo —le dijo a su reflejo en el espejo—. Paula no es tu carcelera. Tú lo eres.

Miró fijamente a la desconocida del espejo, mientras ésta observaba cómo ella tiraba con asco de la parte delantera de su camisón blanco.

—Quienquiera que seas —dijo la mujer—, tienes un gusto asqueroso. Este camisón tiene tanto atractivo sexual como una camisa de fuerza.

«Lo cual sería un atuendo más apropiado», agregó en silencio.

«¿Y por qué te lo sigues poniendo?», preguntaron los ojos a su reflejo en el espejo.

«Porque cada vez que lo arrojo a la cesta de la ropa sucia, ya sabes quién lo lava y vuelve a colocarlo sobre mi almohada. Es más fácil ponérselo que discutir... Y menos peligroso», pensó. No tenía que preocuparse de que pudiera incitar alguna reacción en su marido, para la que no estuviera todavía preparada. Probablemente podía exhibirse con aquella prenda ante Warren Beatty sin provocar reacción alguna.

Se pasó las manos por el cuerpo, dejando que sus dedos acariciaran sus pezones, la suave curva de su estómago y el delicado montículo de su pubis. Sintió un grato estremecimiento. ¿Con qué frecuencia hacían ella y Michael el amor?, se preguntó. ¿Y cómo era Michael en la cama?

Dejó caer los brazos. No estaba dispuesta a tratar de esas cuestiones. ¿Qué sentido tenía estimular dichos impulsos si no estaba preparada para satisfacerlos?

¿Estaba preparada para satisfacerlos? ¿Estaba dispuesta a hacer el amor con un hombre al que no conocía, sólo porque era su marido?

—¿Lo estás? —le preguntó a la mujer del espejo.

La mujer se encogió de hombros.

—¡Puerca! —exclamó Jane con una carcajada, antes de darse la vuelta, a la espera de ver el rostro reprobador de Paula en el umbral de la puerta.

Entonces recordó que era sábado. Paula estaba libre los fines de semana. Ella y Michael estaban solos en la casa. Disponía de mucho tiempo para satisfacer sus deseos, si optaba por hacerlo. ¿Podía ser eso lo que realmente deseaba? ¿Así de simple?

Tal vez su autoimpuesto celibato era la causa de sus jaquecas. O la razón de su persistente depresión. ¿Puede que simplemente no estuviera acostumbrada a pasar tanto tiempo sin hacer el amor!

¿Y qué había de malo en acostarse con él? Le resultaba enormemente atractivo. Y, después de todo, era su marido. Hacía once años que se acostaba con él. No era como si acabaran de conocerse. No era como si acabaran de ser presentados y le acompañara por primera vez a su casa.

Sin embargo, así es exactamente como era.

Además, no le conocía mejor ahora que hace una semana. Bien, sabía cosas acerca de él. Conocía los detalles de su vida y de su vida compartida. Sabía que era amable, sensible, paciente y todo lo que una pudiera desear en un marido.

Tal vez eso era todo lo que necesitaba saber.

¿Qué importaba que no le recordara? ¿Era eso realmente necesario? Ahora hacía poco más de una semana que le conocía. A menudo las personas se metían juntas en la cama, después de mucho menos tiempo. Además, le gustaba. Incluso en su estado confuso y depresivo, le resultaba atractivo. Comprendía por qué se había sentido atraída por él, hacía cosa de once años. ¿Qué había de malo en invitarle a compartir la cama? Era evidente que él esperaba su invitación, aunque nunca había dicho una palabra. Ambos eran mayores de edad. No sólo eran mayores de edad, sino que estaban legalmente casados. ¿A quién podrían ofender? Tal vez acostarse juntos la ayudaría a recordar. E incluso aunque no la ayudara a recordar, puede que se sintiera mejor. ¿Qué mal podía haber en ello?

—No lo sé —susurró, mientras abría uno de los armarios y buscaba su ligero de encaje negro en uno de los cajones—. Esto probablemente le excitará —dijo después de encontrarlo y levantarlo para mostrárselo a su reflejo, satisfecha por el sobresalto que le había provocado.

«¿Es eso lo que quieres? —preguntó silenciosamente su reflejo—. ¿Quieres realmente excitarlo? Más vale que te asegures antes de dar el primer paso».

—No lo sé. No sé lo que quiero —exclamó Jane enojada, al tiempo que volvía a guardar el ligero en el cajón y cerraba el armario de un portazo—. No puedo pensar con claridad. Me siento como si alguien me hubiera llenado la cabeza de guijarros —dijo, después de llevarse las manos al cuello, arañarse la nuca y sentir un cosquilleo—. Me duele la cabeza —chilló—. Me duele la cabeza, no puedo pensar con claridad y estoy siempre cansada. ¡Maldita sea! ¿Qué me ocurre?

Tenían que ser las pastillas que tomaba. A pesar de que Michael le aseguraba que eran muy suaves, evidentemente eran demasiado fuertes para ella. Probablemente no estaba acostumbrada a ningún tipo de medicación prolongada. Las pastillas eran responsables de su desorientación y depresión, así como de su constante fatiga y sensación de desaliento. Sin embargo, cada vez que se lo mencionaba a Michael, cada vez que le preguntaba si eran realmente necesarias, respondía que el doctor Meloff se las había recetado, con instrucciones de que todavía no dejara de tomarlas, por lo menos durante algunas semanas.

¿Habían sido aquéllas las instrucciones del doctor Meloff?

—¿Qué significa eso? —le preguntó a su reflejo, al tiempo que se interrogaba sobre el perverso confín de su cerebro, de donde podía haber surgido aquella extraña idea—. ¿Qué pretendes decir? ¿Que Michael te

miente? ¿Que el doctor Meloff no recetó ninguna medicina? ¿Que Michael, con la ayuda de Paula, procura mantenerte deliberadamente drogada, adormecida y deprimida? ¿Por qué? ¿Y cómo puedes pensar así de un hombre con el que, hace escasos momentos, estabas dispuesta a meterte en la cama?

—Porque evidentemente me estoy volviendo loca —fue la respuesta inmediata—. ¿Quién, si no una loca, discutiría con su propio reflejo?

«Hay una forma fácil de averiguarlo —le comunicó en silencio la mujer del espejo, a través del cristal—. Llama al doctor Meloff».

—¿Cómo?

«Llama al buen doctor. Te dijo que no tuvieras reparos en llamarle por teléfono en cualquier momento. Llámale y pregúntale si te recetó alguna medicina».

«¿Cómo puedo hacer eso?».

«Fácil. Coge el teléfono y marca».

Jane dirigió inmediatamente la mirada al teléfono de la mesita de noche. ¿Era realmente tan fácil? ¿Era eso todo lo que tenía que hacer? ¿Levantar el teléfono y marcar?

Acercó la mano al auricular, pero se detuvo. ¿Qué ocurriría si Michael entraba en aquel momento? A propósito, ¿dónde estaba? Eran más de las nueve. ¿Era posible que todavía durmiera?

Salió decidida al pasillo con cuidado para no hacer ruido. Si dormía, no quería molestarlo. Si estaba ocupado en alguna parte de la casa, tampoco quería que acudiera corriendo en su ayuda. Por lo menos no todavía. Avanzó de puntillas por el pasillo, para mirar primero en la habitación de Emily, a continuación en el cuarto de baño, entonces en la habitación de los huéspedes y por último en el despacho de Michael. Pero la cama en la habitación de los huéspedes estaba hecha y su marido no trabajaba con su ordenador. Oyó ladridos y se acercó a la ventana para mirar al exterior.

Michael hablaba con Carole Bishop en el jardín de su casa. JR ladraba impaciente, al tiempo que tiraba de la correa, ya que evidentemente se había interrumpido su paseo. Desde la perspectiva de Jane, la conversación parecía seria. Ambos tenían la cabeza agachada, con la mirada fija en el suelo. Vio cómo Carole asentía y Michael le daba unos golpes de cortesía en el brazo. «Probablemente habla de Daniel», pensó Jane. O de su padre. Michael era amable como de costumbre. ¿Podía realmente dudar de él?

Regresó a su dormitorio, enojada y avergonzada. ¿Había hecho aquel individuo alguna cosa, una sola, que justificara su desconfianza? ¿Que justificara sus sospechas de que pudiera administrarle medicamentos

innecesarios? ¡No! Lo único que había hecho había sido buscarla y cuidarla. Y administrarle pastillas a todas horas. Jane dirigió la mirada al teléfono de la mesita de noche.

—Levántalo y marca —dijo en voz alta.

Acercó cautelosamente la mano y levantó el auricular. No daba señal de marcar. Siguió con la mirada el cable del teléfono hasta el enchufe de la pared. El enchufe estaba vacío. El cable yacía enroscado bajo el mismo, como una serpiente dormida. Michael debía de haberlo desconectado por si llamaban mientras dormía. No quería que se la molestara. Pensaba sólo en su bienestar, como lo había demostrado día tras día desde su regreso. Y para recompensar su amabilidad, ella estaba a punto de investigar a sus espaldas.

Cuando se agachó para conectar al teléfono, se sintió inesperadamente mareada y tuvo que agarrarse a la cama. Entonces sonó con fuerza la señal de marcar en su oído, que la increpaba.

—¿Y ahora qué?

«Ahora llama a información», se ordenó a sí misma, a la vez que se sentaba en la cama y marcaba el 411.

—¿Qué ciudad desea? —fue la respuesta casi inmediata.

—Boston —respondió con la misma rapidez—. El hospital municipal de Boston.

Siguió una pausa, durante la cual una máquina sustituyó a la voz humana. Repitió dos veces el número, mientras Jane buscaba su agenda en el cajón.

—Un momento —le dijo a la máquina—. Quiero tomar nota. ¿Dónde está mi agenda? —exclamó, con el claro recuerdo de la libreta de tapas a cuadros, que había examinado hoja por hoja a su regreso del hospital, y que ahora había desaparecido—. Lo siento, ¿puede repetir el número? —preguntó, después de abandonar la búsqueda, para concentrarse en los números que repetía la grabación—. Lo que me faltaba, ahora hablo con máquinas.

Marcó inmediatamente un número, con la esperanza de que fuera el correcto.

—Hospital municipal de Boston —respondió una voz, al otro extremo de la línea.

—¿Puedo hablar con el doctor Meloff, por favor?

—Lo siento, hable un poco más fuerte. ¿Con qué médico desea hablar?

—El doctor Meloff —repitió, levantando la voz.

—Me parece que hoy no ha venido el doctor Meloff. Pero no se retire, llamaré a su extensión.

—¡Claro, hoy es sábado! No trabaja los fines de semana —dijo Jane, dispuesta a colgar, cuando oyó la voz del médico—. ¿Doctor Meloff?

—Al habla. ¿En qué puedo servirla?

—Soy Jane Whittaker. No hubo respuesta alguna.

—Jane Whittaker —repitió—. La esposa del doctor Whittaker.

—¡Ah, claro, Jane! —exclamó entonces, con un énfasis en su nombre, que daba a entender que se alegraba de recibir noticias suyas—. No suelo venir los sábados y no esperaba ninguna llamada. ¿Cómo está?

—Me sabe mal molestarle...

—No se preocupe. Me encanta que me haya llamado. ¿Va todo bien?

—No estoy segura.

—He hablado varias veces con su marido. Me comentó que había tenido que organizar otra cita con el psiquiatra, pero que le parecía que mejoraba, que había recordado un incidente del pasado.

—Así es —afirmó, al tiempo que procuraba no parecer tan confusa como se sentía—. No sabía que hubiera hablado con mi marido.

—Espero que no le importe mi curiosidad y su marido, evidentemente, está muy preocupado. De modo que nos pareció prudente mantenernos en contacto. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Respecto a esas pastillas que me recetó, doctor Meloff —empezó a decir, medio a la expectativa de que respondiera indignado: «¿Qué pastillas? ¡No he recetado ningunas pastillas!». Pero no dijo nada—. Me gustaría saber cuál es exactamente su efecto.

—Creo que le receté Ativan. Un momento, que consulto mis fichas —dijo, antes de sumirse en un profundo silencio. De modo que, después de todo, el doctor Meloff le había recetado un medicamento y Michael se limitaba a seguir sus instrucciones—. Efectivamente, Ativan —afirmó el doctor Meloff, de nuevo al teléfono—. Su ingrediente principal es algo llamado lorazepam. No sé si el nombre le dice algo, pero esencialmente es un tranquilizante muy suave, parecido al Valium, aunque sin sus efectos adictivos.

—Pero ¿por qué necesito tomar medicamentos?

—Los sedantes suaves suelen funcionar muy bien en los casos de amnesia histórica —explicó, antes de hacer una pausa, durante la cual Jane casi oía su sonrisa—. Usted se encuentra en un estado de enorme tensión: no recuerda quién es, está casada con un hombre al que no conoce y está rodeada de un montón de desconocidos. Esto debe de producir una enorme angustia, que

sólo puede impedir la recuperación de su memoria. La función del Ativan es contrarrestar la angustia para permitir que su memoria vuelva a su cauce.

—Pero me siento siempre muy cansada y deprimida...

—Esto no es inusual en su situación. Es probable que cuanto más se prolongue, mayor sea su depresión. De ahí que el Ativan sea tan importante. Y en cuanto a su fatiga, me parece que su cuerpo intenta decirle algo. A saber, que necesita dormir. No luche contra él, Jane. Escuche a su cuerpo.

—¿Entonces no cree que sea el medicamento lo que hace que me sienta de ese modo?...

¿Por qué se lo preguntaba? ¿No acababa de decirle que el Ativan era un tranquilizante muy suave? ¿Y que lo consideraba esencial para su recuperación?

—Ativan no contiene nada que pueda causar depresión. Supongo que, teniendo en cuenta que está bastante delgada, es posible que le produzca sueño, pero seguramente lo superará cuando se acostumbre.

—Es sólo que me siento tan inútil, sin poder controlar... —se interrumpió, al oír los pasos de Michael por la escalera—. Debo colgar —dijo entonces apresuradamente—. Ya le he molestado demasiado.

—Me alegro de haber estado aquí cuando ha llamado. A propósito, si su marido está en casa, me gustaría hablar un momento con él.

Michael estaba en el umbral de la puerta.

—Está aquí —dijo Jane por teléfono, antes de ofrecerle el auricular a su marido—. El doctor Meloff —declaró, con el pulso enormemente acelerado—. Quiere hablar contigo.

Michael cogió el teléfono, comprensiblemente perplejo. «Parece tan confundido como yo me siento», pensó Jane, al tiempo que se preguntaba qué le había impulsado a llamar al doctor Meloff. ¿Sospechaba realmente que su marido le administraba medicamentos innecesarios? ¿Por qué? No había hecho más que mostrarse bondadoso con ella. Había sido paciente, cooperativo y encantador. ¿Era alérgica a los hombres maravillosos? ¿Era ése su problema? Le había resultado insufrible formar parte de un matrimonio feliz, se había refugiado en una especie de locura temporal y ahora, incapaz de soportar su persistente amor y devoción, intentaba convencerse a sí misma de que tramaba algo contra ella. Parecía perfectamente lógico.

¿Cuándo era la última vez que algo había tenido sentido? ¿Tenía sentido haberse encontrado por las calles de Boston, sin tener la más remota idea de quién era? ¿Llevar los bolsillos llenos de billetes de cien dólares y un vestido empapado de sangre? ¿Sentir tanta desconfianza y odio para con la gente que

sólo pretendía ayudarla? ¿Que unos suaves tranquilizantes la convirtieran en un zombi? ¿Que hubiera alcanzado un nivel tal de paranoia, que se sintiera como una prisionera en su propia casa?

¿Tenía sentido que le doliera la espalda, tuviera jaqueca y le resultara difícil engullir? ¿Ser incapaz de desempeñar las más simples funciones? ¿Recordar claramente que había guardado su agenda en el cajón de la mesita de noche y ahora había desaparecido? ¿Tenía eso sentido? ¿Y cómo podía alguien incapaz de recordar su propio nombre, afirmar que recordaba con claridad cualquier cosa?

—¿Dónde está mi agenda? —preguntó sin mirarle a los ojos, cuando Michael colgó el teléfono, consciente de que estaba dolido por la llamada al doctor Meloff y sin poder justificarla, puesto que ni ella misma lo comprendía—. Estaba aquí —dijo, al tiempo que abría el cajón de la mesita, para subrayar sus palabras—. Y ahora ha desaparecido.

—No sé dónde está —respondió escuetamente.

—Estaba aquí cuando regresé del hospital.

¿Por qué insistía? ¿Por qué le daba importancia a un hecho que no la tenía? Porque la mejor defensa es un buen ataque. Porque de ese modo no tenía que justificar haber llamado al doctor Meloff.

—Entonces debe de seguir ahí —decía Michael.

—No está. Míralo tú mismo.

—No necesito mirar. Si tú me dices que no está, te creo.

Jane interpretó así sus palabras: Si me hubieras dicho que el doctor Meloff había recetado el medicamento para mí, no se me habría ocurrido comprobarlo a tus espaldas.

—Paula debe de haberla cambiado de sitio —exclamó enojada, mientras caminaba de un extremo a otro de la cama.

—¿Por qué la cambiaría de sitio?

—No lo sé. Pero estaba aquí la semana pasada y ahora no está. De modo que alguien debe de haberla cambiado de lugar.

—El lunes se lo preguntaré a Paula —respondió Michael, claramente dolido por su conducta, pero con un esfuerzo para mantener la calma—. En todo caso, tampoco comprendo para qué necesitas la agenda.

—Puede que se me ocurra llamar a alguno de mis amigos —replicó, incluso ella convencida de que lo que decía era irracional—. Tal vez quiera empezar a recuperar fragmentos de mi vida. Quizá esté harta de no moverme de aquí en todo el día, bajo la vigilancia de esa nazi...

—¿Paula? ¿Una nazi? ¡Dios mío! ¿Qué ha hecho?

—¡Nada! —exclamó Jane, sin pretensión alguna de cordura, y sin que nada pudiera evitar el torrente de palabras que fluyó de su boca, como si ellas a su vez hubieran estado encarceladas y optaran ahora por huir—. Lo hace todo a la perfección. Es una maldita máquina. Me vigila como el hermano mayor. No puedo ir al baño sin que me controle. No me permite contestar el teléfono. Les dice a mis amigos que no estoy en la ciudad. ¿Por qué no me permite hablar con mis amigos?

—¿Qué les dirías? —imploró—. ¿Deseas realmente que tus amigos te vean en estas condiciones?

—¿Para qué son los amigos? —exclamó.

El color desapareció gradualmente del rostro de Michael, como si alguien ajustara el control de un aparato de televisión, y se dejó caer en la cama, con el rostro entre las manos.

—Es culpa mía. Le dije a Paula que no te dejara contestar ninguna llamada. Me pareció que así te ayudaba, evitándote situaciones angustiosas. Me pareció preferible que poca gente supiera lo que ocurría. Siempre has querido que se respete tu intimidad y no creí que te gustara que todo el mundo lo supiera... Lo siento. Lo siento —repitió, con una voz que se perdía en la lejanía.

Jane se sentó junto a él, con su enojo de pronto superado.

—Soy yo quien lo siente. Evidentemente me conoces mejor que yo misma —dijo, con la esperanza de que le brindara una sonrisa y ver su deseo complacido.

—Si deseas hablar con tus amigos, no tienes más que decírmelo. Si quieres los llamaré ahora mismo, les diré que vengan a verte.

Jane reflexionó unos instantes. La idea de hablar con desconocidos, para no mencionar la de verlos cara a cara, le aceleró inmediatamente el pulso. Tenía razón: la experiencia sería sin duda excesivamente dura. ¿A quién llamaría? ¿Qué les diría?

—No, ahora no —respondió—. Te ruego que me perdone. Estoy muy confusa.

—¿Ha sido ésta la razón de tu llamada al doctor Meloff?

—No sé por qué he llamado al doctor Meloff.

—¿No crees que puedes hablar conmigo? —preguntó, mientras Jane comprobaba que se le formaban lágrimas en los ojos y luchaba para contenerlas—. ¿No sabes que no hay nada en este mundo que no estuviera dispuesto a hacer por ti? ¿Que si tienes cualquier pregunta, duda, o temor, puedes hablar conmigo? Si no te gusta Paula, prescindiremos de ella. Si te

apetece salir más a menudo de casa, te llevaré donde quieras, o puedes ir sola si lo prefieres. Puedes venir al despacho conmigo, si lo deseas. O no tienes por qué ir a ningún lugar conmigo —se detuvo, al tiempo que se doblaba como si hubiera recibido un fuerte puñetazo en el estómago—. ¿Es eso, Jane? ¿Soy yo el problema? Porque si es eso, si soy yo a quien no deseas ver, no tienes más que decírmelo. Me marcharé inmediatamente. Haré la maleta y me instalaré en un hotel hasta que termine esta pesadilla.

—No, no es eso lo que quiero. Tú no eres el problema. El problema soy yo.

—Sólo quiero lo mejor para ti, Jane. Lo mejor para ambos —dijo ahora entre sollozos, sin molestarse en reprimir las lágrimas—. Te quiero tanto... Siempre te he querido. No sé por qué nos ocurre esto tan terrible, pero haré todo lo posible para que termine cuanto antes, aunque tenga que renunciar a ti.

—No quiero que te vayas —respondió Jane, que ahora también lloraba—. Quiero que te quedes conmigo. Por favor, no me dejes. Te lo ruego.

Jane sintió que los brazos de Michael la abrazaban, al tiempo que descansaba la cabeza en su pecho, y ambos lloraban. De pronto dejaron de llorar, ella buscaba los ojos de Michael con la mirada y él cubría la boca de Jane con la suya. Se besaban y era agradable, más que agradable, maravilloso. Tenía por primera vez la sensación de haber regresado verdaderamente a su casa, al lugar donde pertenecía.

—¡Dios mío, Jane, eres tan hermosa!... —exclamó, sin dejar de besarla, mientras paseaba las manos por sus senos y le levantaba el camisón para acariciarle las piernas—. Lo siento —dijo de pronto, después de retroceder y ocultar sus suaves manos bajo la colcha de la cama—. Te ruego que me perdones. No debí haberlo hecho.

—¿Por qué no? —preguntó Jane, que conocía perfectamente la respuesta.

—Ahora estas confundida, no estás segura...

—Estoy muy segura.

Después de mirarla fijamente durante unos prolongados segundos, agachó la cabeza para darle un beso en la nariz.

—Siempre me has gustado con ese estúpido camisón —dijo y ella se rió.

—Haz el amor conmigo, Michael. Te lo ruego.

La miró atentamente a los ojos como si pretendiera infiltrarse en su cabeza.

—Es lo que deseo —afirmó Jane, sin que hubiera otra protesta.

Trece

La semana siguiente, Jane tuvo otro sueño.

Estaba con una niña, a la que reconoció como su hija, junto a una pequeña pista de patinaje sobre hielo en Newton Center. Emily estaba a su lado con un traje de nieve rosado y sus nuevos patines, y ella con un anorak con capucha y unas gruesas botas de invierno, a punto de entrar en el hielo, pero se detuvieron al oír una severa voz masculina:

—Perdone, pero no puede entrar en la pista sin patines.

Jane observó sus pies y a continuación al joven de mejillas rojizas que tenía delante.

—Sólo quiero acompañar a mi hija alrededor de la pista.

—Tiene que usar patines. Lo siento, son las normas.

—Oiga: no quiero discutir con usted —exclamó Jane, consciente de que se le subía la mosca a la nariz—. ¿No puede hacer la vista gorda? No hay nadie en la pista y no veo qué perjuicio puede ocasionar...

—No puede entrar en la pista sin patines, señora. Es así de simple.

Al oír la palabra «señora», a Jane se le tensaron todos y cada uno de los músculos del cuerpo.

—¡Por Dios! —insistió Jane, con el puño cerrado en el bolsillo de su chaqueta—. No querrá decepcionar a mi hija. Se lo espera con ilusión desde toda la semana.

—Mire, señora: las normas son las normas —respondió el joven, al tiempo que se encogía de hombros con indiferencia—. Lo toma o lo deja —agregó, antes de dar media vuelta para alejarse.

—¡Imbécil! —exclamó Jane, no exactamente para sus adentros.

—¿Cómo ha dicho?

A continuación todo ocurrió con mucha rapidez: el joven dio media vuelta, volvió sobre sus pasos, la agarró por el cuello de la chaqueta, la levantó del suelo y le soltó una sarta de insultos. Emily chillaba a su lado, empezó a formarse rápidamente un corro, el joven la soltó y sus pies, aliviados, entraron de nuevo en contacto con el suelo.

—Lamento haber perdido los estribos.

—Lo comprendo. Las normas son las normas.

A Jane le temblaban las piernas, cuando se retiró a un banco cercano. Emily entró sola en la pista y se las arregló perfectamente. Michael intentaba razonar con ella, aquella misma noche.

—¡Santo cielo, Jane! ¿Por qué haces esas cosas? ¡Algún día, alguien intentará matarte!

—¡Lo siento, Michael, me puso furiosa!

—¿Estás bien?

—¿Cómo?

Jane se abrió paso entre la niebla de sus recuerdos, para concentrarse en el rostro de Michael.

—Repasaba una vez más lo ocurrido en la pista de patinaje.

—¿Has recordado algo más?

Movió la cabeza y se preguntó brevemente qué día era y cuánto tiempo había pasado desde que el incidente de la pista de patinaje le había vuelto a la memoria.

—Ahora tengo que ir al hospital. Paula está abajo. Si la necesitas...

—¿Qué hora es?

—Casi las ocho.

—¿De la mañana?

—De la mañana —respondió, al tiempo que le daba un beso en la frente.

—Ojalá no tuvieras que irte —dijo, con desdén por el tono plañidero de su voz—. Me siento muy sola cuando no estás en casa. Tengo mucho miedo.

—No tienes de qué tener miedo, Jane. Ahora estás en casa. Y cada vez recuerdas más cosas. No debes tener miedo, sino alegrarte de ello.

—Pero en mi interior estoy aterrorizada. Me siento muy desorientada, débil...

—Tal vez hoy te convendría salir un poco —sugirió Michael, de pie junto a la cama, después de separarse de ella—. ¿Por qué no le dices a Paula que te acompañe a dar un paseo esta mañana?

—Creo que no llegaría muy lejos.

—¿Por qué no en coche? El aire fresco te sentará bien.

—No comprendo por qué estoy siempre tan cansada.

—Cariño, tengo que marcharme. He de ver a mi primer paciente en menos de una hora.

—Tal vez tendría que ver de nuevo al doctor Meloff. Puede que tenga algún problema en el cerebro.

—¿Qué te parece si hablamos de ello cuando regrese? ¿De acuerdo? — volvió a besarla y se dirigió a la puerta—. Le diré a Paula que te traiga el desayuno.

—No tengo hambre.

—Debes comer algo, Jane. Quieres recuperarte, ¿no es cierto?

¿No es cierto? ¿No es cierto? ¿No es cierto? ¿No es cierto? Las palabras la seguían como un eco cuando salió de la cama, para tambalearse hacia el baño. Necesitaba toda su concentración para poner un pie delante del otro y, cuando llegó al cuarto de baño, no recordaba lo que quería hacer.

—¿Qué me ocurre? —le preguntó a su reflejo, en el espejo sobre el lavabo, al tiempo que detectaba la presencia de saliva junto a la boca y se la secaba enojada.

¿Era su imaginación o sus facciones habían adquirido un aspecto atemorizado, casi como una máscara?

Intentó incorporarse y sintió uno de sus cada vez más frecuentes calambres en la espalda. ¿Era posible que hubiera sufrido algún tipo de infarto? Eso explicaría sin duda la pérdida de su memoria, el letargo que se había convertido en su permanente compañero y los numerosos trastornos físicos que experimentaba. Sin embargo, con toda seguridad habrían encontrado pruebas de un infarto en alguno de los análisis que le habían hecho en el hospital municipal de Boston. ¡A no ser que lo hubiera sufrido desde su regreso a casa! ¿Era posible tener un infarto sin saberlo?

«Algo va definitivamente mal contigo —le comunicó a su impasible reflejo—. Estás muy enferma».

Jane se roció el rostro con agua fría, sin molestarse en secarlo, regresó a la cama, se acostó, acercó la almohada a su húmeda mejilla y sintió el olor a Michael, aunque sabía que estaba ausente. Le imaginó junto a ella en la cama, con sus brazos entrelazados, sus cuerpos encajados entre sí y su pausada respiración que la tranquilizaba. Ahora dormían en la misma cama, aunque no habían vuelto a hacer el amor desde aquella primera vez. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Unos días? ¿Una semana? Estaba siempre tan cansada... No tenía fuerzas. Él no insistía, se contentaba con acurrucarse tranquilamente junto a ella, satisfecho con las migajas que le arrojaba. ¿Podía haber transcurrido realmente una semana?

Jane se tumbó de espaldas, al tiempo que experimentaba nuevos calambres. Respiró hondo para intentar alejarlos, consciente de que la voluntad de los espasmos era más fuerte que la suya. Procuró concentrarse en otras cosas: la voz de Michael que le susurraba palabras de amor, la húmeda

suavidad de su lengua que acariciaba con ternura las curvas de su piel, su relajado agradecimiento cuando yacía junto a ella después de hacer el amor. Levantó la cabeza, medio a la expectativa de ver el cuerpo desnudo de Michael, pero en su lugar se encontró con el severo rostro de Paula que la observaba. Jane suspiró, al tiempo que experimentaba un calambre en la espalda, en señal de protesta. Su suspiro se convirtió en quejido de dolor.

—¿Vuelve a molestarle la espalda?

Paula estaba evidentemente acostumbrada a sus calambres, pensó Jane, mientras asentía, apenas capaz de levantar la cabeza de la almohada.

—Vuélvase —ordenó Paula—. Le daré un masaje.

Jane no dudó en obedecer. ¿Cuántas veces durante la última semana se habría repetido aquella operación? Sintió que las manos de Paula le presionaban suavemente la parte inferior de la espalda.

—¿Aquí? —preguntó Paula, mientras sus dedos describían círculos invisibles, sobre su camión de algodón blanco.

—Un poco más arriba. Sí, aquí. Gracias.

—Procure dirigir su respiración a la zona —oyó que Paula le decía y se preguntó qué diablos quería decir. ¿Cómo podía dirigir su respiración a cualquier lugar?—. Concéntrese —insistía Paula, mientras Jane procuraba en vano obedecerla.

¿Cómo podía dirigir su respiración, cuando era apenas capaz de concentrarse? ¿Qué le ocurría? ¿Cuándo había cruzado la línea divisoria entre la histeria y la invalidez?

—¿Cómo se siente ahora? —preguntó Paula, después de retirar las manos.

—Mejor, gracias.

—Debería levantarse y hacer un poco de ejercicio.

—No me parece muy buena idea —respondió Jane, cuya mera idea le producía náuseas.

—El doctor Whittaker cree que hoy deberíamos salir de la casa. Ha sugerido que la acompañe a dar un paseo.

—O salir en coche —agregó Jane, que recordaba la segunda alternativa, mucho más atractiva.

—También ha dicho que no le apetecía desayunar.

—No creo que lograra retenerlo en el estómago —respondió Jane, al tiempo que le dirigía a Paula una mirada esperanzadora—. ¿Cree que tengo la gripe o algo por el estilo? —preguntó, con la idea de que tal vez su amnesia les había confundido a todos y les impedía considerar otras razones físicas evidentes de su actual condición.

Era perfectamente posible que una cosa no tuviera nada que ver con la otra. Puede que estuviera simplemente enferma.

Paula le llevó inmediatamente la mano a la frente.

—Parece un poco caliente —dijo—, pero supongo que eso le ocurre a cualquiera que pase el día en la cama.

Había un deje de reproche en sus palabras. Jane se sintió como una niña que recibía una reprimenda de su nodriza.

—Procuraré levantarme.

—Será mejor que antes se tome esto —dijo Paula, con dos pequeñas pastillas blancas en una mano y un vaso de agua en la otra.

«Debe de practicar el ilusionismo en sus ratos libres», pensó Jane, al tiempo que transfería lentamente las pastillas a su propia mano y las miraba con gran intensidad, como si esperara que le hablaran.

—Tómeselas —ordenó Paula, cuando empezó a sonar el teléfono en la otra habitación, que Michael había retirado hacía unos días de su dormitorio—. Vuelvo en seguida —agregó, después de dejar el vaso de agua sobre la mesilla y dirigirse apresuradamente al otro cuarto.

—Si es para mí, me gustaría hablar con quienquiera que llame —exclamó Jane, sin recibir respuesta alguna a sus palabras—. No te forjes ilusiones —le dijo a su reflejo en los espejos, al otro lado de la cama, después de retirarse el cabello de la cara e intentar en vano forzar una sonrisa—. Te obligaré a sonreír —afirmó, al tiempo que se llevaba los dedos a los extremos de los labios e intentaba levantarlos como si fueran de alfarería, mientras las pastillas blancas se le caían de la mano, sobre la alfombra de color verde menta—. ¡Dios mío, me había olvidado de vosotras! —agregó Jane, antes de agacharse para recogerlas y mirarse en los espejos al incorporarse de nuevo.

La mujer en calidad de perro, pensó asombrada, mientras se preguntaba qué la había reducido a aquel estado.

«Concéntrese —oía que Paula repetía en silencio—. Concéntrese. Te sentías perfectamente cuando deambulabas por las calles de Boston, así como cuando te hospedabas en el hotel Lennox. Te sentías bien en la comisaría de policía, en el hospital y al principio de regresar a casa con Michael. Sólo desde que empezaste a tomar esas estúpidas pastillas, supuestamente tan suaves y beneficiosas, empezaste a no poder levantarte de la cama, a babear y a perder el apetito».

—No tiene sentido —dijo en voz alta—. ¡Incluso cuando perdí la memoria, no perdí nunca el apetito!

Durante unos segundos observó las dos pequeñas pastillas blancas, cóncavas y redondas con el borde sesgado, antes de abrir el armario e introducirlas en la punta de unos zapatos negros, al tiempo que se preguntaba si los zapatos de la demás gente serían tan interesantes, como lo estaban llegando a ser los suyos. Entonces volvió a ponerse rápidamente en pie y se dirigió a la mesita de noche, para tomarse el vaso de agua, en el momento en que Paula entraba de nuevo en la habitación.

—Era mi madre —dijo Paula, sin necesidad de que se lo preguntara.

—¿Todo va bien?

—A Christine se le había metido en la cabeza ponerse cierto vestido que mi madre no encontraba. Quería preguntarme si yo sabía dónde estaba.

—¿Y lo sabía?

Jane no quería abandonar la conversación por el placer que obtenía de cualquier cosa que la hiciera sentir aunque sólo fuera vagamente humana.

—Le quedó pequeño hace varios años —respondió Paula, al tiempo que se encogía de hombros—. No sé de dónde saca esas ideas —agregó, con el ceño fruncido—. En estos momentos tiene un sinfín de ideas caprichosas. Supongo que es propio de los cinco años.

Jane asintió, mientras intentaba recordar a Emily cuando tenía cinco años y le vino inmediatamente a la mente la imagen de una niña, con un traje de nieve rosa, agarrada con fuerza de su mano, junto a una pequeña pista ovalada de patinaje. Michael dijo que el incidente había ocurrido hacía aproximadamente un año y medio y, por tanto, Emily debía de tener cinco años. ¿Qué sinfín de caprichos habrían cruzado por su mente de cinco años? ¿Qué ideas curiosas tendría ahora?

«¿Pensará en mí? —se preguntó Jane—. ¿Se preguntará por qué unos días con sus abuelos se han convertido en varias semanas? ¿Por qué no la llamo para saludarla? ¿Creerá que la he abandonado? Cuando por fin la recuerde, ¿se acordará ella todavía de mí?».

—Quiero llamar a mi hija —declaró de pronto Jane.

—Tendrá que proponérselo al doctor Whittaker cuando regrese.

—No necesito el permiso de mi marido para llamar a mi hija.

—No me parece sensato, en su condición actual, que haga algo que pueda trastornarlas a ella y a usted.

—¿Cómo podría trastornarla hablar con su propia madre?

—Bueno, el caso es que usted no es exactamente la madre que recuerda —titubeó Paula—, ¿no es cierto?

Jane sintió que se desmoronaba su voluntad. Lo que Paula acababa de decir era innegable. Además, tampoco podía insistir en llamar a su hija, cuando no sabía a ciencia cierta dónde estaba, ni el teléfono dónde localizarla.

—Paula —exclamó de pronto, cuando ésta se agachaba para hacer la cama, y comprobó que se le tensaban los hombros, al tiempo que dejaba caer los brazos—. ¿Dónde ha puesto mi agenda?

—En ninguna parte —respondió Paula, sin cambiar de posición, mientras la miraba por encima del hombro.

—Estaba en la mesita de noche y ha desaparecido.

—Nunca la he visto —afirmó Paula—, ni mucho menos tocado.

—Estaba en la mesita de noche y ha desaparecido —insistió obstinadamente.

—Tendrá que preguntárselo al doctor Whittaker cuando regrese —respondió Paula, con la misma obstinación.

—Tendré que hacer una lista de todo lo que debo preguntarle —declaró Jane, sin disimular su ironía.

—Parece que nos hemos levantado con ganas de pelear, ¿no es cierto? —comentó Paula—. Tal vez sea una buena señal —agregó, mientras terminaba de hacer la cama—. Por qué no se viste e iremos a dar una vuelta en coche.

Parecía más una orden que una sugerencia y Jane decidió no discutir. Paula podía ser muy obstinada. Además, a Jane realmente le apetecía salir de la casa. ¿No les había suplicado, tanto a Michael como a Paula, que le brindaran precisamente dicha oportunidad? ¿Cuándo había dejado de desearlo? ¿Y por qué? ¿Qué se lo había impedido? Miró en el armario con el pretexto de buscar algo que ponerse, pero en realidad con la mirada fija en el suelo, concentrada en la punta de unos zapatos negros de charol.

—¡Vamos, maldita sea! No me pongas las cosas difíciles. Jane retenía la respiración, a la espera de que Paula se tranquilizara. Era la segunda vez que se enojaba, en los diez minutos que llevaban de excursión.

—¡Maldita sea! —exclamó de nuevo Paula, al tiempo que tocaba accidentalmente la bocina.

El coche que tenía detrás tocó inmediatamente la suya. Paula hizo una seña por el retrovisor para disculparse y volvió a concentrarse en su problema.

—¡Maldita sea, no vayas a pararte ahora!

—Tal vez debería parar el motor un segundo —sugirió Jane.

—No, no servirá de nada. Hace casi un mes que se cala de este modo. Conozco sus costumbres. No volverá a arrancar hasta que se le antoje.

—Tiene que llevarlo al mecánico.

—Lo que necesito es un nuevo coche.

Jane no respondió. ¿Qué podía decir? El coche de Paula era realmente viejo, con toda probabilidad desde que lo había comprado. Estaba sin duda en las últimas, lo cual curiosamente la tranquilizaba, puesto que hacía que se sintiera menos sola. «No tengo por qué ser la única que esté en las últimas», pensó, decidida a no revelar su pensamiento a su acompañante.

Paula intentó de nuevo avanzar, pero el viejo Buick se limitó a hacer unas falsas explosiones, antes de perder el conocimiento. Paula miró a Jane con suspicacia y ella creyó, momentáneamente, que la consideraba responsable de lo ocurrido.

—¿Fue el doctor Whittaker quien le dijo lo de parar el motor?

—No lo recuerdo —respondió Jane, a quien le pareció que la pregunta era muy peculiar—. Creo que sí.

Esto le bastó a Paula. Paró inmediatamente el motor.

El coche que las seguía tocó la bocina insistentemente.

—¿Qué pretendes que hagamos? —chilló Jane—. ¿Que nos lo llevemos a cuestas? —agregó, al tiempo que le hacía un gesto obsceno con el dedo.

—Jane, ¡por el amor de Dios!, ¿qué hace?

Jane cruzó rápidamente las manos sobre las rodillas, con complejo de culpabilidad.

—Lo siento. Supongo que debe de ser la fuerza de la costumbre.

—Eso tengo entendido.

—¿Qué quiere decir?

Paula hizo caso omiso de la pregunta para concentrarse en el contacto del coche. Acercó decididamente la mano e hizo girar la llave. El motor tosió, estornudó, eructó y se puso en marcha.

—¡Gracias a Dios! —susurró Paula, a la vez que le hacía una seña de agradecimiento al conductor a su espalda, antes de seguir hacia el noroeste por Woodward Street.

—¿Qué ha querido decir con «eso tengo entendido»?

—El doctor Whittaker me ha hablado de su famoso mal genio —respondió Paula, sin dejar de mirar decididamente al frente, de modo que Jane no pudiera interpretar su expresión.

—¿Qué le ha dicho exactamente? —preguntó Jane, con un deje en la voz que reconocía como precursor de su enojo, sin comprender por qué estaba

furiosa.

¿No esperaba que Michael le hablara de ella a la mujer contratada para cuidarla?

—Sólo que tiene mal genio.

Le había contado más cosas, pero Jane comprendió, por lo tensa que estaba la espalda de Paula, que no le revelaría nada más.

—A mí me dijo que solía tocar la bocina de su coche, cuando él conducía —dijo Jane, con la esperanza de que su pequeña confidencia estimulara a Paula a seguir hablando.

—Si lo intenta conmigo, le rompo el brazo.

Jane se dio cuenta de que había pegado los brazos al cuerpo y decidió abandonar la conversación. En su lugar, se dedicó a contemplar las antiguas residencias victorianas a lo largo de las calles. Se sentía ligeramente más animada que al despertar. ¿Tenía la cabeza más clara porque no había tomado su medicina matutina, o era simplemente una cuestión de control mental del cuerpo? ¿No era toda su vida en la actualidad una cuestión de control mental del cuerpo? ¿Y qué importaba? Nada en absoluto.

De pronto soltó una carcajada.

—¿Algo gracioso? —preguntó Paula, al tiempo que la miraba por primera vez a los ojos desde que se habían instalado en el asiento delantero de su mugriento Buick.

—Sólo pensaba en lo absurdo de esta situación —respondió Jane, que en esta ocasión desvió la mirada.

—Es muy dura para el doctor Whittaker.

«¡A la mierda con el doctor Whittaker!», estuvo a punto de chillar, mientras se mordía el labio inferior, para impedir que escaparan las palabras. Se percató de que le descendía saliva desde la esquina de la boca hasta la barbilla y se la frotó inmediatamente con el reverso de la mano.

—Hay pañuelos en la guantera.

—No necesito ningún pañuelo —exclamó Jane, con la voz involuntariamente entrecortada, y comprendió que estaba a punto de llorar.

¿Cómo podía oscilar con tanta facilidad entre polos tan opuestos? Un momento reía y al próximo lloraba. «Me comporto como una chiquilla, porque me tratan como tal», se dijo a sí misma, mientras miraba por la ventana y veía a un grupo de unos doce niños y niñas, con sus pequeños puños cerrados alrededor de una cuerda, que avanzaban por la acera acompañados de varias jóvenes entusiastas, con camisetas en las que se proclamaba su afiliación al campamento veraniego de Highlands.

Debían de tener entre seis y siete años y había aproximadamente el doble de niñas que de niños. ¿Si éste fuera un verano normal, formaría Emily parte de aquella sonriente muchachada?

Jane sintió un tirón en la boca del estómago. «Puede que no te recuerde, cariño —pensó cuando alejaba la mirada de los niños—. Pero sé que te necesito y que tú me necesitas a mí». Decidió que le pediría definitivamente a Michael que trajera su hija a casa.

Paula giró a la izquierda, por Beacon Street. «Otra Beacon Street», pensó Jane. Boston estaba llena de ellas.

—¡Pare! —exclamó de pronto.

Paula dio un frenazo, el coche tosió en son de protesta y se estremeció ruidosamente antes de entrar en coma.

—¿Qué diablos...?

—¡La escuela de Emily! —exclamó Jane, al tiempo que se apeaba apresuradamente del vehículo y corría hacia un edificio de dos plantas, que era la escuela privada de Arlington.

—Vuelva al coche, Jane.

Jane paró inmediatamente al oír la voz de Paula, pero no dio indicación alguna de regresar al coche. A decir verdad, no habría podido moverse, aunque lo deseara. Sus piernas estaban clavadas en el hormigón y le temblaba todo el cuerpo. Algo se le acercaba con creciente velocidad y no podía retroceder, ni apartarse de su camino, para evitar que la arrasara. Permaneció paralizada más por el asombro que por el miedo, conforme otro recuerdo la invadía.

Catorce

—¿Tiene todo el mundo los billetes preparados?

Jane oía la penetrante voz del profesor cómo se infiltraba en su conciencia. Se vio en el andén superior de la estación del sur rodeada de un enorme grupo de chiquillos, sus profesores y unos cuantos padres voluntarios, todos agotados después de pasar la tarde en el museo infantil del centro de Boston. Contó rápidamente las cabezas de los ocho niños y niñas que le habían sido asignados, entre los que se encontraba Emily.

—Recordad que las normas de circulación son para todos —proseguía el profesor—; de modo que nada de correr ni dar empujones, y procurad no hacer demasiado ruido. ¿Todos listos?

De pronto un individuo bajo, robusto, con la calva por proa y la mirada en el suelo, empezó a abrirse paso entre los niños, como Moisés que separara las aguas del mar Rojo, al tiempo que movía los brazos delante de él, para apartar a los niños de su camino. Una niña cayó sobre otro niño y ambos empezaron a llorar; a otro niño le faltó poco para recibir un manotazo en el ojo. El individuo, sin el menor remordimiento ni indicio de culpa, enojado por la invasión de lo que él consideraba evidentemente su territorio, seguía abriéndose paso entre los niños, ahora aterrorizados, ante el indefenso enojo de padres y profesores. Había llegado casi a la salida, cuando le alcanzó la voz de Jane.

—¡Eh, oiga! —chillaba en su persecución, mientras agitaba en el aire su pesado y voluminoso bolso como un bate de béisbol, que dirigía a su nuca, hasta que ambas superficies entraron en contacto.

Se hizo un silencio sepulcral en la zona, mientras Jane miraba a la callada muchedumbre. Los profesores y padres voluntarios estaban atónitos, con la boca y ojos muy abiertos; los pequeños la miraban casi con espanto. «O tal vez era miedo», pensó Jane, al tiempo que experimentaba la misma sensación que el hombre que se volvió para mirarla.

«¡Mierda! —pensó Jane—. Va a matarme».

Pero el robusto cincuentón, con la fealdad propia de su furor, se limitó a chillar, antes de emprender la retirada:

—¿Qué diablos le ocurre? ¿Está usted loca?

«¿Estoy loca? —se preguntó Jane—. ¿Por qué soy siempre yo quien hace esas cosas?». Ninguna otra persona le persiguió ni salió en defensa de los niños. Miró a los demás adultos a los ojos, que se limitaban a devolverle la mirada como si temieran hacer o decir algo que pudiera desencadenar de nuevo su enojo. Sólo una mujer, una madre que protegía con la mano los hombros de una niña, la miró con cierto indicio de aprobación. Incluso Emily retrocedió, como si se sintiera de algún modo responsable de la descabellada conducta de su madre.

—¿Qué ocurre? —dijo una voz a su espalda.

—¿Cómo?

La marea desapareció y dejó a Jane a solas, con el amargo residuo de sus recuerdos. Volvió la cabeza para enfrentarse al rostro preocupado de Paula con la misma expresión que los profesores y padres de alumnos de la escuela privada de Arlington.

—¿Cree que estoy loca? —preguntó a Paula, mientras la veía retroceder instintivamente.

—Está pasando unos momentos muy difíciles.

—No es eso lo que le he preguntado.

—No conozco otra respuesta —dijo, sin que la una ni la otra se miraran a los ojos—. Vamos, Jane: suba al coche. Regresaremos a casa.

—No quiero regresar a casa.

La intransigencia de sus palabras cogió a ambas mujeres por sorpresa. Paula hizo una mueca como si temiera que Jane la golpeará.

«Bien, ¿no es así como suelo comportarme? —preguntó Jane para sus adentros—. ¿Perder los estribos y poner mi vida en peligro? Es sorprendente que siga viva. Es asombroso que mi marido no me haya encerrado en un manicomio. Estoy evidentemente loca. ¿Por qué, de no ser así, mis recuerdos se reducirían a una colección de escenas de mal genio?

»A no ser que esos recuerdos intenten decirme algo. A no ser que haya algún propósito en lo que mi subconsciente decide revelar. O peor: tal vez esos recuerdos no sean más que los entremeses que preceden al plato principal, que preparan el terreno para el plato fuerte, la especialidad de la casa, el acto de indiscreción definitivo, que me aportó casi diez mil dólares, un vestido empapado de sangre y una cabeza vacía. ¿Estoy realmente tan loca como sugiere mi subconsciente? ¿Por qué esos recuerdos en lugar de otros?».

—Quiero ver a Michael.

—Verá al doctor Whittaker a la hora de cenar.

—Ahora.

—El doctor Whittaker está siempre muy ocupado —dijo Paula, a la vez que intentaba conducir a Jane hacia la puerta abierta del coche—. No querrá interrumpirle cuando está atendiendo a sus pacientes.

—Eso es precisamente lo que me propongo.

—No me parece una buena idea.

—Lléveme a ver a mi marido —ordenó Jane—. Ahora —agregó, después de subir al coche y cerrarlo de un portazo.

—Su conducta no es razonable —dijo Paula cuando se sentó al volante y empezaba a pelear con el arranque.

—En eso soy una experta —replicó Jane sin remordimiento alguno.

—Me temo que no puede pasar. ¡Ah, Jane!... ¿Es usted? ¡Dios mío, no la había reconocido!

La recepcionista miraba a Jane a través de unas enormes y engorrosas gafas que no lograban ocultar la expresión de alarma en su rostro, por otra parte impertérrito. «¿Tengo un aspecto horrible?», se preguntó Jane, al tiempo que intentaba discernir su reflejo en el cuadro situado tras el mostrador de recepción, idóneamente una obra de Renoir de dos niñas abrazadas junto a un piano.

—Rosie —dijo Jane, después de leer el nombre en la placa de identificación de la recepcionista y fingir que la recordaba—, realmente tengo que ver a mi marido.

—¿No puede esperar unos minutos? Ahora está con un paciente. ¿La espera? —preguntó, con una preocupación en la mirada que sugería que ya conocía la respuesta.

—He intentado decírselo, Jane —dijo una voz desde algún lugar cercano.

«¡Maldita sea! ¿Estaba Paula todavía allí? ¿No se tomaba nunca un descanso?».

—No me espera, pero estoy segura de que me recibirá si le dice que estoy aquí. Y que estoy ansiosa por hablar con él.

La recepcionista, cuya placa la identificaba plenamente como Rosie Fitzgibbons, llamó cautelosamente a la puerta de la consulta del doctor Whittaker y a continuación entró de perfil en la sala, de modo que el interior no fuera nunca visible desde la sala de espera.

—No debimos haber venido. El doctor Whittaker estará muy enojado conmigo.

—¡Váyase al diablo! —exclamó Jane entre dientes, al tiempo que se frotaba la cabeza, que parecía más despejada que desde hacía muchos días.

Una tos profunda llamó su atención a la hilera de sillas situadas frente a la recepción. Una niña pálida e inquieta, sentada sobre las rodillas de una mujer de aspecto desesperado, se negaba a jugar con los numerosos juguetes desparramados a sus pies como papeles tirados. Alternaba los ataques de tos con los quejidos. Su madre consultó el reloj no porque deseara saber la hora, pensó Jane, sino para eludir su escrutinio. Junto a la puerta, delante de ella, había un enorme reloj con la figura del ratón Mickey. Debajo del reloj había un hombre maduro, acompañado de un niño con un pronunciado labio leporino, que tanto podía ser su hijo como su nieto. Actualmente era difícil estar seguro. El niño estaba plenamente concentrado en varios modelos de aviones y utilizaba los pies cruzados de su padre (¿abuelo?) como pista de aterrizaje. ¿Habría sido uno de aquellos aviones el responsable de la cicatriz que Michael tenía en el cráneo?

—Perdona —dijo Jane cuando se agachaba junto al muchacho, a los pies de su padre (¿abuelo?)—. ¿Me permites ver un momento ese reactor?

El niño la miró con suspicacia y agarró el avión junto a su pequeño pecho.

—Te lo devolveré inmediatamente. Te lo prometo.

—Stuart, déjale ver el avión a la señora.

Al oír la autoritaria voz varonil, Stuart entregó inmediatamente el aeroplano.

Jane examinó su peso en la palma de la mano. O, mejor dicho, su ausencia de peso. ¿Cómo podía algo tan liviano haber causado una herida que había necesitado casi cuarenta puntos? Cerró los ojos e intentó imaginar el avión desplazándose por el aire con suficiente velocidad para dañar la piel de la frente de un adulto. ¿Cuánta fuerza debería tener un niño pequeño para arrojar, algo tan ligero con tanta velocidad como para causar tanto daño?

—¿Jane? —dijo de pronto Michael junto a ella, al tiempo que la ayudaba a incorporarse.

Stuart le arrebató inmediatamente el avión de las manos.

—No sabe cuánto lo siento, doctor Whittaker. Ha insistido en que viniéramos.

—No se preocupe, Paula. Ha cumplido con su obligación. ¿Estás bien, Jane?

—Tengo que hablar contigo, Michael —se oyó decir Jane a sí misma.

—Entonces hablaremos —respondió con tranquilidad—. Pasa a mi despacho.

La acompañó a la puerta adecuada, en el momento en que salía una mujer acompañada de su pequeño hijo.

—Muchas gracias por todo, doctor Whittaker —susurró la mujer mientras le estrechaba repetidamente la mano.

—Ha sido un placer. Ahora cuide del pequeñajo y escríbame cuatro líneas de vez en cuando para comunicarme cómo progresa.

—¿No tiene que volver a verlo? —preguntó la mujer, casi decepcionada.

—No. A no ser que ocurra algo inesperado. Por supuesto, siempre puede llamarme si cualquier cosa la preocupa.

La mujer sonrió agradecida y estrechó una vez más la mano de Michael, antes de marcharse.

—Paula, ¿por qué no se va a tomar un café y unos minutos de descanso? —sugirió Michael.

Jane habría querido darle un fuerte abrazo. Le siguió a su despacho, muy parecido al estudio de la casa, también con sillones de cuero verde, un gran escritorio de roble y las paredes llenas de libros. Detectó inmediatamente su fotografía, en un lugar destacado de su escritorio, así como una enorme foto de su hija sonriendo, sin uno de sus dientes delanteros.

—Quiero ver a Emily —declaró Jane cuando Michael cerraba la puerta.

—La verás.

—Pronto. Ahora.

—Pronto —afirmó—. Pero no ahora, Jane —prosiguió, antes de que pudiera protestar—. Ambos coincidimos en que estaría mejor con mis padres hasta que recuperes la memoria.

—La estoy recuperando —dijo, antes de contarle su último recuerdo.

—Jane, no quiero que me interpretes mal —adujo con palabras meticulosamente comedidas—. Me parece fantástico que empieces a recordar algunas cosas, pero esto es sólo el principio. Te queda todavía un largo camino por recorrer. Has tenido algunos sueños, recordando un par de incidentes particularmente dramáticos, pero no los detalles de la vida cotidiana, y creo que sería contraproducente, puede que incluso dañino, tanto para Emily como para ti, introducirla de nuevo en tu vida en estos momentos.

—Pero creo que si solamente pudiera verla...

—¿Qué? ¿Volverías a recordarlo todo?

Jane asintió a medias tintas. ¿Era eso lo que realmente suponía?

—Es improbable que ocurra de ese modo —le comunicó Michael—. Si fueras a recuperar toda la memoria de golpe y porrazo, es probable que a estas alturas ya hubiera ocurrido. Tus recuerdos parecen surgir a trancas y

barrancas, lenta y gradualmente. No pretendo decirte que no acabes por recuperar toda tu memoria, sino que tal vez tardes todavía un poco en encajar todas las piezas.

—¿Y si tardo meses?... —preguntó, sin plantearse siquiera la posibilidad de que el proceso fuera todavía más largo.

—Entonces eso será lo que tendremos que esperar.

—¿Y qué hacemos respecto a Emily?

—Jane, ¿crees que sería realmente una buena idea que la niña te viera en tu estado actual?

Jane se dejó caer en el pequeño sofá de cuero frente a su escritorio, sin tener que comprobar su aspecto para comprender a qué se refería.

—Esta mañana me siento un poco mejor. No he tomado las pastillas y creo que...

—¿No has tomado las pastillas? ¿Por qué? ¿Se ha olvidado Paula de dártelas?

—No. Me las ha dado. Pero no las he tomado. Las he escondido cuando ha salido de la habitación.

—¿Las has escondido, Jane? ¿Es eso propio de una mujer que desea curarse?

—¡Hacen que me sienta peor!

Michael empezó a andar, frustrado, de un lado para otro.

—En serio, Michael. Me he sentido tan mal últimamente que lo único que se me ocurre es que he sufrido un infarto...

—¿Un infarto?

Ahora la miraba como si realmente no estuviera en sus cabales.

—O que es la medicina lo que hace que me sienta tan asolada. No lo sé, tal vez sea alérgica a la misma. Lo único que sé es que no he tomado las pastillas esta mañana y me siento mucho mejor. Mi cabeza no parece llena de hormigón. No siento que te hablara a través de un túnel. Te lo ruego, no te enojas conmigo.

—Jane, Jane —dijo después de sentarse junto a ella y cogerle las manos—, ¿cómo podría enojarme contigo? Claro que no estoy enojado. Me siento tan frustrado y confuso como tú. Lo único que quiero es que mejores. Quiero recuperar a mi mujer. Deseo recuperar mi familia. ¿No crees que yo también echo de menos a mi hija? ¿No crees que daría cualquier cosa para estar de nuevo unidos?

—Eso es lo que quiero, que estemos de nuevo unidos.

—En tal caso, debes obedecer las instrucciones del doctor Meloff. Tienes que tomar tu medicina.

—¿No podría probar sólo un tiempo sin tomarla? Si no he mejorado en unos días, volveré a tomarla. Te lo prometo.

—Esto equivale a perder un tiempo muy valioso.

No supo qué responder. ¿Qué importaban, en cualquier caso, unos pocos días?

—Lo siento —decía Michael—, no pretendo crearte dificultades. Si crees que la medicina te sienta mal, hablaré con el doctor Meloff. Tal vez pueda recetarte otra cosa. Y creo que quizá ha llegado el momento de probar la hipnosis. Intentaré organizarlo.

Alguien llamó tímidamente a la puerta.

—¿Sí? —respondió Michael.

Rosie Fitzgibbons asomó la cabeza por la puerta.

—El señor Beattie dice que ha de estar de regreso en el trabajo dentro de veinte minutos y que si no puede visitar ahora a Stuart, cogerá hora para otro día.

—No será necesario —repuso Michael, al tiempo que se ponía en pie y arreglaba su bata blanca—. Puedo recibirle ahora mismo. No te importa, ¿verdad, Jane?

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Jane inmediatamente, después de levantarse.

—Claro que no. ¿Qué te parece si procuro almorzar en casa? Entonces podremos hablar un poco más —indicó, mientras la acompañaba a la sala de espera, donde comprobó que Paula todavía no había regresado de tomar el café—. Rosie, ¿cuidará de mi esposa hasta que regrese la señora Marinelli?

—Será un placer, doctor Whittaker.

—Hasta pronto —susurró Michael, mientras daba a Jane un beso en la mejilla, antes de retirarse a la consulta acompañado del señor Beattie y su (¿nieto?) Stuart.

—¿Le apetece un café o alguna otra cosa?

—No, gracias.

Jane observó a Rosie Fitzgibbons cuando se instalaba de nuevo tras su escritorio.

—¿Por qué no toma una silla y se pone cómoda?

—No se preocupe por mí —dijo Jane después de sentarse—. Parece que tiene bastante trabajo...

—Siempre tengo mucho trabajo. ¡Ya conoce la consulta! La echamos mucho de menos. ¿Cuándo piensa regresar?

—No estoy segura —respondió Jane al tiempo que se preguntaba cuánto sabía aquella mujer.

—Michael ha dicho que tiene algún tipo extraño de virus...

—No saben exactamente de qué se trata.

—Eso ha sido lo que él ha dicho.

—Debo de tener muy mal aspecto.

—No me importa confesarle que la he visto mejor —se franqueó en el momento que sonaba el teléfono y Rosie lo descolgó—. Consultorio del doctor Whittaker. No, lo siento. En estos momentos está con un paciente. Si me da su nombre y número de teléfono, le diré que le llame. Un poco más despacio, por favor. ¿Le importaría deletrearlo? ¿T-h-r-e-t-h-e-w-y? ¿Threthewy? De acuerdo. ¿Y su número? Sí, ya lo tengo. Le llamaré cuanto antes. Gracias —concluyó, antes de colgar el auricular—. Nunca para —le dijo a Jane cuando empezaba a sonar de nuevo el teléfono.

—Lo recuerdo —mintió Jane.

A decir verdad, no mentía, confabulaba.

—Consultorio del doctor Whittaker. No, lo siento, ahora está con un paciente. ¡Ah, sí, hola, señora Sommerville! ¿Cuál parece ser el problema?

Jane dejó de mirar a la presbitera recepcionista para concentrarse en una niña que lloriqueaba sobre las rodillas de su madre.

—Todo irá bien, Lisa —decía la madre—. El doctor Whittaker sólo te examinará para asegurarse de que todo va bien. No te hará ningún daño.

—No quiero ir —repetía la niña cada vez con mayor fuerza.

—En cinco minutos todo habrá terminado. Nada de agujas, te lo prometo. ¿Por qué no juegas un poco con esos cubos? —sugirió la madre, al tiempo que acercaba una caja llena de cubos de madera, que cayeron inmediatamente al suelo y se desparramaron por todas partes.

Lisa lanzó un grito agudo y bajó de las rodillas de su madre para recogerlos.

—Tiene aversión a todo lo relacionado con los médicos —le dijo la madre a Jane, consciente de su persistente mirada—. El otro día mi marido dijo que quería tomar unas fotografías y empezó a berrear. ¡Por fin comprendimos que la niña suponía que hablaba de radiografías! Eso era lo que siempre le habíamos dicho cuando acudíamos al departamento de rayos X y, naturalmente, confundía las fotografías con las radiografías. Cuando le

explicamos que eran dos cosas distintas, no hubo más problemas. Se convirtió en una auténtica Cindy Crawford.

¡Cindy Crawford!

Jane se miró las manos, con el recuerdo de aquel rostro hermoso y seguro de sí mismo, que le había sonreído desde la portada de la revista, momentos antes de descubrir que la parte delantera de su vestido estaba cubierta de sangre.

El recuerdo la impulsó a incorporarse de un brinco y a dirigirse hacia la puerta, sin ninguna idea preconcebida de a dónde se encaminaba. Sólo se detuvo al percibir una punzada en el tobillo y al mirar al suelo ver el ala de un avión de juguete que le había golpeado la pierna, como una serpiente entre la hierba. Se agachó para cogerlo, al tiempo que se sentía rodeada de voces.

—¿Está usted bien, Jane?

—Lo siento. ¿He dicho algo que la molestará?

—Estoy segura de que la señora Marinelli regresará de un momento a otro.

—Mamá, quiero irme a casa.

La mirada de Jane se desplazó del avión de juguete que tenía en las manos a la pequeña Lisa en el suelo, a su madre, que no estaba de pie ni sentada, hasta Rosie Fitzgibbons, de pie tras su escritorio, con el teléfono todavía en la mano.

—Tal vez tendrían que deshacerse de esas cosas —sugirió Jane, indicando el avión de juguete, a la vez que pensaba en lo ocurrido a Michael—. Son peligrosas.

—Aquí hay que fijarse mucho dónde una pone los pies —afirmó Rosie, antes de colgar el teléfono y sentarse de nuevo.

—La limpiaron muy bien —declaró Jane, refiriéndose a la gastada moqueta—. No queda ni rastro de sangre.

—¿Sangre?

—¡Mamá! —chilló la pequeña Lisa, mientras se refugiaba rápidamente en su falda, al oír aquella palabra.

—Cuando aquel niño arrojó el avión a la cabeza de Michael... Tuvo que sangrar mucho para necesitar tantos puntos.

Rosie Fitzgibbons la miró totalmente perpleja.

—No estoy segura de comprenderla...

Se abrió la puerta del consultorio y apareció Stuart, acompañado de su padre (¿abuelo?). Casi simultáneamente, entró Paula en la sala de espera y Michael apareció a su lado.

—Vendré a casa tan pronto como pueda —susurró antes de guiñarle un ojo—. Almorzaremos juntos.

Jane sonrió, al tiempo que levantaba su mirada hacia la frente de su marido e imaginaba la prolongada cicatriz que ocultaba su flequillo, convencida de que no sólo había perdido la memoria, sino que ahora perdía también el control de su mente.

Quince

«Evidentemente cabía la posibilidad de que el incidente no hubiera ocurrido en la sala de espera», se dijo Jane a sí misma, vagamente consciente del paisaje que cruzaban. Paula conducía con mucha rapidez, como para minimizar el tiempo durante el que pudiera crearse algún problema en el coche. Jane estaba ansiosa por apearse del antiguo vehículo. Su corazón latía al ritmo de las explosiones del motor y estaba nerviosa. Habría preferido apearse y andar el resto del camino, pero sabía que Paula no estaría de acuerdo, aunque estaban a pocos kilómetros de su casa. Tal vez cuando llegaran, Paula accedería a dar un paseo con ella por el barrio antes de almorzar. Se sentía más fuerte. Era concebible que sus piernas la transportaran alrededor de varias manzanas.

Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que el aire fresco le sentaría bien: despejaría su cabeza y brindaría, tanto a sus ideas como a sus piernas, la oportunidad de expansionarse que tanto necesitaban. En estos momentos, cien mil ideas dispares abarrotaban la periferia de su mente, luchando entre sí y tirando de un lado para otro sin llegar realmente a conectar, como una pelea de niños en el patio de una escuela. Tenía necesidad de abrir las puertas, desatar sus pensamientos, brindar a esas teorías absurdas el espacio necesario para expresarse y desaparecer.

¿Y cuáles eran esas teorías? ¿Que su marido le había mentado a Paula, al contarle que un avión de juguete le había golpeado en la cabeza? ¿Que Paula había inventado la historia para proteger a Michael? ¿Que se trataba de algún tipo de compleja conspiración? ¿O que Michael había recibido efectivamente el golpe de un avión de juguete en la cabeza, tal como lo había contado, pero no necesariamente en su consulta, o por lo menos no en la sala de espera, sino en algún otro lugar?

¿Dónde? La sala de espera era donde se guardaban los juguetes. Claro que uno de los niños podía haber entrado en la consulta con el juguete y arrojarlo allí. Pero en la alfombra de la consulta tampoco había manchas de sangre. Se habría dado cuenta de ello. Se había percatado de todo lo demás: el mobiliario, los libros, las fotografías. Claro que en aquel momento no pensaba

en su cicatriz, pero sin duda habría advertido algo tan destacable como una mancha de sangre. Empezaba a ser una experta en el tema.

O puede que el incidente no hubiera tenido lugar.

Rosie Fitzgibbons no parecía saber nada al respecto. Se le habían puesto los ojos tan grandes como las gafas cuando Jane mencionó el tema. «No estoy segura de comprenderla», había respondido.

Evidentemente no tenía constancia de que se hubiera producido semejante accidente. A no ser que no hubiera estado en la recepción en aquel momento. O hubiera tenido el día libre. Siempre existía esa posibilidad. Quién sabe, había infinidad de posibilidades.

Y la peor de todas, que ella se estuviera volviendo realmente loca. Que lo hubiera interpretado todo erróneamente: la cicatriz, la explicación de Paula, la respuesta de Rosie. No tenía sentido. Nada en su vida tenía ya sentido. ¿Lo habría tenido alguna vez?

¿Por qué mentiría Michael? ¿Con qué propósito? Su mente describía círculos interminables en busca de respuestas. Había una sola explicación posible: si Michael había mentido, lo había hecho para protegerla. Él sabía lo ocurrido, lo que ella había hecho, y era tan atroz e imperdonable, que tenía que protegerla de lo sucedido. ¿Estaba él presente? ¿Había intentado detenerla? ¿Había sido ella la responsable de la cicatriz en la frente de su marido, que había necesitado casi cuarenta puntos? ¿Era la sangre de Michael la que cubría la parte delantera de su vestido azul?

Suspiró, con el corazón encogido.

—¿Qué ocurre? ¿Se siente mal?

La voz de Paula disipó las desagradables imágenes.

—¿Cómo? No, no —respondió, al tiempo que adoptaba una posición más apropiada y miraba por la ventana, para ver cómo entraban en Forest Street—. Sólo me desperezaba, para hacer un poco de ejercicio —dijo, convencida de que no mentía, sino que confabulaba—. Tal vez podríamos dar un paseo.

—Creo que ya basta por hoy.

—Sólo una pequeña vuelta.

—No tenemos tiempo —respondió Paula mientras aparcaba el coche—. Tengo que preparar algo especial para el almuerzo, puesto que va a venir el doctor Whittaker.

—No tiene por qué acompañarme. Estoy segura de que puedo arreglármelas sola.

—Esta mañana apenas podía levantarse de la cama.

—Pero ahora me siento mucho más fuerte. Además, sólo pienso dar la vuelta a la manzana.

—¿Y que su marido no la encuentre en casa cuando hará el camino especialmente para estar con usted?

—Sólo tardaré unos minutos —empezó a decir Jane, antes de detenerse, tan capaz de reconocer una causa perdida como una mancha de sangre.

Abrió la puerta del coche y se apeó, para dirigirse hacia la puerta de la casa, cuando oyó una fuerte voz masculina que la llamaba:

—¡Jane!

Dio media vuelta, a la expectativa de encontrarse con Michael y decidida a suplicarle que le revelara la verdad. Sus especulaciones la volvían loca. Le contaría todo lo relacionado con el dinero y la sangre, como debía haberlo hecho desde el principio, y le pediría que él se sincerara también con ella. «No necesito protección —le diría—. Necesito saber lo que ocurrió». Pero en lugar de Michael, vio a un apuesto desconocido de cabello castaño y una atractiva sonrisa que la saludaba desde el jardín de Carole. ¿Sería alguien a quien supuestamente conocía?

Antes de que Paula pudiera impedirselo, Jane se alejó de su lado y cruzó la calle, mientras Paula la contemplaba con sensación de impotencia.

—¡Hola! —exclamó Jane cuando el sonriente personaje avanzaba para saludarla.

—¡Cuánto me alegro de verte! —dijo al tiempo que se acercaba—. ¿Estás bien? —agregó en un tono más grave, después de dejar de sonreír—. No tienes muy buen aspecto.

—He estado enferma —respondió Jane, agradecida a quienquiera que fuera el desconocido por su discreción—. Pero empiezo a sentirme mejor.

—Espero que no sea nada grave —dijo, mientras sus ojos indicaban que temía que lo fuera.

—Uno de esos virus misteriosos —respondió Jane, que recordaba lo que Michael le había dicho a la recepcionista—. Pero voy ganando la batalla.

¿Con quién estaba hablando? ¿Quién era aquel individuo y por qué se interesaba por su estado de salud?

—Supongo que no habrás corrido mucho últimamente.

—¿Correr? No, sin duda no me ha apetecido —respondió, mientras pensaba sin decirlo que si hablaran de huir otro gallo cantarían—. Hoy es el primer día que circulo desde hace más de una semana.

—Entonces he tenido mucha suerte de venir hoy. A decir verdad, yo tampoco he corrido mucho —confesó, con el evidente propósito de prolongar

la conversación—. Aunque ya he empezado de nuevo a entrenarme —agregó, al tiempo que se miraba los pies—. Supongo que siempre es difícil volver a empezar.

¡Por fin una declaración identificable!

Aquél debía de ser su antiguo compañero de carreras, Daniel, exmarido de Carole, y le miró con una nueva perspectiva. No era cualquier encantador desconocido que se interesaba por su salud, sino el individuo que había abandonado a su esposa y a sus hijos adolescentes, para no mencionar al suegro y al perro, para correr permanentemente por el antiguo circuito de la libertad. Un hombre con el valor necesario para triunfar donde ella había fracasado, con el valor necesario para crearse una nueva vida.

—¿Cómo te van las cosas..., Daniel?

—No me vas a hablar ahora en un tono tan formal, ¿verdad? —preguntó un tanto decepcionado.

—¿Cómo?

—Sé que Carole prefiere llamarme Daniel y probablemente has hablado bastante con ella estos últimos días, pero eso no significa que tú también tengas que llamarme Daniel. ¿No puedes llamarme Danny, como de costumbre?

—Danny —repitió, con una sonrisa.

—Así está mejor. Cuando he oído que me llamabas Daniel, he temido que empezaras a odiarme.

—Nunca podría odiarte.

¿Era eso cierto? De algún modo, estaba convencida de que lo era.

—Permíteme que te diga que el divorcio sin duda te aclara quiénes son tus verdaderos amigos. Es increíble la cantidad de supuestos amigos que me han abandonado por completo desde que nos separamos. Personas con las que creía que podía contar, que suponía encontrarían lugar en sus vidas para Carole y para mí, pero al parecer esperaba demasiado.

—Es duro.

¿Lo era?

—Pero me he sentido muy culpable respecto a ti —dijo, al tiempo que Jane descubrió que intentaba penetrar en sus opacos ojos azules—. Por lo menos debía haberte llamado para despedirme.

Jane no dijo nada por miedo a manifestar su ignorancia, en caso de expresar alguna opinión. Evidentemente Carole no le había hablado de su condición y se preguntó si debería contárselo.

—Empecé a llamarte por lo menos media docena de veces —prosiguió automáticamente, interpretando su silencio como signo de aprobación—. Pero pensé que, a nuestra manera, ya nos habíamos despedido. Todas aquellas mañanas en las que me sinceré contigo. Todas las ocasiones en que escuchaste mis quejas. Conocías mi sufrimiento. Y sabía que tenías cierta idea de mis sentimientos hacia ti —agregó después de una pausa—. ¿Qué quedaba por decir? —dijo después de otra pausa, antes de ponerse las manos en los bolsillos del pantalón, volverlas a sacar inmediatamente, acercarse a ella y acariciarle los brazos desnudos—. Sin embargo creo que nunca te he dicho lo mucho que significabas para mí y lo mucho que me has ayudado. Sé que no estabas de acuerdo con mi forma de llevar las cosas en el último momento, pero por lo menos te abstuviste de juzgarme. Te lo agradecí muchísimo y todavía te lo agradezco —declaró, antes de hacer una pausa, como para seleccionar cuidadosamente sus próximas palabras—. Te he echado de menos. Pienso mucho en ti. Me preguntaba si seguirías corriendo sin mí. Me sabe muy mal que hayas estado enferma —concluyó, a la vez que le examinaba de cerca con una enorme preocupación en la mirada.

—A decir verdad, hay algo más.

—¿A qué te refieres?

Jane se encogió de hombros sin saber por dónde empezar, cuando de reojo vio que se abría la puerta de la casa de Carole y aparecía Andrew, el hijo de Daniel, con un saco de dormir enrollado bajo un brazo y una bolsa de viaje en el otro. Jane movió la cabeza y decidió que aquél no era el mejor momento para confesiones.

—¿Vas a algún lugar con Andrew? —preguntó.

—Le llevo al campamento.

Ambos vieron salir a Carole tras su hijo y envolverle en un fuerte abrazo.

—No deja de darle gritos, pero no puede soportar que se vaya —comentó Daniel, mientras Jane se preguntaba si hablaba de Andrew o de él.

—¿Y Celine?

—Se fue el sábado.

—¿No van al mismo campamento?

—No. Celine va a Manitou. ¿No lo recuerdas? Fuiste tú quien lo recomendó.

—Por supuesto —dijo Jane, consciente de que empezaba a sudarle todo el cuerpo—. No sé en qué estaba pensando.

Los ojos azules de Daniel se llenaron de preocupación y extendió la mano para acariciarle el brazo.

—¿Te sientes bien? Te has puesto blanca como la cera. Tal vez tendrías que acostarte.

—No, estoy bien —respondió Jane, que lo último que deseaba era volver a la cama—. Creo que todavía estoy un poco débil, eso es todo.

Tenía que aprender a decir lo menos posible en sus encuentros con desconocidos del pasado. Cuanto menos hablaba, más información le revelaban, más cosas aprendía y menos errores cometía.

—¿Dónde pongo estas cosas, papá? —preguntó Andrew, junto al coche de su padre—. ¡Hola, señora Whittaker!

—Creo que hay espacio en el maletero. De lo contrario, acuéstalas en el asiento trasero.

—¿Es ésta tu nueva filosofía de la vida? —preguntó Carole, después de reunirse con Jane y Daniel en el jardín, en un tono punzante como un aguijón—. ¿Acostarlas en el asiento trasero?

Jane volvió la cabeza, avergonzada e incluso con cierto sentido de culpabilidad, sin saber exactamente por qué. Vio cómo Andrew abría el maletero y depositaba su equipaje, con los brazos y piernas en constante movimiento, como un personaje de dibujos animados, más que un chico real. ¿Estaban todos los adolescentes tan ajetreados?

—¿No podríamos prescindir del sarcasmo unos minutos? —dijo Daniel sin levantar la voz, pero no menos enojado.

Jane no tenía intención de presenciar una discusión familiar. Tal vez aquél era el momento de emprender la retirada. Quizá no le vendría mal descansar un poco, antes de que llegara Michael.

—Creo que debería marcharme...

—¿No vas a dejarte intimidar por una ligera tensión entre esposos? —exclamó Carole en tono desafiador.

—Todavía no me siento muy fuerte...

—Lo sé. Has tenido muchos problemas —dijo Carole en un tono ofensivo que Jane nunca había oído, como si su enojo con Daniel se extendiera a todos y todo lo circundante—. Ha sido muy amable por tu parte levantarte de tu lecho de convalecencia para venir a saludar. Apuesto a que no te has alejado de la ventana en toda la semana, a la espera de que apareciera Daniel.

—Jane llegaba a su casa cuando yo salía por la puerta —aclaró Daniel.

—¡Qué coincidencia! Pero vosotros siempre habéis sabido organizar las coincidencias, ¿verdad?

Jane no estaba segura de si se dirigía a ella o a Daniel.

—Carole, ¿es esto realmente necesario?

—No te vayas. Apenas he empezado.

—Parece muy interesante, pero tengo que llevar a nuestro hijo al campamento.

—¿No es agradable tener siempre algún lugar a donde huir?

—Escúchame, Carole: no sé qué te ocurre, pero dentro de un minuto me habrás perdido de vista y no tendrás que volver a verme hasta el otoño.

—Siempre y cuando no deje de ver mi cheque mensual.

Daniel dejó caer los hombros derrotado. Jane era consciente de los impulsos conflictivos que vibraban en su cuerpo: responder, olvidarlo, hacer las paces. Daniel estaba a punto de abrir la boca, cuando Andrew llamó desde el coche:

—¡Vamos, papá, larguémonos de aquí!

—La voz de la razón —comentó Daniel, dirigiéndose a Jane—. Cuídate.

—Vamos, bésala. No permitas que yo te cohíba —bramó Carole, mientras avanzaba hacia el coche, para darle a su hijo un último abrazo.

—Lláname si necesitas..., alguna cosa —dijo Daniel.

—Gracias —respondió Jane—. Puede que lo haga...

—Estoy segura de que lo hará —interrumpió Carole, alejándose del coche—. Jane tiene muchas necesidades actualmente, ¿no es cierto, querida?

—¡Vamos, papá!

—Diviértete en el campamento, Andrew —dijo Jane al joven, que no dejaba de moverse en su asiento—. Cuidado en la carretera —agregó dirigiéndose a Daniel.

Daniel asintió sin decir palabra y se sentó al volante. Jane observó el coche que salía a la calle, Daniel que saludaba por última vez, e incluso después de que el vehículo se alejara, titubeó antes de darse la vuelta. Percibía los ojos de Carole clavados en su espalda como láseres que le quemaban la piel como una capa de ácido. ¿Por qué?

—¿Hay algún problema? —preguntó Jane, después de armarse de valor, para enfrentarse a la mujer a quien creía amiga suya.

—Debes tomarme por una imbécil —respondió Carole con una amarga sonrisa.

—Eso no es cierto. No sé de qué estás hablando.

—Claro, lo había olvidado. ¡Lo has olvidado! ¡Qué oportuno!

—Te lo suplico, ¿no quieres contarme lo que te preocupa? Pareces estar furiosa conmigo.

—¿Qué razón podría tener para estar furiosa contigo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé. No lo estabas cuando nos vimos por última vez. Por lo menos eso me pareció.

—¿No lo recuerdas?

—Recuerdo que creí que éramos amigas.

—Es curioso. Yo también lo creí.

—Entonces ¿qué ha ocurrido? ¿Te ha molestado verme hablar con Daniel?

—¿Por qué tendría que molestarme?

—No lo sé. Tal vez te has sentido traicionada.

—Traicionada: una palabra interesante, ¿no te parece?

—No sé qué pensar. Te agradecería que dejaras de hablarme en acertijos.

—¿No te gustan los acertijos? Es curioso. Creí que a la gente que jugaba solían gustarle los acertijos. Eso simplemente demuestra que una nunca conoce a las personas tanto como supone.

—Por favor, dime lo que crees que he hecho.

—No sólo lo creo. Y te aseguro que me encantaría decírtelo. Pero el caso es que he prometido no hacerlo y, al contrario de cierta gente, yo respeto las promesas.

—¿A quién le has hecho una promesa? ¿Sobre qué?

—¡Carole! ¡Carole! Ven aquí —exclamó la voz de un anciano aterrorizado, al tiempo que el padre de Carole aparecía en la puerta agitando espectacularmente los brazos—. ¡Fuego! ¡Hay fuego en la cocina!

—¡Dios mío! ¡Fuera, JR! —chilló Carole mientras corría hacia el interior de la casa, después de tropezar con el perro, en el momento en que empezaba a sonar la alarma antiincendios.

Jane siguió instintivamente a Carole. Si había un incendio, tal vez podría ayudar a sofocarlo. Paula era evidentemente del mismo parecer, puesto que se reunió inmediatamente a Jane y ambas siguieron la columna de humo hacia la cocina.

Carole estaba ya junto al fogón procurando sofocar las llamas de la sartén, con un pequeño extintor situado junto a la pared, pero con escaso éxito. Jane cogió la tapa de la sartén y la cubrió. Las llamas salieron por los costados en un último suspiro de protesta y se apagaron.

—¡Virgen santa, papá! ¿Qué pretendes? ¿Incendiar la casa?

—Quería unos huevos revueltos.

—¡Sólo porque tu cerebro esté revuelto no significa que puedas prepararte unos huevos revueltos! ¿No has causado ya bastantes daños, para no tener que

ennegrecer el techo? ¡Fíjate cómo lo has puesto! —exclamó Carole, al tiempo que mostraba diversas quemaduras—. ¡Aquí están los recuerdos de tu última aventura culinaria! Si quieres huevos revueltos, ¿por qué no me los pides?

—¡Porque me responderías que acabo de comer! —respondió con fuerza el anciano, por encima de los ladridos del perro y de la alarma que todavía sonaba.

—Yo puedo prepararle unos huevos revueltos —sugirió Jane.

—Eres muy amable —dijo el anciano, sumamente agradecido.

—Ni se te ocurra —exclamó Carole, furiosa, en el momento en que sonaba el teléfono—. Sí, diga. No, no hay ningún incendio. El fuego ha sido sofocado. Sólo mi padre que procura acelerar mis canas. Gracias por llamar —dijo antes de colgar el teléfono—. Menos mal que llaman antes de mandar a lo bomberos. Y ahora puedes regresar a tu casa. El espectáculo ha terminado —agregó, dirigiéndose a Jane, sin hacer caso alguno de su padre, de Paula, de los ladridos del perro, ni de los aullidos de la sirena.

—Te ruego que me digas lo que he hecho para que estés tan ofendida.

—Vete a tu casa, Jane —repitió Carole—. No quiero hacer nada de lo que después me arrepienta.

—¿Cómo qué?

—Como decirte lo que realmente pienso de ti —le espetó Carole muy enojada, antes de tranquilizarse—. ¡Virgen santa, creí que eras mi amiga!

—Yo también.

Carole empezó a caminar de un lado para otro del cuarto lleno de humo, y el perro y su padre se apartaron de su camino.

—Me siento como una imbécil. Supongo que eso es lo peor. Nunca llegué a sospecharlo. Jamás tuve la más ligera idea.

—¿Idea de qué?

—No hace falta que te hagas la ingenua conmigo, ¿de acuerdo? ¡Lo sé todo sobre tus amoríos con mi marido! ¡Lo sé todo!

—¿Mis amoríos con tu marido? ¿De qué estás hablando? —preguntó Jane, que no podía dar crédito a sus oídos—. ¡No! No era posible.

—Todas las ocasiones en las que he acudido a llorar en tu hombro, todas las veces que me he sincerado contigo y tú no hacías más que reírte de mí. Dime: ¿tú y Daniel os tronchabais de risa después cuando lo comentabais?

—Esto no tiene ningún sentido —suplicó Jane al tiempo que miraba a Paula en busca de comprensión y sólo veía asco en su expresión.

—Al contrario, yo lo veo muy claro.

—Creo que ahora deberíamos marcharnos —urgió Paula—. El doctor Whittaker estará por llegar.

¿Podía ser cierto? ¿Habría mantenido una relación amorosa con el marido de la vecina? Daniel había insinuado sus sentimientos por ella en el jardín. ¿Era posible que ella hubiera correspondido a dichos sentimientos? ¿Que hubieran actuado en consecuencia? ¿Se lo habría confesado todo a su esposa por remordimiento de conciencia? ¿Acababa de contarle todos los escabrosos detalles, cuando ella y Paula llegaron a casa? ¿Era ésa la causa del cambio repentino de actitud por parte de Carole?

¿Podría ser que Daniel fuera la causa de todos sus problemas? ¿Que Michael hubiera descubierto sus amoríos? ¿Que los hubiera sorprendido juntos? ¿Que hubiera habido una pelea? ¿Había sido ella quien le había atacado? ¿Le había golpeado la cabeza con lo primero que encontró a mano? ¿Había intentado matar a su marido porque mantenía relaciones con otro hombre? ¿Eran los amoríos reales o producto de la descabellada imaginación de Carole?

¡Virgen santa! ¿Dónde empezaba lo real y acababa lo imaginario?

¿Estaba realmente en una cocina llena de humo, donde sonaba persistentemente una sirena, con un perro que ladraba a sus pies, un anciano que suplicaba que alguien le preparara unos huevos revueltos, una desafortunada ama de llaves que la maldecía en silencio y una vecina medio enloquecida que acababa de acusarla de acostarse con su marido, con quien acababa de pasar los últimos diez minutos charlando amigablemente, sin ningún recuerdo de los supuestos amoríos? ¡En el propio jardín de la vecina, con su hijo en el coche! ¿Era ésa su realidad?

«Jane Whittaker ¡ésta es tu vida!». No era sorprendente que se hubiera fugado, que no quisiera formar parte de ella.

—¿Cómo lo sabes? —Jane se oyó a sí misma que preguntaba.

—Lo sé —respondió Carole a la vez que se dejaba caer en una de las sillas de la cocina—. Michael también lo sabe.

—¡Dios mío!

—Me hizo prometer que no te lo contaría hasta que estuvieras mejor —declaró mientras movía la cabeza fingiendo asombro—. No sé cómo te las arreglas. Algún día tendrás que contarme tu secreto. Tratas a los hombres como si fueran una mierda y se desviven por complacerte. Debes de tener un talento especial. Puede que algún día escribas un libro.

—Lo siento —susurró Jane—. Te ruego que me creas cuando te digo que no recuerdo nada de todo eso.

—Claro que te creo. Daniel haciendo el amor no tiene nada de memorable. Si me lo hubieras preguntado, te habría ahorrado tiempo y esfuerzos. Y ahora te agradecería que te marcharas de mi casa, antes de que intente realmente asesinarte.

Jane se mordió el labio inferior para no chillar y permitió que Paula la ayudara a salir de la casa. Después de que se cerrara la puerta a su espalda, oyó al padre de Carole que preguntaba cuándo estaría listo el almuerzo.

—¡No! —chillaba Jane cuando subía apresuradamente a su dormitorio—. ¡No puede ser!

—Procure tranquilizarse antes de que llegue el doctor Whittaker —suplicaba Paula, que la seguía.

—¿Qué clase de persona soy? ¿Qué clase de persona engaña a un hombre como Michael, con el marido de la vecina? —preguntó Jane, a la espera de que Paula le facilitara algún tipo de respuesta, y, al comprobar que no respondía, irrumpió en su habitación y empezó a golpear su imagen en el espejo—. ¿Quién eres, maldita sea? ¿En qué cenagal has convertido tu vida? ¿Con qué otras personas has tenido relaciones? ¿Cuántos han sido los idilios? ¿Con cuántos otros hombres sabe Michael que te has relacionado? ¡Dios mío, mírate! Estás hecha un asco. ¡Por qué no me respondes, maldita sea!

—Le traeré sus pastillas.

—No quiero ninguna pastilla. ¡Sólo quiero largarme de aquí! —exclamó Jane con la mirada fija en su reflejo—. ¡Ya no quiero saber quién eres! —dijo mientras golpeaba su sobresaltada imagen con la palma de la mano—. No quiero recordar nada sobre ti. Quiero alejarme todo lo posible de ti, como lo intenté anteriormente. Sólo que en esta ocasión lo haré como es debido —agregó, mientras abría las puertas del armario y Paula corría por la escalera—. Debo marcharme de aquí. He de alejarme de todo esto. Tengo que huir.

Tiró con frenesí y sin razón de los vestidos del armario, que arrancó de los colgadores y desparramó por la habitación. Descolgó una por una las blusas, antes de rasgarlas y desecharlas, seguidas de sus faldas, vestidos y pantalones. Abrió todos los cajones y los vació uno por uno, arrojó al suelo pañuelos y camiones, pisoteó deliberadamente la ropa interior y dio patadas a las prendas más delicadas.

—¡Maldita seas! —chillaba, mientras intentaba destrozar su camisón de algodón blanco—. ¡Nada de eso es mío! ¡Nada de eso soy yo!

De pronto estaba de cuatro patas, escudriñando en los rincones del armario entre los zapatos y tirando de la poca ropa que seguía todavía colgada.

—¡Maldita seas! —masculló—. ¡Maldita seas, quienquiera que seas! ¿Me oyes? No quiero saber nada más de ti. ¡Estás loca! ¡Una maldita lunática!

Daba puntapiés a sus zapatos, que saltaban por los aires como si respondieran a las patadas. De pronto volvió a incorporarse, para alcanzar la estantería superior del armario, repleta de viejos sombreros, jerseys, maletas y cajas. Pasó la mano a lo largo de la estantería, en un movimiento fluido de un extremo a otro, arrojando todo su contenido al suelo.

—Así es como los locos ordenan la casa —exclamó, al tiempo que una de las cajas le caía en la cabeza, antes de precipitarse al suelo.

Observó cómo la caja se abría y de la misma surgía un bolso azul marino que aterrizó a sus pies.

Todo quedó paralizado. Tan absoluta era ahora su inmovilidad, como hace unos segundos lo había sido su frenesí. Con suma lentitud, Jane se agachó para coger el bolso abandonado. Sin saber por qué contenía la respiración al abrir el bolso, en el que encontró unos viejos pañuelos, las llaves de un coche, las llaves de la casa y un billetero de color castaño. Abrió el billetero y miró en su interior.

Todo estaba ahí: su permiso de conducir, su tarjeta de la seguridad social y sus tarjetas de crédito. Su identidad. Escondida en una caja en el armario. ¿Por qué? Si intentaba visitar a su hermano en San Diego, ¿no habría llevado aquellas cosas consigo? ¿Era lógico que viajara a California sin ninguna identificación? ¿Que saliera de la casa sin su bolso?...

A no ser que no hubiera tenido ninguna intención de visitar a su hermano. En este caso, ¿por qué alegraría Michael que la tenía? ¿Por qué se lo habría contado a los médicos y a la policía? ¿Por qué mentiría? ¿Todavía intentaba protegerla?

O protegerse a sí mismo.

—Ahora sé que estás loca —susurró, incapaz de asimilar estas inesperadas sospechas—. Estás como un cencerro.

Al mirar hacia la puerta vio a Paula junto a Michael, con una mezcla de temor y preocupación en sus rostros.

—¿Qué está ocurriendo aquí, Michael? —preguntó ella a la vez que mostraba el contenido de su bolso.

—No te muevas —indicó Michael mientras Paula la cogía del brazo y lo colocaba recto.

—¡No, por favor! —exclamó Jane, demasiado tarde.
La aguja había perforado ya su piel y el medicamento circulaba por sus venas.

Dieciséis

Jane despertó de un sueño, en el que mantenía a raya a un grupo de nazis de cabeza rapada con un animal felpudo de su hija, sudada e indispuesta. Le dolía el brazo y tardó varios minutos en abrir los ojos. Por fin logró levantar los párpados, pero tuvo que cerrarlos de nuevo, cuando vio que la habitación daba vueltas a su alrededor.

«No te desesperes —chilló para sus adentros, a pesar de todo desesperada—. Todo irá bien». ¿No estaba a salvo en su casa y en su propia cama? ¿No la cuidaba el marido más maravilloso del mundo?

¿Podía haberle engañado?

—No —exclamó en voz alta—. No lo hice. No pude hacerlo.

«Puede que no sepa quién soy, pero sé que no engañé a mi marido. Tal vez sea capaz de cometer un asesinato, pero no adulterio. ¡Dios mío, escúchame! ¿De qué mente trastornada ha salido ese sistema pervertido de valores? Mataré, pero no cometeré adulterio; salvaré las selvas tropicales, pero destruiré los matrimonios».

¿Tenía algo sentido?

¿Tenía sentido que Carole mintiera? ¿Qué razón podía tener para ello?

Incluso con los ojos cerrados, Jane sentía que le daba vueltas la cabeza. Estaba convencida de que el enojo de Carole era sincero. Estaba demasiado furiosa para ser fingido. Sin embargo, ¿hasta qué punto conocía Jane a Carole? ¿No había sido Carole quien había comentado que nunca se conoce realmente a una persona?

«No puede ser tan buena actriz», pensó Jane, convencida de que Carole la creía realmente culpable de haber mantenido relaciones amorosas con su marido. Sin embargo, tanto en la primera visita de Carole a su casa, como en la de Jane a casa de Carole, se había mostrado muy amable con ella y dispuesta a ayudarla. No estaba resentida ni enojada. Y, sin duda, tampoco hostil. Esto significaba que sólo había descubierto la duplicidad de Jane recientemente. O bien Daniel, impulsado por un confuso sentido de la ecuanimidad, se lo había confesado, u otra persona se lo había contado. ¿Quién?

Jane conocía la respuesta sin tener que formularla verbalmente ni pronunciar el nombre. Carole le había dicho que Michael estaba al corriente del idilio y que le había pedido que no se lo mencionara hasta que estuviera plenamente recuperada. Parecía lógico suponer que había sido también Michael quien se lo había contado a Carole.

Jane luchaba con la niebla que envolvía su cabeza para intentar recordar cuándo podía haber ocurrido. ¿No había visto a Michael y a Carole juntos una mañana? ¿No los había observado por la ventana, en el jardín de la casa de Carole, mientras JR tiraba de la correa? Jane emitió un quejido al tiempo que se volvía de costado, antes de echarse de nuevo de espaldas, cuando empezó a dolerle el brazo. ¿Por qué habría contado Michael a Carole algo tan potencialmente destructivo?

Tal vez se había cansado de soportar el peso a solas. Puede que necesitara a alguien en quien confiar. O quizá su propósito había sido el de enemistar a las dos mujeres. Tal vez su intención era mantenerlas separadas. Pero ¿por qué? ¿Qué podía contarle Carole que Michael no quería que supiera?

Y si Michael había sido quien había hablado a Carole del supuesto idilio entre Jane y Daniel, eso podían significar dos cosas: que Michael decía la verdad o que mentía.

«No me pidas que te revele secretos y no te contaré mentiras. ¿Qué secretos? —se preguntó Jane—. ¿Cuántas mentiras?».

Jane abrió los ojos de par en par, aterrorizada. Comprendió que había otra posibilidad, al contemplar las litografías de Chagall en la pared del fondo, que cobraban vida y se le acercaban, los violinistas invertidos de pronto adoptaban la posición correcta y los novios danzaban al son de una música que sólo ellos podían oír. Michael, Paula y Carole podían formar parte de una conspiración más amplia en la que todos participaban. Lo que faltaba, pensó Jane, una conspiración, al tiempo que se frotaba el brazo dolorido y se sentía estúpida y melodramática. ¿Dónde estaba Robert Ludlum cuando una lo necesitaba?

La verdad era indudablemente mucho más sencilla: estaba loca de remate.

El interior del brazo empezó a dolerle y Jane se obligó a abrir los ojos para observar la fuente del dolor. La piel en la articulación del brazo estaba lívida y amoratada. Se frotó suavemente la zona, pero el simple contacto con los dedos era doloroso. Levantó el brazo para examinarlo con mayor atención, al tiempo que recordaba la punzada de la aguja, cuando Paula le sostenía el brazo y Michael le administraba el sedante. ¿Cuántas inyecciones habría

recibido desde entonces? ¿Cuántos días habían transcurrido? ¿Cuánto tiempo la habían mantenido bajo el efecto de los sedantes?

Se obligó a ponerse en pie con la ayuda de los barrotes de la cama, a la vez que hacía un esfuerzo para no vomitar y se acercó a la puerta del dormitorio. Oyó la voz de Paula por el hueco de la escalera, procedente de la cocina. ¿Habría con Michael? Jane se esforzó por oír fragmentos de la conversación, pero, como la voz de Paula era la única que se oía, concluyó que debía de hablar por teléfono. A no ser que hablara consigo misma, pensó y casi soltó una carcajada. Tal vez era la casa que los volvía a todos locos.

Sujeta a la barandilla, con el sol de la claraboya en la espalda, Jane avanzó hacia el estudio de Michael, cuando se preguntaba lo que hacía, mientras se dejaba caer en la silla del escritorio, levantaba cautelosamente el teléfono y se lo llevaba despacio al oído.

—... hace varias semanas que sufre pesadillas —decía Paula—. ¿Cómo? ¿Pretendes decirme que yo no tenía pesadillas cuando era niña?

La mujer al otro extremo de la línea farfulló algo en italiano.

El silencio que se hizo a continuación estaba tan cargado de hostilidad que Jane contuvo la respiración.

—De acuerdo, tú fuiste la madre perfecta y yo no lo soy —admitió Paula con amargura—. Pero no puedo permitirme el lujo de quedarme todo el día en casa para cuidarla. Un día u otro dejará de tener pesadillas. ¡Virgen santa, no es más que una niña! Las niñas tienen pesadillas.

Otro discurso en italiano.

—Mamá, haz lo que quieras, ¿de acuerdo? Si te parece que se acueste unas horas, me parece bien. Hazlo. Después no tendrá sueño por la noche, pero por lo menos se ahorrará las pesadillas, ¿no es cierto? Lo siento, pero debo colgar. He de empezar a preparar la cena.

¿Cena? Jane dirigió la mirada al reloj que Michael tenía sobre el escritorio, mientras colgaba cuidadosamente el auricular. Eran más de las cuatro. ¿De qué día? ¿Cuántos días se había perdido?

Contempló el teléfono, al tiempo que oía a Paula ajetreada en la cocina. ¿Cuántos amigos habrían intentado llamarla durante la última semana? ¿A cuántos les habrían dicho que estaba en San Diego para visitar a su hermano?

¡Su hermano! Al incorporarse de un brinco, se golpeó las rodillas contra el cajón inferior del escritorio, oyó un pequeño grito de dolor que escapaba involuntariamente de sus labios y permaneció inmóvil. ¿La habría oído Paula? Se agarró al borde del escritorio para no caerse, mientras su corazón latía con tal ferocidad que temió desmayarse. Su hermano, repitió, mientras se apoyaba

en la pared para regresar a su habitación y de pronto recordaba haber sacado toda la ropa del armario y haberse encontrado el bolso con su permiso de conducir y sus tarjetas de crédito, que sin duda habría llevado consigo para emprender un viaje.

Se tambaleó en el interior de la habitación, medio a la expectativa de ver el desorden que había causado y encontrarse la ropa esparcida por el suelo, pero todo estaba limpio y ordenado. No había indicio alguno de su berrinche. Se acercó al armario y abrió silenciosamente las puertas de los espejos.

Su ropa estaba toda colgada y ordenada. Nada parecía haber sido alterado. Los zapatos que había arrojado por doquier descansaban ahora ordenadamente por pares; los jerseys que había desparramado por el suelo formaban un nítido montón. Los cajones que había vaciado volvían a estar llenos y ordenados. Antiguos sombreros y jerseys llenaban otra vez la estantería superior. Lo único que faltaba era la caja que había caído en plena pataleta, de la que había aparecido su bolso, en el que a su vez habían aparecido sus tarjetas de crédito y su permiso de conducir. ¿Había existido realmente dicha caja? ¿Era posible que fuera todo fruto de su imaginación?

¿O cabía la posibilidad de que Michael le hubiera mentado en todo momento?

Michael había declarado a la policía que la razón por la que no había denunciado la desaparición de su esposa era que la creía en San Diego, en casa de su hermano. Le había dicho a Jane que pensaba darle una sorpresa y, por ello, su hermano no se había alarmado cuando no apareció. Aseguró haber llamado a su hermano, después de traerla a casa desde el hospital, para confirmarle que no había ningún problema. Pero ¿se habría contentado su hermano con unas buenas palabras? Las fugas histéricas no podían ser tan comunes, siquiera en California. ¿Era lógico que su único hermano mostrara tan poco interés, por algo tan grave como la pérdida total de la memoria? ¿Que no insistiera en venir a verla? Por lo menos sería de esperar que estuviera lo suficientemente preocupado para querer hablar personalmente con ella. Y si hubiera llamado y le hubieran dicho repetidamente que estaba demasiado cansada o indispuesta para acudir al teléfono, ¿no habría aumentado eso su preocupación?

Había un modo fácil de averiguarlo, pensó Jane, mientras miraba hacia el pasillo, al oír los pasos de Paula en la escalera. Bastaba con llamarle por teléfono.

Se metió en la cama y cerró los ojos para fingir que estaba dormida, en el momento en que Paula llegó a la puerta. «Limítate a comprobar que estoy

bien y lárgate —deseó Jane para sus adentros, consciente de que la joven se acercaba a la cama—. Como puedes comprobar, estoy dormida. Tranquila y satisfecha, como pez en el agua. ¿No es así cómo reza el proverbio? ¿No es así cómo deseas que esté: dócil e inconsciente? Ordena la colcha y lárgate. Tengo cosas que hacer, personas a quienes llamar. Arregla las mantas y vete a preparar la cena. Sé buena chica. No, ¿qué haces? ¿Qué estás haciendo?».

Jane sintió que tiraba de su brazo dolorido y lo colocaba erguido, con la palma de la mano hacia arriba. Percibió olor a alcohol, sintió algo frío y húmedo junto a sus venas doloridas, y abrió los ojos para protestar.

—No, por favor —exclamó en el momento en que penetraba la aguja.

—Tranquila, tranquila —dijo Paula como si hablara con una niña—. Es por su propio bien.

—¿Por qué me hacen esto? —suplicó Jane, decidida a resistirse al sueño.

—Debe descansar, Jane —oyó que Paula decía, con una voz que se perdía en la lejanía, aunque ella no se movía.

—Pero no quiero descansar —respondió Jane, consciente de que se le cerraban los ojos, sin saber si había logrado pronunciar palabra alguna.

Despertó con el ruido de un plato que se rompía.

—¡Dios mío, lo siento, doctor Whittaker! Le compraré uno nuevo.

—No se preocupe. Es sólo un plato. Lo importante es que no se haya lastimado.

—No, estoy bien. Deje que lo limpie.

Jane hizo un esfuerzo para levantarse de la cama, con sus náuseas a cuestas como quien lleva un niño en brazos, dirigirse al rellano superior de la escalera, escuchar la conversación de la planta baja y procurar retenerla.

—No sé qué me ocurre hoy. Todo se me cae de las manos. Supongo que estoy cansada.

—No es fácil cuidar de alguien en el estado de mi esposa.

—El problema no es la señora Whittaker.

Jane imaginó la preocupación en el rostro de Michael, con las cejas levantadas.

—Entre las pesadillas de mi hija y lo pesada que se pone mi madre, no descanso mucho estos días.

—¿Quiere hablar de ello?

—Me parece que ya tiene bastantes preocupaciones, sin ocuparse de mis problemas.

—Por qué no deja el resto de los platos hasta más tarde y me lo cuenta — sugirió Michael.

Jane imaginó a su marido, que ofrecía una silla a Paula para que se sentara, e hizo un gran esfuerzo para no sucumbir al impulso de apoyar la cabeza y quedarse dormida. No podía arriesgarse a acostarse un solo segundo. Tenía que llamar por teléfono. Debía hablar con su hermano en San Diego. Tenía que hacerlo ahora, mientras Michael se ocupaba de los problemas de Paula. Antes de que le administraran la próxima inyección.

Avanzó silenciosamente sujeta a la barandilla del rellano hasta el estudio de Michael y se detuvo un momento junto a la puerta, mientras intentaba decidir si sería más arriesgado dejarla abierta o cerrada. Si la cerraba, sería menos probable que la oyeran. Pero ella tampoco los oiría a ellos si decidían subir por las escaleras. Optó por dejarla abierta.

Sentada tras el escritorio de Michael, levantó el teléfono, con cada ruido aumentado mil veces. Se llevó el auricular al oído y la ensordecedora señal de marcar le dio inmediatamente la bienvenida. Sin duda debían de haberlo oído en la planta baja. Se acercó el auricular al pecho, a la espera de oír pasos en la escalera, pero no ocurrió nada. Sus dedos torpes, lentos e inseguros de su destino, acabaron por marcar cuatro, uno, uno.

—¿Qué ciudad desea? —casi chilló la telefonista.

Jane acercó el teléfono a su oreja. No debía permitir que se filtrara el sonido.

—Necesito el número de Tommy Lawrence, en San Diego —dijo en un leve susurro.

—Lo siento, no la oigo. Hable más fuerte.

—Necesito el número de Tommy Lawrence, en San Diego —repitió, después de inclinar la cabeza como si se dispusiera a rezar.

—¿San Diego? ¿Ha dicho San Diego?

—Sí.

¡Maldita sea!

—Tendrá que llamar a la operadora de larga distancia.

—¿Cómo? —dijo, entre pregunta y suspiro.

—Uno; dos, uno, tres; cinco, cinco, cinco; uno, dos, uno, dos —respondió la operadora, antes de colgar.

Jane palpó para pulsar el botón adecuado, a fin de obtener de nuevo la señal de marcar, y marcó el número indicado.

—Operadora. ¿Qué ciudad desea?

—San Diego.

Jane oía vibrar las palabras en el estudio como en una cámara acústica.

—Diga.

—Necesito el número de Tommy Lawrence.

—¿Dirección?

—No la sé.

—Un momento, por favor.

«Dese prisa, se lo ruego», suplicó silenciosamente Jane.

—Aparece un Thomas Lawrence en el ciento cincuenta y cinco de South County Road y un Tom Lawrence en el mil ochocientos de Montgomery Street.

—No lo sé.

«¡Dios mío, no lo sé!». «Piensa —le decía una voz interior—. Intenta recordar la dirección que figuraba en tu pequeña agenda. Procura visualizar el nombre». Jane cerró los ojos y retuvo la respiración para evocar la imagen de su agenda, abrirla en la página adecuada, ver el nombre de su hermano y a continuación su dirección.

—No la oigo.

—¡Mil ochocientos de Montgomery Street! —exclamó más fuerte de lo que se proponía—. Creo que es el mil ochocientos de Montgomery Street.

Pero la operadora ya había desaparecido para ser sustituida por la acostumbrada máquina. Jane tomó nota del número, con la mirada fija en la puerta, mientras oía unas risas procedentes de la planta baja. «No dejéis de reír —pensó—. Reíd para que pueda oíros».

Marcó el número, se percató de que había olvidado el prefijo, y volvió a empezar. Sentía un fuerte impulso de apoyar la cabeza en el escritorio. Sólo necesitaba dormir unos segundos y se sentiría mejor. Su cabeza se inclinó hacia la superficie de la mesa y sólo se detuvo al ver su imagen reflejada en la pantalla apagada del ordenador.

La mujer que la miraba con los párpados semicerrados, con el rostro gris y distorsionado, sólo tenía un aspecto vagamente humano. ¿Era aquélla la misma mujer a la que se había enfrentado en el lavabo de una tienda de Charles Street? ¿La mujer a la que el propietario con cola de caballo había descrito como «bastante atractiva»? «¡Dios mío! ¿Qué me están haciendo?», se preguntó, obligando su cuerpo a incorporarse.

En algún lugar sonaba un teléfono y alguien lo contestó.

—Hola —dijo Jane, después de cubrirse la boca con una mano—. Hola. ¿Con quién hablo?

—Puesto que usted es quien llama —respondió una mujer—, por qué no me lo dice usted.

—Soy Jane.

—¿Quién? Apenas la oigo.

—Jane —repitió, un poco más fuerte.

—¿Jane? ¿La hermana de Tommy?

—¡Sí! —respondió, al tiempo que empezaba a llorar.

—¡Dios mío, no te había reconocido! ¿Estás resfriada?

—No he estado muy bien —explicó Jane, mientras pensaba que aquella mujer debía de ser Eleanor, la esposa de Tommy.

—Se te oye muy mal. ¿Has tenido la gripe?

—No. Uno de esos virus misteriosos —respondió, con un enorme peso en el estómago—. ¿Cómo estáis vosotros?

—Como de costumbre. Jeremy acaba de curarse de un resfriado, Lance va siempre con el moquillo en la nariz, tu hermano no deja de quejarse de la espalda y yo me vuelvo loca, intentando decidir qué meter en las maletas...

—¿Vais de viaje?

—A España, ¿no lo recuerdas? Por fin ha llegado el momento. ¡Dios mío! ¿Cómo puedes haberlo olvidado? Hace años que lo venimos organizando. Suponía que nos llamabas para desearnos buen viaje.

—¡Eleanor, he de hablar con mi hermano! —urgió Jane, sin saber si el volumen de su voz era tan alto como lo imaginaba.

—¿Eleanor? Sabes que prefiero que me llames Ellie. Tu hermano está todavía en el trabajo. No regresará hasta dentro de una hora.

Jane consultó el reloj del escritorio de Michael. Eran casi las siete.

—¿Trabaja tarde?

—Son sólo las cuatro, Jane. ¿Has olvidado la diferencia horaria?

—Eleanor... Ellie, tienes que decirme la verdad —dijo Jane con mucha claridad, después de sobreponerse a su impulso de vomitar.

—¿La verdad? ¿Crees que te mentiría respecto a que tu hermano está en el trabajo?

—¿Has hablado con Michael últimamente?

—¿Michael? No, no he hablado con él.

—¿Sabes si lo ha hecho Tommy?

—No, que yo sepa. Por lo menos no me lo ha mencionado.

—No ha dicho nada referente a una llamada de Michael para preguntar si yo estaba con vosotros.

—¿Por qué tendría Michael que preguntar si estabas con nosotros?

—Porque eso fue lo que le contó a la policía.

—¿Eso fue lo que quién le contó a la policía? ¿De qué estás hablando, Jane?

Jane apenas podía hablar, tan veloces eran los latidos de su corazón. Creyó oír voces, pasos en la escalera, pero miró y no vio nada.

—Tienes que escucharme, Eleanor... Ellie. Ellie, tienes que escucharme.

—Te escucho.

La cabeza le daba vueltas, se le aceleraba la mente. Oyó que se acercaban las voces, y a continuación, nada. Fijó la mirada en la puerta. Nada. Tenía tanto que decir y disponía de tan poco tiempo.

—Me ha ocurrido algo.

—¿Cómo? ¿Qué te ha ocurrido?

—No lo sé. No te lo puedo explicar. No recuerdo quién soy.

—Jane, lo que dices no tiene sentido.

—Por favor, escúchame. No me interrumpas. Me resulta muy difícil concentrarme. No dejan de administrarme drogas...

—¿Drogas? ¿Quién te administra drogas?

—Michael y Paula.

—¿Paula? ¿Quién es Paula?

—Se supone que deben ayudarme, ayudarme a recordar. Pero sólo hacen que me sienta peor y ahora me dan inyecciones...

—Jane, ¿está Michael en casa? ¿Puedo hablar con él?

—¡No! —exclamó, consciente de que había gritado demasiado—. Escúchame. Michael me ha estado mintiendo. Le contó a la policía que yo estaba en San Diego, en casa de mi hermano. A mí me dijo que pensaba visitaros por sorpresa. Pero entonces encontré mi bolso, con todas mis tarjetas de identidad, y evidentemente no habría ido a San Diego sin ninguna identificación. De modo que mentía sobre la razón por la que no había llamado a la policía, después de mi desaparición...

—Más despacio, Jane. ¿Habías desaparecido? No lo entiendo. ¿Te importaría empezar desde el principio?

—¡No, maldita sea! No hay tiempo. Llegarán de un momento a otro para darme otra inyección. Por favor, Ellie: ¡tienes que ayudarme! Debes decírselo a mi hermano. Tiene que venir a buscarme.

—Ellie —dijo una voz masculina desde otra extensión, al tiempo que Jane veía a Paula que entraba en la habitación—. Ellie, soy Michael.

—Michael, ¿qué ocurre?

Jane escuchaba abstraída, con el convencimiento de que de nada serviría decir otra palabra. Paula se le acercaba jeringa en mano.

—Lamento que te hayas visto involucrada —decía Michael—. No quería preocuparos.

—¿Qué diablos ocurre?

—Ojalá lo supiera.

¿Estaba Michael llorando?

—Recibo esta absurda llamada; ni siquiera reconozco su voz; y me cuenta una historia absurda sobre su desaparición, la pérdida de su memoria, que le administran drogas...

—Somos nosotros quienes le administramos los medicamentos —aclaró Michael—. Se supone que debemos mantenerla tranquila. Así lo ha ordenado su médico.

—¿Su médico?

—Jane padece una especie de crisis nerviosa. Creo que está relacionada con el accidente...

—¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer?

—Nadie puede hacer nada, sólo esperar. El médico está convencido de que no puede durar mucho. Lo denomina estado de fuga histérica. Al parecer, no suelen durar más de un par de semanas.

—¿Una qué histérica?

—El nombre no tiene importancia. Lo importante es que no os preocupéis.

—Tenemos previsto salir para España dentro de unos días. —Jane oyó que Eleanor declaraba, cuando Paula llegó junto a ella.

—Seguid con vuestros planes —sugirió Michael—. Hace mucho tiempo que organizáis este viaje. No podéis hacer nada para ayudar. Ni siquiera se lo mencionaría a Tommy. No podéis hacer absolutamente nada y, con toda probabilidad, todo habrá terminado a vuestro regreso.

—He estado esperando este viaje con mucha ilusión —fue lo último que Jane le oyó decir a su cuñada, antes de que Paula le arrebatara el teléfono de la mano.

«Apuesto a que nunca me ha gustado esa mujer», pensó Jane, al tiempo que le ofrecía el brazo a Paula sin resistencia alguna.

Diecisiete

—¿Le apetece alguna cosa? —preguntó Paula.

—¿Cómo? —exclamó Jane, que ya no estaba segura cuando oía algo o no lo oía.

—He dicho que si le apetece alguna cosa. ¿Zumos de naranja? ¿Unas tostadas?

—¿Puedo tomar café?

—Por supuesto.

—¡Café, como Dios manda, no esa mierda descafeinada!

—Jane...

—Paula.

—Si se pone difícil, tendré que llevarla de nuevo a su habitación.

—Por favor, deje que me quede aquí. Me encanta esta sala —dijo Jane, al tiempo que abría fugazmente los ojos para asegurarse de que el solarío no había desaparecido.

—Si quiere gozar de ciertos privilegios, debe comportarse.

—Privilegios es lo que uno le otorga a los niños.

—Cuando se comporta como una niña, hay que tratarla como tal —afirmó Paula.

—No lo hago adrede. Es sólo que me siento fatal y muy confundida.

—Debe obedecer las órdenes de su médico.

—Lo procuro.

—Tiene que esforzarse un poco más.

—Lo haré. Gracias por permitirme venir a la planta baja.

—Lo del solarío ha sido idea del doctor Whittaker.

—Estoy muy agradecida —dijo sinceramente Jane.

—¿Quiere café?

—No.

—Como quiera.

—¿Cómo está su hija? —preguntó Jane, pensando que Paula parecía cansada.

—Está bien.

—¿Cómo se llama? ¿Caroline?

—Christine.

—¿Su madre la cuida?

—Temporalmente.

—Apuesto a que no creía que estaría aquí tanto tiempo.

—No creo que falte mucho.

—¿Por qué? ¿Por qué lo dice? —preguntó Jane a la vez que se incorporaba en el sofá colgante.

—No se excite. Era sólo un decir.

—Pero lo ha dicho como si supiera algo.

—Lo único que sé es lo que me cuenta el doctor Whittaker.

—¿Qué le ha dicho?

—Que no cree que falte mucho —respondió Paula.

—¿Ha hablado Michael con Emily?

—No lo sé —aseguró Paula mientras regaba las plantas.

—Debe de echarla de menos.

—No me cabe la menor duda.

—¿Habla alguna vez de ella?

—No.

—¿De qué habla?

—No dice gran cosa.

—Pero yo les oigo hablar —insistió Jane—. Algunas noches estoy en la cama y oigo que hablan en la cocina.

—Le pregunto cómo ha pasado el día y él me lo cuenta, si ha ocurrido algo interesante.

—Eso tendría que hacerlo yo.

—Sí, tendría que hacerlo.

—¿Habla alguna vez de mí?

—Algunas veces.

—¿Qué dice?

—Que la quiere. Que querría poder ayudarla. A veces llora.

—Hora de tomar las pastillas —dijo Paula, al tiempo que se las ofrecía a Jane en la mano.

—¿Es necesario?

—No va a ponerse difícil, ¿verdad, Jane?

—El caso es que no parece que funcionen.

—El doctor Whittaker cree que sí.

—Pero me dejan aquí amodorrada todo el día, como un zombi.

—Eso es lo que se supone que deben hacer. De ese modo le brinda a su subconsciente la oportunidad de ordenar sus ideas —respondió Paula, sin dejar de balancearse de un pie otro.

—Pero me impiden pensar con claridad. La cabeza no deja de darme vueltas. Apenas puedo moverme.

—No tiene por qué hacerlo.

—¿Cuánto hace que dura?

—¿Cuánto hace que dura qué?

—¿Cuánto hace que regresé del hospital?

—Algo más de tres semanas.

—Y no me muevo de aquí en todo el día —exclamó Jane, consciente de su propio asombro.

—Va recuperando sus fuerzas.

—Pero no son las fuerzas lo que he perdido.

—¡Vamos, Jane! ¿No querrá empezar a discutir?

—No quiero discutir. Sólo quiero entender...

—Entienda que si no se toma las pastillas, el doctor Whittaker volverá a recetarle inyecciones.

—Me dijo que ya habían acabado los pinchazos.

—Siempre y cuando se tome las pastillas. ¿Qué prefiere?

—Tal vez hoy podríamos dar un paseo —pidió Jane.

—Tal vez.

—Siempre dice lo mismo.

—¿Usted cree?

—Sí. Y luego nunca lo hacemos.

—Puede que hoy lo hagamos —respondió Paula, al tiempo que se encogía de hombros, antes de concentrarse de nuevo en la limpieza.

—¿Teme que me fugue?

—No.

—No tengo fuerzas para huir. No debe preocuparse.
—No estoy preocupada.
—Sepa que a mí no me engaña —dijo Jane.
—No pretendo engañarla.
—Sé cuál es la auténtica razón por la que me permite estar en el solarío.
—¿Cuál?
—Para poder vigilarme.

—Yo no le gusto mucho, ¿verdad? —declaró Jane.
—Eso no es cierto.
—¿Qué es lo cierto?
—No me lo pregunte a mí —respondió Paula, al tiempo que se acercaba a la ventana posterior del solarío y miraba al exterior.
—¿Cree que engañé a Michael?
—No lo sé.
—¿Que le engañé con el marido de la vecina?
—No lo sé.
—Mi vecina sin duda lo cree.
—Efectivamente.
—¿Cree que mentía? —preguntó Jane.
—No.
—¿Me permitiría llamar a Daniel?
—¿Cómo? —exclamó Paula, sin disimular su asombro.
—Entonces podría preguntárselo.
—¿Pretende llamar al exmarido de su vecina para preguntarle si se han acostado o no juntos? Jane, ¿se da cuenta de lo descabellado de la propuesta?
Jane cerró los ojos derrotada, consciente de que Paula tenía razón.
—Sólo pretendo averiguar la verdad —susurró.
—¿Está segura? —preguntó Paula.

—¿Quién ha llamado por teléfono? —se preguntó Jane en voz alta, cuando Paula entró en la habitación.
—Alguien que pretendía venderle un abono para la Boston Pops.
—Miente.
—Jane...

—Siempre sé cuando miente, porque se le forma una expresión curiosa en la cara, como si tuviera la boca llena de huesos que quisiera escupir.

—Eso es absurdo —protestó Paula.

—Además, he oído que decía que yo estaba todavía en San Diego.

—¿No le han dicho nunca que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

—No lo sé. No lo recuerdo.

—No tiene gracia, Jane.

—Quiero que piense hasta cuándo cree que puede impedirme hablar con mis amigos.

—Confío en que hasta que recuerde quiénes son sus amigos.

—¿Por qué sería tan terrible que hablara con ellos ahora? —requirió Jane.

—Porque probablemente le dolería a usted y sin duda a ellos.

—¿Por qué tendría que dolerles?

—En primer lugar, porque farfulla al hablar —respondió Paula, mientras acomodaba la almohada en la que Jane apoyaba la cabeza.

—¿En serio? No sabía que...

—Se preocuparían y probablemente insistirían en verla...

—¿Y bien?

—¿Se ha mirado al espejo últimamente?

—Cree que soy una persona horrible, ¿no es cierto? —preguntó Jane, mirando fijamente a Paula, sin estar segura de querer una respuesta.

—Creo que es una persona difícil.

—No comprende cómo un hombre como Michael puede seguir casado con una mujer como yo.

—Creo que cuando un hombre como el doctor Whittaker adquiere un compromiso, honra su palabra —respondió Paula.

—A las verdes y a las maduras...

—En los buenos tiempos y en los malos...

—En la riqueza y en la pobreza...

—Hasta que la muerte los separe —sonrió Paula.

—¿Qué prepara? —preguntó Jane desde la puerta del solano a la cocina, mientras observaba a Paula inmersa en sus labores culinarias.

—¿Qué hace en la cocina? —exclamó Paula, después de volver la cabeza.

—Es mi cocina.

—Entonces, mejor que coja una silla —respondió Paula al tiempo que se encogía de hombros.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Lo mejor que puede hacer es quedarse sentada en silencio y dejar que me concentre. No quiero cortarme un dedo porque me haya distraído hablando con usted.

—¿Qué corta?

—Manzanas.

—¿Prepara una tarta de manzanas?

—He pensado que a Michael no le vendría mal algo un poco especial.

—De modo que ahora es Michael —observó Jane. Sonó el teléfono.

Jane volvió la cabeza en dirección al timbre y la cabeza siguió girando. Se agarró al borde de la mesa y concentró la mirada en un pequeño jarro de flores situado en el centro de la misma.

—¡Maldita sea! ¿Por qué suena siempre el teléfono cuando una tiene las manos en la masa? —exclamó Paula, mientras cogía un toalla colgada junto al fregadero.

Sin reflexionar sobre sus actos, Jane se puso en pie y se lanzó en pos del teléfono.

—¡No lo conteste!

—¿Por qué no? ¡Es mi teléfono! —dijo mientras descolgaba el auricular de la pared—. Diga.

Paula dejó caer la toalla, cogió el cable del teléfono, tiró del mismo y casi logró arrancárselo a Jane de las manos. Jane se envolvió inmediata y repetidamente el cable alrededor del cuerpo, como una gigantesca madeja, con la manos libres para obligar a la crecientemente frenética Paula a guardar las distancias.

—Atrás —ordenó Jane.

—Oiga, oiga. ¿Eres tú, Jane?

—Hola —respondió Jane, por teléfono.

—Jane, ¿eres tú?

—Sí, soy yo.

—¡Fantástico! No estaba segura de lo que ocurría. Susan llamó el otro día y tu nueva ama de llaves, o quienquiera que fuera, le dijo que estabas todavía en San Diego y no estaba segura de cuándo volverías a la ciudad.

—Regresé anoche —dijo Jane, casi riéndose.

—Si te he cogido en un mal momento, puedes llamarme más tarde.

—¡No! Es el momento ideal. Te he echado de menos.

¿Con quién diablos estaría hablando?

—Yo también te he echado de menos. No puedo creer que hayas pasado casi un mes con Gargamela.

—¿Quién?

—Tu cuñada.

—¿Gargamela?

¿No se llamaba Eleanor?

—¿No es así como solías llamarla? Decías que te recordaba a Gargamel, ese malvado que siempre anda persiguiendo a los pobres pitufos. Pero ¿por qué te lo cuento? Fuiste tú quien me lo contó.

—¿Es malvada?

—No, pero nunca ha sido santo de tu devoción. Dime, Jane: ¿algo va mal? No sé si te habrás dado cuenta, pero esta conversación es muy extraña.

—No pasa nada. ¿Cómo estás? —preguntó, mientras Paula se le acercaba lentamente, en pequeños círculos—. ¡No te acerques!

—¿Cómo?

—No te lo decía a ti.

—¿Qué quieres decir con eso de «no te acerques»?

—Hay una enorme araña aquí en la cocina —respondió Jane, a quien le pareció que era una buena forma de describir a Paula—. Ya sabes cómo me repugnan las arañas.

—A decir verdad, no lo sabía.

Paula empezó a moverse hacia delante y hacia atrás, obligando a Jane a que la siguiera con la mirada, para intentar marearla.

—¡No te muevas, maldita sea!

—Jane, no le hagas caso. Tiene más miedo de ti que tú de ella.

—Entrégume el teléfono, Jane —ordenó Paula en un tono grave, tranquilizador, casi hipnótico.

—¡No te acerques!

—Jane, ¿por qué no me llamas más tarde?

—¡No!

Paula dio un salto e intentó agarrar el teléfono, pero Jane retrocedió y se lo impidió. A continuación envolvió todavía más cable alrededor de su cuerpo, mientras aguantaba el teléfono junto a la oreja con el hombro y agitaba el brazo libre, hasta golpear a Paula y hacerle perder el equilibrio. Aprovechó la ocasión para coger el cuchillo situado sobre la superficie de la cocina, junto a las rodajas de manzana, lo esgrimió ante Paula y ésta,

evidentemente paralizada de terror, reconoció su derrota y se dejó caer en una silla de la cocina.

—¡Santo cielo, Jane! Debe de tratarse de una araña enorme. ¿Qué ocurre?

Jane vio cómo Paula la observaba. Agitó el cuchillo y comprobó cómo parpadeaba, con furor en la mirada y la respiración alterada. ¿Qué se proponía?, se preguntó Jane, mientras reflexionaba en silencio sobre sí contarle a su interlocutora exactamente lo que ocurría.

«¿Cómo se lo diría? ¡Socorro! ¿La mujer que hace escasos momentos me preparaba una tarta de manzana me mantiene prisionera en mi propia cocina? Mi marido y esa mujer me mantienen drogada y alejada de mis amigos, a los que en todo caso no puedo reconocer porque he perdido la memoria. Lo que creerá es que me he vuelto loca, que seguramente está más cerca de la verdad.

»A no ser que pudiera reunirme con ella, que pudiera verlo con sus propios ojos, que tuviera tiempo de hablar a fondo y explicarle personalmente todo lo ocurrido».

—Me encantaría verte —aventuró Jane, mientras Paula apretaba los dientes, pero permanecía inmóvil—. ¿Cuándo nos reuniremos?

—Ésta es la razón principal de mi llamada. Para comprobar si todo sigue en pie para esta noche.

—¿Esta noche?

—Lo has olvidado. Lo sabía. Le dije a Peter que lo habrías olvidado. Hace mucho tiempo que lo organizamos.

—Claro que no lo he olvidado.

—¿La cena sigue en pie?

—Por supuesto.

—¿Estás segura? Después de todo, acabas de regresar a California. Debes de tener un montón de cosas que hacer...

—¿Por qué crees que he regresado?

—¿En serio? Me siento muy halagada. Pero ¿seguro que estás dispuesta a preparar la cena? Podríamos ir a algún restaurante.

—Ni soñarlo.

¿Qué ocurría? ¿Qué se celebraba? Tenía que pensar con rapidez, lo cual no es fácil cuando a una le da vueltas la cabeza, tiene palpitaciones y mantiene a alguien a raya con un cuchillo en la mano. Necesitaba un momento para que todo encajara. ¿Con quién hablaba? ¿Y quién era ese tal Peter al que había mencionado? Probablemente su marido. Y vendrían a cenar. Esta noche.

Peter, pensó, mientras repetía el nombre en su mente y esgrimía el cuchillo, al comprobar que Paula se movía. Pero Paula se limitó a cruzarse de piernas, al parecer resignada a su suerte. Esperaba, pensó Jane, como un felino que observa a su presa. «En el momento en que le brinde una oportunidad saltará sobre mí. Entretanto debo averiguar a quién pertenece esa voz del teléfono».

«Podría preguntárselo —pensó Jane, y casi soltó una carcajada—. Claro, os espero a las siete. Y, a propósito, ¿cómo te llamas? No seas estúpida. Piensa —se ordenó a sí misma—. No te dejes vencer por el mareo. Debes resolver este asunto. Se trata evidentemente de una amiga, con toda probabilidad una buena amiga. Y te ha dado una pista. El nombre de su marido: Peter».

«¿Peter qué? Peter cola de algodón. El conejo Peter. Peter Finch. Peter, Paul y Mary. Peter de las calabazas. El principio de Peter. El Peter del salitre. San Peter. Peter pianista picó un puñado de pimientos preservados. Peter. Peter, si eres uno de mis amigos, tu nombre debe figurar en mi pequeña agenda a cuadros».

Intentó recordar las páginas de su agenda y empezó a pasarlas mentalmente: Lorraine Appleby, Diane Brewster, David y Susan Carney, Janet e Ian Hart, Eve y Ross McDermott, Howard y Peggy Rose, Sarah y Peter Tanenbaum.

Sarah y Peter Tanenbaum ¡Claro! ¿Quién si no? ¿Cuántas amigas íntimas podía tener cuyo marido se llamara Peter? La mujer con la que hablaba tenía que ser Sarah Tanenbaum. Jane se mordió el labio para no pronunciar el nombre en voz alta.

—¿A qué hora te parece que vengamos?

—A la hora que queráis. Cuanto antes.

—Supongo que querrás acostarte temprano.

—En absoluto. Tengo muchas ganas de hablar contigo.

—¡Maravilloso! Yo también. He tenido otra confrontación con la Gestapo.

—¿Cómo?

—Ya sabes, mi vecino. Te lo contaré personalmente. Te habrías sentido orgullosa de mí. Bien, ¿a qué hora? ¿Las siete?

—Magnífico.

—¿Puedo traer algo? ¿Un postre?

—No es necesario —respondió inmediatamente Jane, al tiempo que se le dibujaba una sonrisa en los labios—. Ahora mismo estaba preparando una

tarta de manzana.

Paula levantó los ojos al cielo. «Si las miradas mataran...», pensó Jane.

—Maravilloso. Me muero de impaciencia.

—Yo también. A propósito, si alguien te llamara para decir que se ha anulado la cena —agregó Jane—, no hagas caso. Venid de todos modos, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

—¿Quién podría hacer tal cosa?

—No lo sé. Alguien. Para bromear. Tal vez incluso Michael.

—¿Michael?

—Para gastar una broma.

—Jane, ¿ocurre algo de lo que no estoy al corriente?

—Te espera una buena sorpresa.

—Ya nada de lo que hagas puede sorprenderme.

—Prométeme que vendrás pase lo que pase.

—Jane, me estás asustando...

—Promételo.

—De acuerdo. Te lo prometo. ¿Y ahora vas a decirme lo que ocurre?

—Esta noche. No llegues tarde.

Jane oyó que colgaba el teléfono. Bajó el auricular hasta el pecho, sonrió y dejó el cuchillo sobre la superficie de la cocina. Paula se puso inmediatamente en pie, alejó el cuchillo del alcance de Jane y lo guardó junto a ella.

—¡Sabe que está loca! Podía haberse lastimado.

Jane se separó lenta y cuidadosamente del cable del teléfono, cuando lo menos que se sentía era tranquila. Estaba excitada. Se sentía viva. Todos los medicamentos que circulaban por sus venas, no lograban disminuir su exaltación. Acabó de separarse del cable del teléfono, sin dejar de sonreír, colgó el auricular y se sentó en una silla.

—¿A que no adivina quién viene a cenar? —preguntó.

Dieciocho

—¿Te apetece algo de beber?

—¿Crees que es una buena idea?

—No me refería a nada alcohólico, sino más bien Coca-cola o cerveza de jengibre.

—Cerveza de jengibre —respondió Jane, mientras observaba a Michael que se levantaba para servirle la bebida y se preguntaba por qué sería tan amable con ella—. Me serviré yo misma —agregó, después de acercarse apresuradamente a la mesita donde Paula había preparado cuidadosamente una serie de bebidas y numerosos vasos.

—¿Crees que voy a poner algo en tu bebida? —preguntó ligeramente ofendido.

—Claro que no —negó Jane, que era exactamente lo que sospechaba, procurando no excederse.

Michael se había preocupado, incluso alarmado, después de que Paula le llamara para contarle los sucesos de la tarde, pero, cuando ayudaba a Jane a vestirse para la cena, le había confesado que comprendía su frustración y que no se había dado cuenta de lo ansiosa que estaba por hablar con sus amigos. Paula no debía haber intentado arrebatarse el teléfono. Si Jane se creía realmente en condiciones de invitar a unos amigos, él estaba encantado de cooperar. ¿Podía por lo menos decirle a quién esperaban?

—No —le había contestado—. No podía, no estaba dispuesta a hacerlo.

—De acuerdo —había dicho él. Incluso eso podía comprenderlo.

Se negó a tomar su medicina y Michael no insistió.

—De ahora en adelante depende de ti —declaró, con la única condición de que Paula preparara y sirviera la cena.

Jane aceptó encantada, resuelta a comer sólo lo que comieran los demás, para asegurarse de que no agregaran ningún medicamento a su comida. Tenía que mantenerse despierta; era fundamental que estuviera alerta, aunque no estaba exactamente segura de lo que se proponía contarle a Sarah, en el supuesto de que fuera Sarah quien venía a cenar. Jane descorchó la botella, después de romper el precinto y se sirvió un buen vaso de cerveza de jengibre,

mientras observaba las burbujas que danzaban en el vaso. Tomó un pequeño sorbo, se sentó junto a la chimenea y observó a Michael, que se servía una ginebra con tónica. Él la miró, sonrió y ella le devolvió la sonrisa, aunque con cierto esfuerzo. A decir verdad, no se sentía muy bien, ni particularmente fuerte. Pero sí muy resuelta, pensó, al tiempo que le rechinaban los dientes tras unos labios temblorosos.

—¿Estás bien, cariño?

—Perfectamente.

—Tardarán todavía unos diez minutos en llegar. Podrías acostarte un poco...

—Estoy bien.

—Estás encantadora —dijo con aparente sinceridad.

¿Estaba encantadora? Lo dudaba. Presentable era lo sumo a lo que podía aspirar en la actualidad. No obstante lo había intentado con la aplicación de maquillaje, por primera vez desde su regreso, permitiendo que Michael le aguantara la mano cuando le temblaba, y tal vez abusando un poco del arrebol, para darle el color necesario a su cara. Michael le había peinado incluso el cabello, formando una juvenil cola de caballo, sujeta con un lazo rosado de Emily, que hacía juego con el jersey rosa pálido, que se había puesto a instancias de su marido. ¿Por qué era tan atento? ¿A qué venía tanta amabilidad cuando ella no hacía más que crear dificultades?

«¿Por qué mentiste a los médicos y a la policía? —quería preguntarle, consciente de que todavía deseaba creer desesperadamente que no había mentido, que de algún modo podría facilitarle una buena respuesta que permitiera atar los cabos sueltos y ponerlo todo de nuevo en su lugar. ¿Era posible?—. Por favor, Michael, justifica esas mentiras. Dime que existe una explicación lógica para todas mis sospechas. Haz que las mentiras desaparezcan».

No podía preguntárselo. No podía arriesgarse a despertar su ira. No ahora, cuando sus amigos estaban por llegar. No cuando con una simple inyección la podía dejar tan indefensa como un bebé.

—¿Estás segura de estar en condiciones? —preguntó. Jane asintió en silencio, de pronto consciente de que su decisión de no interrogarle sobre aquellos temas tenía menos que ver con el miedo de que no pudiera facilitarle respuestas satisfactorias, que con el miedo de que lo hiciera.

Porque si le facilitaba explicaciones satisfactorias, eso significaría que padecía realmente algún tipo de crisis nerviosa, que su obstinación por no tomar los medicamentos sólo contribuía a su deterioro, que sólo ella era

responsable de su condición, que podía durar indefinidamente, que podría sentirse así el resto de su vida, que en algún lugar había perdido su verdadero yo y que aquello eran los restos que habían regresado, sin recuperación posible.

Tomó un buen trago de su vaso, mientras intentaba decidir cuál de dichas alternativas prefería: o bien estaba muy enferma y su marido sólo pretendía ayudarla, o su marido tenía sus propias razones siniestras para intentar convertirla en una enferma grave.

¿Qué elige el concursante: la alternativa número uno o la alternativa número dos? No se pierda el próximo episodio de «Los jóvenes y los psicóticos».

Sonó el timbre de la puerta.

—Yo abriré —declaró Jane en voz alta, cuando Paula ya se había levantado para dirigirse a la puerta.

—Déjela —le ordenó Michael a la arisca muchacha, que se retiró inmediatamente a la cocina.

A Jane le temblaban visiblemente las manos y derramó cerveza de jengibre en el suelo. Dejó cuidadosamente el vaso sobre la mesita y respiró hondo varias veces, con la esperanza de que sus piernas aguantaran mejor que sus manos.

—Puedes hacerlo —aseguró Michael, al tiempo que se levantaba del sofá.

Jane hizo un esfuerzo para mover los pies, mientras oía que el timbre de la puerta sonaba por segunda vez, antes de lograr realmente moverse.

—Tranquila —oyó que Michael decía, cuando llegó a la puerta y la abrió.

Tenía delante a dos atractivos desconocidos, la mujer con un ramo de flores estivales en la mano y el hombre con una botella verde de vino, en forma de pescado.

—¡Bienvenida a casa! —exclamó la mujer, a la vez que le daba a Jane un fuerte abrazo—. ¿Cómo te atreves a ausentarte tanto tiempo sin decírselo a nadie? —agregó, separándose un poco de Jane para observarla y brindarle la oportunidad de que hiciera lo mismo.

La mujer era alta y delgada, con mechones rubios en su cabellera morena, que le llegaba hasta la mandíbula. Vestía pantalón azul marino y una blusa de seda azul celeste, con un broche de diamante sintético que trazaba la palabra «SMACK», sobre unos labios plateados. Sus pendientes eran una serie de pintorescas estrellas que le llegaban casi a los hombros y llevaba los labios intensamente rojos. La primera impresión que Sarah Tanenbaum le produjo a

Jane era la de ser una mujer muy sofisticada y vivaz. Se preguntó qué diablos tenían en común.

La mujer la miraba como si se hiciera la misma pregunta.

—¿Qué has hecho? —preguntó después de soltarla.

—¿A qué te refieres? —dijo Jane, al tiempo que se llevaba las manos a la cara, como si pretendiera ocultarla tras sus temblorosos dedos.

—¿Qué te has hecho en la cara? —insistió la mujer, mientras le volvía el rostro con la mano, para examinar con atención la línea de su cuero cabelludo—. ¿No te habrás hecho tensar el cutis cuando estabas en California?

—¿Qué clase de pregunta es ésta? —exclamó el hombre que estaba junto a ella, después de cerrar la puerta y entregarle la botella de vino a Michael, que se había acercado para saludarlos—. Encantado de verte, Michael. ¿Cómo te va?

—No puedo quejarme. ¿Y a ti?

—¡Fantástico! Siempre es maravilloso cuando el año fiscal ha terminado.

—Sarah —exclamó calurosamente Michael, al tiempo que la besaba en ambas mejillas y los invitaba a pasar a la sala de estar.

—¿Qué le ocurre a Jane? —Jane oyó que Sarah susurraba y vio que Michael movía la cabeza—. ¿Qué te has hecho? —insistió Sarah, mientras entregaba distraídamente las flores a Paula, que había aparecido con una fuente de paté y galletas—. ¿Quién era ésta? —preguntó, totalmente confundida, después de que Paula dejara la fuente sobre la mesa y se retirara con las flores—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—¡Sarah, por Dios, que acabamos de llegar! —advirtió Peter.

—Era Paula —aclaró Michael, mientras Jane percibía que Sarah le perforaba el rostro con la mirada—. Solía venir a hacer la limpieza dos veces por semana, pero, cuando Jane se tomó sus prolongadas vacaciones, le pedí que viniera todos los días y aceptó. Por lo menos durante el verano.

—¡Vaya suerte la vuestra! —exclamó Sarah, sin dejar de mirar fijamente a Jane.

—No me he hecho tensar el cutis —se creyó obligada a responder Jane—. En serio. Puede que sea mi maquillaje. O el peinado.

—No, no es nada tan superficial.

—Y mi esposa es una experta en superficialidades, ¿no es cierto, cariño? Probad el paté, muchachas, está delicioso.

Peter se llevó una galleta a la boca y empezó a preparar otra.

—Creo que tiene un aspecto maravilloso —dijo Michael, en defensa de su esposa, al tiempo que la besaba en una mejilla excesivamente coloreada—.

¿Qué os apetece tomar? —preguntó.

—Un Bloody Mary —respondió inmediatamente Peter.

—¿Es ginebra con tónica? —preguntó Sarah, refiriéndose a la copa que Michael tenía en la mano.

—Efectivamente.

—Tiene buen aspecto. ¿Tú qué tomas, Jane?

Jane levantó el vaso en un simulacro de brindis.

—Creo que seguiré con mi cerveza de jengibre.

—Ahora estoy segura de que algo no funciona —dijo Sarah—. ¿Desde cuándo tomas cerveza de jengibre?

—He tenido el estómago un poco revuelto —mintió Jane, convencida de que no era el momento de entrar en temas profundos—. Probablemente a causa del vuelo.

—¿Por qué no anulaste la cena? Podíamos haberlo dejado para otro día.

—No, estoy bien. En serio.

—No lo parece.

—¡Sarah!

—No te metas conmigo, Peter. Tengo derecho a preocuparme.

—A preocuparte sí, pero no a ser mal educada.

—A propósito de mala educación —intervino Michael—, me parece que no os hemos dado las gracias por el vino y las encantadoras flores.

—Es un placer.

—¿Qué tiene exactamente de malo mi aspecto? —le susurró Jane a Sarah.

—¿Cómo decírtelo sin ofenderte? —declaró Sarah, después de titubear—. No puedo —agregó, con un profundo suspiro—. No lo sé. Es como si estuvieras embalsamada, como si no fueras real. No puedo señalarlo con exactitud. Tal vez es tu maquillaje. Quizá tu jersey. Estás tan... rosa.

—Siempre he creído que a Jane le sentaba muy bien el rosa —afirmó Michael, mientras rodeaba a su esposa con el brazo y le entregaba la ginebra con tónica a Sarah.

—No, su color es el azul —declaró Sarah, al tiempo que levantaba el vaso para brindar—. ¡Alegría para todos! ¡Salud y prosperidad!

Todos bebieron y Jane vació el vaso.

—¿Te apetece otra? —se apresuró a decir Michael.

—Yo me la serviré —respondió Jane.

—Permíteme —ofreció Paula, mientras le llenaba el vaso.

—¿Por qué no nos sentamos?

—Buena idea. ¿Qué os parece si probamos un poco del paté, que Peter ha estado devorando?

—¡Dios mío, mujeres! —exclamó Peter, al tiempo que preparaba una galleta para su esposa—. Supongo que tú querrás otra —le preguntó a Jane, cuando ella intentaba discernir si hablaba en serio.

Peter Tanenbaum le dio la impresión de un joven robusto y apuesto. Al igual que su esposa, era alto y delgado, con toques grises en su cabellera castaña. Pero había algo de travieso, definitivamente juvenil, en sus ojos castaños con reflejos dorados. Una no podía estar segura de si pensaba lo que decía, o realmente decía lo que pensaba. ¿Se podía llegar a estar seguro de alguien?

—No te pongas tan seria —decía Peter—. No tienes por qué comerla si no te apetece.

Jane le quitó la galleta de la mano y se la comió de un bocado.

—Lo que faltaba. Y ahora querrás otra.

—Bueno: háganos de San Diego —solicitó Sarah—. ¿Qué hiciste allí durante tanto tiempo?

—¿Qué dices? —exclamó Peter—. San Diego es un lugar maravilloso.

—Para una semana, es un lugar encantador —respondió su esposa—. Para casi un mes... ¿Cuántas veces se puede visitar el zoológico?

—A Jane siempre le ha encantado el zoológico de San Diego —repuso Michael.

—Y su cuñada le resulta insoportable. Siempre has dicho que tenía mierda por cerebro —le recordó Sarah.

—Evidentemente ha cambiado de opinión —agregó Michael.

—Debe de haber cambiado mucho.

—La gente cambia.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Mi mujer es una cínica.

—Y mi marido un sabihondo.

—¡Ah, jóvenes enamorados, qué maravilla!

—Y después de ir al zoológico, al museo marítimo y dar unos cuantos paseos en barco —insistió Sarah, que no se desalentaba con tanta facilidad—, ¿a qué te dedicaste?

—¿Qué es esto? —exclamó Peter—. ¿La inquisición? ¿Qué hace todo el mundo cuando va de vacaciones? Visita a los amigos y parientes, contempla el paisaje y procura relajarse.

—¿Fuiste a Los Ángeles?

—Unos días —mintió Jane, que empezaba a sentirse mareada y se preguntaba si tanta confabulación tenía razón de ser—. Fue maravilloso.

—Ahora estoy verdaderamente confundida. Creí que odiabas Los Ángeles.

—Bueno, a veces.

—Pero ¿no en esta ocasión?

—En esta ocasión estuvo muy bien —respondió Peter en nombre de Jane, mientras vaciaba su copa de Bloody Mary—. A propósito, Michael: ¿cómo va el mundo de la medicina?

—Ajetreado.

—¿Demasiado ocupado para acompañar a tu esposa? —preguntó Sarah.

—Fui a verla algunos fines de semana.

—Eso está bien.

—¿Y el mundo de la contabilidad? —preguntó Michael mientras Jane veía que su rostro se dividía en dos mitades, antes de volver a juntarse.

¿Qué le ocurría?

—El verano siempre es bueno. Es una temporada tranquila. Uno puede relajarse un poco y buscar nuevos clientes. Por cierto, ¿te he contado a quién he traído a la empresa?

—Jane, ¿estás bien? —decía Sarah, incorporada en su sillón.

—He tenido un pequeño mareo.

—Jane, ¿qué te ocurre? ¿Seguro que estás bien?

—Lo estaré en un momento —respondió, consciente de que Michael la miraba preocupado.

¿Podía Paula haber puesto algo en el paté? Como para responder a su acusación silenciosa, Michael cogió una galleta cubierta de paté y se la metió en la boca, mientras Peter se preparaba otra. Por consiguiente, ésta no era la causa de su mareo. Entonces ¿qué? ¿La cerveza de jengibre? ¿Era posible que Michael le hubiera puesto algo en la bebida, después de todo?

«¡Por favor, no te desmorones ahora! —suplicó para sus adentros—. Te sentías bien esta tarde. Bueno: tal vez no bien del todo, pero no esta horrible sensación ajena a tu control de que la habitación da vueltas a tu alrededor, y las voces de la gente se acercan y se alejan. ¡Por favor: aguanta por lo menos hasta después de la cena, hasta que hayas tenido oportunidad de contárselo todo a Sarah!

»¿Cómo reaccionaría Sarah? Ya estaba bastante alarmada por el aspecto de Jane y por su prolongada estancia en San Diego, con una mujer a la que evidentemente despreciaba. Sabía que no me gustaba esa mujer —pensó Jane,

al recordar la voz de su cuñada por teléfono, cuando intentaba convencerla para que la ayudara—. Es agradable descubrir que algunos de mis instintos siguen intactos.

»¿Y qué te dicen tus instintos respecto a Sarah Tanenbaum? ¿Cómo asimilará la historia de tu amnesia? ¿Tu versión del encarcelamiento? ¿Le resultará tan difícil de digerir como a tu cuñada? ¿Reaccionará del mismo modo y optará por creer a Michael? ¿Y cómo puedes esperar que crea que Michael miente, cuando ni siquiera tú estás convencida de ello? Aunque había comprobado que mentía con mucha facilidad. “Fui a verla algunos fines de semana”, le había dicho a Sarah. ¿Por qué? ¿Creerá que te has vuelto loca y reaccionará como Eleanor, convencida de que padeces una profunda crisis nerviosa?

»¿Cuánto piensas revelar? ¿Le contarás a Sarah lo de los diez mil dólares? ¿Y lo de la sangre en tu vestido azul? El azul es definitivamente tu color, había dicho Sarah».

—Yo le dije, Frank, hazte un favor a ti mismo y deshazte de ese imbécil. Ya sé que es una celebridad local y que siempre queda bien decir que uno se ocupa de los impuestos de «fulano de tal», pero ese individuo provoca úlceras y no vale la pena. Un día llamó a Frank en plena noche para contarle un sueño que había tenido sobre cómo ahorrarse impuestos. ¡Un sueño! Te lo puedes creer. Y Frank le escucha. De modo que, evidentemente, seguirá llamando. Es más barato que acudir al psiquiatra que, dicho sea de paso, no le vendría mal a Frank.

—¿Y quién es esa celebridad?

—No digas ni una palabra de lo que te he contado...

—Ya se lo ha contado a media ciudad —comentó Sarah, con el rostro imperturbable.

—Es Charlie McMillan.

—¿Quién es Charlie McMillan?

—El meteorólogo del canal seis. ¡Dios mío, Michael! Eres un plomo. Nunca conoces a nadie. ¿Sabes a quién me refiero, no es cierto, Jane? ¿Jane?

Jane hizo un esfuerzo para enfocar el rostro de Peter. «¿Por qué no deja de moverse? —pensó, mientras intentaba recordar su pregunta—. Además, ¿cómo podía esperar que le oyera, cuando hablaba cada vez más bajo, como una mala conexión telefónica?».

—Lo siento, no he oído tu pregunta.

—Jane, ¿qué te ocurre?

—Tal vez quieras subir y acostarte unos minutos.

—Podríamos dejarlo para otro día.

—¡No! Estoy bien. En serio, estoy bien. ¿Qué os ocurre? ¿Por qué os metéis todos conmigo, sólo porque no he oído algo?

—Parecía que estabas a punto de caerte —observó Sarah, después de acercarse a ella.

—Estoy bien. Probablemente es el hambre —respondió Jane, al tiempo que movía la cabeza.

Entonces miró a Michael y éste se señaló el lado de la boca con un dedo para indicar que ella tenía algo junto a la suya. Jane levantó la mano y se secó un reguero de saliva. Pensó en tomar otro trago de cerveza de jengibre, pero optó por no hacerlo. ¿Dónde estaba Paula con la cena? No había comido nada desde el almuerzo. Probablemente lo único que tenía era debilidad por falta de comida. Estaría bien cuando comiera un poco.

—¿Cuánto peso has perdido? —preguntó Sarah, como si le leyera el pensamiento.

—¿He perdido peso? —preguntó a su vez Jane, curiosamente agradecida de ver a Paula, que entraba de puntillas en la sala.

—La cena está servida —anunció Paula.

Jane se puso en pie y tuvo que apoyarse al brazo de Sarah para no caerse.

—Esto es absurdo, Jane. Deberíamos marcharnos. Tendrías que estar en cama.

—Estoy bien —insistió Jane, al tiempo que permitía a Peter que la escoltara al comedor—. Probablemente son los efectos del vuelo.

—Michael, ¿qué es de veras lo que ocurre? —oyó que Sarah preguntaba en voz baja, procurando retener a su marido.

—Venid todos a la mesa —indicó Jane a la vez que se sentaba en la silla preferente, sin darle oportunidad a responder.

Michael y Sarah obedecieron.

—Esto es maravilloso —exclamó Sarah, mientras contemplaba la comida que Paula colocaba sobre la mesa, con cierta forzada alegría.

—Cada uno que se sirva —declaró Jane, cuando observaba atentamente cómo su marido y los invitados se llenaban el plato, antes de servirse.

A continuación esperó a que todo el mundo hubiera probado la comida preparada por Paula, antes de llevarse el primer bocado de pollo a la boca.

—Está delicioso —dijo Sarah—. Esa mujer es una joya. No os desprendáis nunca de ella.

Jane se llevó la comida a la boca, consciente de que todo el mundo la miraba. Masticó con premeditada lentitud, concentrándose en cada

movimiento, bocado tras bocado. Si el sabor del pollo era distinto del de las judías o del arroz, Jane no lo percibía. Todos los gustos se combinaban en su lengua. Sólo se encomendaba al cielo para que la comida permaneciera en su estómago hasta que hubieran abandonado la mesa.

—¿Qué ha ocurrido con tu anillo de matrimonio? —preguntó Sarah, por decir algo.

Jane se contempló el anular desprovisto de alianza, incapaz de recordar la explicación de Michael.

—Voy a comprarle a Jane uno nuevo. Creo que le sentarán bien los diamantes. ¿Tú qué opinas?

—Que eres un hombre encantador —dijo Sarah, al tiempo que le daba unos golpecitos en la mano.

—No le has preguntado a mi mujer sobre Hitler —declaró inesperadamente Peter, sin duda incómodo con el tema de los diamantes.

—¿Cómo?

Jane intentó dejar el tenedor sobre el plato, pero no acertó y se le cayó al suelo. Hizo caso omiso del incidente, para concentrarse en Peter. ¿Había mencionado realmente a Hitler?

—Nuestro vecino, don «intimidación» —agregó con impaciencia Sarah—. El que empieza a hacer el paso de la oca cuando se cruza conmigo. La Gestapo. Te lo comenté por teléfono. Habrías estado orgullosa de mí. Le di una buena lección.

—Le suplicó que no volviera a dejar su cubo de basura delante de nuestra casa.

—¡No es cierto! ¡Le dije que si volvía a dejar el cubo de basura delante de nuestra casa, al día siguiente lo encontraría desparramado por su jardín!

—Te felicito —dijo Michael.

—Claro que no está todavía en la división de Jane...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jane, apoyada a los bordes de la mesa, al tiempo que veía dos Sarahs en lugar de una.

—Tú le habrías llamado nazi cretino y le habrías vaciado el cubo en la cabeza —declaró Peter, mientras Sarah y Michael se reían.

Jane oyó su risa como si estuviera bajo el agua y ellos en una playa lejana. Intentó nadar hacia ellos, llegar a la superficie del agua, llenarse los pulmones de aire. Pero sus esfuerzos sólo servían para hundirse aún más en el abismo. Se ahogaba y nadie lo sabía. Nadie podía salvarla.

¿Qué podía hacer que se sintiera de aquel modo? Había comido lo mismo que los demás. Había abierto ella misma la botella de cerveza de jengibre y se

la había servido. No había soltado el vaso en ningún momento, excepto cuando Peter se lo había llenado, e incluso entonces sin dejar de vigilarlo atentamente.

No, de pronto se sobresaltó al darse cuenta de que aquello no era cierto. ¡Había dejado el vaso en la mesa para acudir a la puerta! Michael habría tenido bastante tiempo para agregar algo a su bebida, cuando recibía a Sarah y Peter. ¿Lo habría hecho? ¡Dios mío, ¿lo habría hecho?!

—Sarah, tienes que ayudarme... —Jane oyó las palabras como si procedieran de otra persona y vio cómo se desplomaba al suelo.

Michael, Paula, Sarah y Peter acudieron inmediatamente junto a Jane. Michael la cogió en brazos y la subió a su habitación, seguido de Sarah y Peter.

—¡Maldita sea, Michael! ¿Vas a contarme lo que ocurre? —le apremió Sarah.

Jane intentó abrir los ojos, pero parecían pegados con cola. Luchó para no perder el conocimiento, oyó el sonido del llanto y reconoció el sufrimiento de Michael.

—¡Ojalá lo supiera! —decía entre sollozos—. No podéis imaginaros lo duro que ha sido...

—Cuéntanoslo.

—Jane padece algún tipo de crisis nerviosa —respondió con la voz ronca, escéptica.

—No es posible.

Incluso con los ojos cerrados, Jane sabía que todos la miraban.

—No recuerda quién es; dice que no recuerda nada de nuestra vida juntos...

—Eso es absurdo. ¡Se acordaba de nosotros! —declaró Peter.

—Eso no es del todo cierto —agregó Sarah—. Por ejemplo, no recordaba nada respecto a Hitler. Era evidente, por lo menos para mí.

«¿Qué más has visto?», preguntaba silenciosamente Jane, para suplicarle a Sarah con los ojos cerrados que acudiera a rescatarla.

—Ha estado muy extraña por teléfono esta tarde —prosiguió Sarah—. Y no me ha parecido normal desde el momento en que hemos llegado. ¿Toma algún medicamento?

—Su médico le ha recetado un tranquilizante suave, pero se niega a tomarlo. Dice que no le gusta la sensación que le produce. Ya no sé qué hacer —prosiguió Michael—. No podéis imaginaros lo difícil que ha sido. Su conducta es tan voluble... Un momento está eufórica y al próximo deprimida.

Dócil como una gatita por la mañana y turbulenta como un huracán por la tarde, desparramando el contenido de su armario por los suelos y pisoteándolo. Nunca sé lo que hará o dirá de un momento a otro.

—¿Desde cuándo está así?

—Hace por lo menos un mes.

—¿Ha estado así en California?

—No ha ido a California. Jane oyó que Sarah suspiraba.

—A decir verdad, hace mucho más de un mes que dura esta situación. No ha vuelto a ser la misma desde el accidente. Supongo que era esperar demasiado...

—Pero parecía que se recuperaba. No había ningún indicio de...

—No en público. Cuando salíamos hacía un esfuerzo. No lo sé. Tal vez el esfuerzo fue excesivo. De pronto se desvinculó de todos. Los médicos lo denominan fuga histérica.

—No puedo creerlo.

—Mejorará, ¿no es cierto?

—Creían que ahora estaría mejor, pero sólo ha empeorado. Esta tarde ha amenazado a Paula con un cuchillo.

—¡Un cuchillo!

—¡Dios mío!

—No sé qué hacer. ¿Qué ocurrirá si la próxima vez que haga algo parecido lastima realmente a alguien? ¿O si se lastima a sí misma?

—No lo haría.

—¿Puedo arriesgarme?

—¿Qué estás diciendo?

—No lo sé. Ya no sé lo que me digo. Voy completamente a la deriva. Se deprime muchísimo y no deja que la ayude. Y estoy asustado porque, cada vez que salgo de la casa, temo que no esté aquí cuando regrese, que haya intentado... No quiero ni pensarlo.

—Jane no es el tipo de persona que se suicida —afirmó categóricamente Sarah, al tiempo que enunciaba la preocupación de Michael.

—¿Era Jane la que ha cenado con nosotros? —se limitó a preguntar.

La pregunta provocó un profundo silencio en la sala.

—Si no mejora pronto —dijo Michael, con la voz grave y la respiración alterada—, tendré que pensar en ingresarla en un centro psiquiátrico.

—¡No, Michael!

—¿Qué alternativa tengo? Dímelo, Sarah. Dime lo que puedo hacer y lo haré. He agotado todos mis recursos. He hecho todo lo que he sabido. Ya no

sé qué hacer. No conozco otra alternativa.

«¡Dios mío! —pensó Jane cuando se sumergía en las tinieblas—. ¡Que alguien me ayude!».

Diecinueve

Soñó que Emily había llamado por teléfono para pedirle que se reuniera con ella en el puerto de Boston. Pero cuando llegó Emily ya se había marchado y Jane echó a correr enloquecida a lo largo del río Charles, por delante de los barcos de turistas y el acuario de Nueva Inglaterra, junto a los muelles y desembarcaderos de los guardacostas, por el puente de Charlestown, entre grupos de gente que admiraban el buque Constitution, en dirección a los astilleros de la Armada. Llegó al muelle, cuando el buque de Emily zarpaba.

—¡Emily! ¡Emily!

—Lo siento, pero usted no forma parte de este grupo —dijo una joven en un tono cargado de reproche—. Tendrá que incorporarse a otro grupo en el Boston Common. Emily se reunirá allí con usted.

—¡Emily! —chilló Jane, al tiempo que tropezaba con la fosa de Mother Goose, en el antiguo cementerio de Granary—. Emily, ¿dónde estás?

—Estaba aquí hace un momento —respondió alguien—. Acaba de marcharse con Gargamela.

—¡No, Dios mío!

—Ha dicho que esperaría en Faneuil Hall hasta las cuatro.

Jane subió a un coche y salió a toda velocidad, tocando la bocina y haciendo gestos obscenos a todo aquel que se interponía en su camino.

—Ese genio —advirtió Michael desde el asiento trasero—. ¿No querrás tener un accidente?

De pronto vio un Volvo verde oscuro que avanzaba sin control hacia ella. Intentó girar el volante, pero se negó obstinadamente a obedecer, mientras con el pie empujaba el freno en un vano esfuerzo por eludir lo inevitable.

—¡No! —exclamó Jane, incorporándose con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse de la cama, a la vez que miraba frenéticamente a su alrededor, para comprobar que estaba en su propia casa y su propia cama.

Miró hacia la mesita de noche, donde estaba el teléfono antes de que Michael lo retirara, y comprendió que Emily no había intentado llamarla. ¿O

lo había hecho? Puede que hubiera recibido la llamada, de una alma asustada a otra.

Oyó lejanos susurros que retumbaban en su cabeza: «Ya no sé qué hacer... No podéis imaginaros lo duro que ha sido... Su conducta es tan volátil...».

¿Michael?

«No ha vuelto a ser la misma desde el accidente».

«¿Por qué dices esas cosas? ¿Hay algo respecto al accidente que no me has contado?».

«Si no mejora pronto, puede que deba recluirla en un centro psiquiátrico».

«¿Un centro psiquiátrico? ¡Dios mío!». Sin duda debía de haberlo soñado.

«¿Tengo otra alternativa?».

Centro psiquiátrico. Michael había dicho que quizá tendría que recluirla realmente en un centro psiquiátrico. La había engañado, drogado y a continuación le había confiado entre sollozos a una de sus mejores amigas, que tal vez no tendría otra alternativa más que recluirla en un centro psiquiátrico. No era un sueño. Esta pesadilla era verdadera.

Tenía que huir.

Jane se libró con un esfuerzo de las mantas y descubrió que todavía llevaba puesta la ropa de la noche anterior, lo cual consideró afortunado, puesto que dudaba tener las fuerzas necesarias para cambiarse. Sólo sus pies estaban descalzos, pero la cosa tenía fácil remedio con sólo dar unos pasos hasta el armario.

Cuando sus pies entraron en contacto con la moqueta, sintió que volvía su habitual mareo. «¡Aguanta! —se ordenó a sí misma—. Concéntrate en lo que debes hacer. Concéntrate en salir de aquí, cuando todavía tienes la oportunidad de hacerlo».

«¿Y qué piensas hacer cuando estés en la calle?», preguntó su reflejo, que la miraba estupefacto con su rostro parecido a una máscara.

«Lo pensaré más adelante. Lo primero es lo primero. Y lo primero que debo hacer es salir de esta casa».

Abrió las puertas del armario, se puso los zapatos de charol negro y con los dedos percibió algo parecido a piedrecitas.

—¿Qué está haciendo?

Jane quedó paralizada al oír la voz de Paula.

—Tengo que ir al baño —mintió, con un esfuerzo para conservar la calma y mantenerse derecha.

—Ahí no va a encontrarlo —oyó que Paula le decía, al tiempo que le colocaba las manos en los hombros para empujarla suavemente en la dirección adecuada—. Eso es. Siga recto —agregó, con un último empujoncito, como se haría con un niño que empezara a andar.

—Creo que necesito un poco de ayuda —dijo Jane tambaleándose, y la otra mujer se acercó inmediatamente—. ¡Dios mío! ¿Qué es eso? —exclamó señalando la bañera.

—¿Qué?

Paula se inclinó sobre el *jacuzzi* y Jane la empujó con todas sus fuerzas. Paula perdió el equilibrio, levantó las manos para protegerse de la caída y acabó con medio cuerpo en la bañera, mientras chillaba del susto más que de dolor. Jane salió corriendo, dio un portazo y empujó la mesita de noche, lámpara incluida, contra la puerta, consciente de que Paula superaría el obstáculo con facilidad, pero con la esperanza de que el retraso facilitara su huida.

Bajó casi volando la escalera, perdió el equilibrio y se cayó en los últimos peldaños, cuando oyó que Paula escapaba de su efímero calabozo, y salió corriendo por la puerta principal, en el momento en que el ama de llaves alcanzaba el rellano superior.

—¿Dios, mío, Jane, qué hace? ¿Adónde cree que va?

Jane cerró de un portazo, vio el coche de Carole aparcado al otro lado de la calle y rogó para que no estuviera cerrado con llave. Probó la puerta trasera, casi echó a llorar de agradecimiento cuando ésta se abrió, entró en el vehículo, cerró cuidadosamente la puerta y se acurrucó tras el asiento delantero, con el pulso tremendamente acelerado y unos retortijones de estómago tan fuertes que creyó que tendría que vomitar. Oyó que Paula la llamaba, a la par que la imaginaba buscando por la calle, examinando los alrededores de la casa y por último levantando los brazos en señal de frustración. Y ahora ¿qué? ¿Regresaría Paula a la casa? ¿Llamaría una vez más a Michael? «¿De cuánto tiempo dispongo? —se preguntó Jane—. ¿Y qué voy a hacer?».

Sabía, sin tener que levantar la cabeza, que alguien la miraba por la ventanilla del coche. «Todo ha terminado», pensó, sin querer levantar la cabeza durante unos segundos, para darle a Paula la satisfacción de haberla capturado. «Capturado —pensó mientras imaginaba el crujido de una puerta metálica, como una delincuente. Recordó inmediatamente el vestido manchado de sangre y los casi diez mil dólares que había encontrado en sus bolsillos—. Puede que eso sea exactamente lo que soy. Tal vez recibo lo que

justamente merezco. ¿No ha llegado el momento de dejar de luchar?». Deseaba una parte de ella misma, la parte cansada, que quería regresar a la cama. Después de respirar hondo y apoyarse contra el tapizado rasgado del asiento posterior. Jane se obligó a levantar la cabeza para mirar a la ventana.

El padre de Carole le sonreía, como si contemplara un pájaro exótico en una jaula de cristal. Oyó pasos, seguidos de la voz de Carole a través de la puerta del coche.

—Papá, ¿qué estás haciendo ahí?

Jane se llevó los dedos a la boca, para suplicarle al anciano que guardara silencio. Su respuesta consistió en una enorme sonrisa desdentada.

—Papá, todavía no estoy lista para llevarte a dar una vuelta en coche. Entra en casa. No has terminado de desayunar. Ya sabes cuánto odias las tostadas frías.

El padre de Carole se irguió y adoptó una actitud muy seria, ante la perspectiva de tostadas frías. A continuación dio media vuelta y se dirigió a su casa.

—¡Carole! —Jane oyó que Paula exclamaba, conforme se acercaba—. ¿Ha visto a Jane?

—¿Jane? No. ¿Por qué? ¿Ha vuelto a desaparecer?

—Me ha metido en la bañera de un empujón y ha salido corriendo de la casa. Casi me rompo la muñeca para protegerme de la caída.

—¡Dios mío, parece que ahora se ha vuelto realmente loca!

—Si la ve o llama a su puerta, ¿me avisará inmediatamente?

—No le quepa la menor duda. —Gracias.

—Papá, entra en casa.

Jane oyó que se cerraba la puerta. Al cabo de un momento, a lo lejos, oyó otra puerta que se cerraba. ¿Habían ambas desaparecido? Levantó cautelosamente la cabeza para mirar por la parte inferior de la ventana. No había nadie. El jardín de la casa de Carole estaba vacío y también el de su casa. Claro que alguien podía estar vigilando por la ventana. Tendría que ir con mucho cuidado. Abrió sigilosamente la puerta del coche y salió agachada para asegurarse de que no se le viera la cabeza.

¿Y ahora qué? ¿Adónde pensaba ir? Había olvidado coger el bolso y no tenía dinero. «Como era de suponer —pensó—. Una vez más, voy a deambular por las calles sin bolso ni documentos de identidad. Sólo que en esta ocasión, aunque no lo recuerde, sé quién soy. Soy Jane Whittaker. ¡Huye, Jane, huye!», se dijo mientras corría agachada a lo largo de la calle, más

parecida a un simio que a un ser humano, rasgando el suelo con la punta de los dedos.

Giró hacia el norte por Walnut Street, sin dejar de correr siquiera para respirar. Instintivamente, sabía que si paraba, aunque sólo unos segundos, podría desplomarse, acurrucarse en el primer jardín que encontrara y quedarse dormida. No podía permitirse el lujo de abandonar su inercia. Lo que una mujer puede permitirse perder tiene un límite.

Oyó varios coches que pasaban y pensó en la posibilidad de intentar llamar la atención de alguno. ¿Pararía alguien? Era dudoso, pensó, al tiempo que veía el rostro preocupado de una mujer que pasaba en su coche. «Debo de tener una buena facha, corriendo como un simio con ropa de fiesta rosa, empapada en sudor y teniendo que hacer un esfuerzo enorme para mantener los ojos abiertos. Lo que necesito es un taxi —pensó, con los dedos de los pies doblados alrededor de unas cositas que se movían dentro de su zapato—. Sólo que, al contrario que en mi última gran escapada, no he traído nada de dinero».

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Nada. Ni un solo billete de cien dólares.

De pronto se detuvo. Si tenía que caminar, procuraría hacerlo con comodidad. Relativa, claro está, pensó mientras se quitaba el zapato derecho y veía dos pastillas blancas que caían al suelo. Se percató de que era su medicamento, las pastillas que Michael y Paula le habían estado administrando y que había ocultado en el zapato. Se agachó para recogerlas y descansó en la acera, hasta que se sintió con fuerzas para levantarse de nuevo. Entonces se las guardó en el bolsillo, echó nuevamente a andar y pensó en que tal vez Paula hubiera decidido salir a buscarla en su coche. Se ocultó inmediatamente tras una hilera de árboles.

A pocas manzanas, vio lo que parecía una calle principal. Si lograba llegar... ¿Qué? ¿Qué pensaba hacer? ¿Acudir a la policía? ¿Qué contaría? ¿Que huía porque su marido se proponía recluirla en un centro psiquiátrico?

«¿Su marido? ¿El célebre benefactor san Michael?».

«No es tan santo como parece».

«Si alguien tiene aspecto de santo y actúa como un santo...».

«Pero me ha estado mintiendo a mí y a todo el mundo».

«Los santos no mienten».

«Me administra drogas».

«Los santos no tocan las drogas».

«He intentado no tomarlas...».

«¡Basta con decir no!».

—¡No! —exclamó Jane al llegar a la omnipresente Beacon Street y comprobar que un peatón cruzaba inmediatamente la calle para eludirla.

—No, no puedo acudir a la policía. No hay más que verme, estoy hecha un asco. Nunca me creerían.

No había nada que creer.

¿Qué prueba tenía de que alguien conspirara contra ella? ¡Ni siquiera recordaba quién era! Vaya impresión les causaría a las autoridades. ¿La palabra de una amnésica histérica contra la de un reconocido santo?

«Sé realista. Olvídalo».

«Ya lo he intentado y he fracasado».

Contempló durante unos minutos el letrero, antes de asimilar exactamente lo que significaba: «FARMACIA BEACON», proclamaban las grandes letras azules y doradas. Los pies de Jane se dirigieron a la puerta del establecimiento. Tuvo que echarse a un lado para ceder el paso a un cliente que salía. Una vez dentro, sintió inmediatamente en su piel una ráfaga fría del aire acondicionado, que congelaba las gotas de sudor que le descendían por el cuello y los brazos. Se sintió indispuesta, mareada, y confió en poder llegar al mostrador de las recetas, al fondo de la tienda, sin desmayarse.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el farmacéutico tras el elevado mostrador, quien la miraba por encima de sus gafas—. ¡Dios mío! ¿Se siente usted bien?

—¿Tiene una silla?

Al cabo de un momento estaba en el suelo, con las piernas completamente flácidas, los brazos lacios junto al cuerpo y la espalda sobre un montón de medicamentos. El farmacéutico, agachado junto a ella, le daba unos golpecitos en la mano y le pedía a su ayudante un vaso de agua.

—Beba —instó, después de llevarle el vaso a la boca.

Dejó que el agua le entrara en la garganta, mientras se esforzaba por mantener los ojos abiertos. El atento farmacéutico, tal vez de unos sesenta años, con un soberbio bigote y frondosas patillas características de los principios de los años setenta, le frotaba la frente con un pañuelo.

—Supongo que me he dejado vencer por el calor —dijo Jane, sin saber si había hablado lo suficientemente fuerte para ser oída.

—Si no le importa que se lo diga, creo que va demasiado abrigada para un día como hoy. ¡El servicio meteorológico ha anunciado que hoy llegaríamos probablemente a los treinta y ocho grados! ¿Cree que puede levantarse?

—Prefiero no intentarlo —respondió Jane moviendo la cabeza.

—Hay una silla detrás del mostrador. No podemos dejarla en el suelo. Venga: puede quedarse conmigo unos minutos, hasta que recupere sus fuerzas —dijo, mientras la cogía con ambos brazos para ayudarla a levantarse.

Jane percibió que alguien se le acercaba por la espalda y la empujaba suavemente. Cuando volvió la cabeza vio a Paula, que le sonreía amablemente, con la mano en su espalda.

—¡No! —exclamó.

—Lo siento. ¿Le he hecho daño? —preguntó la joven, sobresaltada, que resultó no ser Paula.

Jane permitió que la acomodaran en la silla tras el mostrador.

—¿Está usted enferma? —preguntó entonces el farmacéutico en un tono cargado de preocupación.

Jane percibió que se le llenaban los ojos de lágrimas y empezaban a rodar por sus mejillas. Se dejó caer en la silla y, con las manos temblorosas, se sacó del bolsillo las dos pastillitas blancas.

—¿Hay alguna forma de saber qué es esto? —preguntó—. Sin tener que mandarlas al laboratorio.

—¿De dónde las ha sacado? —quiso saber el farmacéutico después de recibirlas en la palma de la mano y examinarlas detenidamente.

—¿Sabe lo que son?

—Creo que sé lo que son.

—¿Ativan?

—¿Ativan? No, esto no es Ativan. Ativan son unas pastillas delgadas de forma ovalada. ¿Quién le ha dicho que esto era Ativan?

—¿No son Ativan? —insistió Jane, con el pulso cada vez más acelerado.

—No, esto parece Haldol.

—¿Qué es eso?

—Un medicamento con el que no se juega —respondió, entornando los ojos—. ¿No lo habrá estado tomando? ¿Sin prescripción facultativa?

—No podía dormir y una amiga me lo recomendó —asintió, compungida.

—En primer lugar despréndase de las pastillas y a continuación de su amiga. Ese tipo de amigos son peligrosos —refunfuñó con asco—. No me sorprende que casi se haya desmayado. ¿Cuántas ha tomado?

—Sólo un par.

—¡Santo cielo!

—¿Está seguro de que es... Haldol?

—Casi seguro, pero lo comprobaré —dijo antes de desaparecer unos minutos tras una hilera de ficheros y reaparecer con un grueso libro azul—.

Aquí está todo —agregó mientras lo abría—. ¿Lo ve? Incluso fotografías.

Jane contempló las listas de medicamentos, acompañadas de ilustraciones de los mismos, y el farmacéutico no tardó en localizar el Haldol.

—¿Lo ve? —dijo, después de colocar la pequeña pastilla junto a la fotografía—. El mismo tamaño y color. Ambas tienen los bordes redondeados. Rugosas y sin ninguna capa exterior. Esto es definitivamente Haldol.

—Y no es indicado para el insomnio.

—Para el insomnio hay un sinnúmero de remedios que puede adquirir sin receta. El Haldol es para psicosis graves.

—¿Psicosis?

—Es esencialmente un último recurso. Se administra en casos de depresión profunda. Si lo toma alguien que no padece una depresión profunda, lo más probable es que se la induzca.

—¿De modo que alguien que no estuviera deprimido, lo estará después de tomar este medicamento?

—Si toma Haldol durante un período prolongado sin una buena razón para ello, se convertirá en un auténtico zombi. Para no mencionar sus efectos físicos, que son semejantes a los de la enfermedad de Parkinson.

—¿Cuáles son?

—Dificultad en tragar, calambres, temblores...

—¿Babear?

—La gama completa de síntomas psicóticos —asintió—. Créame: no es el medicamento que se deba dar tranquilamente a un amigo, cuando tiene dificultad en dormir. Tendrá que hablar con su amiga. Dígale a esa imbécil que está jugando con la vida de la gente. Alguien podría salir gravemente perjudicado —declaró mientras movía asombrado la cabeza—. Tiene suerte de haber tomado sólo dos. Podría estar gravemente enferma. ¿Está segura de que eso es todo lo que ha tomado? —agregó después de observarla con atención.

Sonrió, con una sensación próxima al alivio. Después de todo, no se estaba volviendo loca. Las pastillas que Michael le había administrado no eran las recetadas por el doctor Meloff. El medicamento que había estado tomando, lejos de ser un tranquilizante suave, era un «último recurso», cuyo uso prolongado podía convertirla en un «zombi». No era sorprendente que estuviera siempre tan deprimida, que apenas pudiera levantarse de la cama por la mañana, que tuviera tanta dificultad en moverse. ¡Padecía los síntomas

de la enfermedad de Parkinson, inducidos por el medicamento! ¡Tenía «la gama completa de síntomas psicóticos»!

—Necesito que me devuelva las pastillas —le dijo casi con tranquilidad al farmacéutico—. Y debo ir al hospital municipal de Boston. ¿Podría prestarme dinero para el taxi?

—Tal vez sería preferible que llamara a una ambulancia.

—No necesito una ambulancia. Sólo tengo que hablar con alguien en el hospital municipal de Boston. Se lo ruego, ¿puede ayudarme?

Veinte

—Tengo que ver al doctor Meloff.

Jane miró a la mujer de pelo negro que custodiaba la entrada al despacho del doctor Meloff, mientras fingía trabajar en su ordenador. La mujer, cuyos ojos azules eran tan pálidos como oscuro su cabello, miró a Jane con una mezcla de hastío e incertidumbre. Mientras Jane eliminaba las arrugas de su pantalón blanco y tiraba de la parte inferior de su jersey rosa de manga larga, con dedos húmedos y pegajosos, comprendió que su presencia la había desconcertado.

La joven, cuya placa de identidad la identificaba como Vicki Lewis y que vestía con elegancia bajo su bata blanca, observó lo inapropiado de su atuendo durante unos segundos, antes de responder:

—Me temo que eso no es posible.

—Sé que no he concertado ninguna entrevista, pero estoy dispuesta a esperar —dijo Jane, mientras miraba a su alrededor y no veía a nadie en la sala de espera.

—Éste no es el problema.

—Estoy segura de que me recibirá cuando sepa quién soy. Por favor, dígame que Jane Whittaker está aquí.

—Pero me temo que quien no está es el doctor Meloff.

—¿Cómo dice? —preguntó Jane, al tiempo que consultaba su reloj.

Era demasiado temprano para el almuerzo. Puede que hubiera salido a tomar un café. Tal vez lo encontraría en la cafetería.

—El doctor Meloff está de vacaciones. Tardará varias semanas en regresar.

—¿Vacaciones?

—Está haciendo *rafting*, o comoquiera que lo llamen. Cada loco con su tema —dijo Vicki Lewis encogiéndose de hombros—. Si desea concertar una entrevista para cuando regrese....

—No. Lo mío no puede esperar.

—En tal caso, tal vez quiera ver al doctor Turner o a uno de los residentes.

—No, tiene que ser el doctor Meloff.

—Entonces no puedo hacer nada por usted —respondió Vicki Lewis, al tiempo que contemplaba incómoda la pantalla de su ordenador—, a no ser que quiera coger hora para cuando regrese.

—No puedo esperar hasta entonces —replicó Jane, consciente de la preocupación que el tono agudo de su voz había reflejado en los ojos fantasmagóricos de Vicki Lewis, y convencida de que debía sentarse a reflexionar antes de seguir hablando, para no cometer ninguna estupidez—. ¿Le importa que me sienten unos minutos?

Vicki Lewis se encogió nuevamente de hombros, mientras Jane se instalaba en una incómoda silla naranja junto a la pared del fondo y respiraba hondo varias veces, consciente del recelo con que Vicki Lewis la observaba. «No logra catalogarme, ni sabe cómo tratarme. ¿Puede permitirse el lujo de ofenderme? ¿Soy una buena amiga del doctor? ¿Necesito verdaderamente atención médica? ¿O soy una lunática de la calle, una expaciente enamorada de su médico? ¿Llevo alguna arma escondida bajo mi infantil jersey rosa? ¿Es el calor o mi neurosis la causa del sudor y del temblor de mis manos?».

—¿Es usted paciente del doctor Meloff? —preguntó la joven, evidentemente ansiosa por perder a Jane de vista.

—Me examinó hace aproximadamente un mes.

¿Hacia un mes? Ya no estaba segura. Había perdido el control del tiempo.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves, veintiséis de julio de mil novecientos noventa —respondió Vicki Lewis, dividiendo la frase en tres partes claramente diferenciadas.

—Gracias.

—Ta vez debería llamar a uno de los residentes. Creo que el doctor Klinger está libre.

—¡No!

Su reacción sobresaltó a Vicki Lewis, que llevó instintivamente la mano al teléfono.

—No quiero ver al doctor Klinger —reiteró Jane, mientras se preguntaba cómo reaccionaría ante su historia aquel médico de mirada impasible, incapaz de sonreír, sin ningún sentido del humor y carente de compasión—. Sólo quiero sentarme unos minutos, hasta que decida lo que voy a hacer. Si no le importa...

Vicki Lewis volvió a encogerse de hombros, antes de concentrarse de nuevo en su ordenador.

«¿Y ahora qué hago?», se preguntó Jane, con un esfuerzo para contener las lágrimas. Lo tenía todo tan bien planeado. En el taxi había ensayado el

discurso para el doctor Meloff, hasta dejarlo perfecto. Se había preparado para todas las respuestas posibles y sabía exactamente cómo respondería a cada una de sus incrédulas preguntas. Había decidido introducirle suavemente en su pesadilla, cual guía experimentada que conduce al incierto visitante a los puntos de interés. «Sé que esto le resultará muy difícil de creer, doctor Meloff, y es posible que exista una explicación perfectamente lógica, pero yo no he sabido hallarla. Puede que usted lo logre».

«¿Y cuál parece ser el problema, Jane?».

«Bien: recuerda que según usted probablemente yo recuperaría la memoria en unas semanas...».

«No fue una promesa, Jane. La mente lleva su propio ritmo».

«Lo sé. Ésa no es la razón por la que estoy aquí. He venido porque me han ocurrido cosas extrañas desde mi regreso a casa...».

«¿Qué clase de cosas?».

«He estado muy enferma, doctor Meloff. Deprimida y aletargada. Algunos días apenas puedo levantarme de la cama».

«Hablamos de esto por teléfono, Jane. Ya le dije que no es inhabitual deprimirse en estas circunstancias».

«Lo sé, pero no es sólo eso. Verá: creo que mi marido me administra otro medicamento».

«¿Qué le hace pensar eso?».

«Usted me recetó Ativan, pero he llevado algunas de las pastillas que Michael me ha estado administrando a una farmacia, y el farmacéutico me ha dicho que no es Ativan. Es algo llamado Haldol».

«¿Haldol? Debe de estar equivocada. ¿Las lleva consigo?».

«Sí. Aquí están».

«Definitivamente éstas no son las pastillas que le receté. ¿Está segura de que son las que su marido le ha administrado?».

«Sí. Y me ponen muy enferma. Me producen mareo, somnolencia y náuseas».

«No me sorprende. Es un medicamento muy fuerte. Pero ¿por qué le administraría su marido la medicina incorrecta? Es un médico muy respetado. Sabe perfectamente lo que se hace. No tiene sentido».

«Todavía no se lo he contado todo, doctor Meloff».

«Siga».

«Cuando deambulaba por las calles de Boston, descubrí otra cosa que no le conté».

«¿Ni tampoco a la policía?».

«Tuve miedo de contárselo a la policía. Verá: llevaba casi diez mil dólares en los bolsillos de mi gabardina».

«¿Cómo?».

«Y la parte delantera de mi vestido estaba empapada de sangre».

«¿Sangre?».

«Iba a contárselo cuando aquella doctora me reconoció y, a partir de entonces, todo ocurrió con tanta rapidez que no se lo conté a nadie».

«Ni siquiera a Michael».

«No».

«¿De quién era la sangre?».

«Al principio no tenía idea. Pero ahora sé que Michael mintió respecto a la cicatriz de su frente».

«Comprendo».

«¿Qué es lo que comprende?».

«Cree que era la sangre de Michael la que había manchado su vestido».

«¡Sí! Creo que sabe algo que no me cuenta, algo que pueda haber ocurrido entre nosotros, que tal vez yo le haya agredido».

«¿Y cree que le ha estado administrando Haldol para impedirle que recuerde lo que provocó la riña?».

«Ha estado hablando de recluirme en un centro psiquiátrico. Así se libraría realmente de mí. Me silenciaría para siempre».

«Pero ¿cómo explica lo del dinero?».

«¿El dinero?».

«Los diez mil dólares que se encontró en los bolsillos. ¿De dónde salieron?».

«No lo sé. No me explico cómo llegaron a mis bolsillos».

«Está formulando unas acusaciones muy graves contra un hombre de reputación irreprochable».

«Lo sé. Ésta es la razón por la que he acudido a usted. Si fuera directamente a la policía, nunca me creería. No aceptaría mi palabra contra la suya. Pero con su ayuda, por lo menos tengo una oportunidad. Por favor, doctor Meloff: prometa que me ayudará. Prometa que me acompañará a la policía».

«La acompañaré, Jane».

«Entonces ¿usted me cree? ¿No piensa que estoy loca?».

«No estoy seguro de lo que creo. Sólo sé que éstas no son las pastillas que le receté».

«No sabe lo agradecida que le estoy, doctor Meloff. Muchísimas gracias».

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —irrumpió la voz de Vicki Lewis en sus fantasías—. Se estaba usted riendo.

Jane movió la cabeza, consciente de que su presencia había dejado de ser grata, pero sin estar segura de lo que debía hacer. Podía acudir a la policía sin el doctor Meloff, pero ¿de qué le serviría? Aunque le confiara todas sus sospechas, le contara lo de las pastillas, le condujera a la caja de seguridad de la terminal de autobuses de Greyhound y le mostrara el vestido manchado de sangre y los billetes de cien dólares, no dejaría de mirarla con escepticismo e incredulidad. Después de todo, ya había mentido al no declarar lo del dinero y de la sangre cuando acudió a ella por primera vez. ¿Y a quién era más probable que creyera ahora: a esa mujer enloquecida que todavía no sabía quién era o al célebre cirujano pediátrico que era su marido, y que sin duda tendría una explicación lógica para todas sus preguntas? Y entonces volvería a estar donde había empezado. Sólo que peor. Porque ahora Michael tendría las pruebas que necesitaba para encerrarla definitivamente.

No, no podía acudir a la policía. Todavía no. Tenía que esperar, tal vez volver a desaparecer, hasta que el doctor Meloff regresara de sus vacaciones. Sólo que ahora no contaba con los recursos necesarios para que la desaparición fuera una alternativa factible. La llave de la caja de seguridad estaba en la suela de un zapato, en el fondo de un armario de la casa a la que no podía arriesgarse a regresar. Tal vez si contaba a los funcionarios de la terminal de autobuses de Greyhound que había perdido la llave, se la abrirían. No, no lo harían, especialmente teniendo en cuenta que no tenía dinero ni documentos de identidad. Tenía que pensar en otra alternativa.

No había ninguna. No tenía a dónde ir, ni dónde ocultarse. Le quedaban exactamente dos elecciones: regresar a casa y enfrentarse directamente a Michael o entregarse a la policía y dejar que lo hicieran ellos.

—Bien, creo que está decidido —dijo en voz alta.

—¿Qué es lo que está decidido? —preguntó Vicki Lewis con reticencia.

A no ser que de algún modo pudiera obligarse a sí misma a recordar. A no ser que se pudiera armar con suficientes datos respecto a su estado, para darle a su subconsciente el impulso necesario para recordar exactamente lo ocurrido entre ella y Michael. Sólo entonces podría acudir a la policía. Sólo entonces tendría una oportunidad.

—¿Hay una biblioteca médica en el edificio? —preguntó.

—¿Cómo dice? —exclamó Vicki Lewis, evidentemente sorprendida por tan inesperada pregunta.

—¿Hay una biblioteca médica en el hospital?

—En el tercer piso —respondió Vicki Lewis—, pero es para uso exclusivo del personal.

—Gracias —dijo Jane antes de abandonar la sala, apoyándose contra la pared para no perder el equilibrio y consciente de la mirada de Vicki Lewis clavada en su espalda.

Siguió la línea gris de la pared que conducía hasta los ascensores y esperó junto a una negra anciana.

—Debe de tener mucho calor —indicó la anciana cuando entraron en el ascensor, mientras los demás usuarios se mantenían tan alejados como podían del jersey rosa.

—No esperaba que hoy fuera un día tan caluroso —respondió Jane, antes de dirigir la mirada a los botones de la pared, al darse cuenta de que nadie la escuchaba.

Olió el aire apestoso de aquel espacio reducido, se percató inmediatamente de que eran olores corporales y comprendió que ella era la responsable de los mismos. El ascensor paró en todos los pisos para que se aparearan algunos usuarios y subieran otros, prolongando la agonía, hasta que Jane quedó acorralada en el fondo y entonces llegaron al tercer piso, donde debía aparecerse.

—Disculpen —dijo al tiempo que se abría paso.

Después de salir del ascensor, antes de que se cerraran las puertas, oyó los suspiros de alivio de los demás pasajeros. Intentó concentrarse en los letreros de la pared, con flechas que probablemente facilitaban toda la información necesaria, pero las letras le bailaban ante los ojos y por último decidió dejar de concentrarse.

—Disculpe —le dijo a un interno que pasaba—, ¿podría decirme dónde está la biblioteca médica?

El interno le facilitó las direcciones apropiadas, pero no sin antes advertirle que su uso estaba prohibido al personal ajeno al hospital. Jane le dio las gracias y esperó a que se alejara, antes de proseguir. Si el uso de la biblioteca médica estaba prohibido al personal ajeno al hospital, tendría que hacerse pasar por empleada.

—Hola —le dijo a la mujer madura que parecía ser la bibliotecaria—. Soy Vicki Lewis, secretaria del doctor Meloff. El doctor me ha pedido que averigüe cierta información en su ausencia.

—Adelante.

Jane respiró hondo. Si aquella mujer tenía alguna sospecha, lo disimulaba a la perfección. Ojalá todo lo demás resultará igual de fácil, pensó, al tiempo

que se preguntaba cómo encontrar la información que buscaba.

—Tal vez podría ayudarme —se arriesgó a decir.

—Para eso estoy —sonrió la bibliotecaria.

—Busco un tratado general de psiquiatría.

—Tenemos muchos —respondió la mujer, que era baja y extraordinariamente redonda, antes de levantarse para acompañar a Jane a una estantería del fondo de la sala—. Aquí están todos los textos de psiquiatría. Como seguramente sabe —agregó mientras le mostraba un libro particularmente voluminoso, al parecer convencida de que la secretaria de un neurólogo debería estar familiarizada con dichos temas—, en éste encontrará probablemente todo lo que necesita.

—Gracias —respondió Jane con el pesado volumen en los brazos, mientras miraba a su alrededor dónde sentarse.

—Por aquí —dijo la bibliotecaria, al tiempo que le mostraba varias mesas alargadas—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó cuando ya se alejaba, después de chasquear los dedos.

—Vicki Lewis —respondió Jane en un susurro—. Secretaria del doctor Meloff.

—Claro. Está de vacaciones, comprendo.

—Rafting —confirmó Jane, con un esfuerzo para dominar el mareo.

—Se necesita mucho valor.

—Cada loco con su tema. —Jane oyó sus propias palabras, al tiempo que se encogía de hombros.

Tal vez ella era realmente Vicki Lewis.

Dejó caer sonoramente el pesado libro sobre la mesa y un interno que estaba cerca levantó la cabeza, sonrió y volvió a sus estudios. La bibliotecaria le echó una mirada, antes de abrir el cajón superior de su escritorio y sacar algo parecido a una lista. «¿Estará comprobando si el doctor Meloff tiene efectivamente una secretaria llamada Vicki Lewis?», se preguntó Jane, concentrándose en el texto de psiquiatría cuando la mujer volvió a mirarla.

«¡Manos a la obra! —Jane se ordenó a sí misma, al tiempo que localizaba el término “amnesia”—. Por lo menos no he olvidado el abecedario —dijo para sus adentros, con un esfuerzo para no reírse. Le echó una mirada furtiva a la bibliotecaria, pero estaba hablando por teléfono y no se fijaba en ella—. Concéntrate, —se dijo a sí misma—, con el deseo de que las letras dejaran de moverse».

La amnesia se describía como la incapacidad parcial o total de recordar experiencias del pasado, debida a alguna enfermedad orgánica del cerebro o a

problemas emocionales. Si la causa de la amnesia era un trastorno de origen puramente emocional, ésta solía satisfacer ciertas necesidades emocionales específicas y generalmente cedía cuando dichas necesidades dejaban de ser operativas.

Tal como se lo había contado el doctor Meloff, la amnesia histérica se definía como una pérdida de la memoria relacionada con un período determinado de la vida o ciertas situaciones vinculadas a mucho miedo o furor. Podía causar una depresión severa. ¿Significaba eso que su depresión era simple consecuencia de su estado, como lo afirmaba Michael, y que no tenía nada que ver con las pastillas que había tomado?

Pasó entonces a la página de estado de fuga histérica y comprobó inmediatamente que se trataba de una reacción disociativa, provocada por traumas emocionales graves. «Eso ya lo sabía», pensó con creciente depresión y angustia, mientras examinaba apresuradamente el resto del párrafo. No parecía que fuera a encontrar nada útil.

De pronto leyó: Pérdida momentánea del control impulsivo que conduce casi al asesinato de un ser querido, a la que puede seguir una pérdida completa de la memoria relacionada con todos los datos de identificación personal.

¿Era posible que hubiera intentado asesinar a Michael?

Recordó inmediatamente su confusión inicial en el hotel Lennox, cuando intentaba desesperadamente descubrir lo que podía haberle ocurrido. Recordó el horror que se apoderó de ella cuando comprendió que podía haber sido capaz de matar a alguien, que tal acción parecía posible. Todo lo que había descubierto sobre sí misma durante el último mes confirmaba que tenía muy mal genio y que estallaba a la mínima provocación. Por consiguiente era posible que hubiera intentado asesinar a su devoto marido, después de once años de matrimonio. Pero ¿por qué? ¿Porque había descubierto su idilio con Daniel Bishop? ¿La convertía en un vegetal para vengarse de su traición?

El texto afirmaba a continuación que, en dichos casos, se podía recuperar fácilmente la memoria a través de la hipnosis o sugestión profunda, especialmente cuando se practicaba en un ambiente que prometiera alivio prolongado, o físicamente desvinculado de la situación traumática. Tal vez el hecho de permanecer en su casa, lugar probable de la posible agresión, había impedido en gran parte la recuperación de su memoria.

Convenientemente, el sueño le había impedido asistir a su primera cita con el psiquiatra y Michael no había organizado otra hasta después de seis semanas. Sus recientes comentarios sobre la conveniencia de acudir a un

hipnoterapeuta no habían sido más que palabrería. Jane movió la cabeza, antes de apoyarla sobre las páginas abiertas del libro y percibir la frescura de la palabra escrita en sus mejillas. Era perfectamente posible que nunca llegara a descubrir la verdad.

Pensaba que tal vez podría pedir a la policía que la hipnotizara, cuando al levantar la cabeza vio el familiar ceño fruncido del doctor Klinger que se le acercaba.

—Señora Whittaker —exclamó, mientras cogía una silla para sentarse frente a ella.

—Doctor Klinger —respondió Jane, al tiempo que se preguntaba si el médico podría percatarse de los fuertes latidos de su corazón bajo el jersey rosa.

—Se acuerda de mí. Me siento halagado.

—Incluso las amnésicas histéricas tienen que recordar a alguien —dijo Jane, un tanto aliviada por la ausencia de sonrisa en su rostro—. Y no es necesario que me recuerde que el uso de estas instalaciones está reservado al personal del hospital. Ya lo sé. Pero he decidido ignorarlo.

—Evidentemente esperaba descubrir algo importante.

—Deseaba averiguar algunas cosas.

—¿Relacionadas con su estado? —preguntó mientras examinaba la cubierta del libro para ver su título.

—No, acerca del sistema de catalogación de la biblioteca del Congreso.

—Comprendo —respondió el doctor Klinger, después de dar la impresión durante unos segundos que reflexionaba sobre su reacción—, un poco de sarcasmo.

—Los amnésicos son expertos en sarcasmos. Lo dice en la página treinta y tres.

—¿Qué más ha descubierto?

Se encogió de hombros, a imitación instintiva de Vicki Lewis.

—¿Quién le ha dicho que estaba aquí?

—La señora Pape —respondió, señalando a la bibliotecaria— ha llamado al consultorio del doctor Meloff para comprobar la identidad de Vicki Lewis y ha descubierto que estaba hablando con ella. Entonces a la señora Lewis no le ha resultado difícil deducir quién la suplantaba y me ha llamado.

—¿Y qué le ha dicho exactamente?

—Que había venido con el propósito de ver al doctor Meloff, que parecía trastornada, distraída...

—¿Excesivamente abrigada?

—Ha dicho que daba la impresión de haber dormido con la ropa puesta.

—La señora Lewis es evidentemente más observadora de lo que parece. Dígame, doctor Klinger: ¿no siente curiosidad?

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué dormiría con la ropa puesta.

—¿Si desea contármelo?

Jane respiró hondo. «¡Qué diablos!», pensó.

—Anoche tuvimos invitados para cenar y mi marido puso algo en mi bebida que me hizo perder el conocimiento, antes de llevarme a la cama. Supongo que no quiso molestarse en desnudarme, como yo no lo hice en cambiarme de ropa esta mañana, después de empujar al ama de llaves en el cuarto de baño, e intentar atrancar la puerta. ¿Por qué será, doctor Klinger, que las puertas abren siempre hacia dentro? Sin duda complican mucho las cosas cuando una intenta huir.

Estudió el rostro del doctor Klinger a la espera de alguna reacción, pero no la hubo.

—¿Por qué intentaba huir?

—Parecía una buena idea en aquel momento —respondió con una sonora carcajada—. La fuga parece ser mi reacción típica en circunstancias de tensión excesiva, ¿no es cierto? —agregó, mientras daba unos golpecitos en la cubierta del libro que tenía delante—. La huida, después de todo, es la característica fundamental del síndrome no psicótico agudo.

—Evidentemente, usted es una mujer muy inteligente, señora Whittaker. No parece el tipo de persona que huya de sus problemas.

Esta observación, así como el tono suave del doctor Klinger, hizo que Jane lo considerara desde una perspectiva ligeramente distinta. ¿Era posible que fuera más sensible de lo que parecía a primera vista? ¿Que fuera digno de su confianza? ¿Valía la pena explorar la posibilidad de conseguir su ayuda?

—¿Me creería si le dijera que mi marido ha intentado perjudicarme, que me ha administrado medicamentos indebidos y que me ha mantenido prisionera en mi propia casa?

—Creo que eso es lo que usted supone —respondió con una expresión que no dejaba lugar a dudas.

Jane levantó la mirada hacia el techo, antes de dirigirla de nuevo al doctor Klinger.

—En tal caso, ¿podría prestarme unos centenares de dólares?

—¿Cómo dice?

—Sólo los suficientes para sobrevivir, hasta que regrese el doctor Meloff.

—¿Está bromeando?

—¿Significa eso que no va a prestarme el dinero? —exclamó Jane, al tiempo que apartaba la silla para levantarse y lo conseguía al segundo intento.

—Un momento —exclamó el doctor Klinger, incorporándose de un brinco.

—¿Para qué? Veo que no vamos a ningún sitio y en realidad, puesto que no pertenezco al personal del hospital ni nada por él estilo, no debería estar aquí.

—Tal vez pueda ayudarla —balbuceó el doctor Klinger, a la vez que hurgaba en sus bolsillos.

—¿Va a prestarme dinero?

—No tengo mucho —dijo, mientras sacaba lentamente los billetes de su cartera—. Veamos cuánto hay.

—¿Por qué quiere ayudarme, si cree que estoy loca?

—Nunca he dicho tal cosa.

—No era necesario.

—Digamos que no quiero que vuelva a deambular por las calles. El doctor Meloff nunca me lo perdonaría —respondió antes de empezar a contar el dinero—. Veamos: veinte, treinta, treinta y cinco, cuarenta y cinco, cuarenta y siete... cuarenta y siete dólares y veintidós centavos. No es mucho.

—¡Es fantástico! —exclamó Jane—. Le estoy muy agradecida.

Cuando intentó coger el dinero, vio que se le caía al médico de la mano.

—¡Dios mío, qué torpe por mi parte! —dijo el doctor Klinger después de agacharse inmediatamente para recoger el dinero.

«¿No podría ir más despacio?», pensó Jane, en el momento de darse cuenta de que Michael ya había sido avisado y el doctor Klinger se limitaba a ganar tiempo hasta que llegara.

—Olvide el dinero —declaró Jane, mientras intentaba en vano apartarle para seguir su camino.

Percibió que la cogía por los brazos y vio cómo en sus labios se formaban palabras de protesta. A continuación dejó caer los brazos y su boca se relajó en una radiante sonrisa. En aquel momento, incluso antes de ver a Michael que avanzaba decididamente hacia ella, supo que estaba perdida.

Veintiuno

—No te acerques a mí —exclamó Jane, que agitaba el texto de psiquiatría como una arma.

—No he venido para causarte ningún daño, Jane —dijo Michael, con una voz temblorosa, apenas audible.

—Claro, has venido para administrarme mi medicamento, ¿verdad?

—He venido para llevarte a casa.

—Puedes olvidarte de esa idea —rió Jane, sin dejar de mirar desconfiadamente a su marido y al doctor Klinger—. ¡No te acerques! —exclamó, aunque nadie se había movido, sin dejar de agitar el libro como una pistola, consciente de lo ridículo de la situación y pensando en lo absurdo que sería leer los siguientes titulares en el Boston Globe: «Amnésica enloquecida mantiene como rehenes a miembros del personal de la biblioteca del hospital con un grueso tratado de psiquiatría»—. Déjame tranquila.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no? ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo. Estoy preocupado.

—¿Qué te preocupa?

—Tú.

—¡Mierda! —exclamó Jane, a la par que veía de reojo que el joven interno se le acercaba sigilosamente—. ¡No se mueva!

—Jane, esto es absurdo.

Ella imploró al interno con la mirada, antes de concentrarse en la bibliotecaria.

—Ustedes no saben lo que este hombre me ha estado haciendo —comenzó a decir, pero se detuvo cuando el doctor Klinger llamó al interno y a la bibliotecaria.

—Ésta es Jane Whittaker —dijo, mientras Jane reprimía el impulso de responder: encantada de conocerlos—. Padece algún tipo de amnesia histórica. Su marido, el doctor Michael Whittaker, es cirujano pediátrico en el hospital infantil —prosiguió, con un movimiento de la cabeza en dirección a

Michael—, y ha estado tratando a su esposa con un sedante suave, recetado por el doctor Meloff.

—¡No es cierto! —exclamó Jane—. El doctor Meloff me recetó Ativan. Michael me ha estado administrando Haldol. Me ha mantenido drogada y prisionera; no me permite ver a mis amigos, ni siquiera hablar con nuestra hija.

—¡Jane, por favor...!

—¡No! Sé que les tienes a todos engañados. Sé que todos creen que eres una especie de dios por ser un gran cirujano y te consideran un hombre maravilloso, mientras que quién soy yo, después de todo, más que una loca que no recuerda siquiera quién es, pero no es tan simple. Puede que no sepa quién soy, pero sé que no estoy loca, o por lo menos no lo estaba antes de empezar este horrible suplicio. Ni tampoco estaba enferma como lo estoy ahora. De modo que cabe preguntarse: ¿cómo he llegado a este estado? ¿Qué me hace este hombre tan maravilloso para que esté tan enferma? ¿Qué me ha estado administrando? —exclamó Jane, antes de meterse las manos en los bolsillos para sacar las pastillas que le había mostrado al farmacéutico y ofrecérselas al doctor Klinger y al joven interno—. ¡Atrévase a afirmar que esto es Ativan!

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Michael, aparentemente muy sorprendido—. ¿Las has cogido de mi maletín?

—¿Que si las he cogido...? —exclamó Jane, casi sin palabras—. ¿Pretendes afirmar que no has sido tú quien me las ha administrado?

—Jane, ¿no podemos ir a casa y hablar de esto tranquilamente?

—No has respondido a mi pregunta. ¿Pretendes afirmar que no has sido tú quien me ha administrado estas pastillas?

—Por supuesto que no.

—¡Mientes! —exclamó Jane, mirando de nuevo a los demás—. Por favor, créanme. Está mintiendo.

—¿Por qué mentiría, señora Whittaker? —preguntó con toda lógica el doctor Klinger.

—Porque ocurrió algo que no quiere que recuerde. Porque le interesa mantenerme en un estado semivegetativo. Porque quiere que todo el mundo crea que estoy loca, para poderme encerrar en alguna institución donde nunca recuerde lo que ocurrió, y si lo recuerdo nadie me creerá.

—¡Por favor, Jane! —suplicó Michael—. ¿No te das cuenta de lo descabellado de tus palabras?

—¿Qué puedo hacer? —le suplicó Jane al interno—. ¿Cómo puedo convencerlos de que digo la verdad y no estoy loca?

—Pones al muchacho en un aprieto, Jane —dijo amablemente Michael y Jane comprobó, por las mejillas sonrojadas del joven médico, que estaba en lo cierto—. ¿No podría quedar todo esto entre tú y yo, por lo menos hasta que regrese el doctor Meloff?

—¡Será demasiado tarde cuando regrese el doctor Meloff! —exclamó Jane, mientras se balanceaba sobre los talones—. ¿Por qué no te largas y me dejas tranquila?

—No puedo hacerlo, Jane. ¡Te quiero!

A pesar de todas sus sospechas, Jane sabía que de algún modo aquello era cierto.

—En tal caso, ¿por qué me estás haciendo esto?

—Intento ayudarte.

—¡Intentas destruirme!

—¡Jane...!

—¿Qué ocurrió entre nosotros, Michael? ¿Cuál era el motivo de nuestra pelea el día en que desaparecí?

La mirada que vio en los ojos de Michael convenció a Jane de que estaba en lo cierto. Algo había ocurrido. Habían peleado.

—Por favor, ¿podemos hablar de eso en casa?

—Dice en este texto que el estado de fuga histérica puede ser consecuencia de una pérdida momentánea... —dijo Jane, después de dejar el tratado de psiquiatría sobre la mesa, mientras se esforzaba por recordar las palabras exactas—... del control impulsivo, que conduce casi al asesinato de un ser querido. ¿De acuerdo? No le ocurre nada a mi memoria. Cuéntame la verdad, Michael —insistió, al darse cuenta de que los demás tenían tanta curiosidad como ella—. ¿Cuál era el motivo de la pelea?

—No hubo ninguna pelea.

—¡Mentiroso!

—¡Jane...!

—Si no hubo ninguna pelea, ¿cómo te hiciste esa cicatriz en la frente?

—Fue un accidente. Un niño me arrojó un avión de juguete a la cabeza...

—¡Mierda!

—Doctor Whittaker —interrumpió la bibliotecaria—, ¿quiere que llame al personal de seguridad?

—¡No! —exclamó Jane.

—¡No! —gritó también Michael—. Todavía no. Creo que podremos persuadir a Jane para que sea razonable.

—Estoy loca —replicó Jane—. ¿Qué te hace suponer que seré razonable?

—El hecho de que te conozco. Y te quiero.

—¿Entonces por qué intenté asesinarte?

—No lo hiciste.

—¿No peleamos? ¿No me agarraste? ¿Tal vez me zarandeaste? ¿No cogí algo afilado? ¿No te golpeé con ello en la cabeza?

Michael estaba demasiado aturdido para hablar. Jane titubeó, pero decidió ir hasta el fondo de la cuestión:

—Entonces dime, ¿por qué estaba mi vestido empapado de sangre?

—¿Sangre? —suspiró la bibliotecaria—. ¡Dios mío!

—Era tu sangre, ¿no es cierto, Michael?

Michael no respondió.

—¿Y qué me dices del dinero, Michael? Casi diez mil dólares en los bolsillos de mi gabardina. ¿Cómo llegó allí? ¿De dónde provenía? ¡Habla, Michael! Veo por tu expresión que sabes de qué estoy hablando.

Se hizo una larga pausa, durante la cual nadie parecía respirar.

—¿Por qué no mencionaste antes ninguna de estas cosas? —preguntó sosegadamente Michael.

Jane se encogió de hombros como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. Lo había hecho. Su secreto ya no era algo que debiera llevar oculto como un feto mal formado. Había salido a la luz y todos lo habían oído. ¿Qué haría ahora Michael al respecto?

—¿Podrían dejarnos solos unos minutos? —les preguntó Michael a los demás—. Es realmente necesario que hable con mi esposa a solas.

—¿Por qué no puedes hablar delante de ellos? —dijo Jane de pronto, con la desagradable sensación de que no le gustaría lo que oiría.

—Podría hacerlo —respondió Michael—. Pero creo que es mejor que quede entre nosotros. Por lo menos de momento. Si no estás de acuerdo cuando termine, puedes contárselo tú misma. A decir verdad, puedes contárselo a quien quieras, incluida la policía, si es ésa tu decisión. Probablemente he cometido un error intentando protegerte. Y está claro que me he excedido en mi protección.

—Llamaré a alguien de seguridad para que se quede junto a la puerta —sugirió el doctor Klinger, sin que Jane ni Michael objetaran.

—Discúlpenos por usurpar su espacio de este modo —le dijo Michael a la bibliotecaria.

—No se preocupe, es la hora del descanso.

—Gracias.

—Le agradecería que más tarde se pusiera en contacto conmigo —dijo el doctor Klingler, al tiempo que estrechaba la mano de Michael.

Jane observó cómo el lúgubre residente se alejaba a contrapelo, seguido del joven interno y de la madura bibliotecaria.

—No te acerques —exclamó Jane cuando se cerró la puerta y Michael dio un paso en dirección a ella.

—¿Qué crees que voy a hacer, Jane?

—No lo sé. Estás muy enfermo. Nunca puedo preverlo. Como anoche.

—¿Anoche? ¡Ah, claro! Crees que puse algo en tu bebida.

—¿Y no lo hiciste?

—No.

—¿De pronto empecé a marearme, a sentir náuseas y tuviste que llevarme a la cama?

—No es la primera vez.

—¿Y bien?

—Has estado muy enferma. Ayer fue un día cargado de dramatismo: amenazaste a nuestra ama de llaves con un cuchillo. ¡Santo cielo! Invitaste a dos personas a cenar a las que no recordabas. Tuviste que vestirte y maquillarte. Mentir... ¿No crees que eso supuso un esfuerzo enorme? ¿No crees que tu cuerpo esté completamente agotado y que los sucesos de ayer tuvieran sus consecuencias?

Jane movió la cabeza. No, no lo creía. ¿O sí?

—Eres tremendamente convincente.

—Soy convincente porque digo la verdad. No puse nada en tu bebida, Jane. Te lo juro.

Jane se mordió el labio, hasta producirse un corte y percibir la sangre.

—Háblame del día que desaparecí. Háblame del dinero. Háblame de la sangre.

—Tal vez tendrías que sentarte.

—No quiero sentarme.

Apenas acababan de salir las palabras de su boca, reconoció que mentía. Tenía muchísimas ganas de sentarse. No sabía cuánto podría permanecer de pie.

—Por favor, deja que te ayude.

Michael avanzó hacia ella. Jane retrocedió fuera de su alcance, tropezó con una silla y cayó de rodillas al suelo. Michael acudió inmediatamente, la

cogió por los brazos e intentó levantarla.

—¡No, no me toques!

—Jane, ¡por todos los santos! ¿Crees que llevo una jeringa en la manga?

—No sería la primera vez —respondió, repitiendo sus palabras anteriores.

Se puso en pie y giró inmediatamente sus bolsillos.

—¿Lo ves? Nada —dijo antes de quitarse la chaqueta y dejarla sobre la silla mas próxima, para quedarse en manga corta—. Nada en la manga. ¿Qué más quieres? Me quitaré toda la ropa si lo deseas.

—Sólo quiero que me digas la verdad.

Se hizo una larga pausa, durante la cual Jane permitió que su cuerpo se acomodara en la silla más próxima.

—Te ruego que me creas, Jane, cuanto te digo que si no he sido completamente sincero contigo, ha sido porque creía que así protegía tus intereses. De haber sabido que estabas al corriente de lo del dinero y de la sangre, quizá lo habría enfocado todo de otro modo. ¡Dios mío —susurró, al tiempo que movía la cabeza—, no me sorprende que hayas estado tan paranoica! Ahora muchas cosas encajan en su lugar —concluyó, mientras se pasaba instintivamente los dedos por la cicatriz de su frente.

—¿Admites que me has mentido?

Michael se sentó frente a ella, sin dejar de mirarla fijamente.

—No quería causarte más dolor. Esperaba que recuperaras la memoria por tu cuenta, cuando estuvieras en condiciones de enfrentarte a la realidad. No quería tener que ser yo quien te lo recordara. Créeme, Jane. No quería causarte más dolor del que ya has sufrido.

—Cuéntamelo.

—No sé por donde empezar.

—¿Es realmente tan complicado?

—Más de lo que supones —asintió.

—Cuéntamelo —insistió con una mezcla de miedo e impaciencia.

—Supongo que tenemos que retroceder por lo menos un año —empezó a decir, antes de hacer una pausa—. Al accidente en el que falleció tu madre.

Jane descubrió que contenía la respiración.

—Tú y tu madre —prosiguió— estabais muy unidas. No podías digerir lo ocurrido. Estabas cargada de ira y amargura. Siempre has tenido mal genio, como has ido descubriendo, pero después del accidente aumentó tu propensión a los estallidos violentos. Nada grave —se apresuró a decir—. Destrozar algo, romper algún plato, arrojar un cepillo en la habitación y cosas por el estilo. Intenté convencerte para que acudieras a un psicoanalista, pero

no quisiste. Insistías en que eras capaz de asimilar el dolor a solas y decidí esperar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos. Y, efectivamente, al cabo de un tiempo parecía que estabas mejor. Empezamos a alternar de nuevo y a salir con amigos. Durante unos seis meses parecía que todo iría sobre ruedas.

—Y entonces ¿qué ocurrió?

Michael tragó saliva, se acarició el puente de la nariz y bajó la mano para ocultar la boca, apretada ahora por la preocupación.

—Cuando se acercaba el primer aniversario del accidente, empezaste a estar cada vez más agitada. Estabas permanentemente obsesionada con el accidente, repetías una y otra vez los terribles detalles del mismo, y estabas cada vez más trastornada. Era casi como si el accidente acabara de ocurrir. No podías dormir. Cuando lo hacías, tenías pesadillas. Eras incapaz de concentrarte. Te sentías culpable. La culpabilidad del superviviente, creo que lo denominan los libros de texto —explicó, antes de mirar a su alrededor, como si deliberara sus próximas palabras.

—¿Qué quieres decir con lo de culpabilidad del superviviente?

—Decidiste visitar el cementerio —prosiguió Michael, haciendo caso omiso de su pregunta, al tiempo que volvía a mirarla lentamente a los ojos—. Intenté convencerte para que no fueras. Hacía un frío inhóspito y no me parecía una buena idea, especialmente en tu estado de ánimo. No habías dormido en toda la noche, hacía días que no comías y estabas así de cerca de un ataque de nervios —dijo, a la vez que indicaba con los dedos una separación de escasamente un centímetro—. Te pedí que lo dejaras por lo menos para el fin de semana, para que pudiera acompañarte y no tuvieras que ir sola. Pero insististe en que preferías estar sola, no querías esperar al fin de semana, aquél era el día del aniversario de la muerte de tu madre y tenía que ser aquel día. Punto final. No hubo más discusión. Si mal no recuerdo, me mandaste al diablo. Me ofrecí a cancelar mis compromisos, pero sólo sirvió para enfurecerte. «Puedo arreglármelas sola —chillaste—. Ya no soy una niña a quien tengas que llevar de la mano». ¿Qué podía hacer? Fui a trabajar. No quería hacerlo, pero me pareció que no tenía otra alternativa. Yo me dirigí al hospital y tú al cementerio. Llamé varias veces por la mañana para comprobar si habías regresado a casa sin novedad, pero nadie contestaba. Empezaba a preocuparme, cuando recibí una llamada de Carole.

—¿Carole Bishop?

—Sí. Estaba muy trastornada. Dijo que te había visto llegar en el coche, había venido para preguntarte algo y tú estabas frenética. No quisiste hablar

con ella. En realidad, dijo que casi parecía que no pudieras hablar de lo muy trastornada que estabas. Procuró tranquilizarte, pero tú la empujaste y te encerraste en la casa. Como es natural, estaba muy preocupada por tu comportamiento y decidió llamarme al hospital. Yo vine inmediatamente a casa.

»Cuando llegué, después de conducir como un endemoniado, al cabo de unos quince minutos, estabas en el dormitorio empaquetando una bolsa de viaje. Ni siquiera te habías quitado el abrigo. Tenías la mirada encendida, como si estuvieras poseída. Intenté hablar contigo, te pedí que me contaras lo que había ocurrido aquella mañana, pero no quisiste hacerlo. Estabas histérica, no hacías más que chillarme y después golpearme. Te agarré, puede que incluso te zarandeara. No lo recuerdo. Sólo recuerdo que intentaba averiguar lo ocurrido.

»Pero estabas enloquecida. Chillabas, decías que tenías que abandonarme, que lo hacías por mi propio bien, que no eras más que una terrible carga para mí, que acabarías por hundirme, destruirme, como a todo lo que amabas.

Michael movió la cabeza como si incluso ahora fuera incapaz de digerir el significado de aquellas palabras.

—Pero ¿por qué decía esas cosas?

Michael dirigió la mirada al suelo.

—Michael...

—Tal vez de momento podríamos atenernos a los hechos y dejar los porqués para más adelante —sugirió sosegadamente Michael.

—¿Por qué dije que acabaría por destruirte, como a todo lo demás que amaba? —insistió Jane.

Michael tensó la mandíbula. Cuando por fin surgieron sus palabras, hablaba con una voz ronca y entrecortada:

—Después del accidente, estuviste profundamente afligida durante mucho tiempo. Paralizada. Hacías cosas totalmente insólitas. Y no me refiero a tu mal genio, ni al hecho de que arrojaras objetos —dijo, antes de caer en un profundo silencio.

—¿A qué te refieres?

—Solías ir a correr con Daniel Bishop unas cuantas veces por semana —prosiguió, después de una pausa, con los puños inconscientemente cerrados sobre la mesa—. De pronto empezaste a correr todas las mañanas. Al principio creí que era maravilloso, precisamente lo que necesitabas, algo para librarte de toda tu ira y frustraciones. Pero en algún momento supongo que decidiste que no bastaba con correr. Tú y Daniel...

—Tuvimos relaciones —agregó Jane, para concluir la frase—. ¿Cómo lo descubriste?

—¡Tú me lo contaste! —exclamó Michael, entre suspiro y carcajada—. Me lo comentaste sin darle importancia, una noche cuando estábamos en la cama. En estos momentos prefiero no entrar en detalles —agregó moviendo la cabeza.

—¿Tú qué hiciste?

—En realidad no lo recuerdo —rió—. Tú no eres la única que olvida cosas que prefiere no recordar.

—Evidentemente te causé mucho dolor.

—Sí, pero en realidad no eras tú misma. Lo comprendía. Por lo menos eso fue lo que me dije. Fue entonces cuando sugerí buscar ayuda psicológica, pero no quisiste saber nada del tema. De modo que decidí esperar el desarrollo de los acontecimientos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Te quería. No deseaba perderte.

—De modo que estaba haciendo la maleta cuando llegaste a casa...

—Intenté razonar contigo, convencerte de que permanecieras sentada el tiempo suficiente para imbuirte un poco de sentido común, pero estabas demasiado excitada. Bajaste corriendo al solario. Te seguí. Corrías en círculos agitando los brazos. Empezaste a golpearme y a decirme que yo era un imbécil por intentar retenerte, que en realidad era peor que un imbécil si creía que Daniel Bishop era el único con el que habías tenido relaciones, que acababas de regresar de la cama de tu último amante.

«Pat Rutherford —pensó Jane con un nudo en el estómago, al recordar la nota que había encontrado en su bolsillo—. Pat Rutherford, habitación treinta y uno, doce treinta». ¿Era posible que después de visitar la tumba de su madre se hubiera reunido con Pat Rutherford en la habitación treinta y uno de alguna mugrienta pensión y hubiera regresado tan trastornada de dicho encuentro que decidiera abandonar a su marido, más por el bien de Michael que por el suyo propio?

—Supongo que en aquel punto perdí el control —decía Michael—. Empecé a zarandearte. Nos enzarzamos en una especie de pelea en la que nos empujábamos mutuamente a ciegas. De pronto sentí un fuerte dolor, como si me hubieran arrancado el cuero cabelludo; me di cuenta de que me tambaleaba hacia ti sangrando, una cantidad inimaginable de sangre; caí contra ti y entonces supongo que perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé al cabo de unos minutos, yacía en un charco de mi propia sangre junto al sofá

colgante y tú habías desaparecido. Más adelante descubrí que habías vaciado nuestra cuenta corriente. Una cantidad próxima a los diez mil dólares.

—¿Por qué no denunciaste mi desaparición a la policía? —preguntó Jane, después de unos momentos de profundo silencio.

—Francamente, no creí que hubieras desaparecido —casi rió, mientras movía la cabeza—. Pensé que te habrías fugado con tu amante. No olvides que yo tampoco tenía las cosas muy claras en aquel momento. Además, estaba furioso y dolorido. Creí que lo mejor sería no hacer nada hasta que te pusieras en contacto conmigo.

Jane hacía un esfuerzo para retener todos los datos en su mente.

—Pero cuando te llamó la policía, le mentiste. Dijiste que estaba en casa de mi hermano.

—En realidad no tengo ninguna explicación para ello. No sé en qué estaba pensando, aparte sentirme avergonzado y no querer discutir un asunto tan sórdido con un puñado de desconocidos. Como has descubierto, gozo de cierta reputación en la sociedad. Pero cuando me dijeron que estabas en el hospital, sin recordar quién eras, comprendí hasta qué punto se habían deteriorado las cosas y supe que debía hacer cuanto estuviera en mi mano para ayudarte.

—¿Y los medicamentos?

Jane se percató de que Michael intentaba eludir en vano su penetrante mirada.

—En los meses siguientes al accidente sufriste una fuerte depresión. Tu médico te recetó Haldol. Se lo comenté al doctor Meloff. Cuando el Ativan no cumplía su cometido y volvías a caer en una profunda depresión, sugirió que probáramos de nuevo el Haldol.

Jane empezó a caminar de un lado para otro, golpeándose frecuentemente con el borde de la mesa, pero sin aceptar la ayuda que Michael le ofrecía.

—Hay algo que no cuaja. Falta algo —susurró después de detenerse, para quedar inmóvil—. ¿Qué es lo que no me cuentas?

—Créeme, Jane, te lo he contado todo.

—No es cierto. Te conozco lo suficiente para saber cuándo me ocultas algo. Cuéntamelo.

—Por favor, Jane, ya he dicho bastante.

—¡Cuéntamelo, Michael! —ordenó—. Has dicho que después de la muerte de mi madre, yo sentía la culpabilidad del superviviente. Pero esto no tiene sentido. ¿Por qué sentiría culpabilidad de superviviente, a no ser que yo también hubiera estado en el coche? ¿A no ser que yo hubiera sobrevivido al

accidente, pero no ella? ¿Fue eso lo que ocurrió, Michael? —agregó en un susurro—. ¿Estaba yo en el coche?

Michael agachó la cabeza hasta casi hundir la barbilla en su pecho.

—Tú conducías.

Jane sintió que le flaqueaban las rodillas. De pronto se había desplomado contra el suelo y Michael estaba de rodillas frente a ella.

—¿Yo conducía? ¿Yo fui responsable del accidente en el que murió mi madre?

—Habías prometido llevarla de compras aquella mañana —dijo pausadamente Michael, con palabras cuidadosamente elegidas—. Pero tenías que asistir a una reunión en la escuela de Emily por la tarde y supongo que tenías prisa. Puede que condujeras a una velocidad un poco excesiva, o que giraras con demasiada brusquedad, no sé exactamente lo que ocurrió. Según un testigo presencial, giraste a la izquierda sin señalizar y un coche que circulaba velozmente en dirección contraria, chocó contra el costado de tu vehículo. Tu madre murió instantáneamente.

Michael se acercó, la rodeó con sus brazos y la retuvo junto a él.

—¡Dios mío, Dios mío!

—Evidentemente te echaste la culpa del accidente. Incluso cuando la policía determinó que el responsable había sido el otro conductor, no dejaste de atormentarte. «No debí haber girado», repetías. «No debí haber corrido tanto». No permitías que nadie te consolara —dijo Michael mientras miraba a su alrededor, como en busca de posibles soluciones—. Pero de eso hace ya demasiado tiempo, Jane, y debes dejar de culparte a ti misma. Fue un accidente. Sin duda muy trágico, pero ocurrió y ya ha pasado. La vida sigue. Sé que no quieres aceptarlo, pero debes hacerlo antes de que sea demasiado tarde para todos nosotros.

Jane percibió las lágrimas de Michael en sus mejillas y se separó inmediatamente.

—Hay algo más, ¿verdad? —declaró Jane, mientras observaba atentamente su expresión—. Todavía hay algo que no me has contado.

—No.

—¡Sí! No me mientas, Michael. ¡Debes dejar de mentirme!

—¡Por favor! —suplicó—. ¿No puede esperar el resto hasta que estés más fuerte? Tu mente tiene un límite, Jane. Ahora lo sabemos.

—¿Qué es lo que no me has contado?

Michael luchó consigo mismo durante varios segundos antes de pronunciar la palabra, que por fin surgió entrecortada:

—Emily —dijo al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Jane se agarró el estómago, con la sensación de que el nombre de su hija le había penetrado como un puño hasta las entrañas.

—¡No! ¡Dios mío, no!

—Estaba en el asiento trasero detrás de tu madre. Al parecer se había desabrochado el cinturón. Con la fuerza del impacto... —su voz se perdió en la lejanía—. Murió en tus brazos mientras esperabas la llegada de la ambulancia. Cuando por fin lograron quitártela de los brazos, la parte delantera de tu vestido estaba empapada de su sangre.

Jane suspiró.

—Desde entonces fue como si te hubieras vuelto loca. Los próximos doce meses fueron un infierno, los estallidos, los demás hombres, básicamente lo que ya te he contado. Parecía que te hubieras convertido en Jekyll y Hyde, una conducta para nuestros amigos y vecinos y otra en casa para mí. Confiaba en que mejorara la situación, que algún día acabara y volvieras a mí —dijo Michael, al tiempo que reprimía un fuerte sollozo—. Eras lo único que me quedaba. No podía soportar la idea de perderte —agregó mientras se frotaba los ojos con el reverso de la mano—. Pero me avergüenza confesar que fue demasiado, incluso para mí —declaró después de ponerse en pie—. Cuando llegué a casa y descubrí que preparabas la maleta; intenté razonar contigo, impedirte que me abandonaras y en la pelea me golpeaste con el jarro. El que habíamos comprado en Oriente. Era de bronce, con unas extrañas protuberancias a su alrededor; me golpeaste de forma inaudita y casi me arrancaste el cuero cabelludo. Caí encima de ti y supongo que te recordó de nuevo el accidente. Puede que la imagen de tanta sangre en tu vestido fuera demasiado para tu mente. Decidiste que la vida era excesivamente difícil para ti y le volviste la espalda. Sinceramente no te lo reprocho.

—¿Nuestra hija está muerta? —bisbiseó Jane, entre pregunta y afirmación.

—¿Todavía no recuerdas nada de lo que te he contado?

—He matado a mi madre y a mi hija —susurró Jane, mientras movía la cabeza.

—Fue un accidente, Jane. La policía te absolvió de toda responsabilidad. No fue culpa tuya.

—Pero ambas están muertas.

—Sí.

—Y yo conducía.

—Sí, pero no fue culpa tuya.

—Impaciente y con prisa, ¿no ha sido esto lo que has dicho?

—Eso fue lo que tú dijiste después del accidente.

—Y soy quien mejor puede saberlo. Soy la que ha sobrevivido para contar la historia.

—¿Has sobrevivido? —preguntó Michael—. ¿Cuántas vidas se cobrará ese accidente, Jane? ¿A cuánta gente permitirás que destruya?

Jane observó el rostro surcado por las lágrimas de su marido, percibió la amabilidad de su mirada, la delicadeza de sus caricias. No dijo nada.

Veintidós

—Está en el solarío.

—¿Cómo está?

—No muy bien.

—No lo comprendo. ¿Cuánto hace que dura esta situación?

—Empezó a mediados de junio. Ha ido empeorando progresivamente desde entonces.

—¿Mediados de junio? Hace más de un mes. ¡Dios mío, Michael! ¿Por qué me dijo tu ama de llaves que estaba en San Diego con su hermano?

—Nos pareció que era la mejor forma de afrontar la situación. Por favor, Diane: compréndelo. Nadie, ni yo ni sus médicos, anticipamos que pudiera durar tanto, e incluso empeorar.

—¿No tiene ni idea de quién es?

—Se lo hemos contado —aclaró Michael—, sólo que no lo recuerda. Conoce todos los detalles de su vida, pero no recuerda haberlos vivido.

—¡Dios mío, no puedo creerlo! ¿Tienes alguna idea de lo que puede haberle provocado?

—El accidente —respondió escuetamente.

—Pero eso ocurrió hace más de un año. Parecía haber superado lo peor.

Jane oía las voces como si estuvieran rodeadas de electricidad estática. Las palabras flotaban hacia ella, fuertes al principio para esfumarse prematuramente, presionando sus tímpanos con dolor y desvaneciéndose antes de poder interpretar su significado. Hablaban de ella, lo sabía. Siempre hablaban de ella. ¿Importaba lo que dijeran?

Estaba acostada en su querido sofá colgante, con mantas que la cubrían de la barbilla hasta las plantas de los pies, a pesar de que estaba sudando. ¿Era sudor o saliva?, se preguntó, sin molestarse en secar la humedad alrededor de sus labios entreabiertos. Dejaba que lo hicieran sus invitados, las multitudes que Michael había introducido en sus vidas desde que la había traído del hospital. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? ¿Unos días? ¿Una semana?

Sonrió, agradecida de que una vez más el tiempo se le escapara de las manos. Y pensar que hasta hacía poco había luchado contra aquella sensación, que estaba furiosa y resentida porque los medicamentos que le administraban hacían que un día se mezclara con el siguiente, como bombones con el calor del sol, para formar una masa indiferenciable. Y pensar que había intentado luchar contra el delicioso olvido al que por fin había sucumbido. ¿Para qué? ¿Para poder recordar los sórdidos detalles de una vida malgastada, a la que se aferraba incluso después de haber sacrificado las de su madre e hija?

Michael la había traído a casa, después de su escándalo en el hospital. Recordaba que los médicos y las enfermeras habían sido muy amables y que Michael había explicado al doctor Klinger que lo tenía todo bajo control, además de asegurarle que se pondría en contacto con el doctor Meloff cuando regresara de sus vacaciones, y que en su opinión lo que más le convenía a Jane en este momento era mucho descanso.

Jane no había ofrecido la más mínima resistencia. La idea de refugiarse en su cama, de pronto le resultaba muy apetecible. Quería esconderse bajo su edredón y desaparecer para siempre. En aquel momento comprendió que deseaba morir y sintió que su cuerpo manifestaba su indiferencia.

Ya no luchaba contra los medicamentos. Aceptaba todo lo que le administraban y sentía el adormecimiento familiar que le invadía de nuevo el cuerpo, hasta las puntas de los dedos de las manos y de los pies, llenaba todos sus poros, se instalaba por último en algún lugar detrás de los ojos, y creaba una zona de aislamiento entre su cerebro y el mundo exterior. En esta ocasión aceptaba con los brazos abiertos todos los desagradables efectos secundarios, llegando casi a disfrutar de los múltiples espasmos musculares, porque parecían un castigo apropiado por el dolor que había causado, y exhibía las babas como lujosas joyas.

Ahora todo tenía sentido.

El dinero. La sangre. Pat Rutherford. La lógica de que llevara su nombre anotado en un papel en el bolsillo y no en su agenda telefónica, donde Michael podía haberlo visto. Al principio se preguntaba si habría intentado ponerse en contacto con ella, si sentía curiosidad por lo que pudiera haberle ocurrido. ¿Era su propósito el de fugarse juntos? ¿O había elegido aquella mañana para dar por concluido su idilio?

Las preguntas desaparecieron con la nueva administración de medicamentos. Se sentía aliviada. ¿Qué sentido tenía obcecarse con preguntas que no podía responder? Ni siquiera Michael podía aclararle lo ocurrido antes de la pelea, antes de perder los estribos e intentar matarle con un jarro de

bronce oriental. El hecho de haber intentado matar a su marido ya no le parecía espantoso. ¿No había matado ya a su madre y a su hija?

Jane intentó dotar a la muerte de un rostro, a base de recordar las numerosas imágenes de la niña que había visto crecer entre las hojas de plástico del álbum fotográfico, aquella hermosa niña de sonrisa tímida y mirada curiosa, con un zapato rojo y otro azul, oliendo una rama de lila, cogida de la mano de su padre, o cogida a la falda de su madre. Ahora Emily no es más que un recuerdo, pensó, sólo que ni eso era.

¿Cuántas veces en los últimos días había repasado los detalles del último mes? Sentada en el solario, mientras contemplaba cómo las mañanas se desplazaban por el suelo al igual que pequeñas porciones de pastel, que aumentaban de tamaño hasta que volvía a oscurecer, repasaba todos los días los acontecimientos, desde la primera vez que Michael la había traído a casa después de perder la memoria. Recordaba haber cruzado el umbral hacia su vida anterior y preguntarse qué sería exactamente lo que la esperaba, para después reírse al sentir la opresión en su garganta. Ni en sus más descabellados sueños, ni en sus peores pesadillas, podía haber imaginado una situación tan grotesca, tan desesperante. No era sorprendente que hubiera intentado escapar por todos los medios.

Se veía a sí misma cómo cruzaba la sala de estar, se acercaba al piano, oía que sus dedos recordaban un antiguo tema de Chopin, observaba cómo aquellos mismos dedos levantaban varias fotografías hacia sus ojos, entre las que figuraban tres grupos escolares, con los alumnos formados por orden de estatura. Un niño pequeño de la primera fila tenía una pequeña pizarra que los identificaba como alumnos de la escuela particular de Arlington. Jane le había sonreído a aquella niña delicada de largo cabello castaño claro y enormes ojos, vestida toda de amarillo, de pie con orgullo en la última fila; a la misma niña, un año mayor, con un vestido blanco y rosa, el cabello en forma de cola de caballo, todavía alta y orgullosa; a la misma niña, con el cabello suelto, un vestido a cuadros blancos y negros y una sonrisa un tanto insegura y circunspecta. Primero de párvulos, segundo de párvulos y primer curso. Faltaba la foto del segundo curso.

—Supongo que este año no recibimos ninguna fotografía —había dicho Michael—. Debía de estar enferma cuando la tomaron.

¿Por qué no le había parecido extraño que las fotografías más recientes de Emily tuvieran por lo menos un año? En una familia que había dejado meticulosamente constancia gráfica de cada uno de sus movimientos, ¿por qué no le había parecido peculiar que no hubiera ningún recuerdo fotográfico

del último año? Comprendió que no había querido darse cuenta, porque no estaba lista para enfrentarse al desastre en el que había convertido su vida, mirar cara a cara la destrucción que había generado, aceptar las vidas que había aniquilado.

«Yo soy quien debería ser destruida —pensaba—. Acabar con mi vida, como con la de un perro cuando ya no tiene salvación. ¡Una inyección deletérea!», decidió, al tiempo que se frotaba el brazo bajo las sábanas, en el lugar donde Michael la había inyectado aquella misma mañana.

Recordaba sus crecientes sospechas sobre Michael, su convicción de que tramaba algo contra ella para desposeerla de su cordura, cuando lo único que hacía era procurar ayudarla a que la recuperara.

Y ahora había traído a alguien para que la visitara. Después de impedirle el acceso durante varias semanas a sus amigas más íntimas, ahora había decidido que había llegado el momento de mostrarles el infierno en el que vivía. Primero había llamado a Sarah y Peter Tanenbaum, que acudieron inmediatamente, y Sarah se echó a llorar sólo de ver el estado en que Jane se encontraba, mientras que Peter prefirió no mirarla y hablar con Michael en su lugar.

Había intentado comunicarse con ellos, consolarlos, decirles que todo iba bien, que así estaba mejor, que había elegido la locura, que le sentaba bien, que no debían preocuparse por ella. Pero de algún modo sus brazos se negaban a moverse y su voz no lograba cruzar el nudo que tenía en la garganta. Los miraba, con los ojos empañados como un objetivo cubierto de vaselina, sin decir palabra, y con el único deseo de que la dejaran a solas con su destino. Había intentado huir, pero la habían capturado y devuelto para enfrentarse a su ejecución.

Había recibido también otras visitas. En los últimos días Michael había llamado a casi todos sus amigos, aunque sólo les permitía quedarse unos minutos. Janet e Ian Hart, Lorraine Appleby, David y Susan Carney, Eve McDermott, sin que la acompañara Ross, puesto que había ido de pesca, desfilaron todos por el solarío y examinaron a Jane, como si fuera una de las famosas figuras de cera del Museo de *Madame* Tussaud.

—No mencionéis a Emily —advirtió Michael a cada uno de ellos y Jane agradeció que no lo hicieran.

—No menciones a Emily —oyó ahora que susurraba al otro lado de la puerta y al cabo de un momento Diane Bewster estaba agachada frente a ella, con los ojos inmediatamente llenos de lágrimas.

—¡Dios mío! —gimió con una voz apenas audible, al tiempo que su cuerpo se tambaleaba como si fuera a desmayarse.

—No te preocupes —le aseguró Michael, con unos golpecitos en el hombro—. No sufre.

—¿Puede oírme?

—Sí —respondió Michael, al tiempo que se colocaba junto a Jane y le acariciaba el cabello—. Diane está aquí, cariño. ¿Puedes saludarla?

Jane intentó forzar los labios, en la posición adecuada y mover la lengua para articular el difícil nombre, pero sólo logró hacer unas aviesas muecas y dejó de intentarlo. ¿Qué importaba después de todo?

—No lo comprendo, Michael —exclamó Diane, enojada, después de incorporarse—. No comprendo lo que le ha ocurrido. Sé que me lo habías advertido. Soy consciente de que ha sufrido un trauma grave...

—Diane —dijo Michael para llamarle la atención, al tiempo que ella respiraba hondo varias veces procurando tranquilizarse.

—¡Maldita sea, Michael! Es la más antigua de mis amigas. Estaba siempre tan entusiasmada, tan segura de todo... No puedo creer que sea la misma persona.

Michael se limitó a asentir.

—¿No pueden hacer nada los médicos?

—Hacemos todo lo que podemos.

—Pero ha perdido mucho peso.

—No quiere comer.

Diane se golpeó los costados con la palma de las manos y volvió a agacharse frente a Jane.

—Te pondrás bien, Jane. Saldrás de ésta muy pronto. Nos aseguraremos de que así sea. Michael y yo y todos tus amigos. Nos cercioraremos de que te recuperes.

—¿Por qué no le lees esto? —sugirió Michael, a la par que ponía una pintoresca postal en la temblorosa mano de Diane.

—Es una postal de Howard y Peggy Rose —declaró Diane con una inflexión forzada en la voz que la hacía sonar vagamente histérica—, desde Francia —agregó, al tiempo que le mostraba la foto de un pequeño café junto a un mar verde azulado—. La letra no se entiende muy bien porque es muy pequeña, pero creo que dice así: «Aquí estamos en el sur de Francia, pronosticables como de costumbre. Pero nos encanta y lo pasamos de maravilla... como tú debes de estar ya de regreso en el viejo y aburrido Boston. ¿Por qué no lo abandonas todo y vienes a visitarnos? Nos encantan

las sorpresas. Y te queremos. Esperamos que todo vaya bien. Como dice la vieja canción, nos veremos en setiembre. HOWARD Y PEGGY». Muy bonita —concluyó, a la vez que desaparecía su entusiasmo para convertirse en llanto.

Una visita por sorpresa, pensó Jane, mientras recordaba la que supuestamente debía de haberle hecho a su hermano. Intentó imaginarlo en algún lugar de España, pero no logró enfocar con claridad su imagen. A quien sí pudo discernir con mayor precisión fue a su cuñada. Gargamela, pensó, al tiempo que soltaba una carcajada.

—¡Dios mío, Michael! —exclamó Diane, mientras acariciaba el rostro de Jane—. ¿Qué ha sido ese grito? No parecía humano.

—¿Estás bien, Jane?

«Perfectamente —respondió en silencio—. Sólo deseo que os marchéis todos y me dejéis sola para morir en paz».

—¿Te apetece una cerveza de jengibre? —preguntó atentamente Michael—. ¿O algo de comer? Paula ha preparado una magnífica tarta de arándanos.

«Prefiero la tarta de manzana —pensó Jane, al tiempo que recordaba la ocasión en que había mantenido a Paula a raya, con el cuchillo utilizado para cortar las manzanas—. Los viejos tiempos», exclamó para sí, con el deseo de haberse hundido el cuchillo en el vientre y atravesado el corazón.

Tal vez no era todavía demasiado tarde. Quizá valía la pena intentarlo. Acaso podía indicarles a su marido y a su mejor amiga que efectivamente le apetecía una porción de la tarta de arándanos de Paula, pero que prefería comerla en la cocina. Entonces, cuando estuvieran cómodamente sentados alrededor de la mesa, imbuidos de una falsa sensación de seguridad, se abalanzaría sobre el cajón de los utensilios, se destriparía nítidamente con su propio cuchillo y la sangre mancharía la parte delantera de su vestido. Su propia sangre. Como tenía que haber sido en todo momento. Círculo cerrado.

Pero no dijo nada. Se limitó a observar cómo la contemplaban con miedo y confusión en la mirada. Habría sido mejor para todos si hubiera simplemente desaparecido, si nadie la hubiera encontrado, reconocido, ni traído a su casa. Michael habría acabado por divorciarse de ella, Dios sabe que le sobraban las razones. Sus amigos habrían hablado de ella durante un tiempo, antes de pasar a otros temas de mayor interés. Al poco tiempo sería como Emily, poco más de un recuerdo. Ironía propia de una amnésica, pensó, y volvió a reírse.

En esta ocasión la carcajada surgió en forma de suspiro truncado. Diane la agarró de la mano.

—¿Estás seguro de que no sufre, Michael?

—Seguro.

—Me siento tan inútil...

—A todos nos ocurre lo mismo.

Jane deseaba coger la cara de su amiga con las manos y besarla en ambas mejillas, para asegurarse que todo se resolvería satisfactoriamente. Pero sabía que si decía o hacía cualquier cosa, incluso algo tan insignificante como acariciar el cabello de su amiga, transmitiría señales incorrectas y levantaría falsas esperanzas. Ahora lo sabía. No había esperanza y era absurdo fingir lo contrario.

Ya no aspiraba a recuperar la memoria. En realidad se acostaba todas las noches con el delirante anhelo de nunca recobrarla. Sabía sobre sí misma todo cuanto necesitaba saber. Si existía Dios y era misericordioso, se decía a sí misma, no la obligaría a revivir la muerte de todo cuanto había amado. Le permitiría enterrarse en vida en su capullo farmacológico hasta su próxima desaparición, que ahora sería definitiva.

—La otra noche vi una película terrible —exclamó de pronto Diane, en lo que Jane reconoció como otro intento de estimular alguna reacción—. Se suponía que era muy erótica. Ya sabes cuánto me gustan las películas eróticas. Aunque sean malas, son buenas, ¿no es cierto? Pero no en este caso. Estaba llena de tetas al aire, pililas y abundantes gemidos, pero los diálogos eran tan malos que el público reía a carcajadas. Tracy quería marcharse del cine. ¿Te acuerdas de mi amiga, Tracy Ketchum, la que el año pasado creía que estaba embarazada y resultó ser la menopausia prematura? ¿Te lo imaginas? ¿A los cuarenta? El caso es que estábamos allí sentadas —prosiguió, después de hacer una pausa para comprobar en vano si Jane reaccionaba—, intentando decidir si quedarnos o marcharnos, cuando de pronto un individuo del público empezó a gritarle a la pantalla, y era tan divertido, que tuvimos que quedarnos para escucharle. Y ese personaje que interpretaba Arlene Bates... Dios sabe dónde se había metido desde hace tantos años y por qué decidió reaparecer en esa película tan horrible, pero está encantadora. Creo que deben de haberle tensado el cutis; créeme, no tenía una sola arruga en la cara, pero el cuello, no te quepa la menor duda, el suyo no era joven. No sé por qué lo hacen esas mujeres. Y también los hombres. Con tanta tensión y absorción, todos parecen vagamente orientales, como Jack Nicholson y Richard Chamberlain, e incluso Burt Reynolds, pero tienen una piel vieja. Tracy dice que empeora después de los cuarenta. Que hay un montón de cosas que se empiezan a desintegrar. Yo le dije que a mí empezó a ocurrirme a los treinta, pero según ella no hay punto de comparación. Dice

que lo primero que falla es la vista. De pronto una es incapaz de leer el reverso de las cajas de cereales y empieza a alejar cada vez más los libros, a no ser que sea miope, en cuyo caso se compensa. De modo que hay que empezar a usar gafas para leer y parecerse a la más odiosa de sus tías. Entonces se te cae el culo. Tracy dice que no le sorprendió el hecho de que se le cayera, sino la forma en que lo hizo. Dice que siempre había supuesto que cuando cayera, conservaría la misma forma, pero más abajo. No se había dado cuenta de que cae porque se allana. ¿Te lo imaginas? ¿Un trasero plano? Como Jack Lemmon en aquella película, ¿cómo se llamaba, *Así es la vida*?

»En todo caso, volviendo a Arlene Bates y a ese individuo del público, Arlene le dice a esa exmodelo convertida en pésima actriz con ojos de salón ahumado, cuyo nombre ni siquiera recuerdo...

¿Cindy Crawford?, pensó Jane, que recordaba a la famosa chica de la portada, al tiempo que sentía que sus pesados párpados intentaban cerrarse.

—¡Pamela Emm! —exclamó Diane—. Éste es el nombre de esa pobre muchacha. ¿Te lo imaginas, una inicial por apellido? Afirma que es auténtico. Bien, ¿quién sabe? Un nombre del que no creo que se oiga hablar en el futuro. No te quepa la menor duda: Pamela volverá a las páginas silenciosas de Vogue y Bazaar...

Michael tosió para interrumpir el monólogo de Diane.

—Jane empieza a estar muy cansada, Diane. Tal vez podrías acabar de contárselo en otra ocasión.

—Por favor, Michael, sólo un minuto. Tengo la sensación de poder llegar a ella.

Jane vio que Michael asentía y se dirigía a la ventana posterior para contemplar el jardín. «¿Cómo puede soportarlo?, —se preguntó—. ¿Cómo resiste quedarse aquí? ¿Cuidando de mí? ¿Cómo puede siquiera mirarme, después de todo lo que le he hecho? Soy sin duda una pieza de cuidado. Merezco estar en los libros. En la pantalla».

—En todo caso —prosiguió Diane, en un tono crecientemente perentorio—, Arlene, que interpreta a una magnate del negocio inmobiliario que es una auténtica zorra, le dice a Pamela que quiere comprar una nueva casa y evalúa la habitabilidad de cada habitación haciendo el amor en el suelo de la misma, que para dicho propósito le pide ayuda al joven repartidor de periódicos, ya que su marido, que es senador, ¿qué si no?, está demasiado ocupado intentando alimentar a las masas hambrientas de Etiopía. Mientras ella pasa hambre en su propia casa, ¿qué te parece? De modo que Arlene, que lleva unos prismáticos en su bolso Hermes, con lo que se da a entender que es una

verdadera fisgona, le dice a Pamela: «Dile que venga». Entonces Pamela se acerca a la ventana con más lentitud de la que yo tardaría en cruzar el océano Atlántico en una canoa, contempla al adolescente que arroja periódicos desde su bicicleta y, ¡santo cielo!, abre ligeramente sus protuberantes labios sin atreverse a hablar, hasta que Arlene insiste: «Díselo». Y entonces el individuo del público chilla: «¡Díselo, rápido!». Y nos tronchamos todos de risa. Entonces pensé en ti. Incluso se lo dije a Tracy: «Eso es algo que también haría mi amiga Jane». ¡Dios mío! ¿Recuerdas aquella ocasión en que casi lograste que nos atropellara aquel maniaco en un Trans Am rojo?...

—Diane —interrumpió Michael, en esta ocasión con cierto indicio de impaciencia en su voz—, no creo que éste sea el momento más apropiado.

—Me ha parecido que tal vez lograría zarandear su memoria... —se disculpó Diane de inmediato.

—¿No crees que eso es lo que hacemos, día y noche, desde hace un mes? No estoy seguro. Tal vez la hemos presionado demasiado para que recuerde. Creo que lo más indicado que podemos hacer por ella ahora es dejarla tranquila, para que evolucione a su propio ritmo.

—Pero mírala, Michael. ¿Crees que evolucionará por sí sola?

—No lo sé —respondió, con la mirada fija en el suelo—. Ya no sé qué hacer. Ni siquiera estoy seguro de que sea una buena idea seguir tratándola en casa.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Vamos!, —exclamó Michael, haciendo caso omiso de su pregunta, al tiempo que ayudaba a Diane a incorporarse—. Paula acaba de preparar un té y se sentirá muy ofendida si no pruebas su tarta de arándanos.

—Michael, ¿qué estás diciendo?

—He investigado un poco, algunas averiguaciones preliminares...

—¿Sobre qué?

—Para internar a Jane en un hospital psiquiátrico.

—¡Santo cielo, Michael! ¿Jane en un centro psiquiátrico?

—¡Válgame Dios! No hablamos de un pozo de serpientes. ¡Maldita sea, Diane! ¿Pretendes que me sienta culpable? ¿No crees que ya lo he intentado todo? ¿Que ni siquiera lo pensaría si no estuviera tan preocupado y frustrado? ¡Dios mío, mírala! Parece un vegetal. Y se deteriora de día en día.

—Tal vez son los medicamentos que toma...

—Sin los medicamentos, tiene ataques de violencia y alucinaciones. Por lo menos así no causa daño, a sí misma ni a los demás. Su mente tiene la oportunidad de descansar y, con suerte, recuperarse. Esos centros no son

como en las películas, no hay ninguna enfermera Ratched oculta bajo la cama. Hay muchos lugares excelentes donde Jane recibiría la ayuda que necesita.

—Comprendo lo que dices, Michael. Pero me resulta muy difícil asimilar la situación.

Diane miró fijamente a Jane como si le ordenara que se pusiera en pie. Jane interpretó la expresión de su rostro. «Levántate —decía—. Levántate y defiéndete. Demuéstrale a este hombre que estás bien, que no necesitas que te recluyan en ningún centro. ¡Levántate, maldita sea!», chillaban los ojos de Diane.

Jane sintió un cosquilleo en las piernas, pequeñas punzadas en la planta de los pies y supo que deseaba obedecerla, incorporarse de un brinco para abrazar a aquella mujer que era su amiga, aunque hubiera desaparecido el pasado que habían compartido, y decirle que se recuperaría, que todo volvería a funcionar.

Pero ¿cómo podía volver todo a funcionar correctamente? Había causado la muerte de su madre e hija, engañado a su marido, casi lo había asesinado, traicionado a su vecina, e incluso quizá a algunas de sus amigas. Recibía exactamente lo que merecía.

—Volveré, Jane —dijo Diane, al tiempo que se acercaba para secarle la saliva junto a la boca, antes de darle un beso en la mejilla—. No olvides que ibas a presentarme a ese individuo que conociste en una de tus reuniones sobre el medio ambiente. Cuento contigo, Jane. Mi madre cuenta contigo —agregó, antes de hacer una pausa, mientras derramaba lágrimas sobre la manta de Jane—. Te quiero.

Jane se sintió envuelta en los brazos de Diane, sin hacer ningún esfuerzo para corresponder al abrazo, ni para separarla. «No merezco tu amor», pensó mientras observaba a Michael, que acompañaba a su amiga por la puerta de la cocina e imaginaba que Paula les servía una taza de té, cómodamente sentados alrededor de la mesa, mientras admiraba su tarta de arándanos.

Sabía que la vida seguiría perfectamente sin ella, e inmediatamente evocó numerosas escenas domésticas como aquella. Tal vez Michael acabaría por casarse con Diane y hacer realmente feliz a su madre, o puede que se casara con Paula, la instalara con su hija minusválida en la casa, y dispusiera así de una familia prefabricada, para sustituir a la que ella le había robado. Y Michael volvería a ser feliz. ¿Y dónde estaría Jane? En un centro psiquiátrico o bajo tierra. ¿Qué diferencia había? A fin de cuentas, lo mismo daba lo uno que lo otro.

Veintitrés

Estaban sentados en el coche de Michael, en un aparcamiento de Saint James Avenue, a la vuelta de la esquina de la terminal de autobuses de Greyhound.

—¿Estás bien, Jane? ¿Estás segura de que te sientes con las fuerzas necesarias?

¿Por qué se lo preguntaba? No había sido ella quien había decidido levantarse de la cama para ir en coche al centro de Boston en busca de un estúpido tesoro. Había sido idea de Michael. Cuando la ayudaba a acostarse la noche anterior, o quizá otra noche, ¿quién sabe?, le había preguntado sin darle importancia qué había ocurrido con los diez mil dólares retirados de su cuenta bancaria compartida.

Al principio apenas recordaba de qué le hablaba, todo parecía haberle ocurrido a otra persona hacía muchísimo tiempo, pero después de cautelosas indagaciones logró confesar dónde había escondido el dinero. A Michael le hizo gracia su astucia, especialmente cuando le dijo que había ocultado la llave de la caja de seguridad en uno de sus zapatos. No recordaba de qué calzado se trataba y Michael tuvo que desarmarlos todos.

Jane confiaba en no verse obligada a acompañarle, pero entonces se dio cuenta de que era sábado y Paula tenía los fines de semana libres. Sarah y Diane habían llamado aquella mañana para sugerir que vendrían a verla, y Michael les había dicho a ambas que pensaba llevar a Jane al centro de Boston, para comprarle finalmente el anillo de diamantes del que tanto había hablado, que le parecía una buena idea, y que las llamaría más tarde para comunicarles la reacción de Jane. No les mencionó nada relacionado con la terminal de autobuses de Greyhound, lo cual no le pareció sorprendente. ¿Qué podía decirles? ¿Que iba a recuperar el dinero que ella había robado, antes de volverse loca? Hasta lo que las mejores amigas estaban dispuestas a escuchar tenía un límite.

—¿Puedo esperar en el coche? —preguntó Jane, con palabras de sonido desconocido, como si hablara una lengua extranjera.

¿De dónde había sacado las fuerzas para hablar?, se preguntó, con el único deseo de acurrucarse sobre la suave tapicería del coche y quedarse dormida.

—Has de hacer un poco de ejercicio —respondió Michael—. Vamos, Jane: el paseo te sentará bien. No puedes permanecer sentada día tras día. Tienes que salir más a menudo. Debes empezar a ocuparte de nuevo.

¿Por qué?, pensó sin molestarse en formular la pregunta. Era paradójico que cuando deseaba salir Michael se negaba y ahora, cuando lo único que deseaba era que la dejaran tranquila en cama, su marido insistía en sacarla en el coche y a pasear. Cuando deseaba desesperadamente ver a sus amigas, hablar con ellas por teléfono, le dijo que no era una buena idea, y sin embargo en los últimos días, cuando se sentía demasiado débil y enferma incluso para mirarlas, no dejaba de exhibirla. ¿Qué había de justo en ello? ¿Qué lógica tenía?

—Vamos —repitió, al tiempo que se apeaba del coche, se acercaba a su puerta y la abría.

Sabía que no la dejaría sola en el coche, porque temía que huyera y le abandonara de nuevo. ¿Qué le impedía comprender que aquella sería indudablemente la mejor solución para todos sus problemas?

Allí estaba, mientras su marido la ayudaba a apearse del coche, o mejor dicho tiraba de ella, con un pantalón azul marino y una larga blusa blanca, propia de una niña de doce años, el pelo cuidadosamente peinado en forma de cola de caballo, y Michael, que la conducía hacia la acera con una sonrisa, le aseguraba que podía hacerlo, que estaba convencido de ello, realmente caminando, aunque no tenía la sensación de que sus pies tocaran el suelo, en dirección a la terminal de autobuses de Greyhound, a la vuelta de la esquina.

Brillaba el sol. La temperatura resultaba muy agradable, veintiséis grados, si había que dar crédito al locutor de la radio. Ella no lo hacía. El clima parecía más caluroso. Definitivamente pegajoso. Percibía que el sol le presionaba la cabeza, como el matón del barrio cuando empujaba a un niño bajo el agua y deseaba chillar, agitar violentamente los brazos, eliminar el poder que ejercía sobre ella. Pero el sol sólo no hacía más duro e implacable y sabía que toda protesta equivaldría a una inútil pérdida de energía. Abrió cautelosamente la boca, como un pez, con el propósito de transmitir oxígeno a sus pulmones, pero sólo tragó calor, como si estuviera encima de una olla hirviendo. Sentía que le ardía la lengua y le picaban los ojos.

—¿Estás bien? ¿Quieres descansar unos minutos?

Jane movió la cabeza. ¿Qué sentido tenía sentarse a descansar? Tendrían que empezar a andar de nuevo y sólo serviría para prolongar la duración de la expedición. No, cuanto antes recuperaran el dinero que había escondido, antes regresarían al coche, a la casa, a la cama y a esos benditos medicamentos que le brindaban la niebla del olvido, que la transportaba a lo largo del día. Y pensar que en otra época había luchado contra los mismos.

—Cuidado. Mira por dónde caminas.

Jane bajó la mirada, para ver cómo sus pies avanzaban por las puertas de la terminal. Inmediatamente se vio rodeada de una gran muchedumbre, algunos que corrían hacia sus autobuses, otros encantados de haberlos abandonado, y todos tan despreocupados por su presencia como durante su primera visita. La mujer invisible, pensó, mientras Michael tiraba de su brazo.

Al cabo de un momento, estaba junto a una larga hilera de cajas de seguridad, empapada de sudor, sin prestar demasiada atención a Michael y a la empleada de la estación, que introducían sus respectivas llaves en los cerrojos correspondientes. Vio cómo Michael abría la puerta de la caja y sonreía al recoger la bolsa de plástico del hotel Lennox. Cuando la empleada regresó a su mostrador para calcular lo que se debía, Michael miró dentro de la bolsa y Jane vio la consternación que se reflejó en su rostro, al ver su vestido azul manchado de sangre. En aquel momento decidió que, además de sus otros problemas psicológicos, tenía el de ser esquizofrénica de la moda. ¿Cómo podía vestir la misma mujer unos sofisticados modelos de Anne Klein en un momento dado, y un delicado vestidito de marino al próximo?

¿Cómo podía siquiera pensar tal nimiedad en aquel momento...? ¿Pensamientos?, se preguntó, mientras observaba a Michael cómo pagaba en el mostrador, a continuación sacaba cuidadosamente el vestido de la bolsa, la cogía del brazo para empezar a caminar y lo arrojaba en la papelera más próxima. Acto seguido, dobló la bolsa que contenía los millares de dólares que ella le había robado, y, después de formar un meticuloso paquete, se lo colocó bajo el brazo, como si aquella fuera para él una forma habitual de transportar grandes cantidades de dinero. A continuación se abrieron elegantemente paso entre la muchedumbre, al tiempo que Michael saludaba con la cabeza a algunas de las personas que se cruzaba, le sonreía a un policía y le abría la puerta a una anciana cargada de maletas.

Cuando llegaron a la calle, Jane supuso que Michael la conduciría al aparcamiento, localizaría el coche con la misma facilidad que todo lo demás y regresarían a su casa. Pero en lugar de girar hacia Saint James Avenue, siguió por Boylston hasta Newbury.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jane, que procuraba no quedarse rezagada.

—He prometido llevar a mi esposa de compras.

—¡Por Dios, Michael, no creo que esté en condiciones!

Si la oyó, fingió no haberlo hecho y, al cabo de unos minutos, se abrió paso por la elegante calle del centro de la ciudad, junto a Michael, que silbaba mientras andaba, al parecer inconsciente de su malestar, a pesar de que sabía que lo único que pretendía era arrancarla de su letargo.

—Realmente no tengo ánimos para ir de compras —declaró Jane, mientras pensaba en lo absurdo de la situación, conforme pasaban apresuradamente por delante de una colección de elegantes tiendas.

La calle estaba abarrotada de gente, algunos cargados de bolsas. Jane se preguntó si algunas de ellas estarían llenas de billetes de cien dólares y miró a Michael, que en aquel momento saludaba con la mano a una mujer, al otro lado de la calle. La mujer le devolvía el saludo, antes de cruzar la calle.

—Michael, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Cómo te ha ido?

—De maravilla. A decir verdad, no podía haber ido mejor. Me quedo sin lugar a dudas con la medicina privada.

La mujer echó una ojeada a Jane y ésta reconoció en su mirada que había detectado algo desagradable, pero se resistía a expresarlo.

—Disculpa —dijo inmediatamente Michael—. Thea Reynolds, te presento a mi esposa, Jane.

—Encantada de conocerte —respondió Thea Reynolds.

Jane intentó responder con una sonrisa, sin saber si sus labios la habían obedecido.

—Thea es especialista en problemas alimenticios. Abandonó el hospital el año pasado para abrir su propia clínica.

Cuando Jane asintió, habían ya dejado de prestarle atención y no se esperaba más de ella. «¡Menos mal!», pensó Jane, mientras se balanceaba de un pie a otro, agarrada del brazo de Michael para no perder el equilibrio, como una niña a quien le duelen los pies después de mucho andar. Se sentía intimidada por la presencia de Thea Reynolds, con su elegante cabello negro perfectamente peinado e indiferente al calor, la soberbia dentadura que manifestaba su sonrisa, el donaire de su atavío, la perfecta elección de todos sus detalles, sus impecables uñas y excelente manicura. Thea Reynolds hablaba con autoridad, con la seguridad en sí misma propia de un profundo sentido del yo, que Jane se preguntaba si jamás había poseído. ¿Se había

sentido siempre intimidada ante mujeres como Thea Reynolds? ¿O había poseído ella también una confianza semejante en sí misma?

Dedujo que debió de haberla poseído, al recordar que su mal genio y su propensión a hablar claro le habían causado abundantes problemas en numerosas ocasiones. ¿Dónde estaba ahora su confianza en sí misma?

«¡Muerta!», pensó, al tiempo que miraba de reojo a una mujer que pasaba. Destrozada para siempre en una colisión entre dos coches; otra víctima de su descuido.

La mujer que se acababa de cruzar con ella no dejaba de mirarla. Jane volvió ligeramente la cabeza para ver cómo se alejaba por la calle. De pronto se detuvo, vaciló y siguió su camino. «Probablemente deseaba felicitarme por mi atuendo», pensó Jane, mientras observaba a Thea Reynolds, que se acercaba para darle un beso a Michael en la mejilla. Probablemente a quien la mujer miraba, a quien creía haber reconocido, era a Michael, ya que Jane comprendió haber captado en aquella mirada algo que decía «creo reconocerte, pero no estoy segura: ayúdame».

Jane comprendió que hablaba con ella cuando, sin molestarse en parecer sincera, oyó que Thea Reynolds decía:

—He tenido mucho gusto en conocerte.

—El gusto ha sido mío —refunfuñó Jane, con la mirada fija en los labios intensamente rojos de aquella mujer.

A continuación vio cómo cruzaba la calle y entraba en el American Bar & Grill. Su andar era tan característico como el resto de su persona, con un movimiento de los hombros que imitaba el de sus pies y a veces le precedía.

—Es una chica encantadora —dijo Michael cuando tiraba de Jane para echar de nuevo a andar.

El comentario no se prestaba a ninguna respuesta y Jane guardó silencio.

—Y una excelente doctora —agregó, evidentemente sin necesitar su participación en el diálogo—. Empezó a preocuparse seriamente por los trastornos dietéticos, cuando la mayoría de los médicos los descartaban como una más de las condescendencias femeninas.

«Otra condescendencia femenina», pensó Jane, dolida por la frase, mientras se daba cuenta de que habían vuelto a detenerse.

—He pensado que podríamos entrar aquí unos minutos —decía Michael.

Jane vio una escalinata curvada junto a un muro de cristal e intentó concentrarse en las letras negras que identificaban el nombre de la tienda. «Oliver's», proclamaba el letrero, seguido de otras palabras en letra más

pequeña y difícil de descifrar, porque no dejaba de moverse, donde se leía: «Joyería selecta desde hace más de cincuenta años». ¿Qué diablos estaban haciendo aquí?

—Michael, no puedo —dijo, al tiempo que él tiraba de su brazo por la escalera—. Estoy demasiado cansada. Es imposible. Sólo quiero acostarme.

—Ya falta poco.

—Creo que no lo conseguiré.

—Casi hemos llegado. Un último esfuerzo.

Sus pies alcanzaron el rellano del último peldaño, pero los músculos de sus piernas seguían escalando, sin dejar de tensarse y destensarse al ritmo que Michael había marcado.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Jane, demasiado cansada para separar las palabras.

—He dicho a tus amigas que iba a comprarte una nueva alianza, y eso es exactamente lo que voy a hacer —respondió, a la vez que le daba unos golpecitos a la bolsa que llevaba bajo el brazo—. Se da la casualidad de que llevo unos cuantos dólares encima.

—Michael, no debes hacerlo. No es justo —protestó Jane, mientras se preguntaba por qué no se limitaría a divorciarse de ella y dar el asunto por concluido.

—Te prometí diamantes y siempre cumplo mis promesas.

—¿Diamantes?

¿De qué podían servirle a ella los diamantes? ¿No había hablado, sólo anoche, de recluirla en un centro psiquiátrico? ¿Y no había pensado ella seriamente en ahorrarle las molestias?

«Suicidio», pensó, mientras la palabra le retumbaba en el cerebro. «Suicidiosuicidiosuicidiosuicidiosuicidio». ¿Cuándo se le había ocurrido por primera vez? ¿Cuándo había empezado a parecerle la solución evidente a todos sus problemas?

Veía cada vez con mayor claridad que Michael nunca la abandonaría. Aunque la ingresara en un centro psiquiátrico, seguiría visitándola con regularidad y considerándola su esposa. Incluso ahora la conducía al mostrador de una joyería, decidido a comprarle un nuevo anillo matrimonial, como para reforzar su compromiso con ella. «¿Era justo que existiera dicho compromiso mutuo?», se preguntó, casi con una carcajada.

No, mientras siguiera viva, Michael nunca se libraría de ella. Viviría siempre con la esperanza de que algún día se recuperaría, salvaría su

matrimonio. Sólo sería libre y se vería obligado a seguir con su propia vida, si ella moría. Era así de simple. Era lo menos que podía hacer.

Sería bastante fácil. Sabía dónde guardaba los medicamentos. Lo único que tenía que hacer era tomar unas cuantas de esas pequeñas y deliciosas pastillas blancas más de la cuenta. Si así no lo lograba, siempre podía recurrir al familiar cuchillo de cocina. También podía arrojarse por la ventana de cristales de colores del piso superior de su casa y ensartarse en el asta del unicornio. Tenía un montón de alternativas. «Después de todo, querer es poder», recordó de otra vida.

—Jane —dijo Michael, para llamar su atención hacia el mostrador, al tiempo que la abrazaba—. ¿Ves algo que te guste?

—Michael, no necesito...

—Hazlo por mí —exclamó Michael.

El dependiente se rió, y su ondulado cabello rubio y grandes gafas de concha se movieron al ritmo de la risa.

—Es la primera vez que lo oigo —dijo, mientras miraba a Jane de reojo, ya que al parecer le resultaba excesivamente doloroso mirarla de frente—. La mayoría de las esposas traen aquí a sus maridos prácticamente a rastras. ¿Desean ver algo en especial? —preguntó el dependiente, que dijo llamarse Joseph.

—Queremos ver anillos de matrimonio —respondió Michael.

—Una boda. Maravilloso.

Jane se percató de que Joseph cuestionaba mentalmente el juicio de Michael en cuanto a la elección de pareja.

—Tenemos una gran selección de anillos de matrimonio. Tal vez tengan alguna idea concreta...

—Diamantes —respondió escuetamente Michael.

—Diamantes —repitió casi reverentemente Joseph—. Hermosa palabra, ¿no les parece?

Rió, provocando un balanceo de su cabello y gafas, al tiempo que Michael participaba en el festejo. Jane no se rió, ni siquiera sonrió. Ningún sentido del humor, sabía que Joseph pensaba. ¿Qué habrá impulsado a ese individuo, tan apuesto y evidentemente inteligente, a vincularse a esa momia sin ningún sentido del humor, con una blusa pasada de moda e incapaz de apreciar las delicadezas de la vida?

—¿Prefieren un diamante solitario o un aro eterno?

«¡Eterno! —pensó Jane—. ¡Eternoeternoeternoeternoeterno!».

—Puesto que ya llevamos once años casados —decía Michael cuando el dependiente agachaba la cabeza como para darle el pésame—, creo que un aro eterno sería más apropiado. ¿Tú qué opinas, querida?

Jane pensó: «¡Eterno! ¡Eternoeternoeternoeternoeterno!».

—¿Podemos ver algunos?

—Por supuesto —respondió Joseph, a la vez que abría una caja de cristal sobre el mostrador y les colocaba delante una batea repleta de alianzas con diamantes—. ¿Les gustaría sentarse? —preguntó mientras chasqueaba los dedos para llamar la atención de su ayudante, que trajo inmediatamente una silla, en la que Jane no tardó un segundo en acomodarse—. ¿Está bien su esposa, señor...?

—Whittaker. Doctor Whittaker. La salud de mi esposa ha sido temperamental últimamente —aclaró—, pero ya se encuentra mucho mejor.

—Lamento que haya estado enferma —declaró el joyero— y me alegro de que se recupere —agregó, dirigiéndose de pronto a Jane, que repetía para sus adentros el término «temperamental», que encontraba maravilloso y se preguntaba dónde se habría originado.

—¿Qué te parecen éstos, Jane?

Jane hizo un esfuerzo para concentrarse en la batea de terciopelo negro, repleta de promesas. Los diamantes resplandecían como diminutas estrellas, firmemente sujetos a sus aros de oro y platino. En algunos el aro brillaba por su ausencia, con las estrellas unidas entre sí como por arte de magia. Había superado las maravillas de la magia. No era ya merecedora de estrellas ni eternidad.

—Son muy bonitos —susurró.

—Eso espero —declaró Joseph, claramente confundido por la actividad de Jane—. Son piedras preciosas de primera calidad.

—¿Qué te parece éste? —preguntó Michael, al tiempo que levantaba un anillo con diamantes redondos de tamaño medio—. Me gusta bastante.

—Excelente elección —afirmó el joyero—. Una de nuestras mejores alianzas.

—Pruébatelo —dijo Michael.

—Prefiero no hacerlo —respondió Jane.

—Tal vez prefiera éste —sugirió Joseph, mientras le mostraba un anillo cuyos diamantes habían sido tallados en forma de pequeños corazones.

—¿Cuál prefieres, Jane?

Jane no respondió. ¿Para qué? Se limitó a levantar la mano para que Michael le colocara el anillo en el dedo. ¿Qué importancia tenía el anillo que

eligiera? ¿Lo enterraría con su cadáver?

—Es un poco grande —dijo Michael, a la par que le movía el anillo en el dedo.

—Eso tiene fácil solución. Permítame que le mida el dedo —dijo mientras le cogía la mano y tomaba las medidas oportunas—. ¡Cinco y medio! —declaró, antes de examinar sus existencias—. Un poco delgado. Parece que no tenemos ninguno de esta talla, por lo menos con diamantes del tamaño que contemplan. Tenemos algo con diamantes un poco más pequeños...

—Prefiero los de mayor tamaño —dijo Michael—, siempre que sean de buena calidad.

—Sólo vendemos piedras de primera calidad, doctor Whittaker, se lo aseguro.

—Bien, creo que se trata de elegir entre estos dos, ¿no te parece, querida? —preguntó Michael, al tiempo que los levantaba para mostrárselos—. ¿Cuál prefieres?

Jane cerró los ojos y volvió la cabeza.

—Tal vez su esposa prefiera otras piedras. Tenemos unas hermosas esmeraldas o rubíes...

—No, diamantes —exclamó Michael—. Creo que nos quedaremos el que ha sugerido de los corazones. Pero en la talla correcta.

—Podemos arreglarlo fácilmente.

—¿Cuándo estará listo?

—¿Le parece bien dentro de una semana?

—Perfecto. ¿Tú qué opinas, cariño? ¿Te parece bien en una semana?

—Creo que necesito aire fresco —susurró Jane, aunque a decir verdad se estaba mucho mejor con el aire acondicionado que en la calle.

Pero necesitaba alejarse de aquel lugar, de la moqueta gris de las paredes y las baldosas negras del suelo, de aquel cabello rubio ondulado y de las gafas de concha, de las piedras preciosas de primera calidad, encarceladas como luciérnagas en un tarro.

—¿Por qué no esperas en el rellano? —sugirió Michael y Jane comprendió que sabía que le faltaban las fuerzas para huir—. Acabará en seguida.

—Mi ayudante la acompañará —dijo Joseph, cuando ya un joven de cabello largo escoltaba a Jane hasta la puerta—. No le quitará los ojos de encima. —Jane oyó que decía, cuando ya habían salido—. Tendrá que dejar algo de depósito.

—De acuerdo —respondió Michael, después de que se cerrara la puerta.

Jane se sentó inmediatamente sobre el peldaño de hormigón, con la cabeza entre las manos. Pobre Michael, pensó. No hacía más que procurar animarla, poner de nuevo las cosas en su lugar. Utilizaba el dinero que ella había robado de su cuenta compartida para comprarle un aro eterno de diamantes. El anillo estaría listo la próxima semana. Para entonces era de esperar que ya no lo necesitara; estaría en su propia eternidad. La eternidad que merecía. ¿Se reuniría en dicha eternidad con su madre y con su hija? ¿O había un lugar especial reservado a los asesinos como ella?

Levantó la cabeza y vio a una mujer que la miraba desde la planta baja. Era la misma de antes, la que le había dirigido una mirada indecisa al cruzarse con ella por la calle.

—Discúlpeme —dijo aquella mujer, después de subir por la escalera—. ¿No es usted la señora Whittaker? ¿La madre de Emily?

Al oír el nombre, Jane no pudo evitar emitir un suspiro.

—Disculpe —repitió—. No pretendía asustarla. Antes me pareció haberla reconocido, pero no estaba segura. Ha cambiado un poco. ¿Es la señora Whittaker?

Jane asintió sin decir palabra.

—Soy Anne Halloren-Gimblet —dijo la mujer para presentarse, al tiempo que Jane intentaba rebuscar el nombre en su mente—. Es probable que no me recuerde, pero nuestras hijas iban a la misma clase. Yo participaba en la excursión cuando usted golpeó a aquel viejo energúmeno con el bolso.

«Halloren-Gimblet», repetía Jane para sus adentros, mientras se preguntaba de dónde sacaría la gente esos nombres.

—El caso es que hace mucho tiempo que quería llamarla, para decirle lo mucho que la admiraba. Me sentí tan culpable en aquel momento. Me quedé allí parada mientras aquel individuo se abría paso entre los niños y no tuve el valor de hacer nada; bueno, ninguno de nosotros lo tuvo, a excepción de usted. Y a continuación nos quedamos todos sin saber qué hacer. Quería llamarla por teléfono, pero nunca llegaba el momento. Ya sabe cómo son esas cosas: una pretende hacer algo, pero, si no actúa inmediatamente, nunca se hace.

Hizo una pausa, como a la espera de que Jane la absolviera. Pero Jane no respondió. Se limitaba a pensar en Halloren-Gimblet.

—Si algún día vuelve a ocurrir algo semejante —prosiguió aquella mujer cuando se acercaba a Jane para estrechar su flácida mano—, no dejaré que transcurran otros seis meses antes de ponerme en contacto con usted. Estuvo

maravillosa —concluyó después de soltarle la mano y descender unos peldaños—. Adiós.

Titubeó unos segundos al pie de la escalera y se alejó cuando Michael salía de la tienda.

—¿Quién era? —preguntó.

—Una mujer con un nombre extravagante, que creía conocerme —respondió Jane con voz monótona.

—¿Y estaba en lo cierto?

Jane se encogió de hombros, a la vez que Michael la ayudaba a levantarse y echaban a andar. Algo que aquella mujer había dicho hurgaba en su cerebro, como un ratón que mordiera una cuerda, pero sabía que necesitaría toda su concentración para recordar la conversación y estaba demasiado cansada. A fin de cuentas, ¿qué importaba? En su lugar, utilizó toda su energía para colocar un pie delante del otro, mientras con cada paso se repetía silenciosamente el nombre de aquella mujer en su cerebro, como el traqueteo del tren sobre los raíles. «Anne Halloren-Gimblet —decía—. Anne Halloren-Gimblet. Anne Halloren-Gimblet. Anne Halloren-Gimblet. Annehallorengimbletannehallorengimbletannehallorengimblet».

Veinticuatro

Jane despertó sobresaltada de un sueño en el que había estado persiguiendo a Emily por un laberinto inacabable de matorrales. Michael dio vueltas en la cama, pero no despertó, y Jane volvió a descansar la cabeza en la almohada, a la espera de quedarse nuevamente dormida, sin que tardara la familiar llamada del inconsciente a impregnar sus músculos.

Al cabo de un momento estaba en unos grandes almacenes, acompañada de Emily. Se acercaron ambas al mostrador y Jane llevaba en las manos una bolsa de plástico, con un vestido que deseaba devolver.

—Este vestido está manchado —le comunicó a la dependienta, que llevaba un infantil lazo rosa en su cabello vivamente pelirrojo.

—No aceptamos manchas de sangre —respondió la joven dependienta, al tiempo que frotaba la tela azul con los dedos—. Además, este vestido lo compró hace seis meses.

—Está garantizado para toda la vida.

—No tiene ninguna garantía.

Jane miró a su alrededor en busca de su hija y descubrió que había desaparecido.

—Emily —exclamó—, ¿dónde estás?

De pronto se encontró frente a una fosa abierta, contemplando a Emily a través de la oscuridad. La niña estaba sentada, paralizada de terror, mientras unas vistosas cobras se contorsionaban ante ella, con el capuz dilatado y la boca lista para morder. Al comprobar que se disponían a atacar, Jane se lanzó al foso encima de las serpientes.

—¡No! —chilló, a la vez que daba un salto en la cama.

Michael se despertó inmediatamente, la cogió en sus brazos y empezó a mecerla lentamente.

—Ya ha pasado —decía rítmicamente—. Estás bien. Sólo era un sueño.

Jane no dijo nada. El suave balanceo de Michael reforzaba la imagen de las serpientes que se contorsionaban en el loso.

—¿Quieres contármelo?

Jane movió la cabeza. ¿Qué había que contar? Había perdido a su hija, para después encontrarla en una fosa llena de víboras. Pero Jane comprendió que había algo más, mientras se inclinaba hacia delante y apoyaba los codos en las rodillas. Había algo más.

—Voy por tu medicamento —se ofreció Michael cuando saltaba de la cama y se dirigía al cuarto de baño.

Algo más. ¿Qué?

Jane se esforzó para recordar el sueño, antes de que se desvaneciera, a partir de los grandes almacenes, su conversación con la dependienta y el hecho de que protestara porque habían transcurrido seis meses. «Seis meses —pensó Jane—. ¿Qué tenía de significativo lo de los seis meses?».

Entonces recordó a la mujer en los peldaños de la joyería de Newbury Street. «Anne Halloren-Gimblet —repitió casi instintivamente para sus adentros—. Anne Halloren-Gimblet había dicho algo sobre seis meses. Pero ¿qué?».

—Aquí están, tómalas —dijo Michael, al tiempo que le entregaba dos pastillas blancas, de forma ligeramente distinta a las de Haldol que estaba acostumbrada tomar.

¿Desde cuándo había cambiado su medicación? Cogió las pastillas y examinó el ligero barniz que cubría su superficie. Si no era Haldol, entonces ¿qué? ¿Thorazine? «No importa», se dijo a sí misma, como solía hacerlo actualmente con todo. Con la otra mano aceptó el vaso de agua que su marido le ofrecía.

¿Qué era exactamente lo que Anne Halloren-Gimblet le había dicho? Algo relacionado con su participación en la excursión, cuando ella había atizado a aquel individuo con el bolso, que en su opinión Jane había estado maravillosa y que se sentía culpable por no haberla llamado antes. «Si algún día vuelve a ocurrir algo semejante, no dejaré que transcurran otros seis meses antes de ponerme en contacto con usted». Sí, eso era. «No dejaré que transcurran otros seis meses antes de ponerme en contacto». ¿Seis meses? ¿Qué quiso decir? ¿Significaban algo sus palabras, o era una simple expresión?

—Toma las pastillas, Jane. Todavía podemos dormir unas horas antes de levantarnos.

Necesitaba más tiempo. Si tomaba las pastillas, en pocos minutos se convertiría en un vegetal y necesitaba el tiempo para analizar sus ideas. El subconsciente intentaba desesperadamente comunicarle algo. Había luchado contra los medicamentos y había penetrado en sus sueños, porque tenía algo

importante que revelarle. Sólo necesitaba tiempo para averiguar de qué se trataba.

Jane colocó las pastillas sobre la lengua y levantó el vaso a la boca. Pero antes de que entrara en contacto con sus labios, inclinó el vaso y derramó el agua sobre la parte delantera de su camisón, que se le pegó a los senos.

—¡Dios santo, Jane! Ten cuidado con lo que haces —dijo Michael, mientras le quitaba el vaso de la mano y secaba su camisón con un extremo de la sábana—. No tiene importancia —agregó antes de regresar al cuarto de baño, mientras ella contemplaba aturdida la porquería que había hecho—. Te traeré más agua.

Durante su ausencia, Jane escupió las pastillas a la palma de su mano y entonces las ocultó bajo el colchón. «No dejaré que transcurran otros seis meses antes de ponerme en contacto».

Seis meses.

Michael regresó con otro vaso de agua, que Jane se llevó cuidadosamente a la boca, inclinó la cabeza para fingir que se tragaba las pastillas y vació el vaso. Michael lo colocó sobre la mesilla de noche, se metió de nuevo bajo las sábanas y la rodeó con sus brazos.

Jane permaneció despierta, al tiempo que intentaba normalizar los latidos de su corazón. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué había querido decir Anne Halloren-Gimblet, al declinar que no dejaría pasar otros seis meses? Si sólo habían transcurrido seis meses desde su último encuentro, la excursión a la que se refería, en la que había golpeado a un energúmeno con el bolso, había tenido lugar durante el último Curso. Pero eso era imposible: hacía más de un año que Emily había fallecido en un accidente de tráfico.

A no ser que no hubiera fallecido. Que todavía viviera.

Jane sintió un escalofrío de emoción y las manos de Michael, que abrazaban con fuerza su cintura. Pero si Emily no había fallecido, si todavía vivía en algún lugar, ¿por qué le había dicho Michael que estaba muerta? Si Emily vivía, eso significaba que todo lo que Michael le había contado era mentira.

Decidió que había una forma de averiguarlo.

—Michael —susurró, después de separarse de sus brazos—, cuando nos levantemos, me gustaría ir al cementerio.

El cementerio estaba a poca distancia, en una zona de Newton llamada Oak Hill. Michael se había resistido a la idea porque estaba seguro de que

sólo serviría para aumentar su aflicción, pero había acabado por ceder ante su insistencia. «¿Qué importa?», detectó Jane en su expresión.

«Muchísimo —respondió para sus adentros—. Es lo más importante del mundo». La diferencia entre dejarse sepultar viva en un foso de víboras o empezar a luchar para averiguar qué diablos ocurría y recuperar a su hija.

Michael condujo hasta el portalón abierto del cementerio de Mount Pleasant y aparcó el coche en una pequeña zona sin asfaltar. Paró el motor y, durante unos instantes, observó a Jane, que bajó la cabeza para fingir que estaba muy fatigada. Habría sido imprudente despertar sus sospechas en aquel momento, aunque, la verdad sea dicha, estaba realmente cansada y podía haberse quedado dormida sin ningún esfuerzo.

—¿Estás segura de que estás en condiciones?

—Es algo que debo hacer —respondió con absoluta sinceridad.

—De acuerdo. Si resulta excesivo, dímelo. Volveremos inmediatamente al coche.

Michael bajó del coche, abrió la puerta para que Jane se apeara y la condujo por el camino apropiado, con paso lento a imitación del de su esposa.

¿Por qué estaba aquí?, se preguntó de pronto Jane, al tiempo que luchaba contra su impulso de regresar al coche. Michael cooperaba; evidentemente no tenía nada que ocultar. ¿Cuál era el propósito de aquella operación? Anne Halloren-Gimblet utilizaba simplemente las palabras de un modo impreciso. Lo de los seis meses no era más que un decir. Con la misma facilidad podía haber dicho seis años.

—Por aquí —indicó Michael, mientras señalaba una ordenada hilera de lápidas, todas rodeadas de medias lunas de flores veraniegas.

Jane avanzaba cuidadosamente entre las tumbas con nombres desconocidos y, distraídamente, tomaba nota mental de las fechas de su nacimiento y defunción. «Querida esposa», «Querido padre», «Conocerle es amarle», «Fuerte de espíritu», «Tierno de corazón», «Amada por cuantos la conocieron», «Amado hijo, arrebatado con premura» o un simple «Te echamos de menos».

—Aquí está —dijo de pronto Michael, después de detenerse frente a una lápida de granito rosado.

Jane contuvo la respiración para observarla. La inscripción decía: «Evelyn Lawrence, amada esposa, madre y abuela. Nacida el 16 de marzo de 1926. Fallecida el 12 de junio de 1989. Vives para siempre en nuestros corazones».

De modo que su madre estaba realmente muerta, pensó Jane, al tiempo que se arrodillaba para acariciar la lápida. Muerta a los sesenta y tres años.

Seguía con los dedos el surco de las letras cinceladas. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la lápida, fresca a pesar del calor reinante, con el deseo de que su madre la llamara desde la fosa, para llevarla junto a ella, consolarla, infundirle seguridad y retenerla para siempre.

«Fallecida el 12 de junio de 1989», pensó Jane, cuando abrió los ojos para cerciorarse de que lo había leído correctamente. Pero el día en que se había encontrado deambulando por las calles de Boston era 18 de junio, una semana después del primer aniversario. ¿Qué significaba aquello?

Según Michael, había insistido en acudir al cementerio en la fecha exacta del aniversario y no quiso esperar al fin de semana para que él la acompañara. Eso significaba que había desaparecido una semana antes de lo que Michael decía, o que había utilizado la trágica muerte de su madre como conveniente plataforma para el resto de sus mentiras.

Jane dirigió entonces la mirada a la tumba de la derecha y retuvo la respiración, hasta asimilar la inscripción desconocida: «Karen Landella, querida esposa y madre, adorable abuela y bisabuela, nacida el 17 de febrero de 1900, fallecida el 27 de abril de 1989. Querida por todos los que la conocimos». Mientras rezaba en silencio, volvió lentamente la cabeza a la izquierda y leyó la inscripción: «William Bester, amado esposo, padre, abuelo y hermano, nacido el 22 de julio de 1921, fallecido el 5 de junio de 1989. Lloramos tu ausencia».

—¿Dónde está Emily? —preguntó, apenas capaz de hablar.

Michael la ayudó a levantarse. Guardó silencio durante unos segundos, dio media vuelta y echó a andar apresuradamente entre las hileras de silenciosas tumbas. Jane tuvo que hacer un esfuerzo para seguirle, sin querer mirar a un lado ni a otro por miedo a ver el nombre de su hija esculpido en una fría lápida. ¿Era posible que todas sus sospechas fueran meras ilusiones y que Emily estuviera allí después de todo?

—¿Michael? —exclamó, después de detenerse, apoyada contra un mausoleo gris, con las rodillas que le temblaban más de miedo que de fatiga.

Sus ojos terminaron la pregunta: ¿Dónde está? ¿Cuánto falta para llegar a su tumba?

—Emily no está aquí —respondió, después de una larga pausa.

Jane tuvo que agarrarse al mausoleo con ambas manos para no desmayarse.

—¿No está aquí?

—Fue incinerada.

—¿Incinerada?

—No podías soportar la idea de que acabara bajo tierra —respondió, antes de que se le cortara la voz y no pudiera proseguir durante varios segundos—. Insististe mucho en ello. De modo que fue incinerada y sus cenizas esparcidas por las aguas del puerto, en Woods Hole.

—¿Woods Hole?

—Junto a la casa de mis padres —dijo mientras levantaba la mirada hacia el sol, antes de dirigirla a sus pies—. A Emily siempre le había encantado el lugar.

Jane dejó que Michael la abrazara y percibió el armonioso ritmo de su corazón, al tiempo que se preguntaba si él se percataría de la urgencia que latía en el suyo. ¿Le decía la verdad? ¿Podía alguien mentir con tanta facilidad y falta de sensibilidad? ¿Era capaz de ordenar sus emociones al igual que reordenaba los sucesos? ¿A qué clase de monstruo estaba abrazada?

Recordó la pesadilla de su primera noche en casa: ella y Michael junto a un gran campo lleno de serpientes venenosas. Cuando se volvió para pedirle ayuda, descubrió que se había convertido en una cobra gigante. Se estremeció y sintió que Michael la estrechaba entre sus brazos.

«Alguien acaba de pisar mi tumba», pensó.

—Creo que deberías acostarte un rato —dijo, mientras la ayudaba a subir la escalera.

—¿Es ya hora de tomar la medicina? —preguntó Jane, después de seguir a su marido al interior del dormitorio y sentarse al borde de la cama.

Michael consultó su reloj.

—Falta media hora. ¿Por qué?

—He pensado que tal vez podría tomarla ahora. Me siento muy deprimida y creo que no podré dormir.

—No creo que importe media hora —dijo cuando se inclinaba para darle un beso en la frente.

Michael se quitó la camisa empapada de sudor y la arrojó al cesto de la ropa sucia, de camino hacia su estudio. Jane observó su esbelto torso que se alejaba por el pasillo, mientras intentaba ordenar sus ideas para formular un plan concreto. Lo que se propusiera, tendría que hacerlo rápido. No dispondría de mucho tiempo.

«¡Piensa! —le ordenó a su huero cerebro—. ¿Qué te propones hacer?».

Lo primero que debía hacer, pensó mientras oía a su marido que hurgaba en su maletín, era ponerse en contacto con Anne Halloren-Gimblet. Jane

contempló el antiguo teléfono blanco y dorado, que descansaba sobre la mesilla de noche. En las últimas semanas Michael se había sentido lo suficientemente seguro para devolverlo a su debido lugar. Debía cuidar de no despertar sus sospechas, ni alterar su seguridad. La visita al cementerio había sido ya bastante arriesgada. Pero de regreso a casa había interpretado maravillosamente su papel. Fingió no haber percibido la discrepancia de las fechas, deploró la pérdida de su hermosa hija, lloró cuando correspondía, se acusó a sí misma una y mil veces, al tiempo que se disculpaba por el desastre en el que había convertido sus vidas, y permitió que Michael se luciera en su papel protagonista de santo comprensivo.

Vio que Michael se le acercaba desde su estudio con el torso al aire y los hombros ligeramente doblados. ¿Era posible que aquel hombre tan apuesto, aquel reverenciado sanador de niños, fuera realmente tan diabólico como para pretender arrebatarse su hija y su cordura? ¿Cabía la posibilidad? ¿Por qué? ¿Qué había descubierto ella? ¡Maldita sea! ¿Qué había averiguado, sólo para después olvidarlo?

—Aquí las tienes —dijo después de entrar en la habitación.

Jane le cogió las pastillas de la palma de la mano y se las metió en la boca, mientras Michael se dirigía al cuarto de baño en busca de un vaso de agua.

En el momento en que volvió la espalda, escupió las pastillas y las guardó en el bolsillo de la camiseta que llevaba puesta. Michael regresó al cabo de un instante y se colocó de forma que sus caderas estaban a la altura de la cabeza de Jane. Cogió el vaso, fingió tragarse las pastillas y se lo devolvió, a la espera de que se retirara. Pero no se movió de donde estaba y se balanceaba ligeramente delante de ella. De pronto le agarró la cabeza y la empujó suavemente hacia él, hasta que su boca llegó a frotar la parte delantera de su pantalón. Gimió.

—¡Oh, Michael! —susurró Jane—. Creo que no puedo. Estoy demasiado cansada.

—No te preocupes —decía él—. Todo irá bien.

Bajó la mano hasta la parte inferior de su camiseta.

—No —protestó débilmente, mientras se la quitaba.

—No te preocupes, Jane —repitió—. Todo irá a pedir de boca —agregó mientras arrojaba la camiseta al suelo, antes de arrodillarse para besarle los senos desnudos, en cuyo momento Jane emitió un pequeño chillido, al comprobar que una de las pastillas se había salido del bolsillo de la camiseta, para rodar cerca de los pies de Michael—. Todo va bien, cariño —susurró,

convencido de que gemía de pasión, al tiempo que la tumbaba en la cama y se acostaba junto a ella.

«No puedo creerlo», pensó Jane mientras acababa de desnudarla, antes de quitarse también su ropa y conducirle la mano a sus genitales. Percibió que se endurecía al tacto.

—Muy bien —decía—, sigue. Muy bien. Lo haces de maravilla.

Jane percibió que le abría las piernas, la penetraba, se movía lentamente hacia arriba y hacia abajo en su interior. «No puedo creerlo —pensó, negando el peso del cuerpo de Michael sobre el suyo—. No puedo creerlo».

La besó en las mejillas, los ojos, la boca, el cuello y los senos, sin dejar de subir y bajar dentro de ella. Sus impulsos eran cada vez más insistentes, menos suaves, casi agresivos. Empezó a embestirla furiosamente, golpeando agresivamente un cuerpo contra otro. Entonces percibió que le agarraba de nuevo la cabeza, sólo que en esta ocasión desprovisto de toda ternura. Tiró de su cabello con tanta fuerza, que le levantó la cabeza de la almohada y la obligó a abrir los ojos, mientras la miraba fijamente con verdadera ira.

—¡Maldita seas! —exclamó, mientras su cuerpo se estremecía al alcanzar el orgasmo—. ¡Maldita seas por lo que has hecho!

Lo primero que se le ocurrió a Jane fue que había visto las pastillas que se le habían caído del bolsillo y sabía que le había engañado, pero se retiró para dirigirse al baño, sin prestar atención alguna al suelo. Saltó inmediatamente de la cama y empujó las pastillas bajo la misma, antes de acostarse de nuevo con la respiración entrecortada. La cabeza le daba vueltas y la habitación parecía moverse. Tardó varios segundos en recuperarse y entonces oyó la ducha en el cuarto de baño.

—¡Ahora! —exclamó en voz alta, para convencerse con el sonido de su propia voz de que aquello era real y no una de sus horribles pesadillas, con reflejos del pasado.

Cogió el teléfono y marcó cuatro uno uno.

—¿Qué ciudad? —preguntó la telefonista.

—Newton —susurró Jane, mientras oía a Michael en la ducha.

Primero probaría Newton. Parecía lógico que si la hija de Anne Halloren-Gimblet iba a la escuela de Arlington, probablemente vivía en la zona.

—Nombre, por favor.

—Halloren-Gimblet. Dos palabras —pronunció cuidadosamente Jane, antes de deletrear el nombre, con la mirada siempre fija en la puerta del baño y el oído en la ducha.

—¿Conoce la dirección?

—No. Pero no creo que haya mucha gente con ese nombre.

—No aparece nadie que se llame así.

—Debe estar.

—Puedo consultar la lista de abonados recientes, si lo desea.

—De acuerdo. Espere... Un momento...

—¿Cómo?

—Pruebe Gimblet —sugirió Jane.

—¿Conoce el nombre de pila?

—No.

«¡Maldita mujer!», pensó Jane, antes de oír la voz de Michael:

—¡Maldita seas! —decía—. ¡Maldita seas por lo que has hecho!

¿Qué quería decir? Si su hija vivía todavía, ¿qué era lo que había hecho?

—He encontrado su número —dijo la telefonista, antes de conectar la línea a la voz automática del ordenador—. El número es cinco cinco cinco, seis uno siete —repitió en tonos alegres y regulares, mientras Jane grababa el número en su memoria.

Concentró toda su energía en marcar el número correcto, sin pensar en lo pegajosa que se sentía entre piernas, ni en el dolor de cabeza donde Michael le había arrancado un puñado de cabello. ¿Por qué habría elegido precisamente aquel momento para hacer el amor con ella? No se le había acercado en varias semanas. ¿Por qué ahora? ¿Había el dolor superado a su juicio? ¿Había simplemente sentido la necesidad de estar con ella? ¿Estaba tan confundido como ella?

¿Se estaba despidiendo?

El teléfono sonaba. Mantenía el auricular pegado a la oreja, convencida de que Michael podría oírlo por encima del ruido del agua.

—Por favor, responde —susurró Jane—. Date prisa.

El teléfono seguía llamando. Tres, cuatro, cinco veces.

—Anne Halloren-Gimblet, ¡ojalá estés en casa!

Pero si estaba en casa, no contestaba el teléfono. Siete, ocho, nueve veces. Después de la décima, Jane colgó el teléfono y se dio por vencida. Tendría que llamar más tarde.

De pronto dio un brinco, derribando casi el teléfono, levantó el auricular y marcó de nuevo cuatro uno uno.

—¿Qué ciudad desea?

—Newton. El nombre es Gimblet. G-i-m-b-l-e-t. ¿Puede decirme si la dirección correcta es el número quince de Forest Street?

—No figura nadie con ese nombre en Forest Street —respondió previsiblemente la telefonista, puesto que aquélla era la dirección de Michael y Jane Whittaker—. Figura un Gimblet en el ciento doce de Roundwood.

—Eso es. Gracias.

Poco le faltó a Jane para darle un beso al teléfono antes de colgarlo. Tenía todavía la mano sobre el auricular, cuando se percató de que había dejado de funcionar la ducha. ¿Desde cuándo? ¿La había Michael oído hablar por teléfono cuando salió de la ducha y entendido lo que decía?

Retiró la mano del teléfono como si estuviera ardiendo, se cubrió rápidamente con las sábanas, se envolvió en el edredón y cerró los ojos, en el momento en que Michael abría la puerta del baño, para regresar a la habitación.

Percibió que se acercaba y que, con el cuerpo todavía húmedo, le apartaba el cabello de la frente.

—Felices sueños, querida —dijo.

Veinticinco

Jane permaneció despierta toda la noche, contando las horas hasta la mañana. Cuando Michael se levantó a las seis y media, fingió estar dormida y pensó en llamar a Anne Halloren-Gimblet mientras su marido estaba en la ducha, pero descartó la idea por el excesivo riesgo que comportaba. Tenía su dirección. Después de que Michael se marchara, eludiría de algún modo la vigilancia de Paula y se dirigiría a Roundwood. Pensaría en cómo hacerlo cuando llegara el momento.

—Jane —decía Michael, al tiempo que ella se percataba con una mezcla de consternación y espanto que se había quedado dormida—. Ahora me voy al hospital. Paula está abajo. Dentro de unos minutos te subirá el desayuno y la medicina.

Jane asintió, fingiendo que estaba demasiado dormida para abrir los ojos, y se limitó a observarle entre las pestañas.

—Estaré todo el día en el quirófano —proseguía Michael—, pero he organizado una entrevista con un tal doctor Louis Gurney, en el Edward Gurney Institute, a las cinco y media de esta tarde. Jane, ¿me oyes?

Ella susurró algo con la esperanza de que fuera suficientemente incoherente, pero el corazón le latía a marchas forzadas. El Edward Gurney Institute era un hospital psiquiátrico privado, a por lo menos dos horas de camino en coche.

—He pedido a Paula que te ayude a empaquetar algunas cosas, por si el doctor Gurney decide retenerte unos días. ¿Me oyes, Jane?

—Debo empaquetar —refunfuñó sin levantar la cabeza de la almohada.

—No, Paula se ocupará de hacerlo. Pero tal vez quieras indicarle lo que te gustaría llevar contigo —dijo a la vez que se agachaba para besarle en la mejilla—. He programado todas mis operaciones para regresar temprano a casa y llevarte personalmente.

—Que tengas un buen día —expresó Jane con exagerada torpeza, mientras le seguía con la mirada hasta la puerta, en cuyo momento decidió que, ¡qué diablos!, por qué no jugar a su mismo juego—. Te quiero —exclamó débilmente.

Vio que se paraba en seco. «¿Qué sientes ahora? —se preguntó para sus adentros—. ¿Qué sensación te produce que la mujer a la que has convertido en un zombi con tus medicamentos y mentiras, la mujer a la que te propones encerrar en un hospital psiquiátrico privado, alejada de todo y de todos, te diga que te quiere? ¿Hace que te sientas triste u orgulloso de ti mismo? ¿Te hace sentir algo?».

Michael dio media vuelta, volvió junto a la cama, se apoyó sobre una rodilla y hundió la cabeza junto al cabello de Jane.

—Yo también te quiero —dijo, mientras Jane percibía que las lágrimas rodaban por su mejilla—. Siempre te he querido.

Al cabo de un momento había desaparecido y Paula estaba junto a la cama.

—¿Lista para el desayuno?

Jane se incorporó en la cama para mirar a aquella incommovible joven y se preguntó cuál sería exactamente su papel en el asunto. ¿Era una inconsciente incauta o un cómplice premeditado? Jane decidió que era una inconsciente incauta, que se limitaba a creer todo lo que Michael decía y hacer lo que le ordenaba. En este sentido, Paula no se diferenciaba de los demás. Cuando Michael hablaba, todo el mundo escuchaba. Todos le creían. Después de todo, él era el hombre y ella la mujercita. Él era el respetado cirujano; ella la temperamental esposa, siempre en pos de causas perdidas, y trastornada por un trágico accidente desde hacía más de un año, del que todavía no se había recuperado. ¡Pobre Jane! ¡Pobre Michael! Será preferible para todos recluirla en el Instituto Gurney, donde sin duda recibiría el trato que merecía.

¿Lo recibiría? ¿Recibiría lo que merecía? ¿O sería Michael quien lo recibiría?

—No tengo mucho apetito —le dijo a Paula—. Sólo tomaré café.

—Michael ha dicho que hoy no podía tomar café.

—¿Por qué no?

—Ha dicho que el zumo de naranjas le sentaría mejor.

—De acuerdo. Zumo de naranjas —respondió Jane, que pensaba ya en otras cosas—. Se me ha ocurrido que tal vez podría traerme una silla de respaldo vertical, de la otra habitación. Me duele mucho la espalda.

—No creo que haya ningún problema.

Paula dio media vuelta y salió de la habitación, acompañada del revuelo de su falda *beige* y del bamboleo de su larga trenza que oscilaba al andar. Jane saltó de la cama y se percató de que llevaba puesta una de las viejas camisas de Michael, que recordaba vagamente que su marido le había

colocado sobre los hombros durante la noche. Le aterrizó advertir que, a pesar de no haber tomado medicina alguna en las últimas veinticuatro horas, el medicamento estaba todavía muy presente en su sistema y la obligaba a luchar permanentemente contra el letargo que se apoderaba de ella, a fin de no quedarse dormida. «¡Ojalá logre permanecer despierta! ¡Ojalá logre salir de aquí y reunirme con Anne Halloren-Gimblet!».

—¿Quiere que la deje en algún lugar determinado? —preguntó Paula, después de regresar con una antigua silla de respaldo vertical del cuarto de los huéspedes.

—Aquí está bien —respondió Jane.

Después de dejar la silla frente a los espejos del armario, Paula bajó para preparar el zumo de naranjas. Cuando regresó, Jane estaba sentada en la silla.

—Hoy parece muy ambiciosa.

—Michael ha sugerido que me levantara de la cama.

—Sí, me ha dicho que debería llevarla a dar un paseo, que le conviene hacer ejercicio.

—¿Para que me canse?

—¿Cómo?

—Siempre y cuando no me canse demasiado —rectificó Jane.

—Tome —dijo Paula, al tiempo que le entregaba el vaso de zumo de naranjas, y tres pastillitas blancas.

—¿Tres?

—Eso ha sido lo que Michael ha dicho.

Jane se las colocó sobre la lengua, a la espera de que Paula volviera la cabeza. Pero no lo hizo.

—Michael dice que hay que asegurarse de que se las tome.

Jane percibió que las pastillas empezaban a disolverse con la humedad natural de la lengua. ¿Habría despertado las sospechas de Michael, o simplemente no quería arriesgarse? Disimuladamente, colocó las pastillas a un lado de la boca y empezó a tomar el zumo.

—Un momento —exclamó Paula, a la vez que le agarraba la mandíbula, le obligaba a abrir la boca y miraba en su interior—. Tráguense las pastillas, Jane. ¡Basta de bromas!

No tuvo otra alternativa. Tuvo que tragarse las pastillas. A continuación Paula le examinó la boca.

—Buena chica.

Jane se sintió presa del pánico. ¡Santo cielo, tres pastillas! Y se las había tragado. ¿Cuánto tardarían en empezar a hacer efecto? En el mejor de los

casos, probablemente sólo podría pensar con claridad durante unos minutos. Tenía que largarse cuanto antes. Debía eliminar las pastillas de su organismo, antes de que empezaran a hacer efecto.

—¡No me siento bien! —exclamó con tanta urgencia que Paula acudió inmediatamente junto a ella.

—¿Cree que va a vomitar? —preguntó Paula, mientras la ayudaba a levantarse de la silla y la acompañaba al cuarto de baño.

—¡Dios mío! ¿Qué me ocurre? —chilló Jane—. Tiene que ayudarme. Por favor, ayúdeme. Se lo ruego, no me deje sola.

—Estoy aquí.

Jane esperó a que Paula se inclinara sobre la taza del retrete junto a ella, para empujarla con todas sus fuerzas contra el *jacuzzi*, ver cómo perdía el equilibrio y caía de espaldas.

—¡Dios mío, otra vez no! —exclamó Paula, mientras Jane salía del cuarto de baño, cerraba la puerta a su espalda, cogía la silla de respaldo vertical que había pedido para este propósito y la colocaba cuidadosamente bajo la manecilla de la puerta, a fin de impedir que Paula escapara—. ¿Qué diablos cree que está haciendo? —chilló, a la par que golpeaba la puerta—. Esto es una locura, Jane. ¿Dónde cree que puede ir?

Las protestas de Paula siguieron a Jane por el pasillo hasta el baño de los huéspedes, donde Jane se agachó sobre la taza del retrete y se metió inmediatamente los dedos hasta la garganta. Sintió náuseas, mientras su cuerpo se estremecía en una serie de convulsiones predominantemente secas, con ardor en los ojos y garganta del sabor acre del zumo de naranjas. ¿Habría logrado expulsar las pastillas? ¿Las habría eliminado de su sistema? No podía estar segura. Tenía que actuar con rapidez.

Regresó a su habitación, se puso un pantalón corto verde oscuro, sin quitarse la camisa azul pálido de Michael, hizo caso omiso de los gritos de Paula, salió apresuradamente del cuarto, bajó a la cocina y buscó el bolso de Paula. Por fin lo encontró en el armario del vestíbulo, lo abrió y cogió las llaves de su coche. A continuación se guardó en el bolsillo los pocos dólares que Paula llevaba en la cartera y corrió hacia el oxidado Buick gris, aparcado junto a la casa.

El coche no estaba cerrado con llave. Jane se sentó al volante y se golpeó la rodilla cuando introducía la llave en el contacto. Gimió de dolor y alivio cuando oyó que el motor arrancaba, salió hábilmente a la calle, indecisa sobre si girar a la derecha o a la izquierda, decidió hacerlo a la derecha y abrió la guantera al llegar al primer cruce, con la esperanza de encontrar un mapa.

Como todo lo demás en aquel viejo coche, el mapa se caía a pedazos. Estaba sucio, rasgado y le faltaban trozos, pero en el índice de calles Jane encontró Roundwood, situado en la sección C3. La calle no fue fácil de localizar, puesto que se encontraba entre un sinfín de líneas rojas y azules, letras negras, y una diversidad de curiosos símbolos, que según la leyenda del mapa correspondían a límites provinciales, municipales, acueductos y sistemas de transportes. Cuando por fin encontró la pequeña curva con la palabra «Roundwood», empezaba a ver las letras borrosas y sentir la garganta seca. Se dijo a sí misma que no eran más que los nervios, apretó a fondo el acelerador, el coche avanzó, hizo unas falsas explosiones y se paró el motor.

—¡No! —exclamó, antes de pulsar de nuevo el motor de arranque y oír que el motor se ponía en marcha—. Gracias —susurró, consciente de que debía actuar con cautela.

Roundwood estaba a pocos kilómetros en dirección contraria, en el municipio de Newton Upper Falls. Siguiendo el mapa, Jane avanzó por Columbus Street hasta Hartford, giró hacia el oeste por Boylston hasta Hickory Cliff Road y a la izquierda por la primera calle. «Roundwood», leyó aliviada, con el deseo de que las letras dejaran de moverse, a sabiendas de que no lo hacían. Avanzó lentamente por la calle con la mirada fija en los números de las casas.

—¡Ahí está! —exclamó, al tiempo que empujaba instintivamente el pedal del freno, el coche daba un salto, hacía un extraño ruido de asfixia y se detenía—. Perfecto —agregó, sin molestarse en arrancar de nuevo el motor, para aparcarlo más cerca de la acera.

Se apeó del vehículo y se dirigió a una casa blanca de estilo Victoriano, no muy distinta de la suya. «¡Anne Halloren-Gimblet, ojalá estés en casa!».

Avanzó por el camino de la casa y tropezó no una sino dos veces, hasta llegar a la puerta principal, apoyarse contra la misma, y encomendarse silenciosamente a Dios para que le diera fuerzas. Esperó varios minutos antes de advertir que no había llamado, y entonces pulsó varias veces el timbre, a la vez que golpeaba la puerta con los puños.

—Un momento —respondió una voz desde el interior—. ¡Ya voy!

Y tras un momento de expectación:

—¿Sí? —dijo Anne Halloren-Gimblet desde el interior, con la puerta entreabierta.

—¿Anne Halloren-Gimblet? —preguntó Jane, sin lograr separar las palabras, como un agente de policía.

—Sí —respondió indecisa, como si no estuviera segura.

—Soy Jane Whittaker. Hablamos hace unos días en Newbury Street. ¿Nuestras hijas iban a la misma clase? —preguntó, al detectar su reticencia a dejarla entrar en la casa—. ¿Podría pasar un momento para charlar?

—¡Dios mío, no la había reconocido! —exclamó Anne Halloren-Gimblet, cuando ya se echaba a un lado y le indicaba que pasara.

—Esta mañana he salido con prisas —comentó Jane, al comprender lo desgreñado de su aspecto, mientras metía la cola de su enorme camisa dentro del pantalón—. Debo de tener un aspecto horrible —agregó, por primera vez consciente de que no llevaba sujetador, iba sin peinar y no se había cepillado los dientes.

—¿Le apetece una taza de café? Creo que todavía queda un poco en la cafetera.

—Me encantaría.

Jane siguió a aquella mujer, perfectamente maquillada y vestida con elegancia, hasta su cocina color roja y blanco. Anne Halloren-Gimblet era alta, delgada y tal vez unos años mayor que ella. Tenía el cabello rubio, sujeto por una diadema negra con diamantes sintéticos que formaban la palabra «París». Procuraba no mirar a Jane, pero estaba evidentemente intrigada por su inesperada visita y puede que incluso un poco asustada.

—¿Cómo lo toma?

—Negro, con mucha cafeína.

Anne Halloren-Gimblet sonrió, a la vez que le servía a Jane una gran taza de café y le indicaba que tomara una silla. Jane se instaló junto a la mesa de la cocina, vació la taza de un trago y pidió otra.

—No sabía que tuviera tanta sed —dijo, mientras la anfitriona le servía pacientemente otra taza.

—Jane... ¿Te importa que te tutee?

—Me encantaría... Anne.

La anfitriona sonrió. «No sabe por qué estoy aquí —pensó Jane—. Desconoce mis propósitos y sus modales le impiden preguntármelos. Le gustaría que dijera a qué he venido, tomara el café y me largara».

—Jane, ¿estás bien? No tenías muy buen aspecto el otro día y...

—Ahora estoy peor, lo sé.

—No parece propio de ti. Aunque no te conozco muy bien... —agregó.

«¿Qué le cuento? —pensó Jane, mientras veía que su anfitriona cerraba parcialmente sus ojos verde claro para concentrarse—. ¿Me arriesgo a contarle la verdad? ¿Que probablemente me conoce mejor ella a mí que yo a mí misma, que mi marido me ha estado mintiendo, administrando drogas y

está a punto de encerrarme en un centro psiquiátrico? ¿Que me he fugado después de encerrar a mi ama de llaves en el baño y robarle el coche? ¿Que estoy aquí por un comentario sin importancia que hizo el otro día en los peldaños de una joyería de Newbury Street, que necesito saber si mi hija está viva y que ella, que apenas me conoce, es la única persona en quien puedo confiar que me diga la verdad? ¿Es eso lo que debo contarle?».

—¿Queda un poco de café? —preguntó sumisamente Jane, antes de que Anne Halloren-Gimblet vaciara el resto de la cafetera en su taza, apretando primero los labios, para volver a relajarse.

—Lo siento —dijo finalmente Anne—, espero que no me consideres mal educada, pero te importaría decirme para qué has venido.

—Deseaba disculparme —respondió inmediatamente Jane, al tiempo que decidía no contarle la verdad, por lo menos de momento— por mi grosería del otro día.

—No estuviste grosera.

—Lo estuve y lo siento. Últimamente no me he sentido muy bien.

—Lo lamento.

—Es algún tipo de virus extraño. Nada contagioso —agregó para tranquilizarla.

—En esta época el aire está lleno de cosas extrañas —comentó Anne, mientras Jane asentía vigorosamente—. Pero no tenías por qué desplazarte, sobre todo teniendo en cuenta que no te sientes muy bien.

—Ahora estoy perfectamente —respondió Jane cuando admiraba la impecable cocina, procurando aparentar que estaba bien y esforzándose por parecer casual—. ¿Dónde está tu hija?

—Hijas —afirmó Anne Halloren-Gimblet, con énfasis en la «s»—. En la escuela de verano. Han salido en autobús poco antes de tu llegada. Bayview Glenn. ¿La conoces?

Jane movió la cabeza, que parecía estar casi despegada del cuello, y se encomendó a Dios para que las tres tazas de café logaran mantenerla despierta.

—¿Dónde está Emily?

Jane se sintió inmediatamente turbada al oír el nombre de su hija.

—En la casa de sus abuelos en la playa —respondió con la voz entrecortada, a la par que se preguntaba si era cierto y procuraba no abrumarse, por el hecho de hablar de su hija en el presente.

—Nosotros teníamos una casa en la playa cuando yo era niña. Me encantaba. Solía cazar renacuajos y culebras.

—¿Culebras?

—Era una moza muy retozona, aunque ahora no lo parezca —rió Anne, más por nerviosismo que alegría, al tiempo que Jane se daba cuenta de que la inquietaba—. Sí, señor —prosiguió—, estaba siempre en la brecha con los muchachos. Mi madre no conseguía jamás que me pusiera un vestido. Había perdido la esperanza de que me enmendara. ¿Te lo imaginas, especialmente desde la perspectiva actual, tener una madre que no quería que su hija fuera a la universidad y cuya mayor ambición consistía en que aprendiera taquigrafía? ¿Todavía hay quien la practique? —exclamó, mientras movía la cabeza—. Cuando me casé y le dije a mi madre que conservaría el nombre de soltera, casi le dio un síncope —agregó, incómoda con el silencio—. Insistía en que era como mantener relaciones pecaminosas. De modo que llegamos a un compromiso y utilicé ambos apellidos. Fui la primera mujer del barrio con un apellido doble. Lamentablemente, me casé con un Gimblet.

Jane soltó una carcajada, pero sólo sirvió para que su interlocutora se pusiera todavía más nerviosa.

—Me temo que no voy a poder seguir contigo mucho tiempo —dijo Anne Halloren-Gimblet, después de ponerse en pie—. Tengo un compromiso dentro de media hora.

«Una evidente confabulación», pensó Jane.

—Comprendo que debía haberte llamado antes —se apresuró a responder Jane—, pero pasaba por aquí y he pensado que tal vez estarías todavía en casa.

—Sales muy temprano —comentó Anne Halloren-Gimblet, mientras consultaba su reloj.

Jane echó una ojeada al reloj de la cocina. Eran escasamente las ocho y media de la mañana. No era sorprendente que estuviera nerviosa, pensó.

—Necesitaba tomar aire fresco —respondió Jane, antes de ponerse en pie y dirigirse a un gran tablero en la pared frente al frigorífico, cubierto de fotografías de dos niñas muy rubias, con el rostro prácticamente idéntico—. Parecen gemelas —comentó.

—A Melanie le consterna que mucha gente opine lo mismo. Siempre señala que es trece años mayor que Shannon y mide, por lo menos, seis centímetros más de altura.

Jane dedujo inmediatamente que debía de ser la menor, la que estaba en el mismo curso que Emily.

—¿Cómo le ha ido la escuela a Shannon este año?

—Va porque no tiene otra alternativa. A decir verdad, si tuviera dónde elegir, creo que no iría a ninguna parte. Le gusta quedarse en casa. ¿Cómo le va a Emily?

—Le gusta la escuela —respondió Jane, con el pulso muy acelerado, al tiempo que se preguntaba si cabía la posibilidad de que Anne Halloren-Gimblet simplemente no estuviera ni al corriente del fallecimiento de su hija—. ¿Has participado un alguna otra excursión últimamente?

—Fui a la visita del parque de bomberos, que no tuvo nada de divertido, porque la conducta de todo el mundo fue asquerosamente impecable. Te eché de menos —contestó con cierta intranquilidad, los hombros encogidos y los dedos de la mano jugando con los de la otra—. Tengo que empezar a prepararme...

Jane siguió a Anne al vestíbulo, consciente de que todavía no había descubierto nada decisivo y sin saber todavía cuál sería su próximo paso. Debía asegurarse de que sus hijas habían sido compañeras de clase este curso, no el anterior, de que hacía sólo seis meses las había acompañado en una excursión a Boston, de que su hija no había fallecido hacia un año en un accidente de tráfico, de que Emily seguía viva.

—¿Crees que las niñas estarán en la misma clase el año próximo? —se aventuró a preguntar mientras observaba la sala de estar.

—Han estado en la misma clase desde párvulos —respondió Anne, al tiempo que abría la puerta de la casa—. Estoy segura de que seguirán juntas.

Jane hizo caso omiso de la puerta y entró en la sala de estar, donde pasó por alto las fotografías familiares de la repisa de la chimenea, para dirigirse a los grupos escolares colocados sobre el piano de media cola.

—Cuesta creer lo rápido que crecen, ¿no es cierto? —comentó Anne a su espalda.

Jane repasó las fotografías escolares, sin ninguna dificultad para reconocer a su hija en las de primero y segundo de párvulos, así como en la de primer curso. Y entonces detectó otra fotografía que no le resultaba familiar, que nunca había visto.

—Creo que ésta es mi predilecta —dijo Anne, al tiempo que levantaba la del segundo curso—. Todas esas sonrisas desdentadas.

Jane le quitó la fotografía de las manos y oyó una exclamación de sorpresa que emanaba de sus labios.

—¿Qué haces? —exclamó Anne, con miedo en la voz. Jane examinó la foto sin hacerle caso a su interlocutora, en busca de su hija de siete años, a

quien vio en la última fila con los hombros ligeramente caídos como su padre y una tímida sonrisa con los labios cerrados.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Jane—. Vive. ¡Está viva!

—Señora Whittaker —dijo Anne, volviendo a tratarla instintivamente de usted—, ¿quiere que llame a su marido?

—¿Mi marido? —prorrumpió Jane, mirándola a los ojos—. ¡No! Por lo que más quiera, no llame a mi marido.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Anne, con los brazos extendidos para inspirarle confianza—. No le llamaré. Pero estoy preocupada. No comprendo a qué ha venido y es evidente que hay algún problema grave. ¿Puede decirme de qué se trata?

—Ya está todo solucionado —declaró Jane con dificultad, para hablar entre sollozos—. Mi hija vive. ¡Emily está viva!

—Por supuesto que está viva.

—Vive. ¡No la he matado!

—¿Matado? Señora Whittaker, creo que debería llamar a su marido...

—Me ha contado que había fallecido en un accidente de tráfico, que yo conducía el coche, que murió en mis brazos...

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Dios mío! ¿Cuándo ocurrió?

—Pero no está muerta. Vive. Aquí está —dijo Jane, mientras señalaba a la niña con un dedo en la fotografía—. En la clase de Shannon.

—Sí, está viva —declaró Anne Halloren-Gimblet en un tono extrañamente suave, por el que Jane comprendió que había decidido no esforzarse, puesto que nada de aquello tenía sentido—. Está viva y es hermosa. Muy alta. Me pareció increíble lo que había crecido sólo en los dos últimos meses. Pronto será tan alta como la señorita Rutherford.

Durante un segundo se hizo un silencio absoluto.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Jane.

—Que pronto será tan alta como la maestra —respondió Anne Halloren-Gimblet con la voz tan baja que apenas era audible.

—¿Su profesora se llama señorita Rutherford?

—¿No lo sabía? —exclamó Anne, de nuevo con vestigios de miedo en la voz.

—¿Pat Rutherford?

—Sí, eso creo.

—¡Tenía una cita con la profesora de Emily! —susurró Jane, con evidente asombro.

—Sí, claro, todas tuvimos nuestras entrevistas a final de curso.

—No he tenido ningún idilio con Pat Rutherford.

—¿Cómo dice?

—Es la profesora de Emily.

—Señora Whittaker, estoy completamente desconcertada, creo que necesita ayuda.

—Necesito usar su teléfono —replicó Jane mientras se abría paso hacia la cocina y descolgaba el teléfono, seguida de Anne a una distancia prudencial, consciente del miedo que se reflejaba en su mirada y con el deseo de poder decir algo para infundirle confianza, pero convencida de que si hablaba sólo empeoraría la situación—. Debo ponerme en contacto con Pat Rutherford. ¿Tiene el número de su casa?

—Y la escuela está cerrada durante el verano —respondió Anne, en anticipación a su próxima pregunta, al tiempo que movía la cabeza.

Jane mantenía el teléfono pegado al pecho. «Pat Rutherford, habitación treinta y uno, doce treinta», vio ante sus ojos. «Pat Rutherford», repitió para sus adentros. La profesora de Emily. No un individuo con el que había mantenido unas sórdidas relaciones amorosas.

¿Había tenido algún idilio?

Marcó el cuatro uno uno y respondió «Boston», antes de que la telefonista se lo preguntara.

—Necesito el número de Daniel Bishop. Gracias.

Tomó nota de los números de su casa y del despacho en un papel rosado, en la parte inferior del cual figuraban dibujos de castillos de arena y estrellas de mar, y en la parte superior se leía: «La vida es la playa». Después de consultar de nuevo el reloj de la pared, Jane decidió probar, primero el número de su casa.

—No tiene ningún inconveniente, ¿verdad? —le preguntó a Anne por encima del hombro, mientras ésta permanecía intranquila en el umbral de la puerta.

Si Anne manifestó algún reparo, a Jane le pasó inadvertido. Daniel contestó después de que el timbre llamara cuatro veces, cuando Jane estaba ya a punto de colgar.

—Sí —contestó, como si esperara su llamada o estuvieran ya a media conversación.

—¿Daniel?

—Sí —respondió con un toque de impaciencia, como si le hubiera interrumpido en medio de algo importante.

—Soy Jane Whittaker.

—Jane. ¡Dios mío, lo siento! No te había reconocido la voz. Estaba a punto de salir. ¿Qué ocurre? ¿Algún problema? He intentado llamarte varias veces, pero tu ama de llaves...

—Daniel —empezó a decir, antes de detenerse y decidir que no había forma fácil de plantearlo—. Daniel, ¿hemos mantenido relaciones amorosas?

Jane oyó un suspiro desde la puerta e imaginó que la expresión de Anne debía de ser la misma que la de Daniel.

—¿Cómo? —preguntó Daniel, con una carcajada.

—Hablo en serio, Daniel. ¿Hemos tenido tú y yo relaciones amorosas?

—¿Qué ocurre, Jane? —preguntó después de una pausa—. ¿Está Carole en la otra extensión?

—No hay nadie más que yo en la línea, Daniel, y necesito saberlo.

—No lo comprendo. ¿De qué estás hablando?

—Es demasiado largo para contártelo ahora. Confía en mí, Daniel. Te lo contaré todo en otra ocasión. Ahora necesito un simple sí o no. ¿Hemos tenido relaciones amorosas?

—No, claro que no.

Jane cerró los ojos, con el teléfono acurrucado junto al oído como si fuera un niño.

—Dios sabe que yo habría estado dispuesto a ello —prosiguió pausadamente Daniel—. Creo que tú lo sabías, pero no supuso nunca ningún problema. Jane —exclamó, como si de pronto comprendiera que no debería ser necesario aclarárselo—, esta conversación no parece tener mucho sentido. ¿Estás metida en algún lío?

—Danny —dijo Jane—, ¿sabes dónde está Emily?

—¿Emily? No. ¿Por qué?

—Michael me ha ocultado a Emily.

—¿Cómo?

—Por favor no digas nada. Te parecerá que nada tiene sentido y ahora no tengo tiempo de explicártelo. Debo encontrar a Emily.

—Pero, Jane...

—Pero si algo sale mal, si me encuentran antes de que yo localice a Emily y logran encerrarme en algún lugar, quiero que sepas que no estoy loca, Daniel. Por favor, intenta ayudarme. No estoy loca. Tú lo sabes.

—Jane...

Jane colgó el teléfono para dirigir de nuevo su atención a su reticente anfitriona.

—No sé lo que ocurre —declaró Anne, antes de que Jane abriera la boca—. Y la verdad es que tampoco quiero saberlo. O está loca, o tiene un tipo de problemas que no necesito. Por consiguiente, le ruego que tenga la bondad de marcharse. ¡Ahora!

Jane sonrió con comprensión y agradecimiento, al tiempo que extendía la mano para acariciar el brazo de su anfitriona, pero Anne se echó atrás y Jane salió apresuradamente por la puerta todavía abierta. Oyó que se cerraba inmediatamente a su espalda, y sintió la mirada de Anne clavada en su espalda, mientras se apresuraba a subir al coche de Paula.

Debía encontrar a Emily. Michael la había ocultado en algún lugar. ¿Dónde? ¿En un campamento? ¿En casa de sus padres? ¿En la de algún amigo? ¿Dónde? ¿Por qué? ¡Dios santo! ¿Por qué?

¿A quién podía acudir? ¿A quién podía preguntárselo?

Estaban sus amigos: los Tanenbaum, Diane Brewster, Lorraine Appleby, Eve y Ross McDermott, y los demás cuyos nombres conocía, pero no sus números de teléfono ni sus direcciones. Tardaría demasiado en intentar localizarlos. No disponía de tanto tiempo. Paula saldría tarde o temprano del cuarto de baño y encontraría la forma de comunicarse con Michael. Entonces él se aseguraría de que no pudiera localizar a Emily.

Mientras luchaba con el contacto, para intentar que el motor del coche arrancara, comprendió que sólo había una persona que tal vez podría ayudarla a localizar a Emily. Y esa persona la odiaba profundamente. La odiaba porque estaba convencida de que se había acostado con su marido. Porque eso era lo que Michael le había contado, lo que quería que creyera.

Tenía que ver a Carole.

—Te encontraré, Emily —susurró mientras giraba la llave del contacto y suspiraba de alivio al oír el ruido del motor—. Te encontraré.

Veintiséis

Al coche de Paula se le caló el motor primero en un cruce y luego en un semáforo, antes de parar por completo en medio de Glenmore Terrace, a pocas manzanas de su casa.

—No, ahora no. No me abandones ahora. Te necesito. Te necesito para que me ayudes a encontrar a mi hija.

Pero el coche, cual displicente amante, permaneció indiferente ante sus súplicas. Giró la llave del contacto hasta que empezó a oler a gasolina, comprendió que el motor estaba ahogado y que no lograría en modo alguno arrancarlo.

—¡Maldita sea! —exclamó con un puñetazo en el volante, antes de abandonar el vehículo.

El coche que tenía detrás tocó la bocina, pero Jane echó a andar hacia su casa, sin volver la cabeza. Probablemente era preferible no acercarse a la casa en el coche de Paula. Sería más fácil pasar inadvertida, en el supuesto de que alguien la estuviera buscando. ¿Habría logrado Paula liberarse? ¿Habría podido llamar a Michael y sacarlo del quirófano? ¿Le habrían tendido una emboscada?

Jane cruzó la calle en diagonal, con el cálido sol a su espalda, y dobló la esquina para entrar en Forest Street, todavía a varias manzanas de su casa. Podría avanzar sigilosamente entre las casas, pensaba con el propósito de compaginar sus diversas ideas en un plan coherente, hasta llegar posiblemente al jardín de Carole sin ser vista. ¿Lo lograría?, se preguntó en el momento de sentir un fuerte dolor de estómago, apoyarse en el tronco de un gigantesco sauce llorón y vomitar casi tres tazas de café.

Sus piernas se ablandaron como fideos hervidos y se desplomó sobre la hierba junto al árbol. «No, te lo ruego —le suplicó al cielo desprovisto de nubes—. Ahora no. No puedo desmoronarme ahora. Estoy demasiado cerca. Demasiado cerca de encontrar a mi hija. Demasiado cerca de descubrir la verdad. No permitas que me desmaye ahora».

Imaginó a Michael y Paula que corrían hacia ella por la calle. «¡Pobre chica! —oía que Michael les susurraba a un grupo de preocupados

espectadores—. Está loca». «Como un cencerro», oía que Paula confirmaba. Percibía que la agarraban por los brazos, la envolvían en una camisa de fuerza y la conducían a un furgón sin nombre con destino desconocido. Veía cómo su hija desaparecía para siempre.

Con nueva resolución, Jane se obligó a levantarse, e hizo caso omiso de los espasmos de su estómago, el hormigueo de sus extremidades y el creciente entumecimiento de su cuello. «Si alguien me ve por la ventana —pensó—, probablemente creerá que estoy borracha». «¡Pobre doctor Whittaker! —oía que se lamentaban—. ¡Qué cruz le ha tocado!».

¿La observaba alguien? Miró si veía algún rostro curioso entre cortinas semiabiertas o un par de ojos que se retiraran apresuradamente de alguna ventana. No vio a nadie, ni sintió ninguna mirada. «Soy invisible —decidió, apelando a la lógica infantil para calmar sus nervios—; si yo no los veo, ellos tampoco me ven», se repetía conforme se acercaba a la casa de Carole. Se agachó tras un coche negro aparcado en la calle, por si su determinación no lograba convencer a los demás.

Su propia casa parecía tranquila. La puerta principal estaba cerrada. No ocurría nada inusual en ninguna de las ventanas. No había ningún coche aparcado frente a la casa. Todo parecía tranquilo, incluso sereno.

Dos casas antes de llegar a la de Carole, Jane aceleró la marcha. Al llegar junto al garaje agachó la cabeza y corrió hacia el jardín posterior, con el corazón más acelerado que sus pies, el estómago dando saltos que precedían al resto de su cuerpo y su cabeza unida al cuello como a un clavo ardiente. Se pegó como una lapa a la verja de la casa, con la espalda arrimada a las tablillas, para por último dejarse caer contra un enrejado cubierto de rosas color melocotón.

¿Y qué diría a Carole? Que Michael les había mentado a ambas. Que ella y Daniel no habían tenido nunca relaciones amorosas. Que necesitaba saber lo ocurrido inmediatamente antes de su desaparición. Que necesitaba saber dónde Michael había ocultado a Emily.

—¿Quién es usted y qué hace en mi jardín?

La voz era dura, penetrante. Jane levantó la cabeza y vio al padre de Carole que la observaba desde lo alto, con unas fantasmagóricas piernas blancas que emergían de un pantalón corto, probablemente heredado de Carole. El pantalón colgaba de la endeble estructura del anciano, tan inerte como la ropa de un colgador. Su piel tenía el color de la leche desnatada.

—Soy yo, Jane Whittaker —susurró, consciente de que no conocía su nombre—. Su vecina.

—¿Qué hace en mis rosales?

Jane se incorporó deslizándose por el enrejado, hasta ponerse casi en pie. Percibió que algo la apresaba y volvió la cabeza, con el temor de ver a Paula o a Michael, pero descubrió que era el pincho de un rosal lo que sujetaba la camisa. La desenganchó cuidadosamente, no sin pincharse el dedo, y observó fascinada cómo se le formaba una gota de sangre en la yema del dedo.

—¿Se ha lastimado?

—No es nada.

—Me llamó Fred Cobb —declaró el anciano, como si se estuvieran presentando, y estrechó la mano de Jane con mucho cuidado de no tocar la sangre, que ahora se le extendía por la palma de la mano—. ¿Ha venido a vendernos algo?

—No, señor Cobb —respondió Jane, mientras miraba cautelosamente a su alrededor para ver si alguien los observaba, y se preguntaba si Carole estaría en casa—. No vendo nada. He venido para hablar con Carole.

—¿Sobre quién?

—Sobre mi hija, Emily.

—No conozco a nadie por ese nombre.

—Tiene siete años. Muy hermosa. Cabello largo, castaño. Probablemente la ha visto jugando en el jardín. Sus nietos solían hacerle de canguro.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Emily.

—No conozco a nadie por ese nombre —repitió al tiempo que Jane se preguntaba por qué estaba perdiendo un tiempo tan valioso.

—Entonces usted no debe de saber dónde está ahora —preguntó al vuelo.

—Claro que sé donde está.

—¿En serio?

—Dentro de la casa.

—¿Dentro de la casa? ¿Emily?

—¿Emily? No conozco a ninguna Emily. Ésta es la casa de Carole.

—¿Carole está dentro de la casa? —suspiró Jane.

—¿Dónde iba a estar? ¿Qué hace usted aquí? ¿Pretende vendernos algo?

—Señor Cobb —dijo Jane a la vez que se acercaba y veía cómo el anciano retrocedía—, ¿puede decirme si hay alguien más en la casa? ¿Tiene Carole alguna visita?

—Carole recibe muy pocas visitas desde que se marchó Daniel. Nunca le ha resultado fácil hacer amigos.

Jane asintió para expresar su comprensión, tanto de lo que decía como del sino de su hija. Era evidente que no obtendría ninguna ayuda del señor Cobb.

—Tengo hambre —dijo de pronto el anciano—. Creo que le pediré a Carole que me prepare el almuerzo —agregó, antes de mover la cabeza, como si hubiera cambiado de opinión—. No, me dirá que acabo de desayunar.

—Estoy perfectamente dispuesta a pedírselo en su nombre, señor Cobb —declaró Jane, mientras observaba la radiante sonrisa que se dibujaba en su apergaminado rostro.

—¿Lo hará? Es usted encantadora. Carole detesta que la moleste. Se enoja muchísimo. A veces me amenaza con mandarme a un asilo.

—Estoy segura de que no lo dice en serio, señor Cobb.

—Yo estoy seguro de que sí. Pero no me importa. Que me mande a un asilo, si es eso lo que desea. Me da lo mismo —declaró con un gesto de despreocupación—. ¿Qué saben ustedes los jóvenes sobre el vivir encerrado? Están todos convencidos de que vivirán eternamente. Sin dejar de ser jóvenes —rió—. Me gustaría estar aquí dentro de cincuenta años, para ver cómo se las arreglan. Seguro que nos reiríamos. En todo caso, ahora tengo hambre.

—Pediré a Carole que le dé algo de comer.

—¿Por qué no dejas que me lo pida él mismo? —la voz de Carole cortó el aire cálido como un cuchillo en un merengue, al tiempo que JR empezaba a ladrar—. ¡Calla, JR!

—¡Maldito perro! —exclamó el señor Cobb—. ¿También piensas encerrarlo?

—Hay un bocadillo de queso en la nevera, papá, si te apetece.

—¿Qué tipo de queso?

—El que a ti te gusta.

—Creo que no me vendrá mal —dijo con exagerada cortesía, antes de disculparse para entrar en la casa, mientras Carole dirigía su atención a Jane.

Ésta empujaba la espalda contra el enrejado y los pinchos de los rosales se la arañaban a través de la camisa de Michael. Imaginaba las pequeñas manchas de sangre, que en su mente se transformaron en una gran masa que cubría la parte frontal de la camisa.

—Necesito saber —le dijo a Carole con toda tranquilidad— exactamente lo que ocurrió el día en que desaparecí.

—¿Por qué no entras en casa y hablamos? —respondió Carole.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Carole en la sala de estar.

—No estoy segura —respondió sinceramente Jane, mientras examinaba con atención la sala pintada de blanco, con una moqueta azul.

No había nadie oculto tras el desaparejado mobiliario. Lo único que se vislumbraba eran montones de polvo bajo un viejo sillón. Un gran jarro de cristal, lleno de lirios predominantemente marchitos, descansaba olvidado sobre una mugrienta mesita de cristal.

—La mujer de la limpieza se ha despedido —comentó Carole, que seguía la mirada de Jane—. Y no me he molestado en buscar una sustituta. ¿Alguna sugerencia?

Jane pensó en Paula encerrada en el cuarto de baño, se preguntó si de algún modo Carole la habría descubierto y movió la cabeza.

—Tengo tanto que decirte, que no sé por dónde empezar.

—No estoy segura de que tengamos nada que decirnos.

—Sé que crees que Daniel y yo tuvimos relaciones...

—Y vas a decirme que no es cierto. No te molestes. Daniel me ha llamado.

—¿Daniel te ha llamado? ¿Cuándo?

—Hace poco. Ha dicho que había recibido una llamada muy extraña y que le habías preguntado si habíais tenido relaciones. Al desconocer lo sumamente delicado de tu estado —prosiguió con sarcasmo—, le ha resultado muy difícil comprender la naturaleza de tu pregunta. Le he contestado que, dejando aparte el golpe que debe suponer para su orgullo reconocer lo poco memorable que es haciendo el amor, probablemente sería preferible para todos los implicados alejar ese sórdido detalle de nuestras mentes, como lo has logrado tú con tanto éxito.

—Pero Daniel y yo no tuvimos relaciones.

—Eso dice él.

—Pero ¿no le crees?

—¿Por qué tengo que creer cualquier cosa que me cuente a estas alturas?

—¿Por qué tienes que creer a Michael? —respondió Jane.

—¿Cómo?

—Fue Michael quien te contó que Daniel y yo habíamos tenido relaciones, ¿no es cierto?

—¿Importa?

—Importa, porque es Michael quien miente.

—¿Por qué me mentiría Michael?

—Nos miente a todos.

—Insisto, ¿por qué?

Jane movió la cabeza, sintió que se mareaba y se acomodó en el sillón color crema descolorido.

—Para crear una brecha entre nosotras. Para mantenerte alejada de mí. Para impedirme averiguar la verdad.

Carole dio media vuelta como si estuviera dispuesta a abandonar la sala, pero acabó por sentarse en el sofá frente a Jane.

—¿La verdad sobre qué?

—No lo sé.

—Claro.

—Algo ocurrió antes de mi desaparición. Algo tan horrible que sólo fui capaz de asimilarlo a base de olvidarlo. Olvidarlo todo —dijo antes de levantar la mirada hacia el techo—. Carole, ¿cómo murió mi madre?

—¿Cómo? Un momento, Jane. Estos cambios son demasiado rápidos para mí. Me resulta difícil seguir el hilo de la conversación.

—¿Cómo murió mi madre?

Carole respiró hondo y levantó las manos como si hubiera decidido darse por vencida y seguirle la corriente.

—Falleció en un accidente de tráfico el año pasado.

—No me mientas —advirtió Jane, al tiempo que observaba el asombro en la mirada de Carole.

—No soy yo quien miente, Jane. ¡Por todos los santos! ¿Por qué mentiría acerca de eso?

—¿Mi madre murió en un accidente de tráfico?

—Creí que Michael te lo había contado.

—Lo hizo.

—Pero ¿no le creíste?

—Tú no creíste a Daniel —le recordó Jane.

—Las circunstancias son ligeramente distintas.

—¿Dónde tuvo lugar el accidente?

—Cerca de aquí. Tu madre se dirigía a Boston. Un individuo se saltó un stop y la embistió. Estabas desolada. Estabais muy unidas.

—¿Quién más viajaba en el coche?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién conducía?

—Tu madre conducía. Que yo sepa, tú pensabas acompañarla, pero no pudiste hacerlo porque tuviste que asistir a una reunión en la escuela de Emily. O algo por el estilo, por lo que tengo entendido.

—¿Yo no conducía?

—Acabo de decírtelo, tenías una reunión.

—Michael me dijo que yo conducía.

—¿Cómo? No seas absurda, Jane. ¿Por qué te diría Michael algo semejante?

—Me dijo que yo conducía y que Emily viajaba también en el coche.

—¿Emily?

—Me dijo que estaba muerta, que había muerto en mis brazos.

—Jane, esto es una locura.

—Pero mi hija no está muerta, ¿no es cierto, Carole?

—Claro que no. Claro que no está muerta.

—¿Dónde está, Carole?

Carole se puso en pie y Jane comprobó que aparecía una nueva expresión en su mirada, desconocida para ella hasta entonces y semejante a la que había transformado las suaves facciones de Anne Halloren-Gimblet. Comprendió que era miedo y se levantó para impedir a Carole que abandonara la sala.

—¿Dónde está, Carole? —insistió.

—No lo sé.

—No te creo.

—No sé dónde está.

—¿Dónde oculta Michael a Emily?

—Jane, escucha tus propias palabras. Escucha lo que estás diciendo. ¿Tiene algún sentido? Daniel me ha comentado que habías dicho algo referente a que Michael ocultaba a Emily. Pero ¿por qué tendría que ocultar Michael a Emily? Viéndote y escuchándote, yo diría que si la oculta es para protegerla. Por su propio bien.

—¡No, lo hace para protegerse él!

—Jane...

—Me dijo que estaba muerta, Carole. Que yo la había matado, que había fallecido en mis brazos. ¿Cómo lo justificas? ¿Intenta también protegerme a mí?

—Intenta protegerte, Jane. Es lo único que siempre ha procurado.

—¿A base de mentirme? ¿Contándome que mi hija estaba muerta? ¿Que yo era culpable de su muerte? ¡Santo cielo, Carole, escúchame! ¿Crees que me lo invento?

—Creo que es delusorio.

—¿Delusorio?

—Creo que estás convencida de que lo que dices...

—¿Delusorio? Esto es un término de Michael, ¿verdad? Delusorio — exclamó como si escupiera algo desagradable—. Michael te contó que mi estado era delusorio, ¿no es cierto?

—Jane...

—¿No es cierto? —insistió Jane, mientras movía la cabeza, al percibir en la mirada de Carole toda la confirmación que necesitaba—. Ha cubierto realmente todas las salidas, ¿verdad? Ha convencido a todo el mundo de que estoy loca, que padecía algún tipo de crisis nerviosa a raíz de la muerte de mi madre y que, aunque les parecía estar bien a mis amigos, en casa las cosas eran distintas. Perdía siempre los estribos, arrojaba objetos, reaccionaba con violencia —declaró al tiempo que describía pequeños círculos, para intentar ordenar todo lo que había aprendido de modo coherente—. Y parece lógico porque todo el mundo conoce mi mal genio. Todo el mundo conoce alguna anécdota relacionada con la ira de Jane. ¿Y cómo puedo luchar contra él, cuando estoy tan saturada de drogas que apenas puedo levantarme de la cama, o hablar con la cantidad de baba que me sale de la boca, y tan deprimida que el más alegre de mis pensamientos es el suicidio?

»¿No lo comprendes? Me ha mentado; ha mentado a todo el mundo. Te ha dicho que me acosté con tu marido; a mi me contó que éste había sido uno de tantos sórdidos amoríos. Lo ha planteado de tal modo que, aunque lograra averiguar algún dato y descubrir sus mentiras, podría decirle a todo el mundo que mi estado era delusorio. ¡No habría sido él quien dijo que mi hija estaba muerta, sino yo quien lo había imaginado! ¡Estoy incluso más loca de lo que él imaginaba!

»Es perfecto. El colmo de la perfección. ¿Quién va a discutirlo cuando diga que hay que encerrarme? Y lo más hermoso de este plan es que cuando esté en un centro psiquiátrico, cuando me haya puesto a buen recaudo en algún pozo de serpientes con un nombre altisonante, aunque recupere la memoria, aunque recuerde la verdad, sólo lo tomarán como prueba adicional de mi locura. Otras fantasías que anotarán en sus descomunales informes.

—Pero ¿por qué, Jane? ¿Por qué querría Michael hacer esas cosas? —preguntó Carole, con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque sé alguna cosa. Porque algo ocurrió que vi, oí o averigüé, algo que Michael no quería que supiera, que no quiere que recuerde.

—¿Qué?

—Cuéntamelo tú.

—Yo no sé nada, Jane —respondió Carole con los ojos cerrados en señal de rendición.

—Cuéntame lo que ocurrió la tarde en que desaparecí. Cuéntame lo que ocurrió aquel día.

—Michael dijo que estabas muy disgustada... —comenzó a decir Carole, después de una pausa.

—No me cuentes lo que dijo Michael —interrumpió Jane, enojada—. Háblame sólo de lo que tú viste.

—Te vi llegar en coche a tu casa —dijo Carole con reticencia—, a primera hora de la tarde. Mi padre hacía la siesta. Hacía frío y yo había estado arreglando las flores para mantenerme ocupada, de modo que, cuando te vi llegar, me acerqué con la esperanza de que te apeteciera preparar un té o un café, para pasar un rato juntas. Pero cuando te apeaste del coche, era evidente que había algún problema grave. Estabas histérica. Es el único término que se me ocurre. Mascullabas, estabas enojada contigo misma. No entendí nada de lo que decías. Ni siquiera estoy segura de que me vieras, aunque me miraste directamente a la cara. Te pregunté qué ocurría, pero entraste en tu casa sin hacerme ningún caso y cerraste de un portazo.

»Nunca te había visto de aquel modo. Sí, muchas veces enojada y con ataques de mal genio, pero aquello era distinto. No hablabas siquiera de un modo coherente. No eras tú misma. No sabía qué hacer. Me quedé aquí plantada unos minutos y entonces decidí llamar a Michael. Le conté lo ocurrido y respondió que vendría inmediatamente. Yo regresé a mi casa.

»Al cabo de unos quince o veinte minutos vi que Michael llegaba y entraba apresuradamente en la casa. A estas alturas me devoraba la curiosidad por saber lo que ocurría. De modo que me quedé mirando por la ventana. Al poco rato se abrió tu puerta de par en par y saliste corriendo. No cerraste la puerta, ni cogiste el coche. Echaste a correr a lo largo de la calle.

Esperé unos segundos y fui a tu casa. La puerta estaba abierta, pero llamé de todos modos. Cuando nadie respondió, empecé a preocuparme. Llamé a Michael varias veces y entonces oí sus quejidos, que me guiaron al solarío. Había sangre en el suelo.

»Le ayudé a levantarse, le acompañé al cuarto de baño, donde intenté limpiarle un poco, y por fin le llevé en mi coche al hospital de Newton-Wellesley, donde le cosieron la herida. Por el camino me obligó a que le prometiera contarles a los médicos que se había golpeado la cabeza al caerse. Dijo que tú padecías algún tipo de crisis nerviosa, que se fraguaba desde hacía algún tiempo, y que me lo contaría más adelante.

—¿Y entonces?

—Eso es todo. El resto ya lo conoces. No regresaste a casa. Él decidió que probablemente estabas aturdida y avergonzada, y que al cabo de unos días te tranquilizarías. Estaba seguro de que regresarías cuando te calmaras. Me avisó cuando llamó la policía, me contó lo ocurrido, que habías perdido la memoria y que iba a traerte a casa.

—¿Cuándo te contó lo de Daniel?

—Más adelante. Y me pidió que le prometiera no hablarte de ello, hasta que te hubieras recuperado. Pero ya sabemos lo ocurrido.

Jane respiró hondo, con la esperanza de expulsar el mareo que la invadía.

—Carole por favor, tienes que decirme dónde Michael tiene a Emily oculta.

—No lo sé —respondió Carole y Jane comprendió que decía la verdad—. Supongo que en casa de sus padres.

—¿O sea que tienen realmente una casa junto al mar?

—Sí. En Woods Hole.

Jane sabía que Woods Hole era una pequeña franja de tierra en el extremo del cabo Cod, pero no recordaba haber estado nunca allí. Estaba a varias horas en coche y Jane decidió que conduciría a ciegas si era necesario, y buscaría la casa de los Whittaker cuando llegara.

—Necesito que me prestes el coche —dijo Jane, agarrada al brazo del sillón para no perder el equilibrio, mientras se preguntaba si estaba en condiciones de hacer un viaje tan largo.

—¿Cómo?

—Déjame las llaves de tu coche.

—Jane, no seas absurda. No puedo prestarte el coche.

Jane comprobó que la mirada de Carole se trasladaba a un punto más allá de su cabeza. Vio cómo se le tensaban los hombros y en su boca se formaba un suspiro silencioso, al tiempo en que percibía una presencia a su espalda.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó el padre de Carole desde el umbral de la puerta.

Al principio Jane creyó que se refería a ella, pero cuando unas fuertes manos le agarraron los brazos, comprendió que la mujer de la que Fred Cobb hablaba era Paula, que había cruzado la calle después de escapar de algún modo de su cautiverio. O había estado aquí en todo momento.

—Después de la llamada de Daniel, he ido a tu casa —explicó Carole, mientras Paula le sujetaba firmemente los brazos a los costados del cuerpo—, porque me ha parecido que podía haber algún problema. Y he encontrado a Paula encerrada en el cuarto de baño.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el padre de Carole—. Carole, ¿quién es esa gente? ¿Han venido a vendernos algo?

—No, papá. ¿Por qué no subes a tu habitación y te acuestas un rato?

—No quiero acostarme. Acabo de levantarme.

—Buena chica —dijo Paula sin aflojar las manos, al tiempo que Jane relajaba todos sus músculos—. No vale realmente la pena resistirse.

—¿Ha llamado a Michael? —preguntó Jane.

—Está en el quirófano. Le he dejado un recado.

Entonces todavía hay tiempo, pensó Jane, a la vez que doblaba las rodillas, como si no pudiera sostener su propio peso. Paula bajó los brazos para no soltarla y, en aquella fracción de segundo, Jane la empujó con la espalda, le hizo perder el equilibrio y aprovechó la oportunidad para librarse de sus brazos.

—¡No! —exclamó, mientras el padre de Carole chillaba alarmado, al tiempo que Jane extendía la mano para agarrar un gran jarro de cristal de la mesita y levantarlo por encima de la cabeza.

Las flores se desparramaron por los aires, el agua sucia se derramó sobre su hombro y la moqueta, Paula retrocedió y Carole movió la cabeza, mientras su padre gemía y ocultaba los ojos tras las manos.

En aquel instante Jane recordó exactamente quién era y lo que con tanto ahínco había intentado olvidar.

Veintisiete

Jane presenció el despliegue de su memoria como si contemplara una película desde la butaca central de primera fila, única espectadora en una sesión privada. Vio cómo se levantaba el telón y la pantalla se llenaba de imágenes en color, casi demasiado brillantes para sus ojos. Su voz adquirió el papel de narrador, permitiendo que Carole y Paula compartieran su visión solitaria.

Una mañana Michael y Emily estaban sentados junto a la mesa de la cocina. Michael leía el periódico mientras tomaba un café y Emily jugaba con los cereales, al tiempo que derramaba la leche de su cuchara sobre la mesa. Michael miró por encima del periódico para reñirla amablemente. Jane se vio a sí misma secando la leche y colocando los platos en el lavavajillas, cada uno en su ranura correspondiente.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Michael, a la vez que Jane se confundía con la imagen que tenía delante.

—Debo reunirme con la profesora de Emily a las doce y media —le recordó.

—¿Algún problema?

—No creo. La entrevista habitual de fin de curso. Supongo que me hablará de lo mucho que ha progresado, la clase que le corresponde el próximo curso y cosas por el estilo —respondió, a la par que acariciaba la cabeza de Emily y ésta respondía con una tímida sonrisa—. ¿Cuál es el número de tu clase, cariño?

—Treinta y uno —dijo Emily con la voz muy baja.

Jane se había dado cuenta de que cada vez que hablaba, parecía hacerlo con la voz más baja.

—No sé por qué me resulta tan difícil recordar ese número. Será mejor que lo escriba —dijo mientras cogía un papel del bloc junto al teléfono y anotaba: «Pat Rutherford, habitación treinta y uno, doce treinta»—. ¿Qué te parece si preparo uno de mis pasteles especiales de chocolate cuando regrese? —preguntó con la esperanza de provocar una radiante sonrisa en su hija y sentirse estúpidamente orgullosa al conseguirlo.

—¿Puedo ayudarte?

—Por supuesto —respondió Jane, al tiempo que abría el frigorífico y miraba en su interior—. Tengo que comprar leche y huevos cuando salga —agregó mientras anotaba: «leche y huevos». ¿Lista para el colegio?

—Yo puedo llevarla —dijo Michael.

—Magnífico.

—Ponte una chaqueta —ordenó Michael cuando Emily corría hacia el vestíbulo—. Dicen que hoy hará frío. También conviene que mamá lo recuerde —agregó, antes de darle un beso a Jane en la nariz.

—Sí, papá, gracias papá —respondió Jane.

—De nada, listilla.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Llámame después de la entrevista con la profesora de Emily.

—De acuerdo.

Jane siguió a Michael al vestíbulo y ayudó a su hija a ponerse su anorak rosa y amarillo estampado.

—Que tengas un buen día, cariño —dijo después de agacharse, percibir inmediatamente los brazos de su hija alrededor del cuello y no querer dejar de abrazarla—. Te veré dentro de unas horas en la escuela.

Cuando Jane se puso en pie, se encontró en los brazos de Michael.

—La ocasión era demasiado buena para no aprovecharla.

—Que tengas un buen día —le dijo ella con un beso.

—Llámame.

Se quedó en la puerta hasta que el coche de Michael dobló la esquina, con una increíble sensación de bienaventuranza y la idea de que lo único que faltaba en sus vidas era la presencia de otro hijo. Casi le hizo gracia la ironía. Dos años con la píldora después del nacimiento de Emily, para asegurarse de que hubiera una separación de tres años entre sus lujos, y absolutamente nada desde que había dejado de tomarla. Los análisis habían demostrado que el nivel de esperma de Michael era muy bajo y que Emily había sido más milagrosa de lo que en un principio habían imaginado. Parecía dudoso que se repitiera el milagro. De modo que tendrían que contentarse con una hija. Jane dio gracias a Dios, como lo hacía con frecuencia, por haberle podido ofrecer a Michael una niña tan perfecta, hermosa e inteligente.

Su profesora parecía preocupada. Bien, quizá no exactamente preocupada, se dijo Jane mientras subía a cambiarse de ropa.

—Estoy segura de que no ocurre nada grave —había dicho Pat Rutherford, causando la preocupación consiguiente.

Jane no se lo había mencionado a Michael. ¿Para qué intranquilizar a dos personas por algo que no era preocupante?

Jane buscó en el armario un vestido adecuado para ponerse y eligió un modelo sencillo de Anne Klein, en lugar de otros con lazos y puntillas que Michael había seleccionado, cuando habían salido juntos de compras. Puede que fuera un brillante cirujano, pensó mientras se ponía el vestido azul de Anne Klein, pero tenía un gusto atroz en moda femenina. Incluso su gusto por los camisones dejaba mucho que desear, reflexionó, al tiempo que guardaba el camisón de algodón blanco que le había regalado para el día de la madre en el fondo del cajón, sin que nunca hubiera tenido el valor de confesarle que no le gustaba.

Se peinó el cabello hacia atrás y lo sujetó con una aguja, satisfecha de su imagen en el espejo, pero consciente de que Michael le tomaría el pelo por su aspecto de señora madura respetable, ya que la prefería con el cabello suelto. Se puso el sencillo reloj de oro que Michael le había regalado por su décimo aniversario, hizo girar distraídamente su alianza de oro en el anular y pensó en si le convenía ordenar la casa antes de salir. No, decidió que lo dejaría para Paula al día siguiente, al tiempo que fruncía el ceño sólo de pensar en la mujer que Michael había contratado para limpiar la casa. Paula no tenía sentido del humor, ni respeto alguno por Jane, a quien sabía que consideraba frívola, inútil y mimada, con todo en la vida de lo que ella carecía. Además, Paula estaba loca por Michael. Jane estaba convencida de ello, a pesar de su escaso contacto con aquella joven desmesuradamente concienzuda, aunque el bendito de Michael parecía ignorar por completo los sentimientos de la pobre muchacha.

«¿Cómo reaccionaría si descubriera que entre ellos existían relaciones amorosas?», pensó, antes de desechar la idea por irrisoria. Era demasiado absurdo para siquiera pensar en ello. Además, Michael nunca la engañaría, estaba convencida de ello. No valía la pena pensar en tales estupideces. No era justo para Michael ni para ella.

Jane bajó por la escalera, cogió el bolso del armario y, estaba a punto de salir, cuando recordó la advertencia de Michael respecto al frío.

—¿Quién necesita un abrigo? —exclamó en voz alta, cuando ya abría la puerta de la casa—. ¡Dios mío, estamos en junio! —agregó mientras percibía el impacto de un viento helado—. ¡Santo cielo, hace mucho frío! —dijo entonces, antes de dirigirse al armario del vestíbulo y colocarse la gabardina

sobre los hombros—. Supongo que hay que hacerle caso a papá después de todo.

Jane pasó la mañana mirando escaparates en Newton Center. Pensó en llamar a Diane para almorzar juntas, pero no sabía cuánto duraría su entrevista con Pat Rutherford y decidió comerse un bocadillo a solas, antes de dirigirse a Arlington Private School. ¿Por qué la habría citado Pat Rutherford a la hora del almuerzo? ¿No habían señalado en el calendario escolar el viernes 22 de junio como fecha para las entrevistas?

«Probablemente no puede celebrar todas las entrevistas en un mismo día», decidió Jane, después de dejar el coche en el aparcamiento de la escuela y consultar el papel para recordar el número de la sala.

—Treinta y uno. ¿Qué me impedirá recordarlo? ¡Maldita sea, también he olvidado la leche y los huevos! ¿Qué diablos me ocurre hoy? —reflexionó consciente de que estaba nerviosa—. ¿Y por qué estoy nerviosa? —se preguntó con impaciencia, después de guardar de nuevo la nota en el bolsillo—. Además, ¿por qué hablo sola? Alguien puede oírme y creer que estoy loca.

Entró en la escuela por la puerta lateral, subió al tercer piso y no tardó en localizar la sala treinta y uno, al final de un pasillo cubierto de fotografías. La puerta estaba abierta y miró al interior. Las paredes estaban cubiertas de dibujos infantiles y unas grandes letras de colores que configuraban el alfabeto. Del techo colgaban pintorescos móviles a intervalos regulares y junto a la ventana un hámster describía interminables círculos silenciosos en la rueda de su jaula. En general era una sala cálida y acogedora que reflejaba sin duda la personalidad de la maestra. También estaba vacía. Jane consultó el reloj: las doce y veinticinco.

Siempre llegaba temprano. Desde niña, su madre le había imbuido la importancia de ser puntual. Llegar tarde suponía una falta de respeto para los que esperaban, decía su madre, a pesar de que ella solía llegar tarde.

Jane descubrió uno de los dibujos de Emily en la abigarrada pared: un campo lleno de flores presidido por un alegre sol. Si su madre hubiera sido fiel a sus propios consejos, tal vez no habría tenido que apresurarse para ir de compras, antes de su regreso a Hartford. Quizá si no lo hubiera dejado para él último momento, si hubiera conducido un poco más despacio, si se hubiera ajustado mejor a su propio horario...

—Buenos días, señora Whittaker —dijo Pat Rutherford con una voz suave y delicada como ella misma—. ¿Hace mucho que espera? —preguntó nerviosa.

—Acabo de llegar.

—Magnífico —respondió Pat Rutherford, mientras colocaba su largo cabello rubio tras la oreja con los dedos y mostraba un gran pendiente circular de plata—. Gracias por haber venido. Espero no haberle causado excesivas molestias.

—No, en absoluto. ¿Le va todo bien a Emily en la escuela?

Jane esperaba unas prontas palabras de confirmación y se alarmó cuando la joven maestra titubeó.

—¿Algún problema?

—No —respondió Pat Rutherford en un tono poco convincente—. Bueno, no estoy segura. Es de lo que deseaba hablarle y la razón por la que le he pedido que viniera hoy, en lugar del viernes con las demás madres.

—¿De qué se trata?

—Por favor, siéntese.

Jane intentó acomodarse en uno de los pequeños pupitres, frente al escritorio de Pat Rutherford. La maestra no se sentó. Caminaba de un lado para otro y de vez en cuando se apoyaba en el escritorio, sin que sus ojos oscuros supieran dónde mirar.

—Me está poniendo un poco nerviosa —confesó Jane mientras se preguntaba qué podía tener que contarle.

—Lo siento. No pretendo desconcertarla. Es sólo que no sé por dónde empezar.

—Lo mejor suele ser ir directamente al grano.

—Espero que tenga razón. A decir verdad —dijo, después de una pausa—, no estoy segura de que debiera haberla llamado.

—No comprendo.

—Éste es mi primer año como maestra —explicó Pat Rutherford—. Nunca me he encontrado con un caso parecido y no estoy exactamente segura de cuál es el procedimiento correcto.

—¿El procedimiento correcto para qué?

—Normalmente, creo que mi obligación es la de comunicar mis sospechas a las autoridades...

—¿Las autoridades? ¡Dios mío! ¿Qué sospecha?

—Pero una amiga mía tuvo una experiencia muy desagradable cuando lo hizo; aparecieron dos policías en la escuela, aterrorizaron a la pobre niña, se organizó un escándalo monumental en la escuela, los padres estaban furiosos y mi amiga estuvo a punto de perder el empleo. Además, no cambió nada.

—¿De qué está hablando? —preguntó Jane, al borde de la pequeña silla.

—Me encanta la enseñanza. No quiero perder mi empleo. De modo que antes de acudir a las autoridades, decidí hablar con el director del colegio.

—¿El señor Secord?

—Efectivamente.

—¿De qué le habló?

—Creo que alguien abusa sexualmente de Emily.

Las palabras, cuando finalmente surgieron, penetraron en las entrañas de Jane como una daga. Se inclinó al frente y probablemente se habría caído de la pequeña silla, de no haber sido por el golpe que se dio con el pupitre en las costillas. No podía haber oído debidamente, pensó mientras procuraba recobrar su compostura. Era imposible que hubiera oído lo que creía.

—¿Cómo ha dicho?

—Creo que alguien abusa sexualmente de Emily —repitió Pat Rutherford, al tiempo que se sentaba junto a su escritorio, sin que las palabras causaran menor impacto al pronunciarlas por segunda vez.

Jane emitió un suspiro, con la sensación de que expulsaba sus entrañas.

«No puede ser —pensó—, es imposible».

—¿Qué le hace suponer tal cosa? —preguntó cuando logró recuperar el habla.

—El caso es que no tengo ninguna prueba concreta y ésta es una de las razones por las que el señor Secord ha insistido en que no llamara a las autoridades. Como ha señalado en numerosas ocasiones, tengo muy poca experiencia. Podría haber numerosas razones para explicar la reciente conducta de Emily. Pero algo me dice que va por ahí. Todo lo que he leído...

—Le ha dicho Emily que alguien haya... —se le atragantaron las palabras — abusado sexualmente de ella —susurró Jane, negando a sí misma lo que decía.

—No —respondió Pat Rutherford, al tiempo que Jane suspiraba de alivio, convencida de que debía estar equivocada, que sacaba conclusiones prematuras de algo que había leído—. Sin embargo, su reciente conducta es consecuente con la de una niña que sea objeto de tales abusos.

—¿En qué sentido? ¿Qué tipo de conducta?

—En primer lugar —titubeó nuevamente Pat Rutherford—, suele estar muy callada últimamente. Antes era siempre muy gregaria, sonriente y llena de entusiasmo, pero ahora se ha vuelto muy reservada. En realidad, más que reservada. Casi triste. ¿No lo ha percibido en su casa?

Jane tuvo que admitir que lo había hecho.

—No obstante —protestó—, esto no significa que alguien abuse sexualmente de Emily.

—Si sólo fuera eso, no lo habría pensado dos veces —afirmó Pat Rutherford—. Pero hay más.

Jane se limitó a asentir, sin palabras, para invitar a la profesora de Emily a que prosiguiera:

—Un día, a la hora del recreo, la vi en la clase de párvulos jugando con las muñecas. El hecho en sí no es inusual. A muchos les gusta aprovecharse de los juguetes. Siempre y cuando vuelvan a dejarlo todo en su sitio, no hay ningún problema. Pero había algo en la forma de jugar de Emily con las dos muñecas que me llamó la atención. Ella no me vio. Estaba totalmente imbuida en lo que hacía.

—¿Qué hacía?

—Tocaba las muñecas en los pechos y entre las piernas, y las frotaba entre sí...

—¿No podría eso ser simple curiosidad infantil? —interrumpió Jane, cada vez más enojada.

Confiaba en que esa mujer, esa maestra novata en su primer año de trabajo, no hubiera fraguado aquella descabellada historia basándose exclusivamente en la curiosidad infantil.

—Sí, podría ser. A mí también se me ocurrió. Evidentemente, no me apresuré a deducir que la niña era objeto de abusos sexuales. Pensé que era igualmente probable que imitara la conducta que había visto en la televisión o en el cine.

Jane movió la cabeza. Siempre había controlado cuidadosamente lo que Emily veía por televisión y sólo la llevaba al cine cuando proyectaban películas propias de su edad. Nunca se la había expuesto a exhibiciones sexuales. No obstante, Emily tenía ojos. Sentía sin duda curiosidad respecto a su propio cuerpo. Y los demás niños hablaban.

—Es probable que haya oído algo de sus compañeros —sugirió débilmente Jane, con un esfuerzo para no perderlos estribos, cuando lo único que deseaba hacer era lanzarse sobre Pat Rutherford y estrangularla por proferir acusaciones infundadas.

—Señora Whittaker, le ruego tenga en cuenta que no le digo estas cosas a la ligera —declaró la profesora de Emily, como si le leyera el pensamiento—. Hace meses que reflexiono sobre la mejor forma de enfocar este asunto. El señor Secord me ha recordado muchas veces que su marido es un hombre importante en la comunidad y uno de los miembros más activos en la

captación de fondos para la escuela. También soy consciente de su gran participación en actividades escolares y de lo muy concienzudos que ambos son como padres. Por ello no he querido someterla a ningún engorro innecesario. Puede que haya una explicación muy simple para todo.

—¿Todo? Hasta ahora no he oído gran cosa. Por lo menos nada que me permita deducir que mi hija es objeto de abusos sexuales.

—Hay más.

Jane contuvo la respiración.

—Tal vez habría optado por olvidar el asunto de no haber sido por lo ocurrido la semana pasada.

—¿Qué ocurrió la semana pasada? —preguntó Jane con hastío.

—Cuando entré, Emily estaba en el fondo de la clase con otra niña. Tenía una mano sobre su hombro y con la otra le acariciaba el pecho...

—Eso es una bobada. Dos niñas que se tocan...

—No era lo que Emily hacía, sino lo que decía.

—¿Decía?

—Susurraba: «Eres tan hermosa. Me gusta acariciarte porque eres tan bonita y suave».

—¿Cómo?

—Sé que éstas fueron sus palabras exactas, porque tomé nota de ellas. Comprenda que no es algo que las niñas suelen decirse entre sí, ¿no cree? Parecía que imitara a un adulto, algo que ha oído o que alguien le ha dicho a ella. No lo sé. Soy consciente de que esto es un terrible susto para usted, señora Whittaker, y probablemente está muy enojada conmigo. Sé que no tengo ninguna prueba. Pero me he torturado pensando en qué puede convertir a una niña abierta y normal en una introvertida, qué puede despertar esa conciencia sexual en una niña de siete años. No se me ocurre otra alternativa, a no ser que...

—¿Qué?

—A no ser que haya visto a su niñera con algún novio. ¿Es posible? Puede que haya bajado alguna noche, cuando se suponía que estaba durmiendo, y se haya encontrado a la niñera con el novio en el sofá. Tal vez oyera lo que se decían.

Jane se preguntó si aquello podía ser posible. Tanto el hijo como la hija de Carole hacían de canguro con cierta regularidad. ¿Cabía la posibilidad de que Celine hubiera invitado a algún muchacho, cuando habían salido por la noche?

—¿Hay adolescentes en su barrio? —preguntó Pat Rutherford—. Tal vez alguno de ellos se ha acercado a Emily y ha intentado...

A Jane le vino inmediatamente a la mente la figura alta y desgarbada de Andrew Bishop. ¿Era posible que el hijo adolescente de Carole hubiera intentado abusar sexualmente de su hija?

Jane se levantó con tal determinación que casi derribó el pupitre.

—Tengo que hablar con Emily —dijo.

—Esperaba que ésa fuera su reacción —suspiró Pat Rutherford—. Ahora está almorzando. Puedo ir al comedor y traerla aquí, si lo desea.

—Se lo ruego.

Pat Rutherford salió de la sala sin otra palabra. Jane dio inmediatamente un puñetazo sobre la mesa, que hizo que los papeles que había sobre la misma cayeran al suelo.

—¡Maldita sea, no puede ser cierto! —repitió—. No puede ser. Es imposible.

Echó a andar de un lado para otro frente al escritorio, como Pat Rutherford lo había hecho hacía unos momentos. ¿Cómo podía ser?, se preguntó. ¿Cómo podía ser? Había una sola respuesta: no era cierto. Pat Rutherford había reaccionado desmesuradamente ante una situación sin duda inocente, que se aclararía en unos minutos.

Unos minutos, pensó, mientras consideraba cómo podía cambiar toda una vida en tan poco tiempo. Ella, una mujer feliz con un marido encantador y una hermosa hija, que creía tener el mundo en la palma de la mano, que *tenía* el mundo en la palma de la mano, y de pronto... de pronto su mundo se había desmoronado. Y todo por unas pocas palabras: «Creo que alguien abusa sexualmente de Emily».

No. No era posible.

¿Era posible? ¿Cabía la posibilidad de que los hijos de Carole fueran responsables, tal vez inadvertidamente, de la extraña conducta reciente de Emily? ¿Podía Celine haber traído a algún novio a la casa cuando cuidaba de su hija? Quizá, pensó Jane, aunque improbable. Según Carole, Celine mostraba muy poco interés por los chicos, no tenía ningún novio y aseguraba constantemente que nunca lo tendría. ¿Y Andrew? ¿Era realmente capaz de haber importunado a su hija? Daba siempre la impresión de que las chicas eran lo último en lo que pensaba. Le interesaba mucho más el baloncesto y el béisbol. Nunca permanecía quieto el tiempo suficiente para prestarle atención alguna a Emily. No obstante era en quien caían lógicamente las sospechas. «¡Dios mío! —exclamó Jane para sus adentros, con un esfuerzo para que las

palabras no surgieran de sus labios—. Lo mataré. ¡Mataré a ese maldito muchacho!».

—¿Mamá? ¡Hola, mamá! —chilló Emily mientras se le acercaba corriendo, al tiempo que Jane se agachaba para recibirla en sus brazos—. ¡Ay! —exclamó la niña y Jane comprendió que la estrujaba con demasiada fuerza.

—¿Cómo estás, hermosura? —preguntó Jane, después de relajar los brazos.

—Muy bien. Le he dado a Jodi mi manzana. ¿He hecho bien?

—Claro que sí —respondió Jane, al tiempo que le apartaba algunos cabellos sueltos de la cara y la conducía a un pupitre cercano—. ¿Qué te parece si hablamos unos minutos?

Desde la puerta, Pat Rutherford indicó que esperaría en el pasillo.

—Éste no es mi pupitre, mamá —dijo Emily, mientras conducía a Jane a otro de la segunda fila, que le mostró con orgullo.

—Tengo que hacerte algunas preguntas —declaró Jane, después de aposentar el trasero en una de las pequeñas sillas, con un esfuerzo para controlar el tono de su voz—. Y necesito que me digas la verdad. ¿Comprendes?

Emily asintió.

—No me enojaré contigo digas lo que digas. ¿De acuerdo? No debes tener miedo de contarme lo que sea. Es muy importante que me cuentes exactamente lo ocurrido.

—Lo haré, mamá.

—Cariño, cuando Celine se queda a cuidarte por la noche, ¿ha traído alguna vez a otra persona?

—No. Siempre juega conmigo.

—¿Y Andrew?

—Nunca cuida de mí.

—Lo hizo algunas veces el año pasado.

—¡Ah, sí! Lo recuerdo.

—Pero nunca trajo a nadie más con él —declaró Jane.

—No. No creo.

—¿Te ha dicho Andrew algo, alguna vez, que te haya hecho sentir incómoda?

—No comprendo.

—¿Ha sugerido alguna vez... hacer algo... que tú no quisieras hacer?

—Sigo sin comprender.

—¿Te ha tocado alguna vez de un modo que te sintieras molesta?

Emily no respondió.

—¡Emily! ¿Te ha tocado Andrew de algún modo que no te gustara?

Emily bajó la mirada al suelo. Jane hizo un esfuerzo para no perder el control, con un torbellino de ideas en su mente. «Mataré a ese hijo de puta. ¡Lo mataré!».

—No lo olvides, cariño, necesito que me digas la verdad. Es muy importante. Sé que lo que haya ocurrido no es culpa tuya. Y te prometo que no me enojaré contigo. Sé que eres una niña hermosa y encantadora, que no harías nada malo, y que lo que haya ocurrido no es culpa tuya, pero es muy importante, cariño. Necesito saberlo. ¿Te ha tocado Andrew de algún modo que te haya hecho sentir incómoda? ¿Te ha tocado las partes privadas?

Jane se estremeció. No podía creer que estuviera pronunciando aquellas palabras. Tal vez no lo hacía, pensó, aferrándose de pronto a la irrealista esperanza de que aquel desagradable asunto no fuera más que una pesadilla. Oía el fuerte tictac del reloj de pared. Pareció transcurrir una eternidad antes de que Emily respondiera.

—No ha sido Andrew —dijo.

—¿Cómo?

—No ha sido Andrew —repitió Emily, sin mirar a su madre.

—¿No ha sido Andrew? ¿Quién, entonces?

Jane repasó mentalmente todas las alternativas posibles. Si no había sido Andrew, tal vez alguno de sus amigos. O quizá uno de los alumnos mayores de la escuela. Puede que incluso algún profesor. Tal vez el dentista al que había llevado a Emily hacía unos meses. O algún desconocido. ¡Dios santo, ¿quién?!

—¿Quién ha sido, Emily? Por favor, díselo a mamá. ¿Quién te ha tocado, cariño? ¿Quién ha hecho que te sintieras incómoda? Te lo ruego, cariño, puedes contárselo a mamá.

Emily levantó lentamente la mirada del suelo, para fijarla en los ojos de su madre.

—Papá —respondió.

Todo quedó paralizado: los latidos de su corazón, el tictac del reloj, su respiración. Cesó todo sonido, para ser sustituido por un zumbido en sus oídos. Sin duda debía de haber imaginado lo que sabía que había oído. Sin duda su hija debía de mentir, mencionar un nombre al azar porque su madre la había colocado entre la espada y la pared. Se lo estaba inventando para

tranquilizar a su madre, perturbada por la maestra. Sin duda nada de aquello ocurría en realidad.

Era imposible. Pensar que el hombre con quien había estado casada once años, afectuoso marido y respetado cirujano pediátrico, miembro ejemplar de la comunidad, participante activo en un sinnúmero de organizaciones de beneficencia, querido prácticamente por todos los que le conocían, había abusado sexualmente de su propia hija; no, ¡no era posible! Además, era absurdo. Aquél era el hombre en quien había depositado toda su confianza desde hacía casi doce años, el hombre que la había apoyado en los peores y mejores momentos, que siempre estaba a su lado cuando perdía el control, se ponía furiosa, se dejaba llevar por las emociones. El hecho de que pudiera abusar sexualmente de su propia hija suponía una traición de tal magnitud, que su mente era incapaz de digerirla. Era imposible. No podía haber ocurrido. *No había ocurrido.*

Si era cierto, pensó, mientras observaba las delicadas lágrimas que rodaban por las mejillas de su hija, ¿dónde había tenido la cabeza durante tantos años? ¿Qué clase de persona era para dejarse engañar de aquel modo? ¿Qué indicaba sobre ella misma el hecho de que su marido no fuera el hombre que creía? ¿Quién era Jane Whittaker, si el hombre a quien había conocido durante tantos años como su marido, no era el hombre al que creía conocer? ¿Qué tipo de madre era cuando no había tenido sospecha alguna de dicho abuso? ¿Cuando había tenido que enterarse por la maestra de su hija? ¿Qué clase de persona era, que se preocupaba por el medio ambiente, cuando no podía proteger a su propia hija? ¿Quién era?

No lo sabía. Ya no sabía nada de nada.

—¿Estás furiosa conmigo, mamá?

—No, claro que no —respondió Jane, apenas capaz de hablar—. Claro que no estoy furiosa contigo, cariño.

—Papá me obligó a prometer que no te lo contaría —prosiguió Emily por iniciativa propia, cuando Jane habría preferido cubrirse los oídos y gritar: «¡Basta!», pero era demasiado tarde y no le quedaba más alternativa que oír lo que su hija tenía que decir—. Dijo que tenía que ser nuestro secreto.

—Lo sé, amor mío —gimió Jane—. Lo sé.

¿Qué sabía?, se preguntó enojada a sí misma. ¿Sabía algo sobre cualquier cosa? Antes de formular su próxima pregunta con labios temblorosos, tragó la bilis que le llenaba la boca.

—¿Dónde te tocó papá, cariño?

«Por favor, no me lo digas —suplicó para sus adentros—. No me lo cuentas. No quiero saberlo. Es demasiado para mí. Soy incapaz de asimilarlo».

—Aquí —respondió tímidamente Emily, mientras indicaba la zona de sus incipientes senos—. Y aquí —agregó avergonzada, al tiempo que se llevaba la mano entre las piernas—. A veces en el trasero —concluyó, mientras Jane se estremecía.

—¿Cuándo te ha tocado?

Jane oyó su voz como si procediera de otra persona. No podía estar pronunciando aquellas palabras. Nada de aquello podía estar ocurriendo.

—A veces cuando me bañaba. Papá venía al baño y me secaba.

—¿Cuando te bañabas? —exclamó Jane con un gran alivio en la voz.

¡Claro! Ha sido todo una confusión.

Michael se había limitado a secar a Emily después del baño, como lo haría cualquier padre. Una maestra excesivamente concienzuda y una madre demasiado dispuesta a sacar conclusiones, lo habían sacado todo de contexto. Actos perfectamente inocentes habían adquirido un aspecto siniestro, e incluso obsceno.

—A veces cuando tú ibas a alguna reunión, papá se metía en la cama conmigo —prosiguió Emily, al tiempo que a Jane se le derrumbaba el castillo de racionalizaciones—. Decía que se sentía feliz de haber hecho a una niña tan perfecta —agregó de pronto entre fuertes y angustiosos sollozos—. Decía que no había nada de malo en ello, que todos los papas querían a sus hijas de aquel modo.

Jane cogió a su hija en los brazos, con su próxima pregunta trabada tras la lengua, que se negaba a emerger hasta llegar casi a asfixiarla.

—¿Te pidió alguna vez papá... que le tocaras?

—Algunas veces. Pero no me gustaba.

—¿Dónde...? ¿Dónde te pedía que le tocaras?

Emily se separó de Jane, bajó la cabeza y se señaló la ingle.

—¿El pene? —susurró Jane.

—Yo no quería hacerlo —asintió Emily—. No me gustaba cuando se quedaba todo mojado y pegajoso en mis manos.

Jane se tambaleó y temió desmayarse. ¿Era realmente capaz de formular la próxima pregunta? ¿Qué obscenidades le quedaban por oír?

—¿Te ha hecho papá algo más?

Emily movió la cabeza.

—¿Te ha hecho daño alguna vez?

—No.

Jane cerró los ojos. ¡Gracias a Dios!

—Me hizo prometer que no te lo contaría y ahora estará furioso conmigo porque he roto mi promesa.

—No te preocupes. Yo me ocuparé de papá. —Jane se oyó decir a sí misma, sin saber exactamente lo que se proponía—. Escúchame, cariño: iré a casa para recoger algunas cosas, te recogeré a la salida del colegio y nos tomaremos unas pequeñas vacaciones, solas tú y yo. ¿Qué te parece?

—¿Sin papá?

—En esta ocasión sin papá —dijo, sin poder dar crédito a sus propias palabras—. Solas tú y yo. Vacaciones femeninas. ¿De acuerdo?

—No olvides mi manta —asintió Emily, mientras se secaba las lágrimas con el reverso de la mano.

—¿Cómo podría olvidar tu manta? No te preocupes, cariño. Yo me ocuparé de todo —dijo Jane, antes de hacer una pausa, sin saber si lograría tenerse de pie—. Entretanto, juega y pásatelo bien, y no olvides que te quiero. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, mamá.

Jane cubrió de besos las mejillas de su hija.

—Y papá nunca volverá a tocarte de ese modo, ¿de acuerdo? Te lo prometo, cariño.

Emily no dijo nada. Jane comprendió que quería a su padre y consideraba que había sido *ella* quien le había traicionado.

—Has hecho lo que debías, cariño. Has hecho bien en contármelo. Ahora regresa al comedor, acaba de almorzar y aquí estaré cuando salgas por la tarde.

Vio cómo Emily se alejaba por el pasillo y desaparecía por la escalera.

—¿Le ha contado algo? —preguntó Pat Rutherford a la espalda de Jane.

—Yo lo solucionaré —respondió sin volver la cabeza, mientras echaba a correr por el pasillo.

Veintiocho

—¡Maldito seas, hijo de puta! ¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar, maldito seas! —la voz de Jane retumbaba en el interior del coche con las ventanillas cerradas, acompañada de contundentes puñetazos al volante—. ¿Cómo puedes haberlo hecho, miserable cabrón? ¿Cómo puedes haberle hecho esto a nuestra hija? ¿Cómo has podido hacerlo?

Jane estaba sentada en el aparcamiento de la escuela, pensando en lo que haría a continuación. Había llegado apenas al coche cuando estallaron sus gritos reprimidos, su cuerpo incapaz de seguir conteniendo el ultraje. Había sido esencial alejarse de Emily. No podía permitir que su hija presenciara el alcance de su furor. Necesitaba tiempo para tranquilizarse, unas cuantas horas para dominar sus emociones, aplacar su ira, formular un plan, decidir lo que debía hacer.

¿Debería enfrentarse a él? ¿Irrumpir simplemente en su consulta y anunciar en público las acusaciones de Emily, arrancar su máscara de respetabilidad, su impecable reputación, promulgar que aquel protector de menores era realmente un pederasta? ¿Cabía la posibilidad de que hubiera abusado también de otros menores? Lo que sin duda no le faltaban eran las oportunidades. Su trabajo consistía en cuidar enfermos y vulnerables. ¿Quién podía ser más vulnerable que un niño enfermo? Y ahí estaba el santo doctor Michael Whittaker, en una posición de poder y confianza absolutos. Era reverenciado, amado, idolatrado. ¿Podía aquel mismo hombre, aquel amante tierno y cariñoso, ocultar un corazón tan macabro, propio de una pesadilla?

¿Y qué significaba eso respecto a ella? ¿Cómo podía haber vivido más de once años con aquel hombre sin sentir jamás la más mínima sospecha? ¿Qué indicaba acerca de ella el haberse dejado engañar de aquel modo? Una cosa era embaucar a los colegas, amigos y socios, pacientes y empleados, pero ninguno de ellos vivía con él, ninguno de ellos pasaba todas las noches en la misma cama, en sus brazos.

Jane pensó ahora en aquellos brazos que la rodeaban e imaginó los mismos brazos alrededor de su hija de siete años. Inmediatamente percibió

que el almuerzo subía en señal de protesta, abrió la puerta del coche y vomitó sobre el asfalto negro del aparcamiento de la escuela.

—¡Maldito seas, miserable hijo de puta! —exclamó al tiempo que se esforzaba en vano por dominarse y daba un manotazo de desesperación en la bocina—. ¿Qué puedo hacer ahora?

Se secó la boca con un pañuelo que encontró en el bolsillo de su gabardina y lo arrojó al suelo. «¡Contaminando el ambiente!», pensó con apropiada ironía, a la par que decidía no enfrentarse directamente a Michael. Dejaría que lo hicieran sus abogados, cuando ella y Emily estuvieran a salvo en algún lugar. Lo que debía hacer ahora era tranquilizarse lo suficiente para organizarse. Debía ir a su casa, recoger sus cosas, las de Emily, no muchas, sólo las suficientes, y decidir a dónde irían. Pensó que el mejor lugar sería el centro de Boston. Se instalarían un par de días en algún hotel, tal vez en el Lennox. Siempre le había gustado el hotel Lennox. Desde allí podría ponerse en contacto con sus amigos para que le recomendaran un buen abogado.

Primero necesitaría un poco de dinero. Tendría que pasar por el banco. Tenían unos nueve o tal vez diez mil dólares en su cuenta corriente compartida, y bastaba con una firma para retirar fondos. Estaba decidido. Cerró la puerta del coche, puso el motor en marcha y empezó a conducir. Retiraría todo su dinero y dejaría que Michael lo descubriera más adelante, como le había ocurrido a ella con la hipocresía de su marido. Entretanto ella y Emily habrían tenido mucho tiempo para escabullirse. El único contacto que tendría con Michael sería mediante los abogados. Aquélla sería sin duda la mejor solución para todos, ya que si se encontraba con él cara a cara probablemente le mataría.

Condujo de prisa, llegó a Center Street en menos de diez minutos y aparcó junto a una señal de prohibición, frente al banco. Casi derribó a una anciana de pelo blanco al dirigirse apresuradamente a la cola y oyó que la mujer blasfemaba entre dientes. A Jane apenas la sorprendió. ¿Cómo podía ya sorprenderle cualquier cosa?

Era un banco pequeño que visitaba con frecuencia. Conocía a todos los cajeros por su nombre de pila y ellos probablemente creían conocerla a ella. Jane soltó una carcajada, vio que todas las miradas se centraban en ella, agachó la cabeza y se secó una inesperada lágrima. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar? ¿Con qué lentitud podía llegar a moverse la gente?

—¿Algún problema, señora Whittaker? —preguntó la cajera cuando llegó finalmente su turno.

Jane miró fijamente a la joven negra cuyo nombre era Samantha, sin decir palabra, mientras unas lágrimas irresistibles rodaban por sus mejillas.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora Whittaker?

—Deseo cancelar esta cuenta —respondió Jane, después de sacar el talonario de su abarrotado bolso y colocarlo sobre el mostrador.

—¿Quiere que transfiera el dinero a otra de sus cuentas? —preguntó Samantha, a la vez que examinaba el saldo.

—No. Quiero cobrarlo.

—Hay casi diez mil dólares en la cuenta.

—Sí. Lo sé. Los necesito.

Jane se secó la nariz con el reverso de la mano. ¡Malditas lágrimas!

—Señora Whittaker, sé que no es de mi incumbencia, pero parece muy trastornada y...

Por segunda vez en un par de minutos, Jane soltó una carcajada. Ahora todo el mundo la miraba, incluida Trudy Caplan, la directora del banco.

—Sólo quiero mi dinero —afirmó Jane sin hacer caso de sus preocupadas miradas.

—Señora Whittaker —dijo Trudy Caplan, en sustitución de Samantha—. ¿Por qué no pasa a mi despacho y toma una taza de café?

Trudy Caplan era alta y corpulenta y llevaba el cabello, con mechones rubios, peinado en un clásico moño.

—No necesito café. Lo que necesito es mi dinero. Y no dispongo de mucho tiempo, de modo que, si no le importa, me gustaría que se dieran prisa.

¿Por qué les preguntaba si les importaba? ¡Era su dinero!

—Si no está satisfecha con nuestros servicios... —comentó a decir la directora.

¿Por qué suponían siempre las mujeres que formaban parte del problema?

—No tiene nada que ver con sus servicios —se apresuró a responder Jane—. Una amiga mía tiene problemas y he prometido ayudarla en todo lo que pueda, eso es todo. Si todo va bien, repondré el dinero en un par de días.

La contestación pareció satisfacer a Trudy Caplan, que la dejó de nuevo en manos de Samantha, antes de regresar a su despacho.

—Sólo tendremos que rellenar algunos impresos —dijo Samantha.

—¿Para qué?

—Cuando se cierra una cuenta...

—No tengo tiempo para rellenar impresos. ¿Cuánto dinero hay que dejar para mantener la cuenta abierta?

—Cinco dólares.

—De acuerdo. Deje cinco dólares.

—¿Y quiere el resto al contado?

—Sí.

—¿Le parece bien en billetes de cien?

—Por supuesto.

Jane vio cómo Samantha se retiraba a la caja fuerte y regresaba con la cantidad apropiada de billetes de cien dólares, que contó ante ella y juntó en precisos fajos.

—Y setenta y cuatro dólares con veintitrés centavos —concluyó la cajera, al tiempo que le entregaba el cambio en la mano y empujaba los fajos de billetes de cien dólares sobre el mostrador.

Jane guardó descuidadamente el dinero en los bolsillos de su gabardina, al tiempo que le agradecía en silencio y con amargura a Michael su sugerencia de que se la pusiera. Su bolso estaba demasiado repleto. Así era más sencillo, por lo menos de momento. En casa cambiaría de bolso, cogería otro de mayor tamaño, para transportar con mayor comodidad aquella voluminosa cantidad.

Había una multa de aparcamiento en el parabrisas de su coche. La hizo trizas y la arrojó al suelo. Más contaminación. Otra causa perdida, pensó, como ella misma. Un fracaso como esposa, como amante y como mujer. ¿Qué si no, impulsaría a Michael a buscar el consuelo de una niña? ¿Era ella tan torpe, tan inadecuada en dicha área, que había empujado a su marido a los brazos de su hija? ¡Santo cielo! ¿Era de algún modo culpa suya?

Condujo hasta su casa, con los ojos tan llenos de lágrimas que apenas veía la carretera, el pecho convulsionado y el estómago agarrotado por el peso de su disgusto. Había decepcionado a todos a cuantos había amado, pensó mientras aparcaba el coche frente a la casa y se apeaba del vehículo. No había logrado impedir el síncope cardiaco que había causado la muerte de su padre cuando ella tenía apenas trece años; no había logrado proteger a su madre, que sin duda seguiría viva si, en lugar de asistir a una reunión en la escuela de Emily, Jane la hubiera acompañado a Boston; no había sabido satisfacer a su marido, ser la esposa que esperaba y merecía; ni había conseguido defender a su única hija, la persona a cuya protección había consagrado su vida.

—Soy un verdadero fracaso —susurró cuando ya cerraba el coche de un portazo, consciente de que había alguien a su lado—. Soy una inútil. Peor que una inútil.

—Jane, Jane, ¿qué farfullas? ¿Estás bien?

—¿Cómo? —exclamó Jane, ante la mirada preocupada de Carole.

—¿Qué ocurre? ¿Estás llorando?

—¡No tengo tiempo para esas bobadas! —profirió Jane mientras apartaba a Carole del camino para entrar en casa.

No quería molestarse en dar explicaciones. No había bastantes minutos, suficientes horas en un día, para convencer a Carole de que Michael había abusado sexualmente de Emily. ¿Quién podría creerlo? No, lo que debía hacer ahora era coger algunas cosas y marcharse. Daría explicaciones más adelante.

Dejó caer el bolso en el vestíbulo y subió apresuradamente al dormitorio con la sensación de haber invadido el espacio de un desconocido. ¿Había vivido realmente en aquel lugar? ¿Era posible que hubiera llegado a ser feliz en él? ¿Había realmente compartido aquella situación, aquella cama, con un hombre a quien era evidente que nunca había conocido?

Se vio reflejada en los espejos del armario. Tenía el rostro hinchado y lleno de lágrimas. No era sorprendente que todos la miraran asustados. Tenía un aspecto horrible.

Consciente de que no podía permitir que Emily la viera con aquella facha, Jane se dirigió al cuarto de baño para lavarse el maquillaje y las lágrimas de la cara, y colocarse un paño frío y húmedo en los ojos para bajar la hinchazón. A continuación regresó a la habitación y abrió las puertas del armario.

—¿Es ésa la razón por la que siempre insistes en comprarme esos estúpidos vestiditos? —exclamó, después de arrojarlos al suelo y pisotearlos—. ¿Y te gusta verme abotonada y con lacitos?

Sin perder tiempo, cogió dos maletas negras del cuarto de los huéspedes. Una para ella y otra para Emily. Cogería sólo algunas cosas, y por si necesitaba algo más, llevaba casi diez mil dólares en los bolsillos. Era preferible empezar de nuevo. Olvidar el pasado. Hacer borrón y cuenta nueva.

Después de guardar en la maleta lo que consideraba esencial, se dejó caer en la cama, la cama que había compartido con Michael durante tantos años y sintió su presencia que la estrechaba fuertemente entre sus brazos, hasta dejarla casi sin aliento. Percibió sus labios en el cuello, sus manos en los senos, su lengua que trazaba una línea imaginaria por su vientre. Sentía su presencia a la espalda, encima de ella, en su interior, hasta que todos sus orificios estaban impregnados por Michael, su fragancia, su tacto, su ser.

«He formado parte de ti durante casi una docena de años —le susurraba su imagen cual suplicio de Tántalo al oído—. Ahora formo parte de ti».

—¡No! —exclamó Jane, al tiempo que se incorporaba de un brinco de la cama, golpeaba accidentalmente la maleta y veía cómo su contenido se desparramaba sobre la moqueta verde menta—. ¡No permitiré que formes parte de mí! No lo permitiré.

Se agachó rápidamente, volvió a guardar las cosas en la maleta, cerró la cremallera, echó la llave y la llevó, junto con la vacía, al cuarto de Emily.

Dejó la llena en el umbral, colocó la vacía sobre la cama de Emily y empezó por los cajones donde guardaba los vestidos, la ropa interior y los calcetines, los pijamas y camisones, y las camisetas y pantalones cortos. A continuación se dirigió al armario para coger todos los conjuntos que encontró, entre los pocos que Michael no había comprado, limitándose a los elegidos por ella misma. No quería llevar nada que le recordara a Michael, que patentizara que las poseía, que había formado parte de su vida.

«He formado parte de ti durante casi una docena de años —oía que repetía—. Ahora formo parte de ti».

—¡No! —exclamó, desesperada por abandonar la casa, por deshacerse de la mentira en la que había vivido.

Consultó su reloj y comprobó que había transcurrido media hora. ¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo había perdido inútilmente soñando despierta? Tenía que apresurarse, salir cuanto antes.

Levantó la maleta de la cama, corrió hacia la puerta, cogió la otra maleta, y estaba a punto de salir cuando se acordó de la manta predilecta de Emily, con la que dormía desde su tierna infancia. Era lo único que Emily había pedido. No podía olvidarla.

Dejó las maletas en el suelo, volvió junto a la cama, levantó la colcha y empezó a buscar la pequeña manta de lana blanca con delicadas flores azules y borde de pelusa, con el que Emily se hacía cosquillas en la nariz. ¿Dónde la había puesto al hacer la cama aquella mañana?

—No tengo suficiente paciencia para esto —exclamó en el momento de encontrar la manta bajo la almohada, de pronto consciente de que alguien la observaba.

—Jane, ¿qué está ocurriendo aquí?

Jane quedó paralizada al oír la voz de Michael, demasiado aturdida para reaccionar. ¿Qué hacía en casa a aquella hora?

—Jane, ¿qué ocurre? He recibido una extraña llamada del banco para comunicarme que prácticamente habías cerrado nuestra cuenta corriente, y a los pocos minutos una alarmante llamada de Carole para decirme que estabas histérica, que evidentemente ocurría algo grave, pero que te negabas a hablar de ello. Como era de suponer, he ido inmediatamente por el coche. Probablemente he roto la barrera del sonido por el camino. Jane..., ¿me escuchas? ¿Puedes oírme?

Jane se volvió con fuego en la mirada, ya no había lugar a lágrimas.

—Te oigo.

—Jane, ¿te has metido en algún lío?

—¿Lío?

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has vuelto a golpear a alguien en el metro? —casi rió—. ¿Qué ocurre, cariño? ¿En qué clase de lío te has metido ahora?

—¡Eres un cabrón! —exclamó Jane cuando se lanzaba contra él y empezaba a arañarle la cabeza con la intención de alcanzarle los ojos.

Michael la agarró de las muñecas y logró mantenerla quieta.

—¡Válgame Dios, Jane! ¿Qué diablos ocurre?

—¡Maldito seas, hijo de puta! ¿Cómo has podido hacerlo?

—¿Hacer qué, Jane? ¿De qué estás hablando?

—Hoy he estado con la profesora de Emily, Michael. Estaba preocupada por la reciente conducta de Emily —dijo Jane, al tiempo que dejaba de luchar para quedarse muy quieta, mientras Michael permanecía a la expectativa—. Me ha dicho que, en su opinión, existía la posibilidad de que alguien hubiera abusado sexualmente de Emily.

El horror que se reflejó en su mirada parecía auténtico. ¿Estaba horrorizado por lo que le había hecho a Emily o por haber sido descubierto?

—¡Cómo! ¿Por parte de quién? ¿Tenía alguna idea de quién podía haberlo hecho?

—No juegues conmigo, Michael —dijo Jane en un tono frío y desapasionado—. Es demasiado tarde. No tienes escapatoria.

—¡Dios mío, crees que yo...!

—No finjas, Michael. He hablado con Emily. Ella me lo ha contado.

—Evidentemente alguien la ha sugestionado —declaró Michael después de una pausa.

—¡Nadie la ha sugestionado, cabrón! —exclamó Jane, a la par que se lanzaba de nuevo al ataque y Michael lograba una vez más mantenerla a raya—. ¡Eres un miserable hijo de puta! ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has tenido valor para abusar sexualmente de tu propia hija? ¿Cómo has podido robarle la infancia?

Jane le daba patadas y de pronto Michael retrocedió y la soltó de las muñecas, como si su mero contacto le diera asco. Jane se llevó las manos a la cara con el propósito de ocultar el horror que veía. En la oscuridad de sus manos unidas, su alianza matrimonial se burlaba de ella. Se quitó apresuradamente el anillo con los dedos de la otra mano, lo arrojó contra la pared y cayó en un rincón de la habitación.

—¡Dios mío, Jane! ¿Qué estás haciendo?

—¡Procuro no matarte, maldita sea!

—Estás loca, Jane. Te quiero, pero desde hace algún tiempo pienso que estás perdiendo los cabales.

Jane permanecía inmóvil, con la idea de que si se movía sería para matarle.

—¿Estoy loca?

—Escúchate a ti misma. Escucha lo que estás diciendo. ¿Me crees realmente capaz de abusar sexualmente de nuestra propia hija?

—Creo a Emily.

—No es más que una niña. Los pequeños tienen mucha imaginación.

—Emily no diría algo parecido si no fuera cierto.

—¿Por qué? ¿Crees que los pequeños no cuentan mentiras?

—Claro que no.

—¿Estás diciendo que Emily nunca ha mentado? Porque, de ser así, puedo recordarte varias ocasiones...

—Sé que es capaz de mentir.

—Pero afirmas que ahora no lo hace.

—Estoy segura de ello.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes estar tan segura?

¿Cómo podía estarlo? Jane titubeó unos instantes. Entonces recordó la angustia que había distorsionado las dulces facciones de Emily al susurrar el nombre de su padre.

—Porque Emily te quiere. Porque ha tenido un gran disgusto al quebrar la promesa que te hizo, la promesa de mantener en secreto lo que le hacías, ¡maldito seas! Porque sé cuándo mi hija me miente.

—Claro, tú lo sabes todo, ¿no es cierto? Como sabes que siempre tienes razón y los demás nunca la tienen. Como cuando insultas a alguien en la calle hasta que casi te atropella con el coche, le chillas obscenidades a un pobre desgraciado que sólo cumple con su obligación, hasta que casi te arrea un puñetazo, o golpeas a un anciano con tu bolso en el metro por haber tenido los malos modales de creer que tenía prioridad.

—Lo estás distorsionando todo.

—¿Tú crees? Me parece que no. Creo que has empeorado con el transcurso de los años. Al principio tenía gracia. A todos nos parecía que la tenía. Jane y su mal genio. Algo gracioso para comentar en las cenas con amigos. Pero un buen día dejó de tener gracia. Se convirtió en motivo de preocupación, casi de alarma. ¿Qué haría Jane la próxima vez? ¿Sobreviviría a la aventura? Procuré hablar contigo. Intenté advertirte. Pero nadie le dice a

Jane lo que debe hacer. Jane Whittaker decide su propio código. Sólo que ahora ya nadie sabe quién es Jane Whittaker. Llevo once años casado con ella y, ahora, ni siquiera yo la reconozco. ¿Quién es usted, señora?

—No sé de qué estás hablando. Esto no tiene nada que ver con el tema.

—¿Tú crees? ¿Quién imaginas que creará esa absurda historia que has inventado? ¿Crees que yo seré el único perjudicado por esas grotescas acusaciones? ¿Esperas que permanezca impasible mientras destrozas mi carrera y mi reputación?

—No me importa tu preciada reputación. Me importa mi hija.

—Debo recordarte que también es mi hija.

—¿Cómo te atreves? Debería ser yo quien te lo recordara a ti.

—No empieces otra vez con esas bobadas, Jane. Si prefieres creer a una niña impresionable, probablemente sugestionada por una maestra neurótica, no puedo impedirte. Pero, te lo advierto, no intentes divulgar esas acusaciones en público, porque te sepultaré. Cuando acabe contigo, te esperarán en la puerta del juzgado con camisas de fuerza.

Plenamente consciente de lo que Michael le decía, Jane se esforzó por no perder el dominio. Si divulgaba sus acusaciones, enfrentaría a su hija de siete años contra su padre, al que amaba, y pediría a la gente que creyera la palabra de la niña, en lugar de la de su célebre y respetado padre. ¿Quién inspiraría probablemente mayor credibilidad?

¿Qué probabilidades tenía? ¿Qué probabilidades tenía Emily?

—Bien, escúchame —empezó a decir Jane, que sólo oía sus pensamientos en forma de palabras—. No divulgaré esas acusaciones. Tampoco acudiré a la policía. No le diré una palabra a nadie. Conservarás tu carrera y tu preciada reputación. Y a cambio...

—¿A cambio? —preguntó con insidia y autosatisfacción.

—A cambio abandonarás la casa. Ahora. En este mismo momento.

—¿Y Emily?

—¿Emily? Emily se queda conmigo, por supuesto. Yo conservaré la patria potestad.

—¿Crees que abdicaré de mis derechos sobre mi única descendiente?

—No creo que tengas otra opción.

—¿Eso crees? Puede que yo lo vea de otro modo.

—Si discutes la patria potestad ante los tribunales, te denunciaré por abuso sexual de menores. Lo perderás todo.

—No creo. Me parece que los tribunales conocen la perversión de la que son capaces algunas mujeres en los casos de divorcio, cómo utilizan todo lo

que pueden e inventan toda clase de repugnantes y grotescas alegaciones. A juzgar por lo que he leído, los tribunales no suelen simpatizar con las mujeres histéricas que formulan acusaciones infundadas de abuso sexual.

—No son infundadas.

—¿Quién lo dice? ¿Ha sido Emily examinada por algún médico? ¿Ha encontrado alguien alguna prueba física del abuso sexual? ¿Cuentas con algún indicio aparte la fantasía de tu hija y la preocupación de una maestra soltera y sobreexcitada? —dijo, antes de hacer una pausa para que digiriera sus palabras—. ¿Piensas someter a Emily a numerosas revisiones médicas, a los inacabables interrogatorios de asistentes sociales de buena fe y a las malintencionadas preguntas de un experto abogado defensor? ¿Para qué? ¿Para que algún juez descubra que, en base a las pruebas existentes, sólo se me puede acusar de haber sido un marido excesivamente indulgente con una esposa peligrosamente desequilibrada? Créeme, Jane: estoy convencido de que tendré menos dificultad en demostrar que estás desequilibrada que tú en probar que soy un pederasta.

—Eres repugnante.

—No. Sólo tengo razón y creo que lo sabes —respondió, mirando al techo—. Te diré a lo que estoy dispuesto.

Jane se percató de que había cambiado el tono de su voz y se preguntó en qué momento había perdido el hilo de la conversación.

—¿A qué estás dispuesto?

—A concederte el divorcio, si eso es lo que realmente deseas, aunque es lo último que yo quiero. Te amo, Jane. Siempre te he querido.

—Entonces ¿por qué...? ¿Cómo has podido...?

—¿Cómo he podido qué?

—¡Dios mío, Michael! —gimió Jane—. Eyaculaste en sus manos. ¿Te atreves a negarlo?

—¡Por mi vida! —sonrió—. O por la tuya.

Jane le miró fijamente a los ojos. No era posible que aquello estuviera ocurriendo. No era cierto que aquella conversación tuviera lugar.

—¿Me amenazas?

—Yo no amenazo, Jane. Intento hacer las paces.

—¡Vaya, otra cosa que no he comprendido!

—Eso parece.

—Dime, ¿qué es *exactamente* lo que estás diciendo? A ver si lo comprendo.

—Digo que quiero compartir la patria potestad de mi hija.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes suponer que estaría dispuesta a algo semejante?

—Aunque el tribunal te concediera la patria potestad, no podrías impedirme que la viera. Tú lo sabes. Tengo mis derechos como padre.

—Has sacrificado todos los derechos que pudieras tener.

—No creo que logres convencer a mucha gente. Estoy convencido de que incluso Emily declarará ante los tribunales que desea ver a su papá.

Jane miró desesperadamente a su alrededor en busca de soluciones, de un solo vestigio que pudiera ofrecer como prueba definitiva. No había ninguno.

—¿Aceptarías un régimen de visitas bajo vigilancia?

—De ningún modo. Eso equivaldría a una admisión de culpabilidad. Yo no he hecho nada.

Jane sintió que se le formaba un grito de frustración en la garganta.

—No puedo creer lo que nos está ocurriendo. Te has convertido en un desconocido para mí.

—Te quiero, Jane —declaró Michael al tiempo que avanzaba con los brazos abiertos.

—¡No!

—Te quiero. Incluso ahora, después de las horribles cosas que me has dicho, te sigo queriendo. Eres tan hermosa... Sólo deseo retenerte en mis brazos.

—¿Fue también eso lo que le dijiste a nuestra hija, Michael? ¿Fue eso? ¿Fue eso, cabrón? ¿Fue eso?

A continuación empezó a proferir gritos inarticulados, salió corriendo de la habitación sin preocuparse de las maletas y bajó apresuradamente por la escalera, con Michael pisándole los talones. Corrió para impedirle que llegara a la puerta de la casa. Jane dio media vuelta, sin detenerse, para correr hacia la puerta posterior, pero Michael se le adelantó y le impidió también la salida. De pronto se encontró en el solarío, el lugar que siempre le había encantado, que Michael había construido para ella. Su santuario. Su cárcel, pensó ahora, con la tentación de arrojarle por uno de los ventanales.

De pronto Michael se le acercaba y ella retrocedía. Tropezó con el sofá colgante, percibió que se desplazaba, movió la mano en el aire en busca de apoyo, dio con la vasija de bronce que habían traído de Oriente y la levantó por encima de la cabeza, al tiempo que recuperaba el equilibrio.

—Creo que estás realmente loca —rió—. Puede que solicite la patria potestad exclusiva.

Entonces su brazo avanzó por el aire, con la fuerza de toda su ira y golpeó la cabeza de Michael con la vasija, sin que él lograra eludir el impacto. Una

afilada protuberancia le desgarró la carne y estuvo a punto de arrancarle el cuero cabelludo.

Jane dejó caer la vasija al suelo, mientras veía horrorizada la sangre que manaba de la cabeza de Michael. Se tambaleó hacia ella, con su rostro blanco como el de un cadáver convertido en una máscara de incredulidad y dolor.

—¡Dios mío, Jane, me has matado!

Se desplomó hacia ella, con la cabeza en busca del refugio de sus pechos. Jane retrocedió, sintió que los pies de Michael dejaban de sostenerle, vio cómo caía al suelo y comprobó que la parte delantera de su vestido estaba empapada de sangre.

—¡No! —exclamó cuando cerraba la gabardina y la abrochaba con manos temblorosas—. Nada de esto ocurre en realidad. No puede ser cierto —agregó de camino hacia la puerta principal, sin querer volver la cabeza—. Hace un día maravilloso. Debo salir de la casa. Dar un paseo. Comprar leche y huevos porque le he prometido a Emily un pastel de chocolate. Sí, una idea excelente —dijo, a la vez que abría la puerta y salía de la casa, sin molestarse en volver a cerrarla—. Sí, hace un día maravilloso —repitió mientras caminaba por la calle en dirección a la estación de ferrocarril más próxima.

El día era hermoso. Habría sido una pena desperdiciarlo encerrada en casa.

Veintinueve

Jane dejó el jarro de cristal que tenía en la mano sobre la mesita, al tiempo que Paula se dejaba caer en el sofá y Carole la contemplaba con evidente incredulidad.

—Menuda historia —dijo Carole después de una larga pausa.

Jane no dijo nada, abrumada momentáneamente por la persona que había sido. Era como si se hubiera creído huérfana toda la vida, para descubrir ahora de pronto a los padres que nunca había conocido y sentirse rodeada de infinidad de parientes. Todo lo que había sido, todas las causas en las que había creído, todas las personas a las que había amado estaban ahora vivas y presentes en su mente, disputando entre sí su prominencia. Ahí estaba su madre, e incluso su padre. Su hermano Tommy. Gargamela. Sus hijos. Sus amigos. Sus experiencias compartidas. Las escuelas a las que había asistido. Su primera cita con Michael, a pesar de lo mucho que se la había descrito. Su boda. Los años que habían compartido. Su embarazo. El nacimiento de su hija. Su primer cumpleaños. Su primer día en la escuela. El último, cuando le había prometido a su hija recogerla por la tarde.

Jane comprendió que lo habría hecho Michael y no quiso imaginar cómo debió sentirse Emily, al comprobar que no era su madre sino su padre quien iba a recogerla. Jane se obligó a enfrentarse a aquella desagradable perspectiva. Negar la realidad suponía arriesgarse a perderla. Sin duda había tenido oportunidad de comprobarlo.

Le daba vueltas la cabeza, sin saber si se debía al impacto producido por la recuperación de la memoria o a los medicamentos que circulaban todavía por su cuerpo. Se apoyó en el brazo del sillón para no perder el equilibrio y, sin hacer ningún caso a Paula, que permanecía inmóvil en el sofá, se dirigió a Carole.

—Necesito que me lleves en tu coche a Woods Hole —dijo.

—No puedo hacerlo —respondió Carole, mientras movía la cabeza.

—¿Todavía no me crees?

—No sé *qué* creer.

—Carole, hace bastante tiempo que somos vecinas y creí que habíamos llegado a ser buenas amigas.

—Eso creía yo.

—Pero todavía prefieres creer a Michael.

—Me resulta difícil dar crédito a lo que me has contado.

—¿Que ha abusado sexualmente de su hija?

—¡Dios mío, es un cirujano pediátrico! Dedicar su vida a ayudar a los niños, no a perjudicarlos.

—Sé que es difícil creerlo...

—No es difícil. Es imposible —afirmó escuetamente Carole.

—Entonces prefieres creer que estoy loca.

—Sinceramente, sí. Así el mundo conserva su belleza —respondió Carole, mientras pasaba los dedos por sus despeinados rizos—. Además, Jane, reconócelo: olvidar quien eres no es exactamente algo propio de un ser racional.

—Supongo que esto no admite lugar a discusión —sonrió Jane, a punto de soltar una carcajada—. Pero ahora sé quien soy. Sé lo que ocurrió aquel día. Sé lo mucho que Emily me necesita. Ahora recuerdo cómo llegar a la casa de la playa de los Whittaker. Lo que no sé es si soy capaz de conducir hasta allí sola. Te suplico que me ayudes.

—No puedo —repitió Carole, moviendo la cabeza.

Jane sintió un ligero mareo e intentó superarlo, mientras procuraba no perder el equilibrio.

—Entonces préstame el coche.

—¿Qué has hecho con el de Paula? —preguntó Carole, aunque Paula permanecía inmóvil y silenciosa con la mirada en el suelo, como si las palabras de Jane la hubieran paralizado.

—El motor ha dejado de funcionar a pocas manzanas de aquí. Por favor, dame las llaves.

—¿Por qué no llamas a la policía? —preguntó Carole a guisa de respuesta—. Si lo que cuentas es cierto, son ellos quienes deberían ayudarte.

—Acudiré a la policía, *cuando haya encontrado* a Emily. Pero si la llamo ahora, sólo querrá hablar con Michael. Ha logrado convencerte a ti de que estoy loca. ¿Crees que le será muy difícil convencer a la policía? En el mejor de los casos pasarían horas interrogándome y brindarían a Michael la oportunidad de ocultar a Emily, donde tal vez nunca llegue a encontrarla. No puedo arriesgarme. Debo encontrar a mi hija. He de asegurarme de que está a salvo. Por favor, Carole: dame las llaves de tu coche.

—¿Es eso lo que estáis buscando? —dijo la voz del anciano desde el umbral de la puerta.

Jane miró hacia la entrada de la sala de estar, donde se encontraba el padre de Carole, con el bolso abierto en una mano y las llaves del coche en la otra.

—¡Por Dios, papá, dame eso! —exclamó Carole, mientras se le acercaba a toda prisa.

Cuando la mano de Carole estaba a punto de alcanzar las llaves, Fred Cobb las arrojó por encima de su cabeza, en dirección a los dedos extendidos de Jane.

—A que no las coges —exclamó alegremente—. A que no las coges.

Jane atrapó las llaves en el aire y corrió hacia la puerta, mientras el padre de Carole mantenía a su frustrada hija ocupada con sus piruetas. Llegó al Chrysler color ciruela, abrió la puerta, se sentó al volante, introdujo la llave en el contacto y se alejaba de la casa, cuando Carole llegó a la puerta.

Jane miró por el retrovisor y comprobó que Carole había entrado ya de nuevo en la casa. «Ahora llamaré a Michael —pensó, al tiempo que consultaba su reloj, consciente de que seguía en el quirófano y no se le podía molestar—. ¿Lo harían por tratarse de un recado urgente? —Pisó el acelerador a fondo, mientras miraba el indicador de gasolina, aliviada al comprobar que el depósito estaba casi lleno—. ¿Llamaría Carole a la policía para denunciar que le habían robado el coche? ¿La esperarían para detenerla en el próximo cruce?».

Estuvo a punto de soltar una carcajada, cuando sintió que se le iban a llenar los ojos de lágrimas. No, no debía llorar. Ahora no. Ya había llorado bastante. Tenía cosas más importantes que hacer, pensó, mientras el cansancio luchaba con sus párpados.

—Debo mantenerme despierta —exclamó en voz alta—. ¡Maldita sea, no voy a quedarme dormida! No ahora.

Conectó la radio. Estaba sintonizada en una emisora local de *country and western*. Durante unos segundos, Jane escuchó la voz profunda de un cantante que proclamaba haber sido amado por las mejores, antes de pulsar el botón para cambiar de emisora. La música podía ser excesivamente relajante. De haber seguido escuchando la voz aterciopelada de aquel cantante, se habría quedado profundamente dormida antes de llegar a la autopista. Lo que necesitaba era rock duro, algo que le crispase los nervios y la mantuviera al borde del asiento.

El locutor, un joven al que sólo cabía describir como «testérico», anunció el último disco de un grupo de rock duro llamado Rush, y Jane suspiró de

alivio. Le sería muy difícil quedarse dormida con aquella música. Subió el volumen y bajó la velocidad al llegar al centro de Newton, en dirección a la autopista treinta, para no exponerse a que la pararan por exceso de velocidad.

Sólo faltaría eso, pensó mientras conducía hacia el norte por Walnut Street. No sólo iba indocumentada, sino que conducía un coche robado. En el mejor de los casos, el informe de la policía sería interesante. Más munición para Michael, pensó con mayor seriedad. Otra prueba de su ineptitud como madre.

Giró hacia el este por la autopista treinta, en dirección a Boston. Después se complicarían un poco las cosas. Tendría que pasar a la autopista tres para enlazar con la veintiocho. Michael era quien solía conducir cuando iban a la casa de sus padres. Si bien la ruta le era familiar, no lo era tanto el hecho de conducir por la misma y no sabía cuánto resistiría. Confiaba en que el instinto y la adrenalina le permitieran llegar sin ningún percance.

A partir de Boston, le quedaría aproximadamente una hora y media de camino, tal vez un poco más según el tráfico. Eran sólo las diez de la mañana. Llegaría a la hora del almuerzo. ¿Le ofrecerían los padres de Michael algo caliente de comer? Sonrió, antes de advertirse a sí misma que no debía tomarse las cosas a la ligera.

¿Cómo la recibirían? ¿Qué les habría contado Michael? ¿Cuánto sabían?

Jane pensó en los buenazos del doctor y la señora Whittaker, juntos pero sin tocarse, nunca tocarse. Eso lo reservó para su hijo, ¿no es cierto, señora Whittaker? Aquellos baños tan íntimos hasta mucho después de la edad apropiada. No es que sospechara que la señora Whittaker hubiera abusado sexualmente de su hijo. No, Jane estaba segura de que a su suegra le horrorizaría la idea. Pero por muy ingenuos que aquellos baños comunes parecieran, por muy inocentes que indudablemente *fuera*, la madre de Michael no había definido sus fronteras, con lo cual le había resultado difícil, por no decir imposible, comprender las suyas a su hijo.

El doctor Whittaker padre, doctorado en ciencias, había sido siempre amable a nivel superficial, pero en el fondo frío, lejano y generalmente ausente como padre, aunque más accesible en lo concerniente a su única nieta. Jane le llamaba Bert, pero siempre había tenido la clara impresión de que habría preferido el tratamiento formal de doctor. En cuanto a su esposa, no era para Jane más que la señora Whittaker, pero aquella mujer alta, corpulenta y avasalladora había insistido en que la llamara mamá. Jane había optado por llamarla Doris y, desde aquel momento, la relación entre las dos

mujeres había sido tan tensa como el cabello de la suegra, pero sin olvidar nunca los buenos modales.

La recepción que le otorgarían sería decididamente tibia. Puede que incluso hostil.

Jane suspiró de alivio al llegar a la autopista. Si había llegado hasta aquí, llegaría sin duda a su destino. El tráfico no era excesivo y avanzaba con rapidez. Decidió no exceder el límite de velocidad, ya que era preferible llegar tarde que nunca. Por una vez en su vida, tendría paciencia.

Entonces pensó en sus propios padres.

Recordaba que su padre era un hombre no muy alto, bastante rollizo, y con una voz suave pero no desprovista de autoridad. Era el concienzudo director de un instituto de Hartford, que se unía a los piquetes con los demás profesores cuando hacían huelga, y se negaba a comprar cualquier producto de procedencia alemana, contra cuyo país había luchado durante casi dos años en la Segunda Guerra Mundial. Cuando falleció inesperadamente de un síncope cardíaco a los cuarenta y cuatro años, Jane olvidó su propio dolor para consolar a su madre, que solía ponerse histérica en el mejor de los casos.

Su madre era una mujer de mucho ingenio y temperamento iracundo. Era temperamental, exigente, exasperante, y hasta que Jane cumplió los veinte años no logró por último aceptarla, a pesar de sus defectos o tal vez gracias a los mismos. Cuando murió, estaban probablemente más unidas que nunca. Jane no sólo lloró su muerte, sino la de su padre, y, después de varios días de profundo dolor, relegó su pena al fondo de la mente.

¡Cómo se atrevía Michael a utilizar aquella tragedia para sus propios fines!

Jane se dejaba llevar por la ira sólo lo suficiente para mantenerse despierta. ¿Esperaba realmente Michael que su plan para desacreditarla tuviera éxito? ¿Confiaba verdaderamente en convencer a todo el mundo, incluida ella, de que estaba loca que había que encerrarla por su propio bien? ¿O esperaba que le ahorrara las molestias y simplemente se suicidara? ¿Había llegado en algún momento realmente a quererla?

Curiosamente, Jane creía que la había amado y que, en realidad, todavía la amaba. Percibía que sus expresiones de amor eran sinceras, sólo que su instinto de conservación era más fuerte. No podía permitir en modo alguno que divulgara públicamente sus acusaciones, como tampoco podía permitir que le limitara el acceso a su hija que era, después de todo, una extensión de sí mismo. Sin fronteras.

Se dio cuenta con un suspiro de que había estado a punto de conseguirlo, en el momento en que veía un letrero donde se indicaba que Sagamore estaba a ciento cinco kilómetros. Después de Sagamore, tendría que recorrer otros treinta y dos kilómetros hasta Falmouth y a continuación otros pocos para llegar a Woods Hole. Debía concentrarse. Concentrarse en la carretera. No podía permitir que sus ideas la distrajeran.

Sin embargo no pudo evitar preguntarse qué habría pensado Michael a raíz de su desaparición. ¿Dónde creía que habría ido? ¿Qué se le habría ocurrido al comprobar que no había regresado, no había intentado ponerse en contacto con él, ni había intentado descubrir el paradero de Emily? ¿Habría supuesto que la había asustado? ¿Que sus amenazas, agregadas a su acto de agresión en el que le había abierto la cabeza y los casi cuarenta puntos necesarios para cerrar la herida, con los que habría impresionado enormemente a cualquier juez en una disputa sobre la patria potestad, la habían incitado a huir? ¿Pensaba, como lo había sugerido Carole, que regresaría cuando se tranquilizara? ¿Cuando reflexionara y reconociera el error de su enfoque?

¿Y qué habría pensado cuando le llamó la policía para comunicarle que su esposa estaba en el hospital municipal de Boston y parecía haber perdido la memoria? ¿Fue entonces cuando empezó a elaborar su diabólico plan? Ganar tiempo con la mentira de que había ido a visitar a su hermano, formular su plan y ponerlo en práctica; sería fácil engañar a todo el mundo con su reputación y su maletín mágico. Qué fácil le había sido cambiar un medicamento por otro. Utilizar la muerte de su madre y su propio mal genio para sus propósitos. Dejar que las cosas cayeran por su propio peso.

¿Cuánto tiempo habría funcionado? ¿Cuánto tiempo habría transcurrido antes de que viniera su hermano, se diera cuenta de lo que ocurría y la rescatara? Jane sonrió burlescamente. Cuando Tommy apareciera por la ciudad, la habría encontrado tejiendo mimbre en algún manicomio privado, demasiado drogada para reaccionar siquiera ante su presencia. Se habría mostrado preocupado, incluso consternado, pero Michael pronto le habría persuadido, como habría convencido a todos sus amigos, de que lo mejor que podía hacer era seguir con su propia vida, que él cuidaría de los mejores intereses de Jane y le mantendría al corriente.

¿Y Emily? ¿Qué le habría contado Michael a su hija? ¿Que su madre se había fugado, que los había abandonado? ¿Que ahora estaban solos y debían mantenerse unidos? ¿Haría hincapié en la lealtad, la importancia de guardar ciertos secretos? ¿Seguiría secándola después del baño y la consolaría cuando

echara de menos a su madre, metiéndose en su cama? ¿Le sugeriría que estaría más cómoda en la de él? ¿Le diría lo hermosa que era y que era culpa suya, por ser tan bonita, que le hiciera lo que le hacía? ¡Aquellas cosas repugnantes!, pensó Jane, al darse cuenta de que había acelerado cuando vio un coche de policía en el arcén y frenó, con la esperanza de que no la hubiera detectado el radar.

Observó el coche de policía por el retrovisor y suspiró aliviada cuando comprobó que no la seguía. Tendría que ir con más cuidado. Debía concentrarse en la carretera.

Jane contempló el paisaje junto a la autopista y advirtió que cambiaba conforme descendía por el cabo. Normalmente le encantaba aquel viaje, salir de la ciudad, respirar el aire del campo. Woods Hole era un pequeñísimo pueblo en el extremo del cabo Cod, escasamente poblado, y en general ignorado por turistas y veraneantes, que preferían las islas más en boga de Martha's Vineyard y Nantucket. Para la mayoría de la gente, Woods Hole era el lugar donde se cogía o abandonaba el transbordador. Prestaban poca atención a Woods Hole, lo cual encantaba a los Whittaker, que nunca se habían sentido a gusto entre muchedumbres. A decir verdad, a Jane siempre le había encantado aquella pequeña casa reclusa tras un bosquecillo, no lejos de la orilla del mar.

Se frotó los ojos para obligarse a mantenerlos abiertos, al tiempo que le volvía a la mente la trama de Michael. ¿Qué habría ocurrido si hubiera recuperado la memoria? Conocía perfectamente la respuesta. Sería su palabra contra la de su marido. ¿Y qué crédito daría la gente a una mujer incapaz de retener su propia identidad? Si no hubiera recuperado la memoria hasta después de estar debidamente encerrada, aunque hubieran acabado por ponerla en libertad, habría sido demasiado tarde. Habrían transcurrido demasiados años. Demasiados delitos se habrían cometido. Habría perdido a Emily para siempre.

¿Habría Michael abusado también de otros menores? ¿Era posible que aprovechara su posición de poder y confianza para abusar sexualmente de otros menores?

Jane recordaba la tarde en que había irrumpido en la consulta de Michael y se había sosegado en la antesala, a la espera de que Michael la recibiera. Recordaba a la niña que sollozaba en las rodillas de su madre porque quería regresar a su casa. ¡Con qué facilidad habían ignorado su llanto! ¡Qué poca atención habían prestado a su dolor!

¿Había sido igualmente insensible con su propia hija?

Había intentado ser la madre perfecta, así como había procurado toda la vida ser una niña perfecta, una estudiante perfecta, una empleada perfecta. Había participado activamente en la educación de Emily hasta el punto de asistir a clases de eficacia materna. Pero mientras ella se convertía quizá en una madre eficaz, Michael era quien desde el primer momento atraía el corazón de Emily. Jane había llegado a tener celos de la armoniosa relación que existía entre ellos, de la facilidad y calor natural que Michael aportaba a la paternidad. Siempre se había considerado a sí misma una buena madre, pero Michael era un padre *natural*. ¿Cuándo había pasado lo natural a ser antinatural?

Jane pasó a la autopista veinticinco sin percance alguno. Sólo tuvo que hacer un cambio de carril, con las consiguientes palpitaciones, y asunto concluido. «Falmouth, 32 kilómetros», decía el letrero. Se agarró con mayor fuerza al volante y aumentó un poco la velocidad. La próxima media hora transcurrió con tanta lentitud como los días de *Los jóvenes y los inútiles*. Cada segundo era una hora, cada minuto un día. Entonces apareció de pronto el cruce de Woods Hole y, al mirar a su alrededor, Jane comprobó que estaba en pleno campo.

Desde allí vislumbraba la bahía de Buzzards y se preguntó si Emily estaría nadando a su llegada. ¿O quizá ya se habría marchado? ¿Habría logrado Carole ponerse en contacto con Michael? ¿Habría él hablado con sus padres? ¿Habrían ya desaparecido con destino desconocido? Tal vez se había cruzado con ellos por la autopista. Puede que fuera ya demasiado tarde.

—Ojalá no sea demasiado tarde —imploró mientras entraba en un camino sin asfaltar, rodeado de árboles que le permitían acercarse a la casa con cierto disimulo.

Aparcó en un camino improvisado de piedra blanca, a pocas casas de la de madera natural donde vivían los Whittaker. Siempre había pensado que aquella era la casa perfecta. No era en modo alguno una mansión, sino una casa de campo pequeña y sencilla que olía a bosque. Nada excesivamente lujoso ni sofisticado. La casa de campo de los Whittaker tenía agua corriente y retrete interior, pero ahí acababan las comodidades modernas. Jane sonrió al pensar en los tiempos felices que había pasado allí, a la vez que recordaba la fotografía de ella y su marido jugando en la playa, que Michael le había mostrado en el hospital. Se le congeló la sonrisa en los labios cuando abrió la puerta para apearse del coche.

En el momento de poner los pies en el suelo, se le doblaron las rodillas y se desplomó sobre la alfombra de piedrecillas blancas, con una mano agarrada

todavía a la manecilla de la puerta. Permaneció en dicha posición unos segundos, sin las fuerzas necesarias para incorporarse. «Sólo un minuto para reponerme», se dijo a sí misma, al tiempo que se obligaba a mantener los ojos abiertos y miraba a su alrededor para evaluar la situación.

Estaba sola. No parecía haber nadie que la observara. Probablemente, por ser un día entre semana, no había tantos veraneantes, aunque se oían voces a lo lejos y chiquillos que reían. ¿Sería uno de ellos su hija?

La perspectiva de que Emily jugara alegremente en el agua, a escasos metros de donde se encontraba, le dio a Jane las fuerzas necesarias para ponerse en pie. «El aire del campo me sostendrá», decidió, mientras se llenaba los pulmones y daba unos pasos vacilantes.

Procuró no apartarse del camino empedrado y evitar la hierba de los lados, donde solían tumbarse las culebras a tomar el sol. Recordaba una tarde cuando estaban allí todos juntos, tres generaciones de la familia Whittaker, entre las que ella era la única verdadera forastera, cuando había preferido quedarse a leer un buen libro en una cómoda silla, en lugar de darse un baño en la bahía. Estaba a punto de quedarse dormida cuando vio que algo se movía junto a la silla. Consciente de que era una serpiente sin tener que mirarla, gritó y dio un salto, para ponerse en pie sobre la silla. Esperaba que la culebra simplemente se alejara, ya que, según le habían contado los Whittaker, el susto del animal sería mayor que el suyo. Pero la serpiente, que era una vulgar culebra negra con una franja amarilla en el dorso, se había detenido y erguido casi todo el cuerpo para observarla, como magnetizada por su grito.

«Las serpientes son sordas», le comunicó más adelante Michael, después de venir corriendo del agua para comprobar por qué chillaba. Entonces la culebra ya se había marchado. «Probablemente era una rana», dijo Michael mientras cenaban. «No, una serpiente —insistió Jane—; sé reconocer a una serpiente cuando la veo». Los padres de Michael rieron e intercambiaron miradas condescendientes. Era indudable a quien creían.

Jane agachó la cabeza y se acercó sigilosamente a la casa de los Whittaker. No había ningún coche frente a la misma. ¿Qué significaba eso? ¿Que habían salido? ¿Que habían decidido pasar el día en otro lugar? ¿Que su hijo se había puesto ya en contacto con ellos, para decirles que cogieran a Emily y se marcharan? Ojalá éste no sea el caso, suplicó Jane sin dejar de mirar a su alrededor, antes de hacer una pequeña carrera hasta la entrada de la casa.

Todo parecía tranquilo. Jane se acercó sigilosamente a la ventana y no detectó ruido alguno en el interior de la casa. Retuvo la respiración y miró por la ventana para contemplar la tranquila sala de estar.

Tenía el mismo aspecto de siempre, con sus paredes interiores semejantes a las exteriores, el mobiliario colonial a excepción del ultramoderno televisor de treinta pulgadas, situado a la derecha de la chimenea central, las aberturas sin puertas que daban al comedor y a la cocina, y las puertas de los tres dormitorios y único baño de la casa. Arte campestre en las paredes: dos campesinas que chismorreaban al sol, con unos niños que peleaban a sus pies; unos individuos que jugaban al póquer sobre un viejo barril, mientras manaba el humo de sus cigarrillos entre sus dientes manchados; una anciana en una mecedora, rodeada de diferentes tipos de gatos. Todo tranquilo, como a la espera de que algo ocurriera.

¿Podían haberse ya marchado? ¿Había llegado demasiado tarde?

Vio que había fruta fresca en una cesta, sobre la mesa del comedor. Comprendió que esto no significaba necesariamente que siguieran allí. Qué duda cabía de que si Michael los había llamado, se habrían limitado a abandonarlo todo.

Tenía que entrar en la casa para asegurarse.

Probó la puerta, pero no la sorprendió que estuviera cerrada con llave. Los Whittaker echaban siempre el cerrojo, incluso para ir a la playa. Había que estar siempre precavido, nunca se sabía quién podía llegar e intentar robarles el televisor de treinta pulgadas.

Jane se dirigió sigilosamente a la parte posterior de la casa, donde se encontraban los tres dormitorios. Las ventanas estaban abiertas, aunque protegidas con tela mosquitera.

Buscó un palo entre la hierba, lo encontró y lo utilizó para empujar el marco de la tela mosquitera del dormitorio principal, hasta que logró abrirlo. Miró a su alrededor con la esperanza de que nadie la hubiera visto, levantó la ventana y entró en la casa.

Cayó sobre la cama de matrimonio en el momento en que oía que se disparaba la alarma. «¡Dios mío, lo que faltaba!», pensó aturdida, con el único deseo de meterse en la acogedora cama. Entonces la alarma dejó de sonar, pero empezó de nuevo, y se percató de que no era la alarma sino el teléfono.

Sonaba el teléfono.

No se acercó para contestarlo. ¿Sería Michael? ¿Habría Carole logrado ponerse en contacto con él? ¿Habría recibido el recado anterior de Paula? ¿Llamaba para advertir a sus padres de su inminente llegada? ¿O sería algún

amigo que los llamaba desde la ciudad con la intención de venir a pasar unos días? O tal vez algún vecino para comunicarles que había visto a alguien sospechoso que merodeaba por los alrededores. Quienquiera que fuera, los destinatarios de la llamada no estaban en casa. ¿Habrían desaparecido antes de su llegada?

Jane se levantó de la cama y abrió los cajones de una pequeña cómoda, mientras contaba en silencio las llamadas del teléfono. Cinco... seis... siete. La cómoda, al igual que el armario, estaba llena de ropa. Claro que siempre cabía la posibilidad de que los Whittaker la hubieran abandonado con el propósito de recogerla más adelante.

Entonces se dirigió a grandes zancadas al dormitorio que solía ocupar Emily, donde vio varios de sus vestidos colgados cuidadosamente en el armario y unos cuantos juguetes ordenados sobre la mesa. Seguía llamando el teléfono: diez... once... doce. El pijama de Emily estaba bajo la almohada, con un conejo de peluche sobre la misma.

Dio una vuelta por la casa. Un bañador infantil, todavía húmedo, colgaba del borde de la bañera y el frigorífico, aunque no lleno, tampoco había sido vaciado.

El teléfono enmudeció después de doce llamadas. Era evidente que alguien intentaba desesperadamente ponerse en contacto con los Whittaker. Jane consultó su reloj. Eran casi las doce del mediodía. ¿Dónde podían estar? Entró en la sala de estar y se dejó caer en un enorme sillón a rayas castañas y naranjas. A pesar del calor, la casa estaba fresca y agradable. Apoyó su cansada cabeza en el respaldo del sillón y se preguntó cuánto tendría que esperar.

Al cabo de un momento se quedó dormida.

Treinta

La despertó el timbre del teléfono.

Jane se incorporó de un brinco; le daba vueltas la cabeza y latía con fuerza su corazón. Consultó su reloj y comprobó alarmada que habían transcurrido casi veinte minutos desde que había cerrado inadvertidamente los ojos. ¡Menuda estupidez! Había sido increíblemente descuidada. ¡Llegar hasta aquí para quedarse dormida! ¿Habrían regresado los Whittaker para encontrar a ricitos de oro en carne y hueso, dormida en su sillón? ¿Habrían abandonado el lugar en compañía de su nieta?

El teléfono siguió llamando. Tres..., cuatro veces. Entonces se oyó otro ruido, el de la puerta de un coche que se cerraba.

—¿No es eso el teléfono, Bert? —dijo la voz de una mujer.

Jane contempló el teléfono, mientras se preguntaba si sería prudente arrancarlo de la pared; pero en su lugar optó por ir a la cocina y abrir uno de los cajones, donde recordaba que la madre de Michael guardaba unas grandes tijeras.

—¡Ojalá estéis ahí! —exclamó y allí estaban.

Tijeras en mano, como si de una arma se tratara, regresó a la sala de estar y cortó el cable del teléfono en medio de la sexta llamada.

—No oigo nada —respondió una voz masculina desde algún lugar del exterior.

—Eres tan lento que probablemente han colgado. ¿Dónde vas, jovencita? —preguntó la mujer—. Debes ayudar a tu abuelo con la compra. Dale esa bolsa pequeña, Bert.

La voz de Doris Whittaker penetraba con claridad hasta los confines más recónditos de la sala de estar, donde Jane permanecía inmóvil.

—Aquí la tienes, Emmy —dijo entonces la voz masculina—. ¿Podrás con ella?

—Claro, abuelo. No pesa nada.

Jane empuñó fuertemente las tijeras con la mano derecha, al tiempo que se percataba de que había dejado abierto el cajón de la cocina, pero consciente de que no disponía del tiempo necesario para cerrarlo y se agachó tras el

sillón de la esquina de la sala, en el momento en que oía que la llave giraba en el cerrojo. Los rayos del sol se proyectaron en el suelo y en la pared a su espalda, cuando se abrió la puerta. ¿Cuánto tardarían en descubrir que había sido cortado el cable del teléfono? ¿Y en darse cuenta de que el cajón de la cocina estaba abierto y las tijeras habían desaparecido? ¿Cuánto tendría que esperar para coger a su hija y huir?

—¿Dónde la dejo, abuela?

—Todo sobre la mesa de la cocina —respondió Doris Whittaker, mientras Jane oía a Emily que cruzaba la sala.

Jane tuvo que morderse la lengua para no gritar, cuando vislumbró a la niña, que no veía desde hacía casi dos meses. Emily llevaba un pantalón corto rosa fluorescente, una camiseta multicolor y el cabello en forma de cola de caballo, con un sinfín de cintas de colores. Los dedos de los pies le salían por la punta de las sandalias del año anterior, «¡Hija mía —pensó Jane—, mi hermosa niña!». ¿Cómo la rescataría? ¿Cómo se pondrían ambas a salvo?

—¡Maldita sea! Fíjate cómo ha empaquetado la bolsa ese estúpido del supermercado —dijo Doris Whittaker de camino a la cocina, con su marido que le pisaba los talones—. Ha puesto la fruta en el fondo y todos los melocotones se habrán aplastado. Buen vigilante estás hecho. ¿No prestabas atención a lo que hacía?

—Eso es responsabilidad tuya —respondió el marido, al tiempo que dejaba la pesada bolsa sobre la mesa con un gruñido, antes de dirigirse a la parte posterior de la casa—. Alguien ha dejado un cajón abierto —agregó, mientras lo cerraba sin darle importancia.

—Lo mejor será sacarlo todo de las bolsas y comprobar qué se ha estropeado. Puede que tengamos que volver al supermercado.

—¿Puedo ir a nadar ahora, abuela?

—Todavía no. ¿No tienes hambre?

—No.

—Pues yo estoy muerta de hambre, de modo que vamos a comer. ¿Qué te parece un bocadillo de salchichón?

—De acuerdo. ¿Y un helado?

—Sólo si te comes todo el bocadillo.

«¿Qué debo hacer?», pensó Jane, mientras se preguntaba si manifestar simplemente su presencia, tijeras en mano, o esperar a que Emily estuviera sola en la sala y desaparecer con ella. Oyó que desempaquetaban los víveres y abrían y cerraban las puertas de los armarios donde los guardaban. Recordaba otras situaciones parecidas en las que ella había participado, pero no como

testigo silencioso. ¿Había algo más tranquilo que un caluroso día de verano en la casa de campo, donde incluso el hecho de guardar los víveres constituía un testimonio de serenidad?

—¿Qué le ha ocurrido al teléfono? —preguntó Emily.

Su pequeña voz rompió el encanto y devolvió inmediatamente a Jane a la realidad.

—Ahora no, Emily. Quiero acabar de guardar los víveres.

—Pero mira lo que le ha ocurrido.

Jane imaginó a Emily con el cable cortado en la mano.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la abuela, antes de hacer una pausa, seguida de pasos—. ¡Dios mío, ¿qué has hecho?!

—Yo no he hecho nada —protestó la niña.

—Parece que lo han cortado —declaró Doris Whittaker en tono circunspecto, mientras Jane se preguntaba si miraba a su alrededor, si habría centrado su atención en el sillón del fondo, si la habría visto, si sabía que estaba allí—. Bert, ven aquí.

—Estoy en el baño —farfulló.

—Date prisa. Ocurre algo raro.

Jane oyó la cadena del retrete.

—¡Virgen santa, Doris! ¿No puede uno mear tranquilo? —preguntó Bert Whittaker, aunque la palabra «mear» sonaba extraña en sus labios—. ¿Qué es tan urgente que no pueda esperar unos minutos?

—Alguien ha cortado el cable del teléfono.

—No he sido yo —protestó Emily.

—Es extraño —susurró el doctor Whittaker padre—. ¿Han tocado algo más?

Jane oyó que se dirigían a la parte posterior de la casa, acompañados de Emily.

—Me da mala espina —declaró Doris Whittaker.

—Todo lo demás parece estar en orden.

—¡Dios mío, Bert, fíjate en esto! ¿Qué ha ocurrido aquí?

Jane comprendió que habían descubierto la mosquitera rota en su dormitorio. Sabía que disponía de poco tiempo.

—Parece que alguien ha entrado en la casa —dijo Bert Whittaker.

Jane oyó que se abrían y cerraban cajones.

—Pero no se han llevado nada. La televisión y la radio siguen en su sitio. La ropa. Incluso el dinero de la hucha —afirmó Doris Whittaker después de

regresar a la cocina y comprobar el contenido de un gran recipiente de cristal —. ¿Por qué entraría alguien en casa sólo para cortar el cable del teléfono?

—Mis cosas están todavía aquí —exclamó Emily, antes de regresar corriendo a la cocina.

—Probablemente chiquillos para gastar una broma —sugirió poco convencido Bert Whittaker.

—¡Menuda broma! Esto es un delito.

—Tranquilízate, Doris, asustas a la niña.

—No estoy asustada, abuelo.

—¿No? Bien, te felicito. Eres una niña inteligente.

—¿Has dicho que alguien había dejado un cajón abierto en la cocina? —preguntó de pronto Doris Whittaker.

—Sí —respondió, antes de hacer una pausa mientras se oía que el cajón se abría—. Éste.

—¡Dios mío, mis tijeras han desaparecido!

—Probablemente las han utilizado para cortar el cable. Deberíamos ir a la policía.

—Bert...

—¿Qué?

—¿Qué ocurre si no se trata de ningún ladrón, ni de chiquillos?

—¿Qué quieres decir?

—Emily, mete algunas prendas en una bolsa de viaje e iremos a Vineyard un par de días —dijo Doris Whittaker, después de una pausa.

—Pero Molly ha dicho que esta tarde seguramente vendría a jugar.

—Jugarás con Molly otro día. Por favor, no discutas. Haz lo que te digo. Buena chica.

—¡Por Dios, Doris! ¿No crees que exageras?

—No creo que nos haya visitado ningún ladrón —afirmó Doris Whittaker en un susurro—. Me parece que ha sido Jane.

—¿Jane?

—¡Cállate! No levantes la voz. ¿Quieres que Emily te oiga?

—¿Qué te hace suponer que ha sido... ella?

—Reflexiona un instante. Es la única explicación lógica. ¿Para qué entraría alguien en la casa y no cogería nada? ¿Para qué cortar el cable del teléfono, a no ser que temiera que alguien pueda ponerse en contacto con nosotros, para advertirnos de su llegada? Piénsalo, Bert. Tiene que ser Jane. Ha venido para llevarse a Emily.

—Si ha estado aquí, ha encontrado la casa vacía y se ha marchado.

—No se marcharía —declaró Doris Whittaker—. Si es ella, merodea todavía por los alrededores. Debemos marcharnos antes de que regrese. ¡Emily! ¡Emily!

—Estoy guardando la ropa en la bolsa, abuela.

—Olvídalo. Tenemos que salir inmediatamente.

—Necesito mi conejito de peluche.

—Ahora no.

—Pero lo quiero.

—Te compraremos otro.

Jane reconoció por su voz que Emily estaba a punto de llorar. «No llores, hija mía —habría querido decirle—. No llores».

—Quiero mi *Hopalong*.

—Más tarde te compraremos una docena de conejitos. Ahora, vámonos.

—Esto es absurdo —decía Bert Whittaker, mientras se disponía a salir—. ¿Por qué no vamos a la policía?

—Primero llamaremos a Michael para enterarnos de lo que ocurre. Si me equivoco, no habremos perdido nada.

—No quiero ir a Martha's Vineyard —exclamó Emily—. Quiero ir a casa. ¡Quiero ver a mamá!

De pronto Jane se incorporó, salió de detrás del sillón a rayas y les cortó el camino de la puerta, con las tijeras a la espalda.

—Aquí estoy, cariño.

—¡Mamá!

Doris Whittaker suspiró y parecía que su marido iba a desmayarse, pero Jane apenas les prestó atención alguna, mientras Emily se soltaba de la mano de su abuela, para correr a los brazos de su madre. Jane la levantó con el brazo izquierdo y le cubrió la cara de besos.

—¡Mi hermosa hijita! ¡Mi dulce ángel! ¡Mi niña grande y preciosa!

Emily estrujó a Jane con tanta fuerza alrededor del cuello, que casi le hizo perder el equilibrio.

—¿Dónde estabas, mamá? ¿Dónde estabas?

—Después te lo explicaré todo, cariño. Te lo prometo.

—Te quiero, mamá —dijo Emily, después de separar la cabeza para mirar a su madre a los ojos.

—Yo también te quiero, encanto —respondió Jane, que ya no podía aguantar el peso de su hija con un brazo y se vio obligada a dejarla en el suelo.

—Ven aquí, Emily —ordenó Doris Whittaker, acercándose inmediatamente a la niña y agarrándola del brazo.

—No la toques —exclamó Jane, al tiempo que levantaba su mano derecha hasta entonces oculta tras su espalda, con las tijeras fuertemente agarradas como una daga—. Si la tocas, te mato. Te lo juro.

—¡Mamá!

—¡Estás loca! —chilló Doris Whittaker—. Fíjate en lo que le haces a la niña. ¡Le das un susto de muerte!

—Lo siento, cariño. Es lo último en el mundo que me propongo.

—Deja esas tijeras, Jane —dijo Bert Whittaker sin levantar la voz.

—Lo siento, Bert. No puedo hacerlo.

—¿Qué es exactamente lo que te propones?

—Recoger a mi hija y largarme de aquí.

—Sabes que no te lo permitiremos —declaró Doris Whittaker, con el pecho hinchado para fingir una valentía cuya falsedad delataba su voz.

—Este asunto no tiene nada que ver contigo, Doris —dijo sosegadamente Jane—. No te metas donde no te llaman.

—Emily debe quedarse aquí con nosotros.

—Emily debe estar con su madre.

—¿Para llenarle la cabeza de mentiras? ¿Para inventar otras historias horribles sobre su padre? ¿Para convencerla de tus enfermizas fantasías?

Jane miró a su hija y vio que su mirada estaba llena de miedo y confusión.

—Emily, cariño, te lo ruego, confía en mí. Sabes que nunca haría nada para perjudicarte, ¿no es cierto?

La niña asintió sin reticencia alguna.

—No la escuches, Emmy —la aconsejó Bert—. Tu madre ha estado enferma. No es tal como tú la recuerdas.

—Quiero que me esperes en el Chrysler aparcado a pocas casas de aquí —prosiguió Jane, sin hacer caso de la interrupción de Bert.

—¿Ese de color púrpura frente a la casa de los Stuart? La abuela se preguntaba de quién debía ser.

—Sí, ése.

—¿Cuándo vendrás?

—En un par de minutos.

—Tengo miedo —dijo Emily, después de mirar intranquila a su madre y a sus abuelos.

—No tengas miedo, cariño. Te prometo que sólo tardaré unos minutos.

Emily titubeó y Jane comprendió que recordaba la última vez en que su madre le había prometido reunirse pronto con ella.

—De acuerdo —declaró finalmente Emily mientras corría hacia la puerta, para parar en seco cuando oyó la voz de su abuela.

—Tú papá quiere que te quedes aquí con nosotros —anunció autoritariamente Doris Whittaker—. No querrás que papá se ponga triste, ¿verdad, cariño?

Emily agarró la manecilla de la puerta sin decir palabra.

—¿No vas siquiera a darles un beso y un abrazo de despedida a tus abuelos?

Emily miró a su madre.

—No me parece una buena idea. Por lo menos no ahora —respondió Jane, al tiempo que se preguntaba lo que haría si llegaban a las manos.

—¿También vas a llenarle la cabeza de mentiras sobre nosotros? —preguntó Doris, mientras su marido se refugiaba en el silencio que siempre le había resultado más cómodo.

—Anda, cariño —le dijo Jane a su hija—. Voy en seguida.

—Os lo mandaré por el aire —agregó Emily, a la par que se llevaba la mano a la boca y se daba un sonoro beso en los dedos, que su abuelo levantó automáticamente la mano para cazar en el aire—. Adiós —agregó, mientras le sonreía tímidamente a su madre, desviando deliberadamente la mirada del arma que tenía en la mano levantada, antes de abrir la puerta y salir corriendo.

—No llegarás muy lejos —afirmó Doris Whittaker, con el pecho abultado y la barbilla levantada—. Encontraremos un teléfono y llamaremos a la policía. A no ser que pretendas atarnos antes de marcharte —agregó en un tono cargado de sarcasmo.

Jane bajó las tijeras, pero sin dejar de amenazar a sus suegros.

—Creo que sé lo que Michael os ha contado —empezó a decir— y quiero que sepáis que...

—No queremos saber nada de tus mentiras —exclamó Doris Whittaker, a la vez que se cubría los oídos con la palma de las manos—. ¡Cómo te atreves a inventar tales atrocidades! ¡Cómo te atreves a ensuciar el buen nombre de nuestro hijo! Sólo una loca haría algo tan horrible.

—Ha sido vuestro hijo quien os ha mentado.

—No quiero escuchar esas patrañas.

—¿Habéis hablado con Emily? ¿Se lo habéis preguntado?

Doris Whittaker hizo caso omiso de la pregunta, como si ya lo conociera sobradamente todo.

—No creas que vas a salirte con la tuya. Te lo impediremos. Estás loca. Si había alguna duda, esto lo demuestra. Mi hijo conservará su reputación y a su hija. La próxima vez que nos veamos, será ante un tribunal de justicia.

Jane Whittaker se dirigió a la puerta y la abrió.

—Lo espero con anhelo —dijo.

Treinta y uno

—¿Tienes alguna sota?

—¿Alguna sota? —repitió Jane mientras examinaba las cartas que tenía en la mano, antes de mirar de nuevo a Emily, sentada frente a ella junto a la mesa de la cocina—. No. Ninguna sota. Coge carta.

—Debes decir «a pescar».

—Lo siento. Siempre lo olvido. A pescar.

Se dibujó una sensación de congoja en las delicadas facciones de Emily.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—¿No estarás empezando de nuevo a olvidar? —preguntó la niña.

Jane suspiró, dejó inmediatamente las cartas sobre la mesa y extendió las manos para coger las de su hija.

—No, cariño. Ahora estoy bien. Te lo prometo.

—¿Estás segura?

—Absolutamente segura. Te lo juro.

—A veces a mí también se me olvida alguna cosa —afirmó Emily, como para tranquilizar a su madre y a sí misma.

—Todo el mundo olvida algo de vez en cuando —declaró Sarah Tanenbaum, cuando apareció con un albornoz rosa y el cabello sin peinar, sujeto con peinetas de concha—. Pero tu madre ya se ha recuperado. No debes preocuparte. Y ahora ¿a quién le apetece desayunar?

Emily soltó una carcajada.

—Querrás decir almorzar —le dijo Jane a su amiga, en cuya cocina estaban sentadas.

—Podíais haberme despertado —refunfuñó Sarah.

—Decidimos que necesitabas descansar. No es fácil tener huéspedes en casa.

—¿Bromeas? Me encanta —respondió Sarah, al tiempo que se servía un vaso de zumo de naranjas y se lo tomaba de un trago—. Me gustaría que os quedarais para siempre.

—Hay café en la cafetera, y tanto tú como Peter sois encantadores con nosotras. Nunca os lo podré agradecer debidamente.

—Nos sentimos muy felices de teneros en casa. Nunca habíamos tenido a una niña como huésped —dijo Sarah, dirigiéndose a Emily, antes de sentarse a la mesa con una taza de café en la mano—. Mis hijos ya son mayores. O, por lo menos, eso creen ellos.

—Nos habremos marchado antes de que regresen del campamento de verano —afirmó Jane.

—Os quedaréis hasta que todo esté resuelto. Y que no se hable más del tema —respondió Sarah, mientras tomaba prolongados sorbos de café y jugaba con una de sus peinetas—. ¿Qué planes tenéis para hoy?

—Diane llevará a Emily al cine.

—Y a McDonald's —agregó entusiasmada Emily.

Jane se sobresaltó ligeramente al oír aquel nombre, que le recordó su personificación de Cindy McDonald.

—Sally Beddoes vendrá aproximadamente dentro de una hora y Daniel ha dicho que tal vez pasaría por aquí —dijo Jane, procurando aplacar sus nervios, consciente de que su futuro dependía del control que pareciera tener.

—Entonces mejor será que me vista —comentó Sarah, antes de vaciar apresuradamente su taza de café—. No podemos permitir que me vea un hombre con esa facha.

—¿Qué me dices de Peter? —preguntó Emily—. Es un hombre.

—Peter no cuenta, es mi marido. Además, ha salido a jugar al golf. ¿Os imagináis empezar a jugar antes de las ocho de la mañana? Los hombres y sus juegos —exclamó, moviendo la cabeza, mientras ella y Jane intercambiaban una lastimosa mirada, antes de salir de la cocina.

Habían transcurrido dos semanas desde que Jane había recuperado a su hija y su propia vida. Sarah y Peter las habían invitado amablemente a compartir su casa, después de que Michael se negara a abandonar la de Forest Street. En todo caso, Jane dudaba que pudiera regresar a aquel lugar. Demasiado cargado de recuerdos, pensó, al tiempo que soltaba una carcajada.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó Emily. Jane titubeó, mientras recogía las cartas de la mesa.

—Lo gracioso es que tengo una sota en la mano —dijo al tiempo que se la entregaba a su hija, al parecer sin percatarse de que Jane se había reído antes de recoger las cartas.

Emily sacó inmediatamente otras tres sotas de su propia mano y formó un montón, junto a otros semejantes.

«Como los ordenados montoncitos de billetes de cien dólares», pensó Jane disimulando un escalofrío involuntario, cada vez más harta con su costumbre

de relacionarlo todo con su pasado reciente. ¿Sería un «Big Mac» sinónimo de odisea durante el resto de su vida? ¿Podría volver a ver una fotografía de la modelo Cindy Crawford sin empezar a sudar?

—¿Tienes algún seis? —preguntó Emily.

—A pescar —exclamó decididamente Jane, con una nueva sensación de bienestar, después de examinar las cartas que tenía en la mano.

Había consultado a un montón de médicos desde la recuperación de su memoria, que la vigilaban de cerca mientras eliminaban gradualmente los medicamentos de su sistema. Además acudía a una psicoterapeuta dos veces por semana. Todos aseguraban que tardaría poco en recuperarse plenamente. Gracias a la excelente comida de Sarah, había logrado incluso ganar algunos kilos y su piel ya no tenía el color de la ceniza. Había dejado de babear y su coordinación volvía a ser normal. Tampoco tenía que esforzarse para mantenerse despierta, aunque a decir verdad se cansaba fácilmente y a menudo se acostaba a la misma hora que Emily. También se había cortado el cabello en un estilo más sofisticado que le llegaba a la altura de la mandíbula, y la favorecía más que el cabello largo que Michael siempre había preferido.

Sintió un escalofrío sólo de pensar en las preferencias de su marido. ¿Cómo podía haberle pasado por alto que siempre la prefería y se mostraba más cariñoso, cuanto más vulnerable e infantil la veía? Aquellos horrorosos atuendos de adolescente que le había comprado, su preferencia por los tonos pastel suaves en lugar de colores vivos y un negro sofisticado, aquel repelente camisón que, según él, tenía más atractivo sexual que las medias y ligueros que ella había comprado.

Sonó el timbre de la puerta.

—Yo abriré —dijo Emily, después de levantarse de la silla.

—No, voy yo —insistió Jane, mientras la cogía del brazo—. Quiero estirar las piernas.

Se levantó y cruzó la moderna cocina de cromo y cristal en dirección a la puerta, con piernas temblorosas.

Cada vez que alguien llamaba a la puerta o sonaba el teléfono, temía que se tratara de Michael para reclamar a su única hija. A pesar de que había accedido, mediante sus abogados, a mantenerse alejado de ellas hasta que el fiscal del distrito decidiera si había pruebas suficientes para presentar cargos, Jane tenía siempre la sensación de que merodeaba por los alrededores. Sabía que Michael era demasiado diabólico y estaba excesivamente enojado para dejarla mucho tiempo en paz. Su silencio relativo de las dos últimas semanas significaba indudablemente que tramaba algo. A no ser que estuviera

convencido de que no se presentarían cargos, que obtendría la patria potestad de su hija, y considerara que podía permitirse el lujo de parecer paciente y cooperativo.

Jane acercó el ojo a la mirilla de la puerta de los Tanenbaum y vio a un mensajero uniformado. Abrió lentamente la puerta, mientras examinaba el atractivo despreocupado de aquel joven, consciente de no haber visto nunca su rostro.

—Un paquete para Jane Whittaker —declaró en un tono nasal, al tiempo que le ofrecía un papel para firmar—. Escriba el nombre en mayúsculas junto a la firma —agregó.

—Gracias —dijo Jane, después de seguir sus instrucciones, coger con reticencia el pequeño paquete como si temiera que estallara, y retirarse hacia el vestíbulo con paredes cubiertas de papel de terciopelo.

—¿Es Diane? —preguntó Sarah, mientras bajaba por la escalera para reunirse con ella, después de ponerse un pantalón *beige*, una camiseta blanca y con el cabello recién peinado, que frotó la mejilla de Jane al inclinarse sobre su hombro—. ¿Qué es eso?

Jane movió la cabeza y se dirigieron ambas a la sala de estar, de color blanco y coral.

—No hace tictac —declaró Jane con una carcajada, para disimular su aprensión.

—¿Crees que lo ha mandado Michael?

—¿Quién si no? —asintió Jane.

—¿Quieres que lo abra yo?

—No —respondió Jane, después de titubear—. No voy a asustarme cada vez que reciba un paquete inesperado. No permitiré que Michael vuelva a adquirir nunca semejante control sobre mi vida.

—¡Así se habla! —exclamó Sarah cuando Jane desenvolvía el paquete.

Después de la primera capa de papel ordinario, había otra de papel plateado, con un lazo azul y una pequeña tarjeta bajo el mismo escrita a máquina y sin firmar, en la que se leía: «Siento haberme perdido tu cumpleaños». A Jane se le levantaron las cejas como por cuenta propia, retiró rápidamente el papel plateado, abrió la caja y descubrió otra más pequeña en su interior.

—No es un coche —comentó Sarah con toda seriedad, mientras Jane sacaba de la caja un pequeño estuche de joyero.

—¡Dios mío! —exclamó Jane cuando lo abrió y vio un hermoso aro de diamantes tallados en forma de corazón.

—Un aro eterno —susurró Sarah.

Su significado le produjo a Jane un escalofrío.

—¿Qué se propone ahora? —se preguntó en voz alta, a la par que recordaba la mañana en que Michael la había llevado prácticamente a rastras a la joyería de Newbury Street, lo cual le había abierto su camino a la salvación, gracias a un encuentro casual con Anne Halloren-Gimblet.

¿Le mandaba Michael ese anillo para reafirmar su dominio sobre ella?
¿Para recordarle su poder?

—Estoy lista para salir —declaró Emily, después de entrar a la pata coja en la sala de estar y mirar desconcertada a su alrededor—. ¿Dónde está Diane?

—Todavía no ha llegado —respondió Sarah, mientras Jane cerraba el estuche.

—Entonces ¿quién ha llamado a la puerta?

—Alguien que ha traído un paquete a la casa equivocada —afirmó Jane, después de guardar el estuche en la caja y dejarla sobre una mesita cercana.

Sonó de nuevo el timbre de la puerta.

Nadie se movió.

—¿No va alguien a abrir la puerta? —preguntó Emily.

—¿Quién podía suponerlo? Dos por el precio de uno —dijo Sarah, después de acercarse a la puerta, abrirla y ver a Diane y Daniel en el umbral.

—Hemos llegado al mismo tiempo —declaró Diane cuando se acercaba a Jane para darle un abrazo—. Estás hermosa. Me encanta tu cabello.

—¿Cómo estás, Jane? —preguntó Daniel desde el umbral de la puerta, casi con timidez.

—Muy bien —respondió con toda sinceridad.

—¿Estás lista para nuestra aventura? —preguntó Diane a Emily.

—Hace horas que estoy lista.

—¿En serio?

—Desde la hora del desayuno. He estado jugando a los naipes con mamá. Sarah acaba de levantarse.

—Muchas gracias, encanto —exclamó Sarah, con una carcajada—. Olvidaba que los pequeños son incapaces de guardar secretos.

Durante unos instantes se hizo un embarazoso silencio.

—Dale un beso de despedida a tu madre y vámonos.

Emily agarró a Jane para darle un fuerte beso y se resistía a soltarla.

—¿Estarás bien? —preguntó.

—Claro que sí.

—No te preocupes, cariño —le dijo Sarah—. Cuidaremos debidamente de tu mamá.

—¿Estarás en casa cuando regrese? —preguntó Emily.

—No me moveré de aquí.

—Me prometes que no saldrás.

—Prometido.

—Tengo una idea. ¿Por qué no vienes con nosotras? —sugirió Emily, después de coger la mano de su madre y empezar a dar saltos de alegría.

Jane suplicó la ayuda de Diane con la mirada.

—Tu mamá nos acompañará la próxima vez. Ahora tengo ganas de pasar un rato a solas contigo, sólo tú y yo.

—Además, me dejarías aquí sola con Daniel —agregó Sarah con una mueca, mientras Daniel soltaba una carcajada.

—Daniel puede venir con nosotras.

—Me parece que no, cariño —dijo Jane, después de agacharse—. Estoy esperando a alguien con quien es muy importante que hable. Pero quiero que vayas con Diane —prosiguió, a pesar de las protestas de su hija—. Hace días que lo esperas con ilusión y ella también.

—Pero...

—No te preocupes. No voy a ningún lugar. Te prometo que estaré aquí cuando regreses. Y ahora marchaos, o llegaréis tarde.

—Te la devolveré sana y salva —afirmó Diane, mientras caminaba con Emily por la acera.

—Qué os divirtáis —chilló Jane, al tiempo que Emily se instalaba junto a Diane en el coche y se abrochaba inmediatamente el cinturón.

—Voy a preparar un poco más de café —dijo Sarah con un profundo suspiro después de cerrar la puerta de la casa.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Jane.

—Cuida de tu invitado.

Dicho esto, Sarah desapareció, y Jane y Daniel se sentaron uno a cada extremo del sofá color coral.

—¿Tiene siempre tanto miedo de dejarte? —preguntó Daniel.

—Es como mi sombra, lo cual es comprensible después de lo ocurrido. Dormimos en la misma habitación y tengo que sentarme junto a ella todas las noches, hasta que se queda dormida. Algunas veces me duermo antes que ella —sonrió Jane—. A decir verdad, no sé cuál de las dos está más necesitada.

—¿Formula muchas preguntas?

—Lo hacía al principio. Quería saber exactamente lo ocurrido. ¿Por qué no fui a recogerla cuando dije que lo haría? ¿Dónde estaba? ¿Cómo puede alguien olvidar quién es? ¿Qué se siente?

—¿Y qué le contaste?

—La verdad. O por lo menos la parte que creí que comprendería. Todavía no estoy segura de comprender yo misma todo lo ocurrido. Después de vivir tanto tiempo con un hombre como Michael —agregó, después de una pausa—, se dan ciertas cosas por sentadas. Es muy desconcertante descubrir que dichos supuestos no eran válidos. Destruye el equilibrio y hace que una lo ponga todo en tela de juicio —prosiguió con la mirada fija en los ojos azul oscuro de Daniel—. ¿Sabes lo que le dijo a Emily?

Daniel movió la cabeza.

—Que lo que me había contado me había disgustado tanto, que había enfermado y había tenido que ir al hospital. ¿Te imaginas cargar a una niña de siete años con ese complejo de culpabilidad? Aunque supongo que no es peor que lo demás que le ha hecho —exclamó con una mueca, al tiempo que reprimía una lágrima—. Pero saldremos adelante. Vamos ambas a una psicóloga recomendada por el doctor Meloff. Es muy buena. Creo que logrará ayudarnos. ¿Cómo estás tú? —preguntó después de mirar hacia la cocina y pensar que Sarah tardaba más de lo necesario—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien. Aunque, a decir verdad, eso no es exactamente cierto —dijo de un tirón—. Me he creado mi propio complejo de culpabilidad, supongo que por creer que debía haberme mantenido en contacto, porque debí haberme dado cuenta de que algo no marchaba debidamente aquella mañana cuando te vi, porque no debí haber llamado a Carole después de hablar contigo por teléfono...

—No tenías por qué saber que hubiera algún problema. ¿Acaso tienes poderes psíquicos? ¿Cómo podías haberlo sabido? Y llamar a Carole fue lo más natural del mundo...

—Podía haberlo echado todo a perder —afirmó Daniel, después de ponerse en pie, dirigirse a la ventana y contemplar la calle—. Gracias a mi llamada Carole encontró tu ama de llaves. Sólo la suerte los impidió hablar con Michael, a tiempo de que te detuviera.

—Pero no lo hicieron. No me detuvieron. Ni lo harán ahora.

Daniel regresó al centro de la sala de estar y se sentó en un sillón blanco.

—¿Cómo están las cosas ahora? —preguntó.

—No están muy claras —reconoció Jane—. El fiscal del distrito sigue investigando. Hasta ahora no ha logrado localizar a Pat Rutherford. Al parecer

viaja por Europa y no regresará hasta dentro de otra semana. Y en cuanto al señor Secord, el director de la escuela, está claramente de parte de Michael. Tuvieron una larga charla aquel mismo día, cuando Michael recogió a Emily en la escuela, con la cabeza vendada —agregó, a la par que se encogía de hombros—. No será fácil.

—Pero ¿te sientes segura?...

—Contamos con alguien que tal vez me apoye con su propia denuncia —respondió Jane, mientras consultaba su reloj—. Se llama Sally Beddoes y su hija es paciente de Michael. Vendrá aquí aproximadamente dentro de una hora.

—El café está listo —declaró Sarah después de entrar en la sala con una gran bandeja Lucite, colocarla sobre la mesita y empujar el paquete envuelto en papel plateado.

—Deja, yo lo saco —dijo Daniel, cuando apartaba la pequeña caja y leía la tarjeta—. ¿Alguien celebra su cumpleaños?

—El sentido del humor de Michael —respondió Sarah, mientras le mostraba a Daniel el aro de diamantes.

—¡Vaya chiste! —exclamó Daniel, cerrando el estuche con el mismo desprecio con que antes lo había hecho Jane—. ¿No comprende ese individuo que has solicitado el divorcio?

—Creo que todo forma parte de su estrategia —dijo Jane, pensando en voz alta—. El perfecto marido hasta el último momento.

—Lo cual no le impide luchar por la patria potestad —afirmó Daniel.

—Vamos a reunirnos con los abogados el lunes, para ver si podemos llegar a algún tipo de acuerdo —declaró Jane, mientras cogía una taza de café de la mano de Sarah.

—¡Me sorprende que estés dispuesta a reunirte con él, después de todo lo que te ha hecho!

—¿Qué ha hecho? —exclamó Jane, con unos ojos muy abiertos de fingida inocencia—. Yo fui quien perdió la memoria y se fue de viaje al país de las tinieblas. Yo soy la agresiva. No sólo he intentado matarle, sino que he amenazado a nuestra ama de llaves con un cuchillo y a sus padres con unas tijeras. Todo el mundo está más que dispuesto a declarar a su favor.

—Pero los medicamentos que te administraba...

—Los robé de su maletín. Él se limitó a inyectarme cuando me ponía violenta.

—Pero los médicos...

—Declararán que padecía amnesia histérica, lo cual no creo que me permita ganar muchos puntos con el juez. No estaban presentes cuando Michael me administraba el medicamento indebido. Es su palabra contra la mía. En lo que a ellos concierne, se portó como el más irreprochable de los maridos. Además, no olvides que es uno de ellos. No querrán hablar mal de un colega tan respetado.

—¿Siquiera el doctor Meloff? —preguntó Sarah.

—Lo único que sabe es que la mujer que examinó estaba en plena furia histérica. Estaba haciendo *rafting* cuando se armó todo el lío.

—¿Estás diciendo que Michael puede ganar?

—Digo que tiene bastantes probabilidades, si decide luchar contra mí.

Sonó el timbre de la puerta.

—Voy yo —dijo Jane con un esfuerzo para dominar una sensación de angustia en la boca del estómago.

¿Sería Diane que regresaba ya con Emily? ¿Le habría disgustado excesivamente a su hija la perspectiva de pasar toda la tarde alejada de su madre? ¿Habría regresado Diane para demostrarle que su madre estaba exactamente donde se suponía que debía estar?

¿O se trataría de otra sorpresa de Michael?

Jane reconoció a la mujer frente a la puerta como Sally Beddoes, madre de la niña aterrorizada que había conocido en la sala de espera de la consulta de Michael.

—Señora Beddoes —dijo al abrir la puerta y la invitaba a entrar, mientras consultaba de reojo su reloj—. Lo siento. No la esperaba hasta dentro de una hora.

—Sé que he llegado antes de tiempo —respondió, con una furtiva mirada a la calle—. Sólo puedo quedarme un momento. Mi marido me espera en el coche —agregó, al tiempo que señalaba un Ford negro junto a la acera, con el motor en marcha.

—No tiene por qué esperar en la calle... —empezó a decir Jane.

—Lo prefiere. Le he dicho que sólo tardaría un minuto.

—¿Un minuto? Señora Beddoes, tenemos mucho de que hablar.

—Pase, por favor, señora Beddoes —dijo Sarah, después de acercarse a la puerta, en el momento en que empezaba a sonar el teléfono—. Acabo de preparar café.

—No, lo siento, no puedo quedarme.

Era evidente que no se movería del vestíbulo.

—Será mejor que acuda al teléfono —dijo Sarah, antes de dirigirle una mirada a Daniel—. ¿Danny, me echas una mano?

Daniel se levantó inmediatamente y siguió a Sarah a la cocina.

—Señora Beddoes, no estoy segura de comprenderla...

—Creo que me comprende.

—Por favor, no diga lo que creo que está a punto de decir.

—Lo lamento, señora Whittaker. Sé que cuenta conmigo y me sabe muy mal decepcionarla...

—Entonces no lo haga. Por favor, no lo haga —agregó en un susurro.

—Mi marido y yo pasamos varias horas discutiendo el tema anoche. Me temo que su decisión es irrevocable. No permitiré que Lisa declare.

—¡Pero el doctor Whittaker ha abusado sexualmente de ella!

—No tenemos ninguna prueba de ello.

—¿No cree a su hija?

—La creo —respondió Sally Beddoes con la cabeza gacha y la mirada avergonzada—. Pero ¿quién más la creerá? ¿Quién creerá a una niña de cuatro años, con un conocido terror por los médicos?

—No olvide que no estará sola. Mi hija también declarará. El juez no se precipitará en desechar las acusaciones ante dos testigos. Además, el fiscal del distrito examina las fichas de mi marido, para determinar si hay otros menores de los que pueda haber abusado —dijo Jane, consciente del tono desesperado de su voz.

Sabía que el fiscal no había encontrado a nadie dispuesto a declarar.

—Lisa ha sufrido tanto ya en su corta vida —decía Sally Beddoes, con un esfuerzo para reprimir las lágrimas—. Lleva seis operaciones importantes desde que tenía dos años. ¿No lo comprende? No sería justo que la sometiéramos a más exámenes médicos, a los interrogatorios de los abogados y a las disputas de la audiencia. Ha padecido ya bastantes traumas para toda una vida. No podemos infligirle más sufrimiento —agregó, mientras imploraba a Jane con la mirada—. Por favor, intente comprenderlo.

—Lo comprendo —respondió sinceramente Jane—. Lo comprendo perfectamente.

—Lo siento —concluyó Sally Beddoes, antes de correr hacia el coche que la esperaba.

—¡Dios mío! —gimió Jane, después de ver cómo el coche se alejaba, darse cuenta de que Daniel y Sarah se habían acercado y dejarse caer en los brazos de Daniel—. ¡Dios mío! Sin ella no tengo ninguna oportunidad.

—No te des ahora por vencida, Jane —insistió Sarah—. Estás en posesión de la verdad.

—¡La verdad es que voy a perder a mi hija!

—No, Jane. No vamos a permitir que eso ocurra.

—¿En serio? ¿Qué declararéis cuando los abogados de Michael os interroguen sobre mi matrimonio bajo juramento? Declararéis que parecía un matrimonio divino, que Michael era todo lo cariñoso y considerado que pueda ser un hombre, que seguramente os conté un millón de veces a lo largo de los años lo afortunada que me consideraba y lo mucho que le quería. ¿Y qué me dices de la noche en que vinisteis a cenar, cuando me desmayé y tuvisteis que llevarme a la cama? ¿Qué impresión crees que le causará al juez?

—Haremos que lo comprenda —declaró Daniel con escasa convicción.

—No creas que Michael dejará de utilizarte también a ti. No creas que no utilizará a todos mis amigos contra mí.

—Carole declarará que Michael mintió respecto a nuestras supuestas relaciones —agregó Daniel.

—¿Era Michael quien mentía o se limitaba a repetir las mentiras que yo le había contado? —replicó Jane—. Créeme: ha cubierto todas las bases.

—Debe de haber algo que podamos hacer —susurró Sarah.

—Lo hay —respondió Jane, al tiempo que se dirigía hacia las habitaciones situadas en la parte posterior de la espaciosa casa.

—¿Dónde vas, Jane? ¿Qué piensas hacer?

—Ha llegado el momento de volver a desaparecer. Sólo que en esta ocasión con Emily.

—Jane, no puedes hacer eso —suplicó Daniel, que la siguió y le impidió entrar en el dormitorio—. Michael te encontrará; te localizará, te obligará a regresar y entonces obtendrá con toda seguridad la patria potestad.

—No me queda más remedio que arriesgarme.

—Jane, sentémonos unos minutos para analizar la situación —suplicó Sarah.

—No puedes pasar el resto de tu vida huyendo, mirando por encima del hombro. ¿Qué vida sería ésa para Emily? —preguntó Daniel.

—¿Qué vida le espera si Michael obtiene la patria potestad?

—Pero ¿adónde irías? —preguntó Sarah—. ¿De qué vivirías?

Jane inclinó la cabeza, incapaz de ofrecer una respuesta satisfactoria.

Se oyó una fuerte llamada desde el vestíbulo.

—Perdonen, ¿hay alguien en casa?

—¿Quién diablos puede ser? —exclamó Sarah.

Jane fue la primera en dirigirse al vestíbulo, atraída, casi magnetizada, por aquella voz familiar. «No puede ser —pensó—. No puede ser».

Paula Marinelli estaba junto a la puerta con una expresión tan austera como de costumbre.

—La puerta estaba abierta... —empezó a decir.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Jane, preocupada por lo que pudiera haber oído.

—Michael me ha dicho que usted estaba aquí. Creo que tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que decirle.

¿No tenía límite la presunción de aquella mujer? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar por el hombre que idolatraba?

—Me parece que será mejor que se marche, antes de que llame a la policía —dijo Sarah—. Comuníqueme a su jefe que Jane está perfectamente.

—Lo haré —respondió Paula, mientras Jane hacía un esfuerzo para no estrangularla—. Pero no antes de haber dicho lo que he venido a decir.

—En ese caso... —agregó Jane, curiosa a pesar suyo—. Supongo que será mejor que se siente.

Treinta y dos

Lo primero que detectó Jane al reunirse con Michael, en el despacho de su abogado, fue lo sano y seguro de sí mismo que parecía estar. No tenía ojeras que delataran noches de insomnio. Su pulso era firme y su voz cálida.

—Hola, Jane —dijo con naturalidad.

—Michael —respondió Jane, mientras alisaba la chaqueta del traje Armani color *beige* que vestía y se esforzaba para no escupirle en la cara.

«No debía haber venido», pensó, al tiempo que reprimía el deseo de salir corriendo de aquel lujoso despacho. Debía haber huido con Emily, en lugar de escuchar a sus amigos y arriesgarse a perderlo todo. ¿Qué suponía que estaba haciendo? ¿Creía que Michael se daría por vencido sin luchar?

—¿Cómo has estado? —preguntó Michael, convincentemente preocupado por su bienestar.

—Mucho mejor —respondió Jane con los dientes apretados, consciente de que el abogado de Michael, Tom Wadell, la observaba atentamente tras su enorme escritorio de mármol.

«Espera que cometa algún error —pensó—, tal vez que me ponga furiosa, que pierda los estribos, cualquier cosa que puedan utilizar contra mí ante el juez».

—¿Quiere que mi secretaria le traiga una taza de café, mientras esperamos la llegada de la señora Bower? —preguntó el abogado al tiempo que se acariciaba la calva con una mano impecablemente cuidada.

—No, gracias.

—Dado el lamentable retraso de la abogada de mi esposa —empezó a decir Michael, mientras Jane se mordía la lengua para no chillar—, tal vez Jane y yo podríamos aprovechar esta oportunidad para hablar unos momentos a solas.

Jane movió atónita la cabeza, sin lograr pronunciar palabra. ¿Qué se proponía su marido?

—No creo que la propuesta sea insensata —agregó apresuradamente Michael, mirando a su abogado.

—¿Señora Whittaker? —preguntó Tom Wadell.

—Sin duda no querría parecer insensata —declaró Jane sin molestarse en disimular su sarcasmo.

—Estaré en la sala de conferencias adjunta —dijo entonces Tom Wadell, después de levantarse de su sillón de cuero color rioja—. Mi secretaria está junto a la puerta. Si necesitan algo...

«Si necesita protegerse de esa demente», comprendió Jane cuando vio que cerraba la puerta a su espalda. Dio instintivamente un paso atrás.

Michael parecía dolido, casi ofendido.

—¿Qué crees que voy a hacerte, Jane?

—¿Queda algo? —respondió ella.

—He pensado que podíamos hablar como seres adultos...

—Una idea interesante para un hombre que prefiere a las menores.

—No facilitas las cosas —respondió, con la mirada fija en el suelo.

—Debo de haber olvidado tomar mi Haldol esta mañana.

—Sé lo que crees que he hecho, Jane, pero... —empezó a decir Michael con la boca apretada, después de levantar la mirada hasta los ojos de su esposa.

—Por favor, Michael, no me tomes el pelo. Guarda tus mentiras para el juicio. Si eso es lo que querías decirme...

—Quiero recuperar a mi esposa.

—¿Cómo?

—Te quiero, Jane. Sé que no me crees. Sé que estás convencida de que soy una especie de monstruo, pero debes creer que te quiero, que lo único que he pretendido en todo momento ha sido conservar lo que hubo entre nosotros. Sólo quiero que acabe esta pesadilla y que tú y Emily regreséis a vuestra casa.

Jane se dejó caer en el sofá de cuero color rioja, situado frente al escritorio de Tom Wadell, y oyó el aire que expulsaban los cojines al sentarse. ¿Estaba perdiendo de nuevo el dominio de la situación? ¿Podían aquellas palabras salir realmente de la boca de Michael?

Éste se sacó el estuche del bolsillo, que Jane le había devuelto al día siguiente por el mismo servicio de mensajería.

—Lo he traído para ti, Jane. Quiero que te lo quedes.

Jane se percató de que se le cerraban instintivamente los puños. ¿Era ése su plan? ¿Esperaba que le agrediera?

—Te echo de menos, Jane. Echo de menos nuestra vida. Echo de menos a nuestra hija.

—La que me dijiste que había muerto...

—Sé que eso es lo que *crees* que te dije... —dijo Michael mientras se pasaba la mano por el cabello.

—Comprendo. Ahora tengo también problemas de oído.

—Jane, tu conducta era completamente irracional. Histérica. ¿Cómo puedes estar segura de lo que alguien te dijo?

Jane cerró los ojos, sin decir palabra. ¿Podía estar segura?

—Te quiero, Jane —dijo, al tiempo que se sentaba junto a ella—. Sé lo que crees que os he hecho, a ti y a nuestra hija, pero también sé que con el transcurso del tiempo y un tratamiento adecuado, llegarás a comprender que nada ocurrió en la forma que tú lo supones, que no cometí ninguno de los actos de los que me acusas.

—¿Y Emily? —preguntó Jane—. ¿Cuánto tiempo necesita para comprenderlo?

—Emily tiene siete años —explicó pacientemente Michael—. Nada la haría más feliz que ver nuevamente juntos a sus padres —agregó, a la vez que extendía sus manos hacia las de Jane.

Ella observó sus largos dedos de cirujano. A continuación levantó la mirada para contemplar su rostro. Examinó las líneas de su nariz, sus abultados labios, su cabello claro, el verde pálido de sus ojos, e intentó compaginarlo en un todo reconocible. Pero ahora le resultaba más ajeno que dos meses antes en el despacho del doctor Meloff.

—Si me tocas, te mato —dijo sin levantar la voz.

Michael retiró inmediatamente las manos y se incorporó de un brinco, claramente turbado. Jane se preguntó si habrían sido sus palabras o su forma de pronunciarlas lo que le había asustado.

—¿Me estás amenazando, Jane? —preguntó mientras movía la cabeza aparentemente asombrado.

En aquel momento se le ocurrió a Jane que podía haber micrófonos ocultos en el despacho. ¿Lo habría echado todo a perder? ¡Dios mío, ¿dónde estaba su abogado?! ¿Por qué tardaba tanto esa mujer?

—Ésa fue exactamente la actitud que provocó este lío —decía Michael—. No hay lugar en tu vida para el convenio, para la búsqueda de soluciones pacíficas. ¿Para qué ceder cuando tienes siempre razón? Tú lo sabes todo, ¿no es cierto, Jane? No, señor, nadie puede decirle nada a Jane Whittaker. Lo sabe todo. Conoce todas las respuestas. Ella es quien toma las decisiones. Nada ocurre sin su aprobación. Siempre tienes que controlarlo todo, ¿verdad, Jane? Todo lo importante debes decidirlo tú: dónde vamos, a quién vemos, qué hacemos, cuándo hacemos el amor, cómo lo hacemos...

Jane hizo un esfuerzo para conjugar sus inesperadas acusaciones.

—¿Intentas decirme que es culpa mía el hecho de que abusaras sexualmente de nuestra hija?

—¡Por Dios santo, Jane, nunca he abusado sexualmente de Emily! — exclamó, con los brazos levantados, como si apelara a las fuerzas del más allá—. Entró una noche en el cuarto de baño cuando estaba meando. Tú habías ido a una de tus reuniones. Tenía curiosidad, como cualquier niño. Me preguntó si podía tocar. No creí que hubiera nada de malo en ello. Fue todo perfectamente inocente. No tenía idea de las repercusiones...

—De modo que ahora es culpa de Emily.

—¿Por qué te empeñas en asignar culpas?

—¿Por qué no te vas al diablo? —exclamó Jane, con la voz más fuerte de lo que esperaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó la voz de una mujer, después de llamar a la puerta.

Michael se acercó a la puerta y la abrió con aspecto compungido.

—Creo que puede pedirle al señor Wadell que regrese —le dijo profundamente decepcionado a la preocupada secretaria—. No parece que podamos solucionar nada solos.

—Te felicito, Michael —exclamó Jane, asombrada de la habilidad con que había jugado con ella.

Él la miró como si no comprendiera a qué se refería y Jane se preguntó sobre sus posibilidades frente a él en la audiencia.

—¡Miren quién ha llegado! —declaró Tom Wadell, al tiempo que acompañaba a la abogada de Jane al interior de su despacho y los invitaba a sentarse frente a su escritorio.

La abogada de Jane era oriunda de Florida, se llamaba Renee Bower y había pasado algún tiempo en Nueva York, antes de instalarse en Boston. Era una mujer atractiva, cuyo grato aspecto ocultaba la dureza de su personalidad. Incluyó levemente la cabeza para tranquilizar a Jane cuando se acomodaron, sin duda no intimidada por la opulencia del entorno.

—Lamento haber llegado tarde. Me han retenido más de lo previsto en la fiscalía del distrito.

—Creo que deberíamos ir directamente al grano —declaró Michael, después de las presentaciones—. Estamos dispuestos a escuchar cualquier sugerencia razonable —respondió Renee Bower.

—Mi cliente no desea entablar una lucha amarga y prolongada ante los tribunales —anunció Tom Wadell, después de aclararse la garganta—.

Además, como padre responsable, no quiere que su hija se separe de su madre en este momento traumático de su vida. Considera que la niña ya ha sido bastante perjudicada y no desea aumentar su sufrimiento. Por consiguiente, está dispuesto a otorgar la patria potestad de Emily a la señora Whittaker.

Jane miró a Michael a los ojos. ¿Podía ser que hubiera escuchado por fin la voz de su conciencia y les ahorrara a todos la agonía de un juicio?

—¿Y a cambio? —preguntó Renee Bower.

—A cambio su cliente retira todas las acusaciones de abuso sexual contra el doctor Whittaker.

—¿Mi cliente obtiene la patria potestad absoluta?

—Con un generoso régimen de acceso para el doctor Whittaker...

—¿Qué significa lo de *acceso generoso*? —interrumpió Jane inclinada al frente, al tiempo que se disipaba su euforia inicial.

—Mi cliente vería a su hija cada segundo fin de semana y todos los miércoles por la noche. Además, un mes de cada verano, una semana en Navidad y otra por Pascua. Las demás vacaciones se dividirían a partes iguales entre los padres.

—Jamás —exclamó enojada Jane—. Nunca accederé a un régimen no supervisado de visitas.

—¿Esperas que me conforme con ver a mi hija sólo unas horas por semana, en presencia de algún asistente social que me vigile permanentemente? —preguntó Michael.

—En el mejor de los casos.

—Comprendo. ¿Quieres jugártelo todo? Porque si no aceptas mi oferta, Jane, y tu abogado te dirá que es muy generosa, voy a luchar por todo. Cuando acabe contigo, tendrás suerte si vuelves a ver a tu hija —declaró, antes de hacer una pausa, para que pudiera digerir el peso de sus palabras.

Jane miró a Renee Bower, pero ella tenía la mirada fija en Michael.

—¿Crees que podrás demostrar esas obscenas acusaciones? —prosiguió Michael, después de ponerse en pie y empezar a dar vueltas por la sala—. ¿Esperas que el fiscal del distrito, dadas las pruebas de tu amnesia histórica, acepte tu palabra contra la mía? ¿Que se presente algún cargo? ¿Que no seré completamente exonerado? Y a continuación, cuando se plantee la patria potestad, ¿crees que algún juez aceptará la palabra de una mujer que, además de olvidarse de quién es, tiene un largo historial de agresividad, en el que se incluye haber golpeado a su marido en la cabeza y asestado batacazos a desconocidos? ¿Te parece lógico? —Hizo una pausa, aunque claramente no había terminado—. ¿Y qué me dices de Emily?

—¿Emily?

—Sí, Emily. ¿No te das cuenta del perjuicio que le causarías, al obligarla a declarar contra su propio padre ante un tribunal de justicia?

Jane se incorporó de un brinco, empujando la silla que empezó a tambalearse sobre las patas traseras y que su abogado intentó sostener en vano.

—¿Qué perjuicio le causaría yo?

—Aunque yo no te importe, Jane, aunque estés dispuesta a destruir mi vida con monstruosas acusaciones, ¿no puedes tener por lo menos cierta consideración con respecto a nuestra hija?

—¡Eres un hijo de perra!

—Jane —advirtió su abogado.

—¿Cómo te atreves? —exclamó Jane, con un puñetazo sobre la mesa de mármol, que obligó a Tom Wadell a retroceder alarmado—. ¿Cómo te atreves a tergiversarlo todo?

—Puñetazos en la mesa, Jane. No está mal para empezar. ¿Qué nos reservas para la próxima?

—Jane —advirtió Renee Bower—, no lo eches todo a perder.

—Tal vez deberíamos aplazar la reunión —dijo Tom Wadell, después de levantarse de su sillón—, para que tengan tiempo de estudiar nuestra propuesta.

—Sólo un momento para ver si lo tengo claro —rogó Jane—. Quiero estar segura de comprenderlo debidamente todo —agregó mientras empezaba a caminar de un lado para otro, al tiempo que Michael volvía rápidamente a su silla, para apartarse de su camino—. Tú evitas la publicidad y las nefastas consecuencias de un juicio desagradable; conservas tu posición en el hospital y tu impecable reputación; a cambio, yo conservo la patria potestad exclusiva de Emily. Yo cuido de ella todos los días; tú abusas sexualmente de ella todos los miércoles por la noche y cada segundo fin de semana...

—¡Jane, por todos los santos! —exclamó Michael, a la par que se apartaba el flequillo de la frente.

—Para no hablar de una semana en Navidad, otra por Pascua y un mes entero durante el verano.

—Veo que esto no nos lleva a ninguna parte —dijo Tom Wadell, mientras empezaba a recoger los papeles.

—¿Esperas realmente que me avenga a eso? —exclamó Jane, parada directamente frente a su marido. ¿Se proponía agredirle? Dios sabe que nada le habría producido mayor satisfacción.

Michael levantó lentamente la barbilla en actitud de reto, de desafío.

—He sido lo suficientemente ingenuo para creer que un compromiso sería lo preferible para todos nuestros intereses.

Jane tuvo que hacer un esfuerzo para mantener las manos quietas y no arañar los ojos de su marido. Pero de pronto vio a Emily reflejada en aquellos ojos y comprendió que su mejor esperanza, su mayor venganza, consistía en conservar la calma. «¡Qué extraño —pensó— que en aquel momento la esperanza y la venganza fueran una misma cosa!».

—Qué duda cabe de que esto colmaría *tus* intereses. Y quizá también los míos —respondió Jane, después de volver a su silla—. Pero no los de Emily —agregó, al mirar a su abogado, que extendió el brazo para acariciar la mano—. Además, es demasiado tarde para compromisos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Michael, con una amarga carcajada.

—Acabo de regresar del despacho del fiscal del distrito —afirmó Renee Bower—, y está dispuesto a presentar cargos contra usted.

Michael miró a su abogado.

—El fiscal sabe que no podrá demostrar esos cargos —respondió Tom Wadell, seguro de sí mismo—. No puedo imaginar que pretenda realmente presentarse ante el juez, basándose en la palabra de una susceptible niña y de una madre, con perdón, gravemente desequilibrada.

Miró a Jane con una sonrisa, como si le hubiera brindado un gran cumplido.

—Ya no se trata sólo de nuestra palabra —agregó Renee Bower, a la vez que Jane comprobaba que se le congelaba la sonrisa en los labios.

—¿Qué significa eso? —preguntó Michael.

—Si me disculpan un momento —dijo Renee Bower, después de levantarse para dirigirse a la puerta del despacho—, se lo explicaré.

—¿Qué diablos estáis tramando, Jane? —exclamó Michael.

—Tranquilícese —aconsejó su abogado—. La señora Bower es famosa por sus efectos teatrales.

Apenas transcurrido un minuto, Renee Bower regresó acompañada de Paula Marinelli.

—¿Paula? ¡Gracias a Dios! —exclamó Michael—. Hace semanas que intentamos dar con usted —agregó después de ponerse en pie, coger a Paula de la mano y conducirla hacia el escritorio de su abogado—. Tom, le presento a Paula Marinelli, mi ama de llaves, la que me ha ayudado a cuidar de Jane. Sabe mejor que nadie cuál era el estado de mi esposa.

—Creo que les interesará oír lo que la señora Marinelli tiene que decir — sugirió Renee Bower, a la par que indicaba a Paula que hablara.

—¿Cómo fue capaz de hacerlo, doctor Whittaker? —preguntó Paula, con una voz suave y monótona—. Yo confiaba en usted. Para mí era como un santo. ¿Cómo pudo traicionarme? ¿Cómo pudo perjudicar a mi hijita?

—¿Perjudicarla? —exclamó Michael, con el rostro color ceniza—. ¡Dios mío, le salvé la vida!

—Sí, es cierto —reconoció Paula— y se lo agradeceré eternamente.

—¿Por qué no nos dice lo que le ha contado al fiscal del distrito? —preguntó Tom Wadell, cuya mirada reflejaba que comprendía la situación.

—Cuando Christine, mi hija, empezó a tener pesadillas —declaró Paula, sin dejar de mirar al abogado de Michael—, pensé que era algo común a todos los pequeños. No le presté mucha atención, siquiera cuando mi madre insistió en que creía que había algo más hondo. Cuando Christine me dijo que no quería ir a la revisión médica, porque el doctor *la tocaba de un modo extraño*, tampoco le di importancia. Cuando insistió, le aseguré que el doctor Whittaker sólo la tocaba donde era necesario para curarla. Me negué a escuchar lo que realmente me decía. En una ocasión incluso le di un azote por inventar cosas tan horribles.

—Tom, esto es absurdo —interrumpió Michael—. ¿Tengo que escuchar esa basura?

—Creo que debería sentarse —aconsejó el abogado.

Michael se dejó caer en la silla, como un muñeco hinchable agujereado. Jane llegó casi a oír cómo se le escapaba el aire.

—Cuando oí lo que contó Jane —prosiguió Paula—, lo que el doctor Whittaker le había hecho a su propia hija, comprendí que lo que Christine había contado era cierto. Quedé tan aturdida que no podía moverme. Parecía que alguien me hubiera arrancado las entrañas —agregó, mientras movía la cabeza con incredulidad—. Había creído a ese hombre más que a mi propia hija. Había ignorado el llanto de mi pequeña porque confiaba en él. Siempre he hecho todo lo que me ha pedido sin cuestionarlo. He mantenido a su esposa drogada y aislada de sus parientes y amigos. Le he administrado pastillas e inyecciones, a veces durante las veinticuatro horas del día, cuando me lo ha ordenado. La he visto sufrir y no he levantado un dedo para ayudarla, porque le creía cuando me aseguraba que era por su propio bien. Ahora sé que es un embustero. Sé que ha abusado sexualmente de su propia hija y de mi pequeña, y estoy dispuesta a declarar bajo juramento. Lo deseo con anhelo. *Eso* ha sido lo que le he contado al fiscal del distrito.

Durante varios segundos se hizo un profundo silencio, en el que nadie parecía respirar.

—Creo que este caballero tiene mucho en que pensar —dijo por fin Renee Bower, después de ponerse en pie—. Debemos darles algún tiempo para que reflexionen. ¿Me llamará? —agregó, con la mirada fija en el abogado de Michael.

Tom Wadell asintió en silencio.

Michael se cubrió el rostro con las manos, mientras Renee Bower abandonaba el despacho acompañada de Jane y Paula. Nadie dijo palabra hasta llegar a la calle.

—¿Cómo podré agradecérselo? —le preguntó Jane a Paula.

—¿Bromea? Soy yo quien debe estarle agradecida.

Jane le dio un fuerte abrazo.

—Cuide de su pequeña.

—Usted también —susurró Paula, antes de alejarse.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jane, después de mirar a Paula hasta perderla de vista, a la vuelta de la esquina.

—Los cargos penales están fuera de nuestras manos.

—¿Y Emily?

—No creo que volvamos a tener problemas en ese campo —respondió Renee, cuando ya consultaba su reloj—. Es un poco temprano para el almuerzo, pero tengo hambre. ¿Y tú?

Jane percibió que se le dibujaba una sonrisa en el rostro.

—Ante la duda, lo mejor es comer —declaró con la cabeza en alto, mientras soltaba una carcajada—. Vamos. Estoy muerta de hambre.



JOY FIELDING (Ontario, Canadá, 1945). Empezó a escribir a la temprana edad de 8 años. Envío su primera historia a una revista llamada *Jack and Jill*, pero su historia fue rechazada. A los 12, escribió su primer guión de televisión, que trataba sobre una niña de 12 años que asesinaba a sus padres. Esta historia también fue rechazada. Sus padres se quedaron un poco preocupados (pues hay que reconocer que no es muy normal que una niña de 12 años escriba historias con una temática de este calibre), pero la cosa no pasó de ahí. Joy continuó escribiendo durante toda su adolescencia y, casi como una premonición, su profesora de lengua del instituto le auguró que iba a ser escritora. Joy decidió que eso era a lo que iba a dedicarse.

Cuando empezó la universidad cambió de opinión y decidió que quería ser actriz. En 1996 se graduó en Literatura inglesa y se dedicó de lleno a su pasión: actuar. Hizo sus pinitos en algunas series, trabajó en algunos bancos, y después volvió a Toronto (su ciudad). Siguió en contacto con el mundo de la actuación, apareciendo en algunos anuncios de televisión, hasta que se dio cuenta de que escribir era su gran y única pasión. Joy dice que le encanta escribir porque es el único momento de su vida en que siente que tiene totalmente el control.

Con su marido y dos hijas distribuye el tiempo entre sus residencias de Toronto, Ontario y Palm Beach, Florida.

Según Joy, los personajes de sus libros son aspectos de su propia personalidad. Cuando le preguntan «¿De dónde sacas tus ideas?», responde que, casi siempre, tiene que ver con la visión del mundo que tienen los escritores. Según Joy Fielding, todo es una posible escena de un libro, y cada persona es un personaje en potencia. Otras veces, saca la inspiración de titulares de periódicos, de vivencias personales de gente que conoce o, incluso, de ella misma. Según ella, «Uso todo lo que puedo y nada es sagrado». Según la propia Joy, su éxito radica en que la gente puede identificarse con los personajes que describe, aunque siempre escriba desde una perspectiva femenina.